JESSICA JANNETE BÁEZ MÁRQUEZ

ORGULLO MESTIZO



UNIVERSO de LETRAS

ORGULLO MESTIZO

JESSICA JANNETE BÁEZ MÁRQUEZ

UNIVERSO de LETRAS

Orgullo Mestizo
Jessica Jannete Báez Márquez

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Jessica Jannete Báez Márquez, 2026

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras
www.universodeletras.com

Primera edición: 2026

ISBN: 9791388008368
ISBN eBook: 9791388008504

Dedico este libro de todo corazón a mi esposo Jorge, que con su amor siempre creyó en mí y me ha apoyado en todo momento. A mis hijas Andrea, Sharon y Daniela, que me acompañaron en esta linda experiencia. A mis padres, hermanos, familiares y amigos que estuvieron a mi lado. A mis abuelos, gracias a sus experiencias y enseñanzas me motivaron para escribir y quienes vivirán por siempre dentro de estas páginas: Pancho, Ignacio, Jesusita y Leonor. A las mujeres fuertes de mi México querido, de mi familia y a mis ancestras. A mi abuelo materno Pancho Márquez, el eterno comprometido con su patria amada que es México, de quien tuve la oportunidad de aprender grandes cosas. A todos ustedes gracias por la inspiración.

Jessica Jannete Báez Márquez.

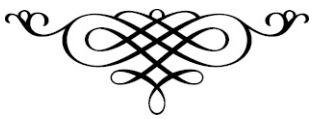
Índice

Amistad mestiza 11
El comienzo del cambio 103
La revuelta 151
Tertulias de conspiración 189
Las cartas 281
La lucha sin fin 321

"No fue triunfo ni derrota, fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy".

Jaime Torres Bodet.

AMISTAD MESTIZA





LLEGARON A LAS CABALLERIZAS EL SEÑOR MENDOZA acompañado de sus peones y con los indígenas Jacinto y la nana Juanita.

—¡Átenlos, hínquenlos y descubran sus torsos! ¡Pásenme el fuete! —ordenó Mendoza.

—¡Señor, por favor, no me castigue! Dispénseme por no estar al pendiente de los niños. Fue un accidente —expresó Juanita llorando.

Jacinto no decía ni una sola palabra, sabía cuál iba a ser el fatal destino de ambos. La furia avivada del padre de Rodrigo se desató como la furia del fuego abrazador, que tarda en consumirse poco a poco en el interior del cuerpo de una chimenea incandescente. Mendoza comenzó a azotarlos a ambos, una y otra vez, como si en cada azote aliviara el dolor de su alma y su sufrimiento, pero no conseguía consuelo alguno.

La piel de los sirvientes se levantaba en cada azote, volaban gotas de sangre y pedazos de carne por la caballeriza. Los gritos desgarradores de la mujer y el hombre resonaban en los tímpanos de los peones, que alguna vez fueron sus amigos. Hilos de sangre colgaban de los cuerpos y ropajes. Los peones observaban la escena con las mandíbulas y puños apretados, conteniendo su resentimiento. Se les salían lágrimas de indignación, sintiendo tanta impotencia, pero no podían hacer absolutamente nada.

La niña Itzel, guiada por los gritos, llegó, sin ser vista, hasta las caballerizas. Horrorizada por lo que sus ojos presenciaban, se los tapó, salió corriendo y llorando para avisarle a su mamá lo que ocurría; pensaba que podría evitar tan terrible evento.

—i*Na´* están azotando a Juanita y a Jacinto, ayúdelos, por favor!, ¡venga conmigo!

—*Aal*, ¿qué puedo hacer yo?, es la voluntad del patrón.

—¿Pues a ver si la señorita Clara puede hacer algo?

—*Aal*, pero ¿qué dices? Si hablas, te azotarán a ti también, no digas nada. —Itzel corrió y se acercó a Clara, sabía cuánto quería a Juanita.

—¡Señorita, el patrón está azotando a Juanita y a Jacinto en las caballerizas!

Clara volteó hacia la puerta y corrió soltando el rosario que cayó al piso. Atravesó la hacienda a oscuras.

—¡Papá, deténgase, por favor! Entiendo su dolor, yo también estoy sufriendo. ¿Acaso pretende ocasionarnos más dolor del que ya tenemos? Juanita es como nuestra madre y Jacinto un buen peón. ¡Basta, le digo! Que no entiende que fue un accidente.



LA SELVA ESTABA RODEADA DEL SILENCIO que se rompía a lo lejos por el canto de algún pájaro; la basta variedad de colores verdes en el follaje de su espesa naturaleza, el movimiento incesante de alguna cascada o riachuelo, que complementaba el paisaje selvático y a su vez paradisíaco, se mezclaba con el viento cálido, sofocante y húmedo difícil de respirar. Corría el año de 1799 en la región de Ticul, en Mérida, Yucatán. Perdidos en aquella naturaleza y apartados de la mirada del mundo, existían unos cenotes donde a los niños les gustaba ir a jugar cuando podían escaparse del yugo de los caciques, de sus cuidadores o de sus padres, quienes los ponían a trabajar largas jornadas durante el día en los campos de caña o en las trojes donde almacenaban el azúcar.

Mientras Itzel nadaba en el cenote sagrado escuchó un canto en una lengua ajena a la suya, quedó hechizada por esa voz infantil y potente. Se acercó para escuchar mejor, solo oía el sonido del agua que corría. La oscuridad de la gruta le impedía la visibilidad y agudizó su oído, intentaba percibir alguna señal que la llevara a donde estaba aquella voz. Caminó asomándose entre las piedras, cuando de golpe sintió el rugir de un animal, inmediatamente lo reconoció: era una pantera. Itzel dio la vuelta, comenzó a correr despavorida y tropezó con una piedra cayendo al suelo, de repente, escuchó una carcajada a lo lejos. Era una niña con piel de color oscuro dorado, cabellos alborotados negros, una sonrisa coqueta, pura, era delgada y alta en comparación de Itzel.

—¡Qué tonta!, ¿creíste que se trataba de un puma?, ¿por qué me espiabas?, ¿cómo te llamas? —dijo Pamawari riéndose con voz segura y firme.

—Me llamo Itzel y no me asustaste, ya te había visto.

—Entonces, ¿por qué corriste?, vete, yo vi primero este lugar —protestó Pamawari.

—No me molestes.

—Me llamo Pamawari, tengo siete años, ¿y tú?

—También tengo siete.

—Mis padres me enseñaron a imitar a los animales para defenderme de la gente. ¿A ti también te asustan?

—Sí, también —contestó Itzel con voz seca y cortante.

Inquietas por haberse conocido, querían saber sobre su origen y este era un momento que les parecía perfecto. Pamawari le explicó a Itzel que su madre le contó alguna vez sobre el origen de su familia. Le narró que la gente blanca les colocaban grilletes a los afrodescendientes, a sus abuelos los subieron en barcos para atravesar el mar hasta llegar a América. Su familia vivía en el barrio de Santa Lucía y que su mamá le puso ese nombre porque decía que, como una pantera, luchó por su vida al nacer.

—Me gusta que me digan pantera. ¿Y a ti cómo te gusta que te llamen? —le preguntó la niña con curiosidad

— *It-Chel,* como la diosa.

La niña le explicó que su madre le había puesto ese nombre por la diosa que es la diosa de la luna y la tierra, la diosa del amor.

—Jajajaja, ¿del amor? El amor no existe, no digas tonterías.

—Yo me quiero casar y vivir en una quinta así de grande, ¡mira! —alzó los brazos en el cielo para mostrar el tamaño de la casa que deseaba.

—¡Por todos los dioses!, pero qué niña tan rara— Pamawari la juzgaba pensando que nunca tendrían una vida como la de los

blancos.

Pamawari tomó sus cosas riéndose y se encaminó a la salida de la gruta, seguida por Itzel y su curiosidad.

—¿Vives cerca de aquí? —preguntó Itzel.

—Sí, en la finca de los Velázquez. ¿Y tú?

—En la hacienda de los Mendoza. ¿Entonces vas a ir a la casa grande? Mañana es la fiesta de la señorita Clara con el señorito Juan Alfonso.

—Sí, tengo que ayudar a mi mamá para la fiesta.

Mientras las niñas caminaban a sus hogares, con la puesta del sol, sacudían los huipiles y sandalias para que la arena no las delatase al llegar a casa. En el camino se encontraron a un amigo de Itzel, se llamaba Canek. Era un niño muy despierto de nueve años, tez de color arena, cabello corto, lacio, ojos negros profundos, casi siempre andaba descalzo.

—¿Quién es ese niño? —preguntó Pamawari.

—Canek, también vive en la hacienda de los Mendoza.

—¡Canek! —gritó Pamawari.

—No, espera, no le hables, no…

—¿Qué hacen, niñas? —las saludó Canek amistosamente.

—Me llamo Pamawari, soy amiga de Itzel, nos conocimos hoy en el cenote sagrado, ¿verdad?

—Sí, ¿y tú qué haces aquí? Se está haciendo de noche, Canek —le reclamó Itzel desconfiada.

—Lo mismo que ustedes, jugar. Ando buscando algún chichicuilote para cenar, pero ustedes calladitas porque me mandarían azotar. ¿Y tú, niña, dónde vives?

—Vivo en la hacienda de los Velázquez —contestó Pamawari.

—Las acompaño de regreso, ya está anocheciendo y podría aparecérseles la llorona, jajaja —sonrió Canek en tono bromista.

—¿La llorona?, ¿quién es esa señora, o es una niña? —cuestionó Pamawari extrañada. Y de pronto rieron a carcajadas los niños.

—¿Nunca has escuchado la leyenda de la llorona? —le preguntó Itzel burlescamente.

—No, nunca.

Canek les comentó que sus ancestros le narraban desde pequeño la historia de que cuando llegaron los españoles, se escuchaba por las noches la voz de una mujer llorando y gritando ¡ay de mis hijos, pobres de mis hijos!, ¿a dónde los llevaré? Canek imitaba recreando a la llorona.

—Pero ¿qué les pasó a sus hijos, por qué gritaba? —conmocionada por la historia, Pamawari le preguntaba a Canek con curiosidad.

El niño les platicó que esos hijos por quien gritaba la llorona eran los indígenas, esos que mataron los españoles cuando llegaron y que ellos les habían robaron todo, tierras, oro, plata y mujeres, repetía Canek apasionadamente la historia que su padre le contó.

—¡No hables así! Si te escuchan nos van a quemar vivos —le llamó la atención Itzel.

—No es bueno hablar de los muertos.

—Es muy peligroso, pueden caer castigos sobre nosotros.

—Jajajaja, no tiene nada de malo hablar de los muertos, es más, pronto será la fiesta de todos los santos *hanal pixán* y los muertos vendrán a visitarnos, y si se portan bien no les comerán los dedos de los pies cuando duerman — Canek se divertía con sus ocurrencias y por la inocencia de las niñas.

—¿Conoces la fiesta, has ido? Es el dos de noviembre —le preguntó Itzel a Pamawari.

—No, mis padres me tienen prohibido ir, dicen que eso que ustedes hacen es molestar a los muertos.

—No los molestamos, los recordamos. Pero, te gustaría venir, ¿no? —la invitó Canek.

—¡Sí, vamos! Les prepararemos su comida preferida, pondremos flores de *cempoalxóchitl*, altares y velas en sus tumbas, no es malo, también las iglesias adornan con paños negros, calaveras, y dejamos limosna para rogar por los muertitos. ¡Vamos! —le volvió a decir Itzel.

—Bueno, pero tendré que escaparme y ustedes me van a ayudar.

— ¡Te va a gustar! Todo es de colores ese día, es una gran fiesta, y nos vemos mañana en la casa grande para celebrar.

Mientras caminaban de regreso a sus chozas dentro de los territorios de la hacienda, jugaban con lo que se encontraban a su paso. Era un camino muy frondoso que, a pesar de la media luz del anochecer, invitaba a quedarse entre la selva por más tiempo.



ITZEL SE DESPIDIÓ DE SUS AMIGOS. Llegó a una choza de palma, con piso de tierra. En ella había pocos muebles y dormía en hamacas o petates. La comida consistía en las sobras que podían llevar desde la hacienda o con lo que podían canjear en la bodega. Pamawari, a diferencia de Itzel, vivía en una choza junto a sus padres, familiares y uno que otro esclavo, todos amontonados. Igual dormía en petates, donde en ocasiones alguna iguana o rata caminaba por las noches cerca de su cuerpo. El piso de tierra como el que les correspondía a la servidumbre que habitaban en la hacienda de los Mendoza. Tenían muy pocos muebles. Dormían en hamacas o petates. La comida consistía en las sobras que podían llevar desde la hacienda o con lo que podían canjear en la bodega. Pamawari, a diferencia de Itzel, vivía en una choza junto a sus padres, familiares y uno que otro esclavo, todos amontonados. Igual dormía en petates, donde en ocasiones alguna iguana o rata caminaba por las noches cerca de su cuerpo.

—Buenas noches, *na´* —así le decía Itzel a su mamá.

—Buenas noches, *aal* ¿Dónde estaba? Recuerde que mañana es la fiesta de compromiso de la niña Clara y hay que hacer *el janal.*

—Estaba en el cenote sagrado jugando, perdone, *na´*.

—Recuerde que es un lugar sagrado, no debería estar jugando ahí. Venga, preparé *papadzules*, ¿tiene hambre?

—¡Sí! —Itzel se sentó a la mesa y comenzó a comer como si no hubiera un mañana, el juego vespertino le abrió el apetito.

A la niña le gustaba cocinar con su mamá, ella sentía que al ayudarla podía conocer los secretos mágicos de las recetas

ancestrales de su tierra. Su mamá se encargaba de la cocina y dirigía a la servidumbre, trabajo que Itzel admiraba.

—¿Dónde está mi *taataá*?

—Está en los establos, una de las *chúpultsíimin* está cargada y le mandaron llamar para que ayudara, quizá se quede toda la noche.

—*Na´*, conocí una niña negra en el cenote, se llama Pamawari, es una *paal* muy… —De pronto, su madre la interrumpió.

—Es una esclava y ellos no piensan como nosotros, hacen brujerías con pedazos de madera tallados y cabellos de personas, los usan como dioses y utilizan todo lo que es basura para hacer sus hechizos. Ten mucho cuidado, no te vaya a embrujar, no la veas más.

—*Na*, ella no es una bruja, es mi amiga y quiero jugar con ella.

—Tu *taatáa* los ha visto bailando como poseídos venerando a sus dioses, y el cura Pascual dice que va en contra de la Iglesia y de la Santa Inquisición aquello que hacen. Si ven a las personas practicando esos ritos de Satanás, los quemarán vivos, ya ves que a nosotros tampoco nos permiten hacer ofrendas a los dioses de nuestros padres y a veces tenemos que hacerlo a escondidas.

—¿Y si no hago sus ritos y solo juego con ella?

—Jajajaja, *paal,* mejor acábese los *papadzules* y no moleste más.

—La invité a la fiesta de *hanal Pixán*, ¿está bien?

—Jajajaja, está bien, pero no le diga a su *taatáa,* yo hablaré con él, termínese ya todo el *janal* para que se recueste y duerma, que mañana nos espera un largo día.

La niña se fue a dormir. Su padre, José, ya entrada la noche, llegó a su casa después de atender a la yegua. Era un hombre callado, cariñoso y de sentimientos nobles, con rostro sereno. El sol y el calor intenso de todos los días reflejaba en su mirada y en sus manos el

arduo trabajo diario en los campos de caña de la hacienda. Sus manos ásperas y agrietadas que en ocasiones sangraban, estaban llenas de callosidades por el mango de la hoz. De complexión robusta y tez color canela, reflejaba un cierto parecido a Dolores, la madre de Itzel; juntos vivían en armonía a pesar de la vida dura que tenían que soportar. Dolores perdió varios hijos antes de concebir a la niña, así que ella fue un regalo de la divinidad.



AMANECIERON CON EL CANTAR DE LOS GALLOS. Itzel y sus padres se levantaron para bañarse a jicarazos, así despabilarse e irse a trabajar. El papá se dirigía a los campos de caña y la niña, con su mamá, se encaminaba a la casa grande, donde ocasionalmente la mandaban para ayudar en las labores domésticas. Comenzó el día ajetreado en la hacienda, que se encontraba a una hora de Mérida, tenía muchas hectáreas de campos de caña y a su alrededor trojes como almacén, así como jardines perfectamente decorados. El lugar parecía un paraíso terrenal donde se podía encontrar diversos animales.

La hacienda contaba con caballerizas, las casas de los trabajadores, un huerto, corrales para ganado, una pequeña iglesia con capilla estilo barroco donde el padre Pascual oficiaba sus misas, escuela para los hijos de los empleados, la fábrica azucarera y la bodega atendida por los Márquez, una familia de criollos. Arreglaban el jardín de la casa grande con mesas y sillas, era el evento más esperado, la fiesta de la hija mayor del hacendado Mendoza uno de los hijos de la hacienda contigua, estaba a punto de pedir en matrimonio a Clara. La hacienda Velázquez había sido del abuelo de la familia, que el anciano había adquirido en sus tiempos de juventud mediante una subasta y después la heredó a su hijo.

Arreglos de flores blancas, vajillas de plata fina y porcelana, copas de cristal cortado, manteles blancos de encajes españoles, esclavos y sirvientes corriendo por doquier. La cocina como protagonista con olor a recado, pepitas de calabaza, chile dulce y achiote, ponían de cabeza a la mismísima Dolores e Itzel, quienes molían en un molcajete algunos ingredientes y hablaban con las otras cocineras

como Rosario, que era una esclava negra, fuerte y grande, a la que gustaba amenizar la cocina con bromas y cantos.

Organizar un banquete para doscientos invitados no era tarea fácil. El menú consistía en algunos platillos como sopa de lima, *tzic* de venado, cochinita pibil y algunos postres como mazapán de almendras, dulces de anís, bizcoletas, roscas nevadas; para beber, había aguas frescas de horchata y tamarindo, licores como ron de caña, anís y mistela de naranja. Era un banquete bien organizado y no podían fallar en nada, debido a que se trataba del compromiso más importante de Yucatán, arreglado por ambas familias.

Dolores, la madre de Itzel, encomendó a la niña ir a la bodega que se encontraba a unos metros de la casa grande.

—Itzel, vaya con don Pancho y doña Leonor por esta lista de encargos que hicieron falta para terminar los platillos, ándele, ándele, vaya corriendo.

—¡Sí, *na´*!

—Y dígale que lo apunte a la cuenta del banquete, pero primero vaya con la señora Mendoza para que le firme la lista.

—¡Sí, *na´*!

La señora Mendoza estaba encinta de nuevo, con siete meses de embarazo, tras haber dado a luz a sus tres hijos. Clara, la más grande, con quince años, Rodrigo, de cinco, y Esperanza, de tres. La mujer delgada se encontraba en su habitación mientras alisaba su vestido al mismo tiempo que se empolvaba al espejo su piel color aduraznada y la nariz pequeña; sus ojos verdes brillaban como esmeraldas en su reflejo. Una de sus sirvientas le recogía sus cabellos dorados. Vestía de manera elegante, pero al mismo tiempo discreta a la moda española, y siempre portaba su abanico pintado a mano.

—¡Doña! ¿Me firma usted la lista?, para llevarla con don Pancho y que me la surta.

—Muy bien, anda, anda, que el tiempo apremia, niña, no hagas demorar a tu madre.

Itzel, apresurada, atravesó el patio y corrió sobre el pasillo de columnas, bajó unas escaleras, salió de la casa grande, cruzó los corrales y las caballerizas llenas de animales para llegar hasta la bodega. Era un lugar amplio, tipo almacén, donde al frente había de todo tipo de cosas para surtir tanto a la casa grande como a las chozas de los sirvientes. Los productos estaban puestos sobre unos anaqueles de madera. Había unas escaleras parecidas a las de la biblioteca de la casa grande. Se encontraba todo resguardado por unos barrotes con unas ventanas para entregar la mercancía.

—¡Don Pancho!, buenos días, ¿me surte esta lista?, es para la cocina de la casa.

—Niña, buen día. ¿Va a cocinar usted también? Yo espero que no, porque se le quemará el agua para hervir los faisanes —don Pancho soltó su característica carcajada.

Don Pancho, que portaba sus anteojos a media nariz aguileña, se encontraba haciendo cuentas, apuntando en su bitácora toda la mercancía que entraba y salía de la bodega. Él era un hombre criollo alto y gordo. Era un hombre carismático y bromista, sus ojos color miel destilaban cariño y bondad a toda la gente. Su esposa, doña Leonor, sentada en un banco, le ayudaba a hacer las cuentas, era una mujer española delgada y bajita, muy blanca y rubia. Juntos atendían y organizaban la bodega con la ayuda de su hija Elisa, de diez años.

—Pero ¿qué dice, don Pancho? A quienes se les quema todo es a doña Rosario o a mi mamá —Itzel se rio y le siguió el juego.

—Un pajarito me dijo lo contrario, mi niña.

Itzel volvió a reír tímida ante la broma de don Pancho.

—Don, me tengo que ir, ya ve que, si me tardo, me darán con el fuete más largo.

—Me imagino, mi niña. A ver, veamos —comentó don Pancho sacando su lente del bolsillo para leer mejor la lista.

—Muy bien. ¡Leonor! ¡Leonor! Venga para que le apunte las cosas a la niña mientras busco todo en el anaquel y lo traigo.

—Buen día, mi niña. ¿Cómo va todo para el festejo? —saludó doña Leonor mientras dejaba el libro de cuentas en un extremo del mueble.

—Buen día, doña, pues vamos a tiempo, pero es mucha comida la que hay que cocinar.

—Mmm…, para que al final terminen desperdiciándolo todo, como es su costumbre —indicó doña Leonor con voz de queja y hastío.

—Doña, ¿estos son los poemas de don Pancho, estos de aquí?

Observaba con gusto y detenimiento los manuscritos sobre la mesa.

—Sí, mi niña, se pasa horas y horas escribiendo, contando las historias de sus abuelos o de cuando pertenecía a la escuela militar.

—Me gustaría que me los leyera—se expresó Itzel con admiración hacia ese señor que lo veía como el abuelo que nunca conoció.

—Aquí está todo lo que me encargó, mi niña —dijo don Pancho interrumpiendo a la niña—. Pero a ver, busque entre el epazote y las naranjas, hay algo más para ti.

—¡Don Pancho! Pero si son pepitas de calabaza y también frijol.

—Las pepitas son para que se prepare un mazapán para usted y su familia, pero no diga nada, yo se lo regalo —don Pancho soltó la carcajada nuevamente.

—Vamos, tómelo, mi niña, que es un regalo —expresó doña Leonor.

—Muchas gracias, sus mercedes, mi mamá se va a poner muy feliz.

A Itzel se le inundaron los ojos de lágrimas por el gesto de don Pancho. Se marchó cantando y brincando por el camino de vuelta. Llegó con todo lo encargado, lo dejó en la cocina apresuradamente y fue hacia su casa para guardar tan preciado regalo. Sin perder tiempo, volvió a la casa grande, debía continuar ayudando.



LLEGÓ LA HORA ESPERADA. Comenzaron a entrar los invitados al jardín frontal, bajo el azul intenso del cielo. La decoración elaborada con floreros sobre las mesas era la atracción principal para los invitados. La música suave de la orquesta engalanaba el ambiente con el sonido de las flautas, los violines y el chelo, amenizando el lento caminar de los invitados con los regalos entre las manos.

Itzel miraba asombrada la escena desde lejos y detrás de un arbusto. Las damas elegantes lucían joyas de las minas de Guanajuato y Zacatecas, iban vestidas con telas europeas y faldones largos. Llevaban sus cabellos recogidos con bucles, alguno que otro suelto. La niña, torpemente, intentaba recoger sus largos cabellos lacios para imitar los peinados de las damas de sociedad. Algunas de las jóvenes portaban en sus cabezas sombreros anchos con plumas y un bolso. Itzel se imaginaba que en su bolso pequeño llevaban un botecito de cristal con perfume. De repente, una mujer aparecía moviendo un abanico para espantar el calor o algún mosquito impertinente, que no dejaba continuar con la charla plácidamente.

Itzel observaba a los hombres que portaban orgullosos sus uniformes de cadetes con botas y sombrero militar, pero como elemento principal y objeto de su fascinación, las muchas o pocas medallas relucientes en sus pechos engreídos, que hacían juego con los botones de sus chaquetas y espada. A diferencia de estos, los invitados funcionarios vestían con frac, sombrero de copa, jabots y botines a la moda europea. La inocencia de la niña suponía que el clásico reloj en el bolsillo que muchos llevaban era para controlar la

hora de marcharse, si es que el festejo se tornaba, a su parecer, aburrido.

Los niños y niñas vestidos a imitación de los adultos, corrían gritando y disfrutando de la libertad que el festejo les ofrecía, para alejarse del obsesivo control de sus madres y nanas, y poderse llenar la boca a escondidillas de los muchos dulces puestos en las mesas, aunque alguna mamá, de vez en cuando echaba un ojo amenazador, ya fuera a los niños inquietos o a las nanas despreocupadas. Era una escena simpática para Itzel, pero que al mismo tiempo la colmaba de celos y tristeza, porque ella deseaba estar ahí, comiendo y corriendo con aquellos niños a los cuales no podía acercarse. Los hijitos de los Mendoza sacaban sus juguetes olvidando que el festejo era para su hermana Clara, quien estaba por comprometerse.

Pasadas dos horas de haber empezado la fiesta, apareció la joven. Los ojos de los invitados voltearon a ver a los futuros esposos, esperaban la entrega del anillo, como muestra de amor que el atractivo muchacho le ofrecería a Clara. Las señoras y jóvenes de sociedad, además de las amigas envidiosas de la novia, estaban preparadas para ver el tamaño de la piedra, que había sido heredada de generación en generación, por parte de los Velázquez, para calcular la dote que muy probablemente sería de una suma cuantiosa.

Clara era una joven seria y con clase, bien educada, se parecía mucho a su madre físicamente, pero a diferencia de su madre, tenía unas ligeras pecas en la cara, que detestaba y trataba ocultar con maquillaje. Juan Alfonso tenía veinte años, le llevaba a su prometida cinco. Era de carácter fuerte y con decisión, característica de los españoles, su seguridad y porte atraía la mirada de muchas jóvenes casaderas. Era apuesto y galán, con ojos grandes color marrón y sus cabellos castaños, bien afeitado, con apariencia de conquistador.

Llevaba traje militar, haciendo galanura a sus triunfos. Su familia era conocida por sus empresas políticas en la Nueva España. Al estar todos sentados, la música se detuvo al terminar la pieza, solo se escuchaba el murmurar de la charla avivada por los cigarros y las pipas tan populares.

De repente, el silencio se hizo presente, por la brusca interrupción del golpeteo de una cuchara sobre el cristal de una copa fina de licor empezada. Don Velázquez, un hombre alto y fornido, con bigote, se levantó de su silla aclarando su voz grave para pronunciar unas palabras a los asistentes:

—Su atención, por favor, estamos aquí reunidos para pedir la mano en matrimonio de doña Clara, primogénita de nuestros amigos los respetables Mendoza. Como todos saben, mi hijo Juan Alfonso ha sido comisionado para una de las fortalezas más importantes de nuestro país, el Reducto de San Miguel, en Campeche, nombrado como capitán de artillería, por lo cual, a sabiendas de la gran labor que nuestras fuerzas armadas españolas hacen por proteger el país de los asaltos piratas, mi hijo ha sido honrado con este nuevo título. Don Mendoza, mi hijo es un gran caballero español y, como todo un Velázquez, velará para siempre por la integridad y la seguridad de su hija, así como de su futura familia, yo respondo por que así sea. ¡Salud a todos! —levantó su copa y gustoso brindó con el resto de los invitados.

El padre de la novia se levantó de su lugar y tomó la palabra:

—Le agradezco infinitamente sus palabras, y por la amistad que desde tantos años une a nuestras familias, le cedo la mano de nuestra hija Clara que, siendo una mujer virtuosa, respetable y de buenas costumbres, atenderá sus labores como Dios manda y lo dicta la Santa Iglesia católica.

Se dio la vuelta y le regaló unas pocas palabras a su amada hija:

—Hija mía, de ahora en adelante, solo te debes a tu marido y a tu familia futura, te corresponde obedecerlo a él en todo lo que mande y guste —Mendoza levantó su copa y le aventó un beso a su hija desde su lugar.

La joven bajó la mirada y asintió con un poco de nerviosismo por el peso que contenían esas palabras que retumbaban en sus oídos, después miró de reojo a su madre y a su futura suegra, quienes, sin perder la compostura, intentaban respirar con esos apretados corsés y abanicándose cada vez con más velocidad, secaban alguna lágrima que salía de sus ojos. La madre de Juan Alfonso, una mujer regordeta con un lunar grande arriba del labio superior, intentó quitarse con un pañuelo el sudor de su cara y escote, pero, de repente, perdió un poco el equilibrio desde su asiento y trató de reincorporarse al momento con la ayuda del brazo de su esposo, respirando hondamente. Los contrayentes, con miradas avergonzadas y tiernas, se acercaron uno al otro después de la intervención de sus padres. Los novios se levantaron de sus asientos, el novio se hincó en el pasto, abrió una cajita que sacó de su bolsillo derecho de la chaqueta, para colocarle el anillo en el dedo anular izquierdo a su prometida.

—Amada mía, recibe mi corazón en forma de anillo, como prueba del gran amor que siento hacia ti, prometiéndote que nunca faltará nada en nuestro hogar.

La novia se sonrojó e inclinándose le robó un beso en la boca, acto que provocó un impulso en el muchacho para levantarse de golpe, abrazarla y cargarla volviéndose a besar. Los invitados vitoreaban de emoción y la fiesta retomó su curso con la música.

Las cocineras comenzaron a repartir los platillos en la cocina, para que los sirvientes súbitamente los pusieran sobre las mesas a buena temperatura. Los comensales disfrutaban del banquete saboreando la sazón típica de la región. Algunos niños aburridos comenzaron a

jugar con la comida, deseando que los platos desapareciesen de pronto, para irse a jugar de nuevo, lejos de la mirada de los adultos regañones. Itzel terminó su labor en la cocina y salió para revisar que todo se encontrase bien en las mesas, observó de lejos que los niños hacían berrinches para no comer. Sintió una presencia a su alrededor, volteó y se encontró con Canek y Pamawari.

—Te dije que vendría —le dijo a Pamawari emocionada.

—Me la encontré ayudando en el jardín con las flores —comentó Canek con la cabeza baja, moviendo de un lado a otro su pie derecho tímidamente.

—¡Qué bueno, Pamawari!, ven, vamos a jugar, antes de que me llame de nuevo mi mamá. ¿Quieren venir?

—¡Sí! —contestaron entusiasmados los otros niños.

Los invitados, dejando los manteles manchados por el mole y el agua fresca que algunos derramaron, se levantaron en busca de un licor como digestivo, para hacer espacio al estómago y continuar con el dulce sabor de los exquisitos postres. Las nanas de los niños, enfadadas de rogarles para que continuasen comiendo, los dejaron en libertad. Al observar que las madres estaban relajadas de tanto degustar y tomar licores, aprovecharon el descuido para no desperdiciar las sobras que los pequeños dejaron en los platos elegantes. La señora Mendoza llamó a la nana de sus niños para pedirle que fuera a la casa por el collar de perlas, que su esposo le había regalado recientemente y por las prisas había olvidado ponérselo.

—¡Juana!, olvidé el collar de perlas en el tocador de mi habitación, ve y traérmelo.

—Sí, doña, ¿pero y los niños?

—¡Te digo que vayas ahora mismo!



LOS CAMPOS COLORIDOS INVITABAN A LOS PEQUEÑINES a inventar toda clase de juegos. Los niños se entretenían entre el clásico juego de las escondidas, el jugueteo con los animales que se encontraban a su paso, la amenaza de los piratas imaginarios que hacían presencia en sus mentes y el combate con espadas de madera para rescatar a las pequeñas doncellas en peligro. De repente, se escuchó el grito de un niño a lo lejos:

—¡Encontré el dorado!

Los niños corrieron en su búsqueda para admirar el lugar imaginario tan anhelado por sus padres: la ciudad de oro, que hasta entonces jamás había sido encontrada. Corriendo y gritando llegaron hasta el lago, construido como presa para abastecer de agua a los plantíos de toda la hacienda. Se encaminaron hasta un pequeño muelle donde había una casa de madera, que terminó siendo una casita de muñecas, para tomar el té y los turrones preparados imaginariamente por las niñas, que mecían entre sus brazos aquellos bebés de madera y trapo.

Los niños, ya un poco cansados de tanto imaginar, comenzaron a lanzar piedras a modo de competencia. Hasta que un niño de carácter malicioso y egoísta le quitó la muñeca a Esperanza, de tres años, hermana de Clara, y la lanzó al lago con fuerza. La niña comenzó a llorar sin saber qué hacer. Santiago, hermano de Juan Alfonso, de nueve años, molesto con el niño impertinente, fue a buscar alguna rama larga y fuerte para alcanzar la muñeca; entre tanto, Rodrigo, de siete años, hermano de Esperanza, enojado, le gritaba y reclamaba al niño empujándolo. Fue en busca de la canoa

que no había sido guardada, para ir a rescatar la muñeca de su hermanita que no paraba de llorar.

La canoa estaba semiatada a un pilote de madera, así que fue fácil para Rodrigo desatarla y subirse a ella para ir en busca de la muñeca en peligro. Se acercó remando como pudo y logró con mucho esfuerzo sacarla del agua con la ayuda de un remo. Itzel y sus amigos, que estaban jugando muy cerca, escucharon a lo lejos el alboroto y corrieron a husmear. De repente, observaron a un niño arriba de la canoa que estaba parado y brincando con la muñeca en la mano, gritando de emoción por el logro de la atrevida hazaña por haberla encontrado; en eso, la canoa comenzó a moverse agitadamente de un lado a otro, debido al balanceo alegre del niño, perdió el equilibrio y cayó al agua. La canoa lo cubrió de pies a cabeza.

Pamawari gritó del susto sin saber qué hacer, quedándose inmóvil. Canek, con un vuelco en el estómago, corrió hacia la fiesta en busca de ayuda. Santiago, que se encontraba cerca de ahí, escuchó despavorido los gritos y se dirigió hacia el muelle, brincando hacia el agua con todo y ropa para ayudar a Rodrigo. Itzel también corrió y se aventó de un clavado. Tomando aire, Santiago e Itzel se zambulleron bajo el agua y nadaron hasta alcanzar al niño. Lo jalaron con fuerza para alejarlo de la canoa y sacarlo a flote. Los demás niños, temerosos y llorando, solo observaban. Santiago e Itzel, los únicos que sabían nadar, lograron sacar su cabeza del agua, pero sin fuerzas suficientes para llevarlo a la orilla o subirlo al muelle. Lo único que hicieron fue nadar hacia los pilotes del muelle y esperar a que alguien con más fuerza llegara para subir a Rodrigo, que estaba desmayado. Itzel y Santiago, desesperados, le hablaban al pequeño, lo trataban de animar golpeando ligeramente sus mejillas, pero no respondía; y a pesar de que el agua estaba tibia,

los niños no dejaban de temblar. Canek llegó al lugar donde se estaba celebrando la fiesta y comenzó a gritar:

—¡El señorito, el señorito! —intentaba gritar con fuerza, pero su garganta se cerraba cada vez más por los nervios.

Nadie lograba escucharlo, la música, la charla, las risas y el baile, impedían que el niño fuera audible e incluso visible. De repente, vio a lo lejos al boticario de la hacienda, don Ignacio, para pedirle ayuda. Estaba con su esposa doña Jesusita. Ambos estaban con sus compadres don Pancho y doña Leonor, platicando parados junto a la pista de baile, y en eso Canek como pudo acercándose a ellos les dijo:

—¡Don, el señorito, por favor!

—Pero ¿qué sucede, Canek? Estás muy pálido.

—En el lago, en el lago, Rodrigo está en el agua.

Sin pensar ni perder más tiempo, corrieron los señores hacia el lago, en tanto que las esposas fueron a buscar a los padres del niño para avisar lo ocurrido. La señora Mendoza, al enterarse, soltó un grito desgarrador:

—¡Noooooooooooo!

Corrió junto a su marido hacia el lugar. Don Ignacio, que era el boticario y médico de la hacienda, en compañía de don Pancho, el encargado de la bodega, llegaron al lugar. Se lanzaron al agua arrebatándoles a los niños el cuerpo débil de Rodrigo. Con la ayuda del padre del niño lo subieron al muelle. Peones e invitados buscaron colaborar en todo momento sin saber cómo ayudar. Don Ignacio lo trató de revivir, una y otra vez a los ojos de todos, pero los labios del niño se tornaban cada vez más de azul violáceo, se quebraban los nervios de la inconsolable madre, a quien los invitados trataban a toda costa de detener para que no se abalanzara sobre el cuerpo del niño, con un llanto desgarrador.

Las hermanas Clara y Esperanza no entendían bien lo que estaba sucediendo. Conforme pasaba el tiempo, el sentimiento de alarma entre los invitados iba en aumento, ellas se encontraban paradas y estupefactas en un solo lugar observando lo sucedido. El cuerpo del niño cambiaba de color conforme pasaban los minutos. Los cabellos húmedos y negros resaltaban sobre su rostro color alabastro. Los esfuerzos del boticario eran cada vez más inútiles. El padre, de un empujón, apartó a don Ignacio del niño y comenzó a tratar de revivirlo por su cuenta con un llanto incontenible, pero sin ningún resultado.

—¡Rodrigo, Rodrigo, por favor, no te vayas, quédate conmigo!

—¡Rodrigo, mi bebé! ¿Por qué, Señor? ¡No! —gritó la madre.



LOS JARDINES SE ENCONTRABAN DESOLADOS, el cielo se había tornado de un color plateado y el viento soplaba con la fuerza suficiente para mover los manteles de las mesas desacomodando todo. Después del fatal suceso, los invitados estaban conmocionados y titubeantes por dejar a sus amigos con la desdicha. A sabiendas del inmenso dolor por el que pasaba la familia, comenzaron a marcharse en sus carruajes elegantes. Un día después retornaron a la hacienda, pero ahora con vestimentas negras que reflejaban el luto y la tristeza. Los mozos y sirvientes, con el alma destrozada, intentaban cumplir con sus encomiendas, preparándolo todo para el velorio.

Itzel, Canek y Pamawari continuaban en el muelle, nunca abandonaron el lugar, a pesar de que el cuerpo de Rodrigo ya había sido trasladado a la casa grande para prepararlo. Transcurrieron varias horas desde lo sucedido, pero seguían sin moverse, sin decir ni una sola palabra, como si la muerte del niño también se hubiese llevado la voz y el alma de los tres niños. La familia Velázquez nunca se retiró, continuaban en la hacienda de los Mendoza dando apoyo moral, sintiendo su dolor como propio. Mandaron a pedir sus ropajes luctuosos. Las dos familias se encontraban en la sala, llorando junto a los candiles de vidrio cortado con velas en su interior que alumbraban la habitación, menos el alma de los ahí presentes.

El padre del niño no podía soportar tanto dolor, pero intentaba ser fuerte para su amada esposa a quien no dejaba sola ni un solo instante. La madre de Rodrigo, que estaba embarazada, no dejaba de llorar. Dolores y Rosario, las cocineras, intentaban calmarla con olores de hierbas e infusiones prescritas por el boticario don Ignacio,

pero parecía no surtir efecto. Clara, sollozando abrazada de su amado, no daba crédito de lo sucedido, y mucho menos en ese día tan esperado por ella. Santiago se encontraba sentado en el suelo en un rincón de la sala con las ropas algo húmedas aún y con las rodillas abrazadas a su cuerpo, culpándose por la muerte de su amigo. Su madre trataba de reanimarlo y levantarlo con palabras de aliento, pero era imposible. Santiago se aferraba a sus piernas, en ese momento era lo único que le reconfortaba, sentía pena por él mismo, buscando la lejanía de las miradas de los demás. La niña Esperanza, sin soltar ni un segundo la muñeca sucia y húmeda que su hermanito había rescatado con gran amor y valor para ella, se acurrucaba en el pecho de su nana Juanita, que para ella y sus hermanos había sido como su segunda madre y nodriza.

En una de las habitaciones de la casa, doña Jesusita y doña Leonor, con la ayuda de otras sirvientes de la hacienda, limpiaban el cuerpo y vestían al niño de gala, con ropas blancas finas. El rostro de Rodrigo se había tornado de un blanco pálido angelical, con el perfil perfecto que lo caracterizaba y sus cabellos negros ligeramente largos en bucles. Le rezaban y le hablaban durante la preparación a modo de ritual religioso, creían que los difuntos todavía escuchaban y su alma seguía vagando por los rincones de su vida pasada. El padre Pascual se preparaba para llevar el rosario, que se rezaba a los difuntos, y de ese modo dar consuelo a la familia y amigos. En la capilla de la hacienda se encontraban algunos peones acomodando flores, velas y paños negros. Los padres de Canek e Itzel caminaron por el muelle encontrándose con sus hijos que estaban sentados en las maderas, acompañados de una niña negrita, Pamawari.

—¿Qué hacen aquí, niños? —preguntó el papá de Canek.

Los niños, sin poder articular ni una sola palabra, solo levantaron los hombros; con sus miradas lo decían todo.

—Vayan a sus casas y prepárense para el velorio —dijo José, el papá de Itzel, con voz triste.

—Pues ya era hora que alguna tragedia les sucediera a estos gachupines —expresó el papá de Canek con aires de indiferencia y frialdad.

—Pero ¿qué dice, Vicente? Lo van a escuchar los niños. Esta tragedia no se le desea a nadie, ni al peor de los enemigos, además, los patrones nos han tratado mejor que en otras haciendas, ellos son más justos —intentaba razonar el papá de Itzel con el hombre.

—¡Pues yo creo que sí se lo merecían! ¿Cuántos no han caído bajo su espada desde la conquista? Una cucharada de su propio chocolate. Todos son iguales. ¿Ya se le olvidó todo lo que nos robaron, las violaciones, las injusticias, asesinatos?

—Sí, pero recuerde que nuestros pueblos también se traicionaron unos con otros, si hubieran unido fuerzas esta conquista quizá nunca hubiese ocurrido. El pasado debe quedarse en el pasado y no podemos juzgar lo sucedido, solo Dios sabe el actuar de nuestros abuelos. Además, hagamos nosotros lo que nos corresponde hacer; usted, Vicente, es incorregible, nunca cambiará, solo espero que algún día no le escuchen hablar de ese modo, porque lo pueden desollar vivo.

—¿Vea? Es a lo que me refiero, el poder que ha ganado esta gente ambiciosa no tendrá fin, no tienen respeto por la tierra, por nada, hasta que no nos levantemos en armas.

El papá de Canek, Vicente, era un hombre maya con problemas de temperamento, cuando podía le gustaba tomar en exceso aguardiente de caña. Para él era una forma de olvidar aquellas cosas de su triste vida, entre ellas, el pasado de su pueblo guerrero que sucumbió a la fuerza española en varias ocasiones, así como la

muerte de su esposa en manos de la viruela negra, después del nacimiento de Canek.

Ya preparado el cuerpo, avisaron a los padres y a familiares que podía comenzar el velorio. De repente, la señora Mendoza, mamá del niño, sintió un dolor insoportable en el vientre, una punzada que no la dejaba respirar, al grado de sentirse desfallecer; tenía siete meses de embarazo.

—Preparen rápido la habitación más cercana, vamos a examinarla. No se preocupe, doña, todo saldrá bien, tenga fe —indicó don Ignacio.

Al examinarla, se dio cuenta que el niño tenía sufrimiento fetal de horas, estaba enredado con el cordón umbilical y quizá había afectado al bebé el mismo sufrimiento de la madre por lo acontecido.

—¡Preparen baldes con agua y mantas! Jesusita, tráigame por favor todo mi instrumental, voy a intervenir de inmediato a la señora, no podemos perder tiempo.

—Don Ignacio, dígame, ¿se van a salvar mi esposa y mi hijo? Haga todo lo que pueda para salvarlos, pero especialmente a mi esposa.

—No se preocupe, haré todo lo que esté a mi alcance, patrón.

—Esposo, no se lleve a Rodrigo a la capilla, quiero que lo velen en el cuarto contiguo, para estar cerca de él.

—Como usted diga, señora mía, no la voy a dejar, aquí estaré con usted.

Claveles blancos por doquier llevados por familiares y amigos adornaban la casa grande y la capilla de gente. El aroma mezclado de flor y velas inundaba la hacienda. Lágrimas y muerte palidecían el ánimo de los ahí presentes. Mientras la madre daba forzosamente a luz a su bebé, su hijo angelical era velado en la habitación contigua.

Itzel, Pamawari y Canek presenciaron de lejos el velorio. Estaban detrás de los familiares y amigos, junto con todos los peones y esclavos de ambas haciendas. Llorando, rezaban el rosario en latín con varias intenciones, pidiendo a Dios por el pronto descanso del niño y por la vida de su madre y su hermanito, que estaba en juego.

De pronto, don Ignacio y Jesusita salieron del cuarto contiguo con el rostro sin expresión por lo sucedido adentro de la habitación.

—¡Ignacio! Dígame, ¿cómo está mi mujer?

—Patrón, su mujer está bien, logró salir adelante, esperemos que dentro de unas horas se restablezca.

—¿Y mi hijo?, ¿cómo se encuentra?

—Lo siento mucho, patrón, hicimos todo por salvarlo, pero ya había sufrido mucho en el vientre de la madre.

Mendoza dio la media vuelta y con la sangre hirviendo buscaba a alguien. Miró a José, el papá de Itzel, y se le acercó preguntando en voz baja:

—José, ¿quién es el encargado de guardar la canoa?

José sintió un escalofrío que le helaba el cuerpo, sin saber qué responder.

—Yo, patrón.

—¿Tienes la osadía de mentirme? ¡Estúpido indio! Es la última vez que te haré la pregunta, ¿quién es el encargado? —gritó y lo abofeteó.

—Jacinto, patrón.

—Dile a Vicente y a Valentín que te ayuden a llevarlo a las caballerizas.

Buscó Mendoza a otros dos peones entre la servidumbre, les ordenó que se llevaran a Juana a las caballerizas. Juana traía en brazos a la niña Esperanza y los peones se la arrebataron con

violencia para dársela a Dolores, la madre de Itzel. La niña Esperanza gritó y pataleó, porque no se quería separar de Juanita. La nana forcejeó y trató de zafarse de la fuerza que ejercían sobre ella los dos hombres.

—¡Por favor, no, yo no hice nada! ¡Déjeme! —gritó Juana desesperadamente.

En eso Itzel preguntó a su madre:

—¿Qué está pasando, *Na´*? ¿Qué tiene el patrón? ¿Por qué se lleva a Juanita y a Jacinto? ¿Y mi *taatáa* por qué va con ellos?

—Será mejor que no preguntes, *paal*.

Pero Itzel no se quedó contenta con la respuesta, en un descuido de su madre salió corriendo para ver a dónde se los habían llevado y qué era lo que les iba a ocurrir. Llegaron a las caballerizas el señor Mendoza acompañado de sus peones y con los indígenas Jacinto y la nana Juanita.

La niña Itzel, guiada por los gritos aterradores de dolor, llegó, sin ser vista, hasta las caballerizas. Horrorizada por lo que sus ojos presenciaban, se los tapaba y se los volvía a descubrir. No daba crédito de lo que pasaba. Una sensación extraña se apoderaba de su cuerpo. Sentía un miedo indescriptible. Era monstruoso y cruel que el castigo llegara a tanto. Observaba a su pobre padre que no podía actuar para defenderlos dada su condición de peón indígena. José, tenía el rostro lleno de indignación y tristeza. Itzel se paralizó. A su corta edad no comprendía lo que sucedía.

—Tengo qué hacer algo —pensaba con la mente que le giraba en imágenes fragmentarias, una tras otra.

Salió corriendo y llorando para avisarle a su mamá lo que ocurría; pensaba que quizá ella podría evitar tan terrible evento.

—¡*Na´* están azotando a Juanita y a Jacinto, ayúdelos, por favor!, ¡venga conmigo!

—*Aal*, ¿qué puedo hacer yo?, es la voluntad del patrón.

—¿Pues a ver si la señorita Clara puede hacer algo?

—*Aal*, pero ¿qué dices? Si hablas, te azotarán a ti también, no digas nada. —Itzel corrió y se acercó a Clara, sabía cuánto quería a Juanita.

—¡Señorita, el patrón está azotando a Juanita y a Jacinto en las caballerizas!

Clara volteó hacia la puerta y corrió soltando el rosario que cayó al piso. Atravesó la hacienda a oscuras.

—¡Papá, deténgase, por favor! Entiendo su dolor, yo también estoy sufriendo. ¿Acaso pretende ocasionarnos más dolor del que ya tenemos? Juanita es como nuestra madre y Jacinto un buen peón. ¡Basta, le digo! Que no entiende que fue un accidente. Nada nos va a regresar a mi hermano, nada, ahora no me la quite a ella, por favor, que es como mi madre —gritaba con voz desgarradora al ver que su padre no se detenía.

Mendoza soltó el fuete. Sus piernas se tambalearon y cayó hincado al piso. Se cubrió la cara con las manos manchadas de sangre y comenzó a llorar desconsoladamente. Su hija lo abrazó, lloraron juntos. Mendoza ya había hecho justicia por su propia mano desollando a los pobres criados, que yacían agonizantes en el piso cubierto de paja.

—¡Ustedes! No se queden mirando y ayúdenme a llevarlos para curarlos. Itzel, ve por lo necesario para curar las heridas —les ordenó Clara a los otros peones.

Clara, llorando, amorosamente ayudó en la curación de Juanita. Sintió como su segunda madre comenzó a despedirse. Percibiendo el dolor de su nana y su cuerpo que temblaba, de repente se escuchó un silbido extraño, era el suspiro de la agonía. Juanita habló en maya. La joven entendió que sus familiares muertos habían llegado

para llevársela. Miró sus ojos y notó que el brillo en ellos había desaparecido.



YA HABÍA PASADO UN MES DE LO SUCEDIDO, aún en la hacienda se sentía el luto. El 31 de octubre de 1799, día dedicado a los niños difuntos, debía haberse decorado un altar con flores y velas para Rodrigo, pero siendo sus padres españoles y por la pena tan grande que les albergaba, se negaron.

Llegó el dos de noviembre, día de muertos, para los mayas la celebración del *hanal pixán*. Los niños Itzel, Pamawari y Canek se sentían entusiasmados por la fiesta donde los muertos, según sus tradiciones, regresarían para convivir con los vivos. Los dueños de la hacienda no estaban de ánimos para esas ceremonias, así que dejaron salir a sus sirvientes al pueblo de Ticul para celebrar, también para que se olvidaran del resentimiento por las muertes de Juanita y Jacinto. Canek e Itzel se metieron a la hacienda de los Velázquez para ir por Pamawari; era una aventura para ellos. Los Velázquez y papás de la niña habían dado su consentimiento para que fuera con sus amigos a la fiesta. Dados los eventos pasados, nadie tenía fuerzas ni ganas de discutir. Ya reunidos los niños con los adultos indígenas, se encaminaron al panteón que se encontraba a las afueras de Ticul.

Flores de *cempoalxóchitl*, claveles, flor de nube y otras flores de colores como blanco, morado y rojo, con su olor inundaban el ambiente junto con el incienso, los platillos típicos predilectos de los difuntos como el *pib*, chocolate caliente, atoles, pan de muerto y dulces de fruta, colocados en platos de barro también engalanaban las tumbas de los parientes. Música prehispánica con tambores y el olor a cera de las velas prendidas por doquier, recibían a vivos y muertos; el ambiente era el ideal para el reencuentro familiar.

Antes del festejo se celebraría una pequeña misa en honor a los difuntos. La iglesia se encontraba adornada con las mismas flores con las que se había engalanado todo el panteón, así como con veladoras, cirios y mantos negros. El señor cura, en su sermón, hizo mención a la importancia de la confesión, la rectitud, el pago de indulgencias y el no practicar ritos paganos ni heréticos, así como el castigo de Dios hacía los hombres en caso de no obedecer los mandamientos.

Los pequeños niños españoles, criollos e indígenas enfadados, unos llorando y otros esperando que se diera la hora de marcharse a jugar, interrumpían la atención de los asistentes, pero aún más la de los padres, que discretamente los callaban para no ser golpeados con una mirada incriminatoria por parte de los monaguillos, o peor aún, la mirada del sacerdote.

Mientras tanto, Itzel y sus amigos estaban distraídos intentando descifrar los mensajes de la basta cantidad de pinturas y esculturas que decoraban la iglesia, las cuales narraban variados pasajes de la biblia a modo de cuento. Al terminar la misa, salieron a empujones hombro con hombro los asistentes sudorosos por el intenso calor. Afuera del templo, donde se hacía escuchar el sonido de las campanadas indicando la hora, se encontraban los hombres indígenas bailando con sus trajes típicos conformados por penachos de plumas en la cabeza, semidesnudos con taparrabos, caracoles, tambores y ocarinas. El baile anunciaba el arribo de las ánimas.

En la plaza también se distinguían los ropajes de las mujeres danzantes, llamados *huipiles,* eran de color blanco con flores. Los niños observaban detenidamente el ajuar de las participantes, peinadas con su cabello recogido y trenzas, así como con flores sostenidas por la oreja derecha. Los hombres, con sombrero y vestidos de blanco, se acercaban y se alejaban hacia ellas bailando al son de la música. Después de los bailables, los ahí presentes se

encaminaban al panteón portando velas blancas, que mostraban el camino a las ánimas en pena. Pamawari e Itzel jugaban a colocarse flores en el cabello como las mujeres danzantes. Ya en el panteón, las historias y leyendas no se hacían esperar. Sentados alrededor de las tumbas de amigos y familiares contaban cuentos para asustar a los oyentes.

—¿Han escuchado alguna vez la leyenda de *Huay Pek,* el "brujo perro"? —exclamó Canek emocionado.

—¡No! Nunca. ¡Vamos cuenta, cuenta! —respondieron las niñas sentadas en la tierra deshojando flores.

—No les cuente chiquillo, se van a asustar —dijo Dolores en tono sarcástico.

—*Na´,* deje que nos cuente, somos valientes y no le tememos a nada —rogaba Itzel a su madre.

—Bueno, pues ahí les va.

Canek les contaba ávidamente la leyenda a sus amigas, y mientras ellas no dejaban de poner los ojos sobre él, sin querer perder ningún detalle de aquella narración ancestral. El niño les platicó que hace muchos años, vivió el brujo Juan Moo en la ciudad de Ticul. Era el mejor brujo de magia en Yucatán. Cuando alguien quería un trabajo, él se convertía en un perro muy grande y negro, en *Huay Pek*, caminaba con dos patas y aullaba. Cuando los gachupines se enteraron del brujo perro, no les creyeron, así que una noche oscura, cuando en el camino de tierra lo único que se veía era la luz de la luna llena, que alumbraba algunas casas de adobe, siguieron a Juan Moo, El perro-brujo, cuatro hombres comandados por un coronel, se escondieron para verlo desde una choza que daba hacia la calle empolvada del cementerio. La casa estaba abandonada, llena de telarañas por doquier. Insectos corrían por el piso, las ratas se paseaban sobre los escasos muebles roídos por el tiempo y el

descuido, buscando cualquier resto de comida. Canek vio como las niñas comenzaron a ponerse nerviosas. Pamawari ya había deshojado varias flores.

Entonces, el niño intentó poner más dramatismo en sus palabras y continuó con su relato. Les contó que la primera noche, los muchachos miedosos temblaban y sudaban sin poder controlar sus nervios. Estaban sentados en el suelo, a un lado de las ventanas rotas y grises esperando cualquier señal del perro brujo. Su imaginación no los dejaba dormir. Cualquier sonido los alertaba. Se movían de un lado a otro por el piso junto a los animales que les hacían compañía. De repente, escucharon varios sonidos en la casa que iban aumentando de poco en poco, después sonidos fuertes. Algo agitó fuertemente el techo que se sentía caer de golpe, lanzándose sobre los soldados, que arrojaron gritos de horror. Canek lanzó un grito que aterró a las niñas, en respuesta gritaron y se abrazaron entre ellas.

—¡Pero qué susto! —comentó Itzel espantada.

El niño continuó diciendo que los hombres habían luchado contra esa fuerza oscura que los envolvía. Sentían agujas en sus cuerpos que les picaban y golpeaban, les arrancaba trozos de piel, era difícil escapar del ataque, su respiración se agitaba cada vez más, hasta que no podían respirar. Las armas que traían servían de escudos, hasta que uno de los hombres se dio cuenta que no se trataba del perro brujo, sino de tres lechuzas enormes que buscaban comida en el piso y estas se les echaban encima escudriñando qué comer. El hombre se rio de ellos y los demás, apenados, comenzaron a golpear con sus armas a las aves demostrando superioridad, hasta que las aves heridas volaron a sus nidos en el techo.

—¡Ah, entonces no era el perro-brujo, eran lechuzas!

—Espera, Itzel, que todavía no terminó la historia.

El niño se paró de su lugar y continuó su relato diciendo que la tercera noche, el coronel, ya fastidiado, intentó ver a lo lejos por una ventana, pero sin ningún resultado; nada, no había nada, así que les ordenó salir a revisar a los alrededores, pero aún sin señales del animal. Entraron a la casa, tomaron sus cosas y decidieron regresar a sus casas creyendo que los habían engañado, que ese cuento era solo inventos de la gente. Bromeando a carcajadas con sus cosas al hombro, salieron de la casa.

De repente, Canek, brincó y dio un rugido nuevamente, asustando a las niñas que gritaron despavoridas.

—¡Aaaaaahhhhhhh! —gritaron las niñas.

—Pero qué malo eres, termina ya la historia —le dijo la mamá de Itzel al niño, mientras sonreía.

Canek reía y se emocionaba al ver la reacción de sus amigas. Describió a un perro muy grande que había saltado de la azotea de la casa y que los cinco hombres dieron media vuelta hacia atrás, intentando sacar su escopeta, pero el perro aullaba y de un solo brinco, estaba en el aire con sus grandes ojos rojos, mostrando los colmillos y dientes afilados. El coronel, asustado, tiró la escopeta al piso, él y sus ayudantes creyeron que se trataba del mismo demonio, pero de repente desapareció en el aire el perro-brujo. Se santiguaron y comenzaron a rezar hincados muertos de miedo, con los pantalones mojados por la impresión. Señaló que tanto fue el pavor de ellos, que a todo el que iba pasando le platicaban, y también cuando regresaron a España seguían contando lo que les sucedió. Él creía que aún se podía ver el perro brujo pasear por los panteones a medianoche, así que les recomendó que tuvieran cuidado al regreso, no fuera que se encontrasen a la bestia, y fue entonces cuando señaló al espacio vacío con los ojos expresivos y emocionado mientras les advertía a sus amigas.

—¡Pero qué susto! —comentó Itzel espantada.

—¡Sí, qué susto! ¡Me gustó tu historia, Canek! Mis abuelos también contaban leyendas de hechiceros, que se convertían en animales —comentó Pamawari con la conmoción de dicha remembranza.



SEMANAS DESPUÉS DE LA FIESTA del día de muertos, en la hacienda se continuaba con el luto por la muerte de Rodrigo. La madre del niño no dejaba la habitación de su hijo, pasaba todo el día en esa recámara, comía y dormía ahí, no tenía ningún motivo para levantarse o bañarse, y mucho menos para lidiar con los problemas habituales de la vida diaria. Desde que iniciaba su día sus criadas todo le hacían, la bañaban, la vestían, le daban de comer en la boca a la fuerza, porque, si fuese por su gusto, no volvería a comer jamás. Su cuerpo, pero sobre todo su alma, se iba consumiendo poco a poco. Su esposo, amoroso y armado de paciencia, la dejaba que hiciera lo que quisiera, sabía que su dolor era muy grande y nada en el mundo haría que su amada recuperara la alegría. Él mismo le llevaba a veces la comida e intentaba hacerla comer, platicaba con ella de todo, pero nada daba resultado.

Clara, su hija, sumergida en sus lecturas diarias, se mantenía ocupada con la preparación del matrimonio y sus clases religiosas para esposas católicas, al grado de que se olvidaba del dolor intencionalmente. Esperanza, la niña de tres años, con su nueva nana, no comprendía por qué su hermano ya no estaba ahí para jugar con ella, o por qué sus padres se mantenían tan ocupados en su dolor, que se olvidaban de que ella existía.

Pero, casualmente, todo tiene repercusiones tarde o temprano. ¿Cómo es que un suceso puede cambiar la vida de muchas personas a la vez? Cuando Don Mendoza creía que todo estaba terminado y que nada podría ir peor, llegó un hombre de la ciudad muy temprano en la mañana, para hacerle una visita. Venía acompañado de diez hombres en carrozas de parte del cabildo. El alguacil quería hacer

ciertas averiguaciones con respecto a la muerte de los dos indígenas, Jacinto y Juana.

—Don, lo busca el alguacil de Mérida, que necesita hablarle —le dijo uno de sus criados.

— Anda, dile que aguarde, lo veo en el despacho.

Nervioso, Mendoza buscó a José y a Vicente para que, armados, hicieran guardia en la entrada de la hacienda con los otros peones. Vicente, el padre de Canek, con la resaca de la noche anterior, se dispuso como pudo a obedecer la orden del hacendado, y José, que estaba en los campos de caña supervisando a los esclavos negros, dejó lo que hacía para cumplir con su cometido. Después, Mendoza buscó a los criollos, entre ellos don Pancho y don Ignacio, para que lo respaldasen en caso de que se lo quisiesen llevar a la fuerza. Sacó de su bolsillo un pañuelo y se enjuagó el sudor de la cara y el cuello, antes de llegar al despacho, donde dos hombres en la puerta custodiaban al alguacil.

El hombre lo esperaba tranquilo y sentado en una de las sillas junto al escritorio elegante de caoba, admirando la colección de libros, estatuillas y relojes del hacendado, mientras se fumaba un habano, que había sacado sin pudor alguno de una de las cajitas cubanas de Mendoza.

—¡Buen día, alguacil! ¿Qué lo trae por aquí? ¿En qué puedo ayudarle? ¿Le ofrezco algo de beber? ¡Rosario! Tráigale agua de horchata al alguacil.

—¡Buen día, don Mendoza! Sí, gracias, le agradezco. Vengo de parte del cabildo, por el asunto de los dos indígenas que murieron la noche misma del fallecimiento de su hijo, mi más sentido pésame para usted y su honorable familia, don.

—¿Y qué quiere saber?

—Pues cómo fueron los hechos, don.

—Los hechos ya los sabe usted. No hay nada nuevo que contar. Y, como usted dice, estamos de luto y no es menester que se nos moleste en momentos como este.

—Lo entiendo, pero es mi trabajo, comprenda usted. Y para no ir más por las ramas, seré claro.

—¡Sí, tenga la amabilidad!

—Usted será investigado por las dos muertes de Jacinto y Juana, será llevado ante la audiencia real en Mérida para comparecer sobre el caso. Por ello necesitamos que nos muestre el lugar donde fueron ejecutados los occisos, para recabar información y pruebas para el juicio.

—¿Juicio? De qué juicio está usted hablando. ¡Por mis cojones que no habrá ningún juicio! Yo soy inocente de cualquier cargo que se me impute, porque yo soy el dueño de esta hacienda, dueño de los indígenas y esclavos negros que hay aquí, yo los compré y no se me puede juzgar por nada, es mi derecho hacer con ellos lo que se me venga en gana, ¿me escuchó? Lo que se me venga en gana. ¡Faltaba más! Así que salgan por donde entraron usted y todos sus compinches, no vuelvan más.

Mendoza agarró una escopeta que tenía ya preparada a un lado de su librero, con la que le apuntó al alguacil sin miramientos. El alguacil, sin ningún aspaviento, continuó tranquilamente sentado fumando el puro con las piernas cruzadas.

—Don, nos conocemos desde hace años, usted sabe que no tengo nada en contra de usted, lo sabe, baje el arma y hablemos. Usted es una persona de entendimiento, comprenda que es mi labor, yo cumplo solo con lo que se me ha encomendado. Mire, déjeme hacer mi trabajo, yo le aseguro que esto es un malentendido y se tiene que solucionar lo antes posible. Tengo a diez hombres esperando afuera, dejemos que hagan su encomienda, pero al final yo soy el

encargado de la investigación, yo podría alterar las pruebas a su favor, ¿le parece? Claro, siempre y cuando se llegue a un acuerdo donde ambas partes salgamos beneficiados, como siempre.

Mendoza bajó su escopeta y comenzó a tranquilizarse, ya su respiración se iba normalizando.

—¿Qué quiere?

—Ah, pues, digamos, ¿cuánto vale para usted su libertad? Todo depende de ello, ¿está usted de acuerdo? Usted ponga el precio —el alguacil con una mano sosteniendo el puro y con la otra se encontraba mirando detenidamente sus uñas mugrosas.

El ambiente se había tornado humoso por el puro prendido. En el despacho se respiraba un aire de tensión y pesadez. La habitación se iluminaba de la luz proveniente del pasillo. Una polilla que salió volando de entre la colección de los libros viejos, se posó en el escritorio frente al alguacil y este de un fuerte manotazo no vaciló en aplastar al insecto.

—Mire, don Mendoza, usted sabe que las acusaciones vienen de más arriba, yo solo cumplo con las órdenes que se me asignan.

—¡Hijo de mil putas! ¿Quién es el que se ha atrevido acusarme? ¿Qué? ¿Acaso no he sido siempre yo él que he ayudado a todos esos mal paridos a tener sus cargos políticos, hinchándose de oro y plata? ¡Ah, gilipollas!

—Cálmese, don, vamos, lo quiero ayudar, dígame. ¿Cómo nos arreglamos?

—¡Dígame nombres!

—Usted sabe que no puedo hacer eso, también yo correría peligro, usted déjemelo a mí que yo me encargo. Con unas cuantas mañas, unos pagos aquí y allá, asunto resuelto. Pero también cuídese de los suyos, quizá tenga algún informante aquí mismo en su finca y aún

usted no lo sabe, recuerde que no se puede confiar de esos indios ladinos.

Las últimas palabras del alguacil taladraron en lo más profundo de sus pensamientos.

—Le mando el pago a su oficina lo antes posible con don Pancho y don Ignacio, pero que nadie sepa para qué está destinado. Tenga por seguro que seré muy generoso, usted sabe que este tipo de encargos los pago muy bien.

—Perfecto, confío en su palabra, don Mendoza. Ahora, si no hay inconveniente, pasaremos a revisar la hacienda. Con su permiso.

—¡Adelante! Pero trate de que sea lo más discreto posible, no quiero que importunen a mi mujer.

—Así lo haremos, con su permiso.

Los hombres del alguacil, ya cansados, terminaron cuando el sol comenzó a ponerse, revisaron cada rincón del terreno en busca de cualquier objeto que pudiera recrear los hechos. Interrogaron a cada una de las personas que estuvieron en aquel momento, también a niños y jóvenes. Por fin se marcharon. Poco a poco se había comenzado a disipar el dolor antes de aquella visita, pero en un solo día se dejó un ambiente que removía el recuerdo y el horror.

Los días en la hacienda cada vez eran más pesados, la desconfianza de Mendoza iba en aumento. El encierro y la tristeza de su esposa se incrementaban. Los criollos, indios y esclavos trabajaban lo mejor posible para no contrariar a sus amos, pero día a día crecían resentimientos. Los niños, en algún momento, aprovechaban para irse a escondidillas a jugar a los cenotes y dejar la amargura de lado.



PAMAWARI E ITZEL LLEGARON ANTES que Canek al cenote. Nadaban y se divertían entre las lianas que colgaban de los extremos del techo perforado por el tiempo y la naturaleza, donde se asomaba el sol y el follaje de los árboles. Peces de colores azul eléctrico, amarillo canario, naranja y negro rosaban la piel de las niñas como jugueteo, éstas reían a carcajadas.

Ambas niñas jugaban a que eran sirenas de mar, los piratas las cazarían y las llevarían presas. Después el juego cambiaba a que eran sacerdotisas del cenote, había que hacer ofrendas y sacrificios a los dioses que estaban enojados. Simulaban que prendían una fogata, bailaban y reían alrededor del fuego imaginario, invocando palabras de origen africano y maya. Con los rostros pintados de rojo y negro, gracias al tizne y las chinchillas aplastadas encontradas entre la tierra, maquillaban con los dedos sus mejillas y frente. Se hacían disfraces con collares de conchas y faldas con hojas grandes tomadas por los árboles a modo de taparrabos. Cuando les daba hambre, robaban la comida de la ofrenda y tomaban el agua de los cocos que habían encontrado antes de llegar al cenote.

De repente, apareció Canek, de pie las veía sin decir palabra.

—¡Canek! Llegaste, ¿desde hace cuánto estas allí? ¡No te vimos! —le preguntó Pamawari.

—Pero ¿qué te sucede? Estás muy raro.

Itzel se sentía extrañada por su comportamiento. Mientras se acercaba más a ellas, se le veían algunos golpes en el rostro y piernas.

—¿Qué te pasó? ¿Quién te hizo eso? —preguntaban las niñas preocupadas.

—Nada, no pasó nada, ¡déjenme! —Canek contestó amargamente.

—¡Dime quién fue para reclamarle, eso no se le hace a un niño! ¿Fue acaso tu padre? —Pamawari le cuestionaba muy enojada.

Una lagrima rodó por el rostro de Canek, pero era un llanto interno, más de impotencia que de dolor físico, era un dolor del alma, de incredulidad. El papá de Canek tomaba aguardiente más de la cuenta últimamente, y por cualquier cosa explotaba sus frustraciones y enojos desahogándolas en Canek. El niño era huérfano de madre, no conocía más cariño femenino que el de sus únicas amigas.

—¡No, déjalo ya, estoy bien! ¿Qué hacían que se veían tan entretenidas? —intentaba persuadirlas Canek.

—Jugando a los sacrificios. ¿Quieres jugar?

Ni Itzel ni mucho menos Pamawari se conformaron con la respuesta, pero sabían que había sido el papá de Canek y por piedad hacía su amigo dejaron de insistir.

—Sí, juguemos —Canek agarró una corona de palma que había en las ofrendas y se la puso sobre la cabeza.

Los niños salieron de la cueva para traer más ofrendas al Dios imaginario, cuando, de pronto, se encontraron en el camino con Santiago, el hermano de Juan Alfonso, el prometido de Clara. Estaba solo y triste, sentado bajo un árbol formando figuras sobre la tierra, parecía que llevaba buen rato sumergido en sus más profundos pensamientos.

—¡Miren, es Santiago! —Pamawari lo señaló—. Pero ¿qué estará haciendo aquí? No se le permite salir de la hacienda solo.

—Háblale, tú que lo conoces más —la alentaba Canek.

—¡No sé! Bueno, está bien.

—Señorito Santiago, disculpe, ¿qué hace por aquí?

—Nada. Huir de esa casa donde todos están locos — sonrió sarcásticamente, subió su mirada y momentáneamente se le olvidó su tristeza.

—¿Y ustedes qué hacen con esos disfraces extraños? Creo que los dementes están en todos lados, jajaja.

Los niños, apenados, se sonrojaron, ya se disponían a marcharse, cuando Santiago los detuvo diciéndoles:

—Lo siento, es que me pareció extraño pero muy divertido. ¿Puedo jugar también? —se levantó Santiago y se acercó a ellos.

Los otros niños se quedaron ahí sorprendidos al escuchar su pedido, nunca habían jugado con un niño español, ellos siempre los habían visto como superiores, y sobre todo Pamawari, que era una esclava, ella estaba para servirle, así que esas palabras las tomaron a modo de una orden.

—Sí, señorito, lo que usted diga —Pamawari agachó la cabeza.

—No, Pamawari, no estamos en la hacienda, no me digas señorito, yo soy un niño como ustedes, aquí estamos solos —Santiago le puso una mano cariñosamente sobre el hombro.

Gritando y saltando, los niños felices dijeron:

—¡Sí! Sin reglas, ni regaños. ¡Sí!

Itzel, emocionada, apresuró a Santiago para buscar algún ropaje y hacer su rito de iniciación, para que así perteneciera a la madre tierra y a su clan colocando una ofrenda para el juego del sacrificio. Santiago, que no entendía mucho de lo que le decía Itzel, obedeció, ya con todos los elementos para el ritual, y entraron a la enorme gruta del cenote. Santiago no podía dejar de admirar ese lugar tan espacial y enigmático, era la primera vez que veía un lugar como

ese, no perdió más tiempo e inmediatamente se quitó sus ropas y se lanzó al agua.

—¡Maravilloso, este lugar es maravilloso! Miren, los peces de colores, la luz que entra por ese orificio del techo —expresó Santiago fascinado por la maravilla que tenía ante sus ojos.

Santiago, impresionado, no podía creer que hubiera encontrado un mundo tan diferente al suyo, estaba extasiado, sin ánimos para volver a la hacienda, ese lugar era el paraíso del que tanto le contaba su madre y el señor cura. A Santiago, a pesar de que vivía tan cerca, no le permitían incursionar por esos lugares. Los niños, extrañados por lo atónito que se encontraba su nuevo amigo, reían cada vez que Santiago se maravillaba por algo.

—Vamos, Santiago, hagamos reverencia a los dioses —le dijo Canek mientras preparaba el ritual.

—¡Sí!

Se colocó su atuendo de plantas, mientras las niñas le pintaron la cara y el pecho, ya Canek acomodaba el altar.

—¡Terminado! Que inicie la ceremonia —gritó Pamawari con alegría.

Prendieron un incienso perteneciente a la mamá de Itzel y lo pasaron alrededor del cuerpo de Santiago. Pamawari, con un huevo traído de la cocina de la hacienda de los Velázquez, se lo frotó por el cuerpo y lo rompió en un platito de barro. Canek, con unas hierbas, frotó el cuerpo de Santiago y le puso las manos sobre la cabeza, diciéndole una oración maya. Santiago se encontraba fascinado con ese ritual, se sentía liberado, conectado con el ser supremo, y con sus nuevos amigos que eran considerados diferentes e inferiores a él. En ese lugar no existían razas ni clases sociales, los niños eran iguales. Al terminar el ritual, Santiago hizo una reverencia al altar y se quitó el escapulario que traía colgado del cuello, lo colocó como

ofrenda en el altar junto con los demás objetos. Terminaron su juego-ritual y emprendieron el camino hacia sus respectivas haciendas, jugando y cantando algunas canciones que Itzel y Pamawari les enseñaban.

—¿Cuándo los volveré a ver? —preguntó Santiago.

—Siempre que tú quieras —Canek contestó feliz.



AL DÍA SIGUIENTE, MUY TEMPRANO EN LA HACIENDA de los Mendoza, se escuchaban las campanadas de la capilla dictando la hora, eran las 5:00 am. La capilla tenía una fachada muy sencilla, en su interior resguardaba un retablo estilo barroco, de columnas salomónicas, lugar sagrado admirado por el cura y también por don Mendoza. Ya los trabajadores se encontraban en sus labores cotidianas, cuando un mensajero del padre Pascual empezó a llamar apresuradamente a los niños y mujeres, para reunirse a las afueras de la capilla.

—El señor cura los solicita lo antes posible a la puerta de la capilla, tiene un mensaje importante para sus hijos.

Todos asistieron con gran interés e incertidumbre. El padre Pascual era un sacerdote delgado, con rostro paciente y poco cabello, tendría unos cuarenta años de edad, con túnicas color café, un cinturón beige que parecía un rosario, sandalias viejas y polvorientas.

—Buen día a todos. Como verán, los he mandado llamar para darles el anuncio de que a partir de mañana será el inicio de la escuela para sus hijos con siete años cumplidos, es muy importante que asistan, quiero decir, es obligatorio, así lo manda la Santa Iglesia católica, donde también se les impartirán las clases de catecismo para ser bautizados, y más adelante cumplirán con la primera comunión.

Itzel escuchaba atentamente el mensaje un poco confuso para ella, no lograba entender qué era eso del bautismo ni la primera comunión. Sus padres nunca le habían hablado de eso.

—Mamá, ¿de qué habla el padre Pascual? —Itzel le jalaba el huipil a su madre.

—Estese quieta, niña, deje oír.

Itzel se acercó a doña Leonor, que también llevaba a sus hijos.

—Doña, ¿qué es el bautismo?

—Es un ritual de la Iglesia, donde, gracias al agua que te ponen en la cabeza, te convertirás en hija de Dios y llevarás otro nombre, un nombre católico. —Itzel aún no comprendía, entonces le surgieron más preguntas.

—Pero si yo ya soy hija de Dios. Ya tengo un nombre, no quiero otro.

—Ya te lo explicará el señor cura, mi niña.

Itzel se acercó a Canek y le preguntó:

—¿Tú sabes qué es la primera comunión?

—No, pero me dijeron que es cuando comemos la carne y la sangre de Jesús.

—Ah, como los rituales de nuestros ancestros.

—Sí, creo que algo así, Itzel. Nos comeremos la carne de Jesús.

—¡Pues no quiero comer eso!

—Yo tampoco. ¿Sabes? Tú y yo seremos compañeros, ya quiero que sea de mañana.

—¿También nos van a enseñar a escribir? Creí que solo era para los blancos.

—Sí, eso era antes.

—Yo también quiero venir mañana, quiero leer muchos cuentos.

Esa noche, Itzel no podía dormir de la emoción, de imaginar lo que le esperaría en su primer día de escuela. Daba vueltas en su hamaca de un lado a otro. Miraba la luz que se colaba por la ventana

observando por largo tiempo la luna y las estrellas. Un pequeño sonido de un grillo rompía el silencio de la noche, una ligera llovizna bañaba el vidrio de la ventana y los campos alrededor de su casa; después de tantos intentos, por fin logró conciliar el sueño.

A la mañana siguiente se escuchaba el canto del gallo y las fuertes campanadas de la iglesia, anunciando la hora de ir a trabajar. Itzel se levantó despabilada, desayunó cualquier cosa rápido, se bañó, y apresuraba a sus padres para salir de su casa lo antes posible.

—Espere, mi niña, que se me olvidan las herramientas —la detuvo el papá de Itzel antes de salir.

—Ándele que ya quiero llegar, no quiero que Canek me gane el mejor lugar.

—Tome, llévese una fruta por si le da hambre —le dijo su mamá.

Todos los niños emocionados aguardaban afuera de la capilla de la hacienda, esperando indicaciones. Los sacerdotes y el cura Pascual organizaban a los niños por salones, invitándolos a entrar en un apartado de atrás de la capilla. Había un jardín cuadrado en medio, con una fuente y rosales; alrededor, unas columnatas que daban hacia los salones, la cocina y algunas habitaciones de los sacerdotes. Los niños, ya sentados, escuchaban atentamente al profesor religioso quien impartía esa materia.

—Dios creó en siete días el mundo. El primer día creo los cielos y la tierra. Había tinieblas y Dios se movía sobre la faz de las aguas; y por ello Dios dijo: "hágase la luz", y la luz se hizo. Dios vio que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas, y así Dios llamó día a la luz y noche a las tinieblas. El segundo día, Dios separó las aguas de la tierra, y a la parte seca la llamó tierra y a las aguas, mares.

Y así, por un lapso de dos horas, el profesor contaba a los niños el génesis, pero Itzel y Canek entendían lo que podían, aun así, ellos, interesados y admirados, escuchaban platicar atentamente al culto

sacerdote acerca de los pasajes de la biblia. Itzel, en un momento de confianza, decidió interrumpir al religioso.

—Disculpe, profesor.

—Sí, hable. ¿Cómo es que se llama usted?

—Itzel.

—¿Pero qué nombre es ese? ¡indios al fin!

Y los niños divertidos soltaron una carcajada por el comentario del profesor. Itzel se ruborizó.

—Vamos, hable, no sea tímida.

—Quiero saber, ¿quién es el padre de Dios?

—¡Blasfemia! Eso es un misterio y es un pecado cuestionar el poder de Dios Padre. Nunca más vuelva a cuestionar a Dios. Niña imprudente. Venga acá. —La niña se levantó temerosa y caminó hacía el frente.

—Muéstreme sus manos.

Itzel se las mostró sorprendida y el profesor sacó una vara de su escritorio y le dio fuertemente un golpe. La niña lloraba del dolor y de incredulidad. Los demás niños, callados, observaban el castigo. Canek no podía creer que, por hacer una pregunta, a su amiga se le castigara de ese modo y se dijo para sí mismo —vaya primer día de clase, lo que nos espera.

—Esto es una lección para todos vosotros. Jamás se deben cuestionar las Sagradas Escrituras. Está prohibido.

Al finalizar la clase salieron del salón para tomar un pequeño receso. Algunos niños se sentían desilusionados. Creían Itzel y Canek que no podía ir peor el día. Juntos intentaban jugar con otros niños y olvidar el incidente.

Ya pasada media hora, continuaban con la segunda clase. El sacerdote franciscano, al que le llamaban padre Sandoval, entró al

aula y les pidió mover todas las sillas para ponerlas en un círculo, y así poder interactuar más fluido con sus alumnos.

—Buen día. ¿Por qué tienen esas caras largas? ¿Acaso no fue de su agrado la primera clase? Veamos, comenzaremos con las vocales. ¿Alguien de ustedes sabe cuáles son? —soltó una pequeña carcajada mirando la inocencia de los niños.

Las comenzó a dibujar en un pizarrón. Cada letra tenía a un lado algún objeto relacionado con la primera vocal del nombre, por ejemplo, árbol, que comenzaba con la "A", la dibujó con un árbol a un lado. Pero ya ningún niño quiso participar después de lo ocurrido con Itzel. El profesor se percató de que algo había sucedido, e intentó ganarse la confianza de los niños con juegos. Sabía muy bien las técnicas utilizadas por su colega y no le era extraño imaginar que había utilizado sus métodos crueles con los pequeños.

Los niños, poco a poco, comenzaron a relajarse y a jugar con el padre Sandoval, tratando de olvidar el suceso desagradable antes acontecido. El profesor repartió a los niños unos libritos, que eran el catecismo, explicado con dibujos; los diez mandamientos bíblicos y los diez mandamientos eclesiásticos, hechos por monjes y traídos directamente desde España.

—Es menester que os aprendáis de memoria lo aquí explicado. Lo preguntaré de poco en poco, así que estúdienlo.

Terminando las clases, Canek e Itzel continuaban con sus labores en la hacienda. Él se dispuso a ir a los campos de caña, ella a la cocina de la casa grande.



CLARA LLEGÓ EMOCIONADA CON SU AJUAR de novia dispuesta a enseñárselo a su familia. La boda se efectuaría dentro de poco tiempo. Los nuevos preparativos estaban a cargo de la servidumbre de ambas haciendas, en esta ocasión, y dadas las circunstancias del luto que aún atravesaba la familia Mendoza, la fiesta sería algo íntimo y sencillo.

Esperanza y su nana jugaban en el piso del pórtico con sus muñecas, mientras su madre, quien poco a poco se restablecía de la tristeza, estaba sentada con su bata blanca de noche en la sala campestre donde observaba a la pequeña, tomando el té con unos turrones y un arreglo de flores frescas recién cortadas del jardín.

Clara subió las escaleras con la emoción en el estómago, les mostró el vestido de novia blanco de encaje y raso, la mantilla y los zapatos recién llegados de España.

—¡Madre, mire qué exquisitez! Me los ha mandado la tía Asunción desde Sevilla. Iré a probármelo, venga conmigo para que me dé el visto bueno. Venga, venga que acá la espero, no demore.

—Hija mía, no estoy de buen ánimo, pero pruébeselo, seguro le quedará pintadito.

—Madre, quiero que se anime con mi matrimonio, ayúdeme con los preparativos, sé que le hará mucho bien, necesito de su buen gusto para organizar la hacienda y el banquete.

La señora Mendoza hizo el gran esfuerzo por complacer a Clara. Entre tanto, el papá de Clara salió de su elegante oficina con cara de preocupación topándose con ella.

—Padre, por fin ha llegado mi ajuar para el matrimonio. ¿Quiere que se lo muestre?

—Hijita, en otra ocasión, tengo diligencias que resolver en la ciudad, salgo ahora mismo para Mérida.

—¿Ahora? ¿No puede resolver sus asuntos don Ignacio o don Pancho?

—No, tengo que presentarme personalmente, ellos solamente me acompañarán.

La señora Mendoza y Clara no tenían ninguna idea de lo que ocurría con él, últimamente se encontraba metido en su biblioteca recibiendo gente de todas partes o llenando y acomodando papeles de mala gana.

—Bueno, por lo menos espero que asista a mi matrimonio —contestó sarcásticamente su hija cruzándose de brazos.

Las besó a ambas en la frente con un suspiro. Las observaba alejarse tristemente, pensando que quizá para esas fechas, él se encontraría rindiendo cuentas de los homicidios frente al oidor del juzgado. Por detrás de ellas pasó Esperanza con su nana. Mendoza la levantó en brazos, la besó y le hizo algunas cosquillas en su panza; Esperanza sonrió al mismo tiempo que lo besó en su mejilla dándole la muñeca sucia, que Rodrigo, su hermano difunto, había salvado para ella. A Mendoza se le inundaron los ojos de lágrimas y la tomó como un presente de su hijo, un amuleto de la buena suerte que lo acompañaría. En seguida se marchó con sus acompañantes.

—¡Dolores! —gritó Clara con voz de mandato.

—Mande usted, señorita —Dolores contestó sin mirarla a los ojos como era costumbre de indios y esclavos.

—Llévanos unos rompopes a mi habitación y algunas confituras para Esperanza, también háblale a doña Socorro para que venga a

hacer los ajustes pertinentes al ajuar —Clara le ordenaba con voz firme y voluntariosa.

—Sí, señorita Clara, ahorita se la mando —Dolores salió apresurada de la habitación.

Dolores entró en la cocina y le ordenó a Itzel que llevara el encargo a la habitación de Clara. Era la primera vez que a Itzel se le encomendaba atender a los señores.

—Mamá, pero yo nunca les he servido.

—Pues ya es hora de que aprenda a servir, tiene edad para hacerlo, así va repasando nuevos menesteres y se hace mujercita.

Itzel, nerviosa, preparó la bandeja y la acomodó como le dijo su madre, le sacó más brillo a cada uno de los cubiertos y sirvió los dulces y bebidas. Lentamente, la niña caminó por el pasillo que conducía a la habitación de Clara; la bandeja le temblaba un poco por lo grande y pesada que era para su tamaño, además de los nervios de servir por primera vez a sus amos. Llegó hasta la puerta y se detuvo.

—Doñita, aquí les traigo lo que le encargaron a mi madre.

—Pasa, pasa —dijo Clara, abanicándose.

La mamá de Clara y la niña Esperanza se encontraban sobre la cama con sábanas de seda. Clara parada sobre un banquillo modelando el vestido de novia, y Socorro, haciéndole los ajustes pertinentes como bordándole puntas de encaje, perlas e hilo de plata y oro al vestido. A Clara le hacía mucha ilusión portar un vestido de novia nuevo en lugar del heredado por su madre o su abuela, era todo un lujo para la joven, y más si se trataba de bordarlo con piedras preciosas. Pensaba en la envidia que ocasionaría su vestido entre las jóvenes casaderas de la sociedad.

Itzel caminó dirigiéndose a una mesita de caoba que se encontraba en el medio de la habitación, se encontró distraída y deslumbrada

observando el exquisito vestido blanco de Clara. En su vida había visto algo semejante, pero el tapete persa que se encontraba debajo de la mesa estaba ligeramente levantado por la parte de en medio y su pequeño pie se introdujo entre la alfombra y el suelo, tropezándose con la bandeja entre las manos. Afortunadamente, sólo fue un tropezón, logró dejar intacta la bandeja en la mesa. La niña Esperanza soltó una pequeña risita traviesa, pero Clara exclamó:

—¡Madre mía! ¡Pero qué torpe! Mamá, ¿cómo es que Dolores manda a su hija en vez de servirnos ella misma? Pudo haberme echado encima la bandeja, y yo con el ajuar puesto. ¡Pero qué barbaridad! A ver si para la próxima tienes más cuidado, niñata.

—Dispénseme, me tropecé —Itzel nerviosa le contestó.

—¡Joder, niñata!, habla solo cuando se te permita y no me mires a los ojos. ¡Pero qué insolente es! Fuera de mi vista, ¡ahora!

—Itzel, pásame un dulce para Esperanza —le pidió la señora Mendoza a la niña tranquilamente, ignorando el berrinche de su hija casadera.

Pero la niña nerviosa ya no escuchaba lo que le decían, su corazón palpitaba fuertemente y sus manos le temblaban. Sintió como si se detuviera el tiempo, la habitación se hacía cada vez más pequeña y todo giraba a su alrededor.

—Itzel, el costurero —le dijo Socorro.

—¡Itzel, Itzel! Atiéndeme —le gritó Clara.

Itzel, aturdida, habló:

—¿Qué?

—¡No se dice qué, se dice mande usted! ¡Hostias! Y por última vez, que no me mires a los ojos, te he dicho. Anda, Socorro, después continuamos con los ajustes, llévate a esta niñata insolente de aquí,

ahora mismo —Clara gritaba furiosa con tono reprensible y mirada fulminante.

Itzel llegó triste con su madre y le pidió que no le volviera a encomendar servir a las señoras de la casa, ella prefería quedarse en la cocina y ayudar en otras tareas, menos esa. Dolores la abrazó y le pidió paciencia, le explicó que poco a poco aprendería, pero la niña se sintió apesadumbrada lo que quedaba del día.



MENDOZA, DON PANCHO Y DON IGNACIO, acompañados de algunos peones, llegaron a Mérida. Era de noche, terminaba de caer una ligera llovizna en la cuidad. El sonido de los carruajes sobre las callejuelas de piedra mojada retumbaba en los oídos de los transeúntes, así como los relinchos de los caballos y el murmullo de las personas, que alegremente salían de las tabernas con unas cuantas copas de más, abrazados de alguna dama de compañía nocturna. Los faroles alumbraban ligeramente el camino, gracias al sereno que acababa de prender los candiles de las calles principales. Por el nerviosismo y costumbre, la vista de Mendoza pasaba por alto las bellas edificaciones de la ciudad, pero Ignacio y Pancho observaban con gran asombro esos edificios altos y amontonados, así como la catedral barroca de Mérida que al doblar la calle aparecía ante sus ojos.

El cochero condujo a los señores hasta arribar a la hacienda más lujosa de la ciudad, propiedad de su amigo el marqués de Zaragoza, un español venido hacía muy poco a Nueva España. Allí se hospedaría el caballero Mendoza, recién llegado de la hacienda. La casa principal estaba rodeada de preciosos jardines y fuentes. Su fachada estaba pintada de color tinto, se podían apreciar los arcos, las tapias con enredaderas y los corredores en la entrada. Tenía una gran escalinata a la entrada donde aguardaban los sirvientes criollos. Mendoza saludó a su amigo que lo esperaba con ansia, Pancho e Ignacio se despedían de momento, para registrarse en un mesón modesto de la ciudad.

—Vamos, Pancho, Ignacio, háganos la cortesía de acompañarnos esta noche —expresó el marqués mientras los invitaba a pasar.

—Sí, de favor. Que necesito relajarme antes de la comparecencia de mañana —clamoreó Mendoza.

—Iremos a la casa de comedias, ¿vale? Me han dicho que se está presentando *"El Lazarillo de Tormes"*—le sugirió el marqués a su amigo.

—Don Mendoza, sólo tenga presente que tenemos que estar frente al oidor mañana a primera hora, no se olvide —le recordó don Ignacio.

Don Pancho soltó su característica carcajada y dijo alegre:

—Sólo esperemos que el pulque y los naipes no se le atraviesen por enfrente, don Mendoza, suelen ser malas compañías lejos del hogar.

—¡Jolines, Pancho, no seas aguafiestas! Qué va a decir nuestro anfitrión, que suelo ser de malas mañas, recuerda que quizá sea la última noche que podré disfrutar mi libertad —Mendoza se expresó con una gran carcajada.

Los criollos Ignacio y Pancho se miraron de manera particular pensando en las influencias y el poder de Mendoza, así como un poco incrédulos de que se hiciera justicia a Juana y Jacinto. Los peones se hospedaron en una posada humilde del centro de la ciudad, disfrutando de la alegría que la noche les ofrecía. Instalados en sus mesones, se quedaron en sus respectivos cuartos para descansar y prepararse con trajes de gala para acudir al teatro. Los trajes que portarían ellos eran como los de todos los criollos, modestos, remendados y heredados por sus padres.

Llegó la hora de que los caballeros regresaran a la mansión, en busca del marqués de Zaragoza y de su patrón. Mientras iban en camino en el carruaje con el que recogerían a Mendoza, sostuvieron una pequeña charla.

—Ignacio, no entiendo cómo es que el patrón está de ánimo para ir a ver esa obra, si va en contra de la ideología de los españoles.

—Ni yo lo comprendo, compadre. Además, ¿no se supone que la Santa Inquisición, desde hace algunos ayeres, tiene prohibida esa novela, incluyéndola como uno de los libros prohibidos?

—Pues ya ve, compadre, lo más prohibido es lo más deseado. También tenga en consideración que los gachupines son de doble moral y, lejos de la justicia real, gozan de ciertas libertades y autonomías. Sus bibliotecas están repletas de libros prohibidos de ciencias, novelas de amores y comedias, mientras que los libros devotos los tienen escasos y arrumados, incluyendo en las bibliotecas de monjas y curas.

—Así es, Pancho, hasta la misma Inquisición ha ido a las haciendas y quintas para apoderarse de esos libros y confiscarlos por estar en contra de sus doctrinas, y terminan en los estantes del prior. Pero la ciencia y el conocimiento son temas que, aunque la Iglesia no las apruebe, se sabe bien que son necesarios para el hombre.

Una vez que llegaron a la mansión del marqués, los cuatro caballeros se fueron al teatro. Cuando subían a la zona de los palcos donde estaba la alta sociedad, un caballero les negó la entrada a Pancho e Ignacio.

—Disculpen, caballeros, las butacas para la clase criolla se encuentran en la parte central del teatro. Vengan, los acompañaré.

—No hace falta, distinguido caballero, dejadles que vienen con nosotros, son nuestros invitados —explicó el marqués.

—Una disculpa, señor marqués, adelante, siéntanse cómodos.

Se acomodaron en sus butacas mientras esperaban la función. El marqués sacó unos binoculares antiguos, grabados en plata de la mejor calidad, heredados de su padre. Mendoza substrajo una cajita color tinto de su bolsillo donde guardaba unos binoculares franceses

realizados en bronce. Pancho e Ignacio se conformaron en desempolvar sus antiguos y viejos impertinentes, unas gafas con lentes cuadradas plegables que colgaban de una cadena. El teatro se encontraba con un lleno total, como últimamente se veía en las funciones de la zarzuela.

Pancho e Ignacio se dieron cuenta que la historia que estaban viendo tenía una relación con sus vidas, porque ese niño pobre español llamado Lázaro era huérfano de padre como ellos. El niño vivía con su madre y su hermanito, pero a causa de la pobreza decidió acompañar, en calidad de mozo, a un anciano ciego en su travesía por los pueblos vecinos para pedir limosna y así sobrevivir. En sus aventuras conoció, además del ciego, a diferentes personajes como un clérigo, un hidalgo y un vendedor de bulas que le enseñan a forjar su carácter valiéndose de su astucia y sagacidad. Irónicamente, la historia española dejaba como moraleja el servicio a los demás, la piedad hacia los hambrientos y a los más desprotegidos.

El marqués de Zaragoza y Mendoza, después de dos horas en la zarzuela, salieron muy satisfechos con las actuaciones de los presentadores y platicaron unos minutos sobre la historia. Los asistentes, jubilosos, se dispusieron a tomar unos tragos después de la comedia, y seguir la noche en algún bar o en casa de alguno de los acompañantes, por lo que el marqués les hizo la atenta invitación:

—Caballeros. ¿Les apetece que vayamos a un bar? Conozco el mejor de la ciudad —dijo el Marqués muy animado.

—¡Vale, amigo mío! Que la noche es larga —expresó con ímpetu Mendoza.

—Nosotros aquí nos despedimos, patrón, mañana pasamos por usted a primera hora, no se le olvide —dijo Ignacio.

—¡Vale! Que descansen, o que aprovechen la noche, como mejor les venga en gana, jajaja —Mendoza alegre les dio unas palmadas en la espalda despidiéndose.

Ignacio y Pancho, al alejarse por la calle empedrada, con asombro comentaron:

—Compadre, ¿cómo es posible que después de ver las enseñanzas del *Lazarillo de Tormes*, los hombres que presenciaron la comedia igual que nosotros no sintiesen ningún remordimiento por las miserias de nuestros pobres? —Pancho comentó con sentimiento de amargura y pesar.

—Así es, compadre, mejor se lamentan más por los españoles en desgracia de su amada España, que por los desgraciados hambrientos que pasan diariamente frente a sus ojos, a quienes miran con desdén y desprecio.

Ignacio y Pancho eran personas letradas, les seducía leer los libros novedosos que podían conseguir, ya fuera en la hacienda o que algún amigo artista o filósofo les traía del viejo mundo; de igual manera, leían a diario las novedades en los periódicos clandestinos. Lo que los unía a ambos era su interés por la política y los problemas sociales.



EN LA MAÑANA, PANCHO E IGNACIO ESTABAN en la sala del recibidor de la casa del marqués esperando a Mendoza. Se escuchaban los cantos de varios pájaros que se hallaban en una jaula blanca en el patio contiguo a donde se encontraban ellos. Imprevistamente, vieron, desde una de las ventanas que daba al patio, a un niño que salió de una de las habitaciones enojado porque su madre lo había reprendido. El niño regordete abrió la jaula, tomó uno de los pajaritos y, en cuestión de segundos, le torció el pescuezo. Abrió de nuevo la jaula, lo dejó dentro nuevamente y se marchó. Ignacio y Pancho se quedaron atónitos, se miraron. Pancho rompió el silencio.

—Espero que esto no sea de mal augurio.

—Esperemos que no, compadre.

La madre del niño que iba pasando por un lado de la jaula, gritó de susto al ver muerto a uno de sus pájaros predilectos.

—¡Orden en la sala! —se escuchó el golpe del mazo del señor oidor en la audiencia.

—¡De pie! La sesión se da por iniciada.

Mendoza se encontraba parado delante de una silla en medio de la mitad de la sala. Nervioso, con el corazón en la garganta, las gotas de sudor le recorrían lentamente la frente y el cuello. Aquel día, el calor era más endemoniado. Mendoza sentía que el infierno, del que durante toda su vida había oído hablar, estaría por desatarse frente a sus ojos en cumplimiento de la ley terrenal. Era la primera vez que experimentaba una situación como aquella. Él, en su plena convicción de inocente, creía que estaba en su derecho de castigar a

sus sirvientes indígenas, que las leyes españolas y compadrazgos lo protegerían, pero algo podría salir mal.

En el tribunal se encontraban las sillas de madera de roble, donde estaba sentado el oidor vestido con su característica toga de color negro con peluca blanca, y sus anteojos a media nariz que le tapaban un poco la edad avanzada que tenía. Leía el caso en sus escritos y hacía pequeñas anotaciones con pluma y tintero que, de vez en cuando, torpemente, manchaba las hojas a causa de la escasa luz que entraba por las pequeñas ventanas que se encontraban en lo alto de los muros.

El abogado de Mendoza era un viejo amigo de la familia, hombre de avanzada edad, con su rostro abotagado.

—Reconociendo el poder de nuestra majestad, y por el poder que se me ha conferido en representación suya, doy inicio a este litigio, por el cual se le ha solicitado comparecer al señor hacendado don Rodrigo Mendoza Montes de Oca, nacido en Sevilla, España, en el año de 1765, y venido a la Nueva España, a la ciudad de Mérida, Yucatán, en el año de 1780. Hombre casado con María Angélica de la Luz Alcázar Gallegos de Mendoza, quienes cuentan ahora con dos hijas vivas. Señor fiscal, ¿de qué se le acusa a este hombre? Le cedo la palabra —expresó el oidor con rostro petulante y un tanto aburrido.

—Sí, su señoría. Se le acusa que el día 25 de septiembre del presente año 1799, en la hacienda Mendoza, que es actualmente propiedad del mismo, se efectuaron dos linchamientos en las caballerizas, para ser exactos, a la señora Juana de Mendoza y al señor Jacinto de Mendoza, hombres indígenas, a manos de su patrón, el señor Rodrigo Mendoza de Montes de Oca, los cuales perdieron la vida horas más tarde debido al linchamiento antes mencionado. Pedimos justicia para los occisos, para la familia y la comunidad indígena a la que pertenecían mientras vida tenían. Se le

acusa por haber violado una de las leyes más sagradas del derecho natural y de la Santa Iglesia católica, apostólica y romana, uno de los diez principales mandamientos, el de no matarás —dijo el fiscal, seguro de que ganaría el caso sin ningún titubeo.

—¿La defensa qué tiene que decir al respecto? Se le concede la palabra.

—Gracias, su señoría. En vista de cómo sucedieron los hechos ya sabidos y expuestos en este tribunal, en defensa se puede decir que el aquí acusado estaba en su derecho de actuar como lo hizo, ya que el linchamiento se dio debido al descuido de las labores designadas por parte de ambos sirvientes, que llevaron lamentablemente al fallecimiento de su hijo de cinco años Rodrigo Mendoza de Arriaga, accidentalmente ahogado en la presa de la misma hacienda, ya mencionada, y por encontrarse estos a su permanente servicio y en sus territorios. Recuerde que la causa de la causa es causa de lo causado. El señor alguacil acudió con sus hombres para recabar pruebas de lo acontecido, pero no se encontró ninguna prueba en concreto que pudiera llevarlos a algún otro homicidio, todo apunta que fue involuntario, que solamente el linchamiento era a modo de reprimenda por el descuido de los sirvientes y no intencionalmente —señaló la defensa.

—¡Accidentalmente! Usted lo acaba de decir, la muerte del niño fue accidental, no tenía por qué matarlos, señor oidor, si él no los hubiese castigado con tal brutalidad, no estaríamos aquí —interrumpió el fiscal cínicamente.

—¡Ha lugar, señor fiscal, o me veré en la necesidad de amonestarlo! Prosiga su alegato, defensor —dijo el oidor golpeando el mazo fuertemente.

—Le agradezco, señor oidor. Como verá, tenemos testigos de lo ocurrido. Están convidados a comparecer todos los invitados y

sirvientes de la fiesta, que tuvo celebración ese día con motivo del pedimento en matrimonio de la hija mayor del señor Diego Mendoza —indicó el defensor.

—¿Está usted hablando en serio? ¿Pretende que cada uno de todos los invitados vengan a testificar? ¿Por quién me toma usted? —preguntó el oidor en tono sarcástico.

—Una disculpa, señor oidor, no pretendía…

—Ni lo mencione. Su pedimento queda denegado. Cedo ahora la palabra al señor fiscal. ¿Qué tiene que decir en contra de este honorable señor? Y hable rápidamente que no tenemos todo el día. ¿Con qué pruebas cuenta usted? —cuestionó inquisitoriamente el señor oidor al fiscal.

—Con los mismos testigos que cuenta la defensa, todos los ahí presentes saben que el señor Mendoza mató a esas dos personas indefensas a latigazos —alegó el fiscal.

—Son conjeturas nada más, señor oidor —interrumpió la defensa.

—¡Ha lugar, he dicho! O me veré en la necesidad de suspender la audiencia. Prosiga, señor fiscal.

—Gracias, señor oidor. Como la defensa lo mencionó anteriormente, el alguacil visitó la hacienda Mendoza para recabar pruebas que pudiesen aportar a este caso y, según el alguacil y la defensa, no se encontró prueba alguna que incriminase a este señor. Pero, tengo en mi poder el látigo con el que Juana y Jacinto Mendoza fueron torturados esa misma noche. Aquí lo tiene —sacó el fiscal, de un saco, el arma que tanto daño les hizo a los sirvientes.

Un sonido de admiración proveniente de los que presenciaban el juicio ensordeció el ambiente férreo.

—Defensa. ¿Qué tiene que decir al respecto? —preguntó el oidor en tono de molestia.

—Verá, señor oidor, no se ha negado en ningún momento que el aquí acusado, en su calidad de patrón, haya castigado a sus esclavos. Los occisos murieron por los ineficientes cuidados de las heridas, mas no por la reprimenda.

—¡Objeción, su señoría! ¡Murieron a causa de los latigazos que Mendoza les propinó! —gritó fuertemente el fiscal.

—¡Denegada! ¡Prosiga la defensa!

—En efecto, como decía, Jacinto y Juana murieron horas después de los azotes, no en el momento, no a manos del señor Mendoza, si hubiese sido el caso, entonces estaríamos hablando realmente de un homicidio intencional, lo cual no fue así. Por lo tanto, mi cliente es inocente.

Los familiares de las víctimas, al escuchar esas palabras, se estremecían de impotencia, algunas mujeres lloraban dolorosamente en silencio.

El juicio continuó por dos horas más de alegatos. El juez levantó la sesión y la dio por suspendida, hasta la siguiente semana, para dar el veredicto. Mendoza tenía que esperar para saber lo que iba a suceder. Una semana de espera le pareció una eternidad. Mientras tanto, Mendoza y sus acompañantes, por orden del oidor, tendrían que quedarse en la ciudad para esperar la siguiente audiencia.



ITZEL Y CANEK CONTINUABAN CON sus lecciones matutinas y por la tarde con sus labores en la hacienda. Ahora, con tanto quehacer, no les daba tiempo de ir a jugar al cenote con Santiago y Pamawari, pues debían esperar que llegara el fin de semana, donde las haciendas se encontraban más tranquilas, tiempo que les parecía una eternidad.

Por fin llegó el sábado. Los niños se dispusieron alegremente en terminar rápido sus encargos. Santiago y Pamawari ya los esperaban en el lugar y la hora indicada como de costumbre. Mientras Itzel y Canek tomaban el sendero que conducía al cenote sagrado, escucharon los llantos de una niña más grandecita que ellos, tenía diez años. La vieron a lo lejos llorando a un lado de un riachuelo. Tenía el cabello color castaño claro con un enorme moño color tinto, y ojos oscuros que se habían tornado rojizos por tanto llorar. Su piel era de tez blanca, con las mejillas rosadas que parecían dos manzanas rojas. Portaba un vestido que hacía combinación con el listón, estaba sentada sobre la hojarasca con las piernas abrazadas al pecho. Se le acercaron los niños con intención de consolarla.

—¿Por qué lloras? ¿Qué tienes? —preguntó Canek triste al ver a la niña desconsolada.

—¿Necesitas algo? Nosotros vamos a ir a jugar al cenote. ¿Quieres venir? —la invitó Itzel para ver si se contentaba y se le olvidaba su pena, pero la niña no paraba de llorar.

—Canek, creo que es la hija de doña Leonor y don Pancho —le dijo Itzel a Canek alejándolo un poco para que la niña no la escuchase.

—Me adelanto entonces, te veo en el cenote.

—Soy Itzel, hija de Dolores y José, ¿tú cómo te llamas?

—¡Déjame sola! ¡Vete! Nadie puede ayudarme.

—Está bien, aquí estaré.

Itzel se alejó un poco y comenzó a buscar piedrecillas que le llamaran la atención para formar figuras en la tierra. La otra niña se acercó a Itzel, poco a poco, ya más calmada con intención de platicar.

—No me entenderías, además eres una niña más chica que yo.

—Ponme a prueba.

—Vale, pues estaba en mis lecciones ayer en la parroquia, en uno de los salones, y me puse de pie porque el profesor me lo pidió, de repente, un niño que estaba detrás de mí me sentó a la fuerza al ver que mi vestido estaba manchado de sangre. Yo no entendía por qué lo hizo y el profesor lo regañó, entonces comenzaron mis compañeros a reír y a cantar una tonta canción, el profesor los calló, pero seguían cantando, cantándome a mí. Una niña me susurró al oído: ¡Te estás desangrando!, y pensé ¡Me estoy muriendo! ¿Entiendes? ¡Me estoy muriendo!

—¿Cómo te llamas?

—Elisa, soy hija de los señores de la bodega.

—Sí, los conozco.

—¿Le dijiste a tu mamá?

—¡No! No quiero mortificarla. Mi madre se muere si algo me pasara.

—Mi mamá ya me había platicado que a las niñas grandes les pasa eso para tener hijos.

—¿Hijos? Yo no quiero hijos, soy una niña, todavía juego con muñecas —Elisa se soltó a llorar desconsolada.

—Elisa, no llores, eso va a pasar hasta que un niño se enamore de ti cuando seas más grande y te dé un beso.

—¿Entonces no voy a morirme, ni a ser mamá todavía?

—Creo que no, bueno, eso me explicó mi mamá.

—¿Cómo es que a ti sí te contaron esto y a mí no? ¿Y si voy con tu mamá para que me explique?

—Si quieres le preguntamos a mi mamá. Pero ya no estés triste, mejor vamos a jugar con Canek, Pamawari y Santiago.

—¡Vamos! —dijo Elisa más animada, enjuagándose las lágrimas con un pañuelo y sacudiéndose el vestido rápidamente mientras se levantaba.

Cuando llegaron a la gruta, ya los niños las estaban esperando. Los muros de la gruta quedaron adornados con hermosos dibujos de colores pintados. El altar que tenían para las ofrendas de los dioses estaba iluminado con veladoras y flores de colores. Elisa lo miró de reojo y le extrañó que los niños tuvieran eso ahí. Tenían una virgencita, un crucifijo, un escapulario y unas figurillas que le parecían raras ya que nunca antes las había visto; unas eran de piedra y otras de madera. En la cabeza y en el faldón tenían paja a modo de adorno, ambas talladas a mano.

—Elisa, ellos son Pamawari, Santiago y, bueno, Canek, que ya se habían visto en el camino.

Los niños, disfrazados y pintados, se le acercaron, le pusieron una corona de flores en la cabeza y le dieron un abrazo. Elisa se sintió extraña e incómoda con tantas atenciones, ella no estaba acostumbrada a las demostraciones de cariño por parte de otros niños, siempre creyó que pertenecían a diferentes estratos sociales y eso la confundía, a pesar de que sus padres eran incluyentes con los españoles y las castas como los indígenas y los esclavos negros, pero convivir tan cercanamente era un mundo diferente para ella.

Pamawari le dijo que si quería pertenecer a su grupo debería cumplir con ciertos requerimientos, como buscar algún objeto y colocarlo a modo de ofrenda en el altar. Le explicó que allí todos eran libres de hacer y vestirse como quisieran e incluso a veces intercambiaban sus ropajes para cambiar de vidas por un momento. A la otra niña le pareció divertida la propuesta.

—¡Sí, acepto! —contestó Elisa.

—Ahora hagamos un juramento —expresó Santiago.

Itzel tomó un pedazo de piedra obsidiana que encontró entre la tierra y se pinchó el dedo.

— Pichémonos el dedo y mezclemos las sangres —los alentó emocionada Itzel.

—¿Quién dice el juramento? Hazlo tú, Canek —Santiago le sugirió al niño.

—Sí. Todos juramos que seremos amigos siempre y que estaremos juntos. Así sea —expresó Canek con voz fuerte y clara.

—¡Así sea! —gritaron los niños al mismo tiempo y juntaron sus pequeños dedos mezclando sus sangres.

Elisa se quitó la cadenita de oro con un dije de la Virgen de Guadalupe, que tanto le gustaba, se la había dado su madrina el día de su primera comunión y la dejó en el altar como ofrenda.



DESPUÉS DE LA GRAN ESPERA, por fin Mendoza regresó al juzgado. Una semana sin pegar ojo por las noches, se sentía más viejo que nunca, la espalda la tenía hecha trizas por el ajeno colchón en el que dormía. Siempre que salía de viaje recordaba lo placentero que era dormir en su lecho tibio, a un lado de su mujer haciéndole compañía. El estrés que sentía lo distraía durante la audiencia.

—Señor fiscal, ¿ha traído las pruebas requeridas en contra del señor Mendoza?

—Sí, señor oidor. Verá, este hombre ha quebrantado la ley castellana IV, Título primero, Libro 2, de la *Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias,* publicada por orden del rey Carlos II en Madrid en el año de 1681, si usted me lo permite lo leeré textualmente. En ella se establece "Que se guarden las leyes que los indios tenían antiguamente para su gobierno y las que se hicieren de nuevo, ordenamos y mandamos que las leyes y buenas costumbres, que antiguamente tenían los indios para su gobierno y policía, usos y costumbres, ordenando de nuevo se guarden y ejecuten". Es decir que a los hombres españoles se les ha de juzgar bajo la ley real española y a los hombres indígenas, a disposición de sus propias leyes del juicio por parte de sus príncipes, jefes de cada tribu y entre iguales se han de juzgar. Así pues que aquí el caballero justamente acusado actuó haciendo justicia por su propia mano, en lugar de someter a sus criados a la ley de los suyos, es decir, bajo los lineamientos jurisdiccionales y en lugar de cuidarlos y protegerlos como inferiores que eran. Este hombre, por como se mire, ha

cometido un crimen, ha quebrantado la ley tanto española como indígena.

Terminó arrebatadamente y con orgullo su alegato el señor fiscal, sintiéndose respaldado por su sabiduría.

El abogado, al escuchar las acusaciones en contra de Mendoza, observó como el cuerpo de su cliente no dejaba de temblar, por más que trataba de controlar el movimiento involuntario, no podía, era más fuerte que él, veía que se frotaba incesantemente las manos las cuales le sudaban como nunca antes pensando que todo estaba perdido. Por lo que el abogado trató de medir cuidadosamente sus palabras y buscar la manera de resolver el alegato.

—Defensa. ¿Qué tiene que decir a favor del acusado?

—En vista de que los hechos se dieron en la propiedad del señor Mendoza, y en calidad de dueño de los sirvientes que ahí laboraban, el acusado tenía el derecho de reprenderlos en la medida que él considerara justa y proporcional al daño causado. En cuanto a la ley donde se menciona que el acusado, debió de llevar frente a las autoridades indígenas a sus sirvientes para castigarlos de acuerdo a sus propias leyes, usos y costumbres, no hay que olvidar que el niño fallecido era hijo de español, por lo tanto, él tenía el derecho de reprenderlos de acuerdo a las leyes españolas. Es todo, su señoría —la defensa terminó su alegato mirando al fiscal con pedantería y gozo.

—De pie. Usted, señor Diego Mendoza de Montes de Oca, ¿cómo se declara? —preguntó el oidor.

—Inocente, su señoría.

—Acabamos de escuchar las dos partes, acusatoria y a la defensa. En vista de lo anterior y de acuerdo con la defensa, no es aplicable la ley del rey Carlos II del reino de España expuesto por la fiscalía. Por lo tanto, declaro inocente al acusado por el homicidio

involuntario de la señora Juana y el señor Jacinto ambos de Mendoza. Por el poder de juzgar sabiamente que me ha conferido el rey Carlos IV de España, este caso queda resuelto e irrevocable, con la absolución de cualquier cargo que se le impute al aquí antes acusado señor Diego Mendoza de Montes de Oca, por lo tanto, queda usted en libertad. Levantada la sesión.

Los familiares de Juana y Jacinto, inconformes, gritaban justicia entre llantos e indignación. Ignacio y Pancho se quedaron en sus sillas, atónitos.

—¿Eso fue todo, homicidio involuntario? ¡Joder! Esto no fue un juicio, compadre, fue una comedia presta, barata, de malas mañas. ¡Ese juez es un cabrón cojonudo! Tú y yo sabemos que fue comprado y quizá a un precio muy elevado, ¿dónde quedó la justicia? —Pancho, indignado y con la sangre que le hervía la cabeza, no podía creer lo que había presenciado en ese momento.

—Tranquilízate, compadre, no vale la pena que te enfurezcas, sabemos que las leyes solo protegen a los españoles. Hablaremos al rato, cuando estemos alejados de esta gente y que no nos expongamos—dijo Ignacio con voz tranquilizadora.

Mendoza, contento y liberado, abrazó a sus conocidos que habían presenciado el juicio apoyándolo incondicionalmente. Llegó hasta donde Pancho e Ignacio y los besó en ambas mejillas, como es costumbre española saludar a los más allegados. Los compadres, aturdidos por el veredicto, disimularon alegría y felicitaron a Mendoza.



CLARA SE ENCONTRABA EN SU SECRETER, leyendo la carta que su amado Juan Alfonso le había mandado, en un día de noviembre ligeramente frío.

Querida Clara, amada mía.

Te escribo estas humildes palabras para que sepas que mi pecho explota de amor por ti, cada vez que pienso en tu hermoso cabello dorado jugando en mi rostro. No sabes lo ansiado que es el día de nuestro matrimonio para mí. Me desvelo pensando en la noche que por fin serás mía, cuando nuestros cuerpos se fundan en uno solo y retoces al lado mío, con tu cuerpo tibio, desnudo y tranquilo. Si es de tu agrado, me encantaría verte hoy por la tarde en los jardines de tu casa grande, para tomar el café y platicar. Mi corazón ansía verte de nuevo.

Por siempre tuyo,
Juan Alfonso.

A Clara le palpitaba a prisa el corazón, imaginaba esas hermosas palabras pronunciadas por los labios de su amado. Sentía las mariposas que los enamorados experimentaban al imaginar su próximo encuentro. Mientras leía y volvía a leer la carta en busca de alguna palabra o frase nueva, retorcía un mechón de su cabello, a modo de coquetería. Una sonrisa pícara dibujaba su rostro. Llevaba la carta a su nariz en busca de del aroma de su amado.

—¿Qué hace, hija? ¿Y esa carta, quién la envía? —interrumpió en la habitación la mamá de Clara.

—Madre, es de Juan Alfonso, dice que vendrá a visitarme por la tarde, si usted lo consciente —contestó emocionada y un tanto

sonrojada, guardándose la carta entre el pecho y el corsé para apartarla de la curiosidad de su madre.

—Solo con chaperón, si no, que mejor no venga.

—Madre, usted sabe que siempre ha sido de ese modo.

Clara se arregló y maquilló con esmero. Esperaba a su prometido sentada, lucía un vestido de seda color palo de rosa y un chalecito tejido blanco, ya con la mesita puesta sobre el jardín. Cafetera, vajilla de porcelana, bizcochos, turrones en bomboneras y tres rosas blancas colocadas en un florero, adornaban la mesa con mantel de gancho largo. A lo lejos vio llegar a Juan Alfonso con su hermano, el niño Santiago, que iba en calidad de chaperón, para vigilar que los amantes no se dieran muestras de cariños impúdicos.

—¡Clara, pero mírate, qué guapa estás! —comentó el prometido.

—¡Ay Juan Alfonso, pero qué cosas dices! ¿Cómo estás, Santiago? —saludó al niño alegremente.

—Bien —dijo Santiago, mirando hacia otro lado enfadado y desganado.

—Este vestido es nuevo, cariño, lo mandó mi tía desde Sevilla, junto con el ajuar de novia. ¿Te gusta? Llegó al puerto de Santa María de Sisal el día de ayer.

—Claro, es precioso, aunque tú eres más preciosa, amada mía, serás la novia más hermosa de todas. Mi princesa.

Santiago comía confituras para no aburrirse. Escuchaba esas palabras románticas que los enamorados se confesaban, pero también le parecían ridículas, melosas y un tanto exageradas. Los enamorados platicaban. Ya pasada una hora conversando acerca de los preparativos para la boda, Santiago no pudo más con el aburrimiento.

—¡Me voy!

—¿Pero a dónde? No puedes irte, eres nuestro chaperón. ¿Qué va a decir la señora Mendoza? —le ordenó el hermano mayor.

—No me interesa, ya no quiero estar aquí, es tu novia, no mía, o mejor ya vámonos.

—¿Qué son esos modales? ¿Qué va a decir Clara, que amablemente nos ha recibido con dulces? No seas impertinente ni majadero, niñato.

—¡Déjalo! Tiene razón, estas charlas no le incumben, las encuentra fastidiosas. Lo entiendo, yo estaría muerta de aburrimiento en su lugar —justificó Clara al niño.

—¿Y a dónde irás? —le preguntó su hermano.

—Me regreso a la hacienda con uno de los peones.

—Bueno, cuídate, no dejes que nadie te vea al salir.

El sol comenzaba a ponerse, cuando Clara invitó a su amado a dar un paseo por los jardines. La hacienda se sentía vacía, ya los peones y sirvientes se encontraban en sus casas descansando, después de la larga jornada de trabajo. Su padre aún no regresaba de Mérida, su madre, distraída en su habitación, pensaba en su hijo muerto. Su hermana Esperanza ya estaba alistada por su nana para cenar y dormir, era el momento perfecto, pensaba el joven, para darle muestras de cariño a su amada, lejos de la mirada de la gente.

Mientras los amantes jugaban entre los árboles del jardín, Clara se escondía ingenuamente detrás de uno y le lanzaba piedrecitas a su amado, este volteaba y ella corría riendo. Juan Alfonso la tomó por detrás de la cintura sorpresivamente y la abrazó para que no corriera. Ella, jugando, gritaba en bajito para que la soltara, pero él la tumbó al césped, miró su rostro iluminado por los escasos rayos de sol. La besó primero lentamente en la frente, la punta de la nariz y finalmente rozó suavemente sus labios. Deslizó los dedos por su cuello hasta acariciar su escote, dibujó una y otra vez las formas de

sus senos que sobresalían del corsé, mientras hablaba dulcemente con ella.

—¿Sabes? Eres tan bella, que no puedo esperar más, quiero que seas mía, dame una prueba de tu amor, anda.

—No podemos, cariño, ya estamos por casarnos. ¿Por qué no esperar hasta ese día? Ya falta muy poco, además, va en contra de los sagrados mandamientos. Dios podría castigarnos —retiró lentamente la mano de su prometido de los senos y lo miró con cierta picardía.

—Cariño, tú lo has dicho, estamos por casarnos. Vamos, que nada pasará, ya estamos comprometidos. Siento en mi pecho un fuego incandescente que solo se apagará con las mieles de tu pasión.

—Me da miedo.

—No pasará nada malo, prometo que te cuidaré. Clara, cuánto te amo, cuánto me gustas, tu cuerpo es como el de una escultura griega, tan perfecta. Déjame amarte como solo yo te podría amar —le susurró al oído con voz pasional y le recitó un poema que le había escrito.

Aquí estoy, al pie de tu ventana,
esperando con ansias para amarte.
El frío y soledad de esta cercana noche
son testigos de mi amor que te vengo a confesar.
Aquí estoy enamorado,
ya me siento cansado de tanto esperar y esperar.
Entra, abre la puerta, mi amor
para oírte respirar.
La luna va pasando,
y tu bello rostro me ha de mostrar.
Aquí estoy cansado de tanto esperar.

Clara suspiró. Observó el brillo de sus ojos y no resistió más, le robó un beso largo y apasionado. Sus cuerpos se fundieron en

abrazos delicados. El joven levantó el vestido hundiendo los dedos en sus muslos, se pegó demasiado a su cuerpo sintiendo como temblaba de emoción.

—¡Espera! —interrumpió Clara el momento.

—¿Qué pasa?

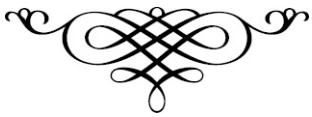
—Vamos a las caballerizas, ahí nadie podrá vernos —Clara se levantó rápido, se acomodó el vestido y el peinado conduciendo a su amado al lugar indicado.

Tumbados sobre una cama de paja, la pareja comenzó a despojarse de sus ropas con rapidez. La sensación de sentir sus cuerpos semidesnudos les inyectaba placer. Cada roce, cada movimiento era una invitación a lo prohibido. El amante observaba con cariño la figura perfecta de su diosa, iluminada por la luz de la luna que entraba por una ventana, deseaba poseerla. Las caricias se volvían pocas, la respiración y el aliento eran más fuertes y constantes. El relinchar de un caballo se escuchó como música de fondo y la paja donde se encontraban, abrazaba sus cuerpos. Él la recostó boca arriba y se postró sobre de ella, abrió sus piernas suavemente y comenzó con un vaivén el acto pasional del amor. A Clara se le salieron unas lágrimas de felicidad y al mismo tiempo de amor doloroso.

Recordaba las infinitas lecturas que le hablaban de ese momento maravilloso, pero nada se comparaba con ese instante vivencial. Escuchaba la respiración cada vez más agitada de su amado, el sudor que bañaba el cuerpo perfecto de su hombre. Las gotas saladas que resbalaban del rostro y cabello de él, bañaban sus pechos emocionados que la conducirían al éxtasis; el olor dulce de su piel la envolvía y en un instante su cuerpo se estremeció pidiendo en su mente más y más con sus ojos cerrados. Al finalizar su amante cayó rendido lentamente sobre el cuerpo de ella, después de la

batalla pasional que acababa de acontecer. Clara trataba de recobrar el aliento, no podía creer lo que acababa de experimentar, sus sentimientos se mezclaban, sentía demasiada felicidad, pero al mismo tiempo remordimiento. Su prometido suspiró, la besó feliz y le agradeció tanto amor. Se abrazaron por largo tiempo.

EL COMIENZO DEL CAMBIO





PASADA LA SEMANA DEL JUICIO, Mendoza y sus peones regresaron a la hacienda con la buena nueva de su inocencia, pero con la mala noticia de que nuevamente el puerto de Santa María de Sisal había sido asediado, a medianoche, por corsarios y piratas enviados en dos barcos por la corona inglesa, para robarle a los españoles. Llegaron de madrugada aprovechando la luz de la luna llena, cuando los habitantes del puerto estaban durmiendo. Los piratas iban en busca de oro, plata, telas, azúcar, henequén, tabaco, especias, para llevarlos a España, también lo que había llegado desde Asia, como vajillas, jarrones de porcelana china y telas de la India. Miles de bárbaros con larga experiencia delictiva fueron entrenados, hombres en su mayoría, bajaban del barco en pequeños botes para llegar a tierra firme. Con el cuidado de no hacer ruido corrían hacia la ciudad, para no ser descubiertos.

Al amanecer, los militares españoles y los indios atalayeros, vigías al servicio de la protección, habían sido tomados por sorpresa en las torres atalayas. Intentaron contener sus atrocidades, pero ya habían traspasado las barricadas y el fuerte, a golpe de cañonazos. Entraron por la fuerza en las iglesias, casas y negocios en busca de oro, comida, esclavos, mujeres a quien raptar y violar. Juan Alfonso, al enterarse, se dirigió rápidamente al puerto como capitán para tutelar su regimiento, pretendiendo detener a los piratas y con ayuda de los habitantes sofocar el fuego que ya se había extendido por diferentes zonas. Cañonazos salían del fuerte, y en respuesta, otros misiles que venían de los barcos piratas.

—¡Es una tragedia! Anoche pasamos por la calzada que conecta Mérida con el puerto y nos enteramos de que los piratas lograron

entrar al almacén del fuerte y saquear cuanto pudieron, mercancía traída desde China y la India, esclavos que acababan de llegar de África los cuales ya teníamos vendidos. El fuerte de Bacalar también fue tomado. Robaron todo el azúcar de un año que teníamos destinado mandar a Sevilla, las pérdidas son incalculables —comentó Mendoza nervioso, mientras le platicaba a su familia lo que ocurría, preocupado por el producto y dinero que perdía, sin pensar en las víctimas a manos de los piratas.

—¡Madre mía, ¿qué vamos a hacer?! —contestó su esposa ante lo ocurrido, llevándose sus afligidas manos a la boca.

—No se preocupe, mujer, ya veremos qué hacer, por lo pronto, cuando se termine la batalla, tendremos que poner a los peones a trabajar más y buscar otro almacén mientras reparan el que destruyeron.

—¡Papá! ¿Y Juan Alfonso, sabe algo de él? La última vez que lo vi fue hace dos días, vino con Santiago a tomar el té —exclamó la joven preocupada con tono nervioso.

—No, pero no se preocupe, hija mía, confíe en la providencia, él es un capitán muy capaz y está en el cumplimiento de su deber, así que él sabe muy bien qué hacer.

—¡Que la providencia lo proteja! Hija, si gusta, vamos a la capilla más tarde y rezamos por él un rosario a la Virgen del Perpetuo Socorro.

—Sí, madre, gracias.

Clara se quedó muy intranquila a pesar de las palabras de sus padres. Pancho e Ignacio, al enterarse del asedio pirata, se reunieron para comentar lo ocurrido.

—Compadre, creo que ya es hora, deberíamos de aprovechar este alboroto para organizar a los demás, meternos en la batalla y juntar armas, de este modo podríamos irnos haciendo con municiones para

el gran golpe, sin que lo noten los gachupines —dijo emocionado Pancho.

—Tiene razón, compadre, como dice, juntando armas de este asedio, podremos más delante preparar el gran golpe. Ha llegado el momento de independizar Yucatán del yugo español. Con la ayuda de las castas, criollos, indígenas y esclavos negros lo podemos conseguir. Los pueblos de Cisteil y Tixcacaltuyú, entre otros, nos apoyan, somos más en cantidad, lo único que nos hace falta son armas y una buena organización, sin embargo las podemos obtener, solo hay que luchar contra los piratas o simular como que lo hacemos junto con los españoles e irlas juntando de a poco y guardarlas hasta que nos organicemos para el levantamiento, pero ya que pase la batalla contra los piratas, así no se darán cuenta —reflexionó Ignacio cuando sentía la libertad más próxima.

—Hablaré con los muchachos, para que ahora, cuando les toque cobrar en la bodega, discretamente les comentemos y organizarlos.

—Sí, yo también les comentaré en la botica. Estemos tranquilos, compadre, contamos con su apoyo, José y Vicente nos ayudarán, ya desde hace tiempo, desde nuestros abuelos que han buscado la independencia de Yucatán, tenemos claro que el único camino hacia la libertad es la independencia. Los cabildos mayas en sus comunidades son escuchados y respetados, que se corra la voz discretamente y los venceremos. Ya estuvo bueno que ellos exploten durante tantos años nuestras tierras siendo extranjeros, gocen de privilegios y se salgan con la suya, como por ejemplo Mendoza en el juicio. No hay ley ni justicia, a ellos se les permite todo y a nosotros nada —expuso Ignacio acaloradamente.

—Ahora nos toca a nosotros hacernos cargo y trabajar la tierra para que haya un equilibrio económico y social, las castas son las más afectadas con esta desigualdad, se ve y se vive la pobreza por donde se camina —replicó Pancho con tono esperanzador.



EN LA ESCUELA DE LA IGLESIA estaban felices Itzel y Canek porque habían pasado el curso de catecismo para el bautizo, solo necesitaban escoger un nombre cristiano, requisito importante para poder ser hijos de Dios, fieles a la Iglesia católica y a la corona española.

—¿Cuál nombre te van a poner, Canek?

—Quizá, Pedro por mi santo, Pedro José de Jesús, pero me gusta el nombre que tengo, porque me lo escogió mi mamá, que en paz descanse —se persignó Canek— ¿Y a ti?

—Yo creo que María Guadalupe Victoria, porque Guadalupe me recuerda a la diosa *Ix Chel*.

—¡Chiquillos, guarden silencio! —el sacerdote intentaba callar a los niños con voz enérgica—. El domingo, como saben, será el día de su salida del pecado, para entrar en la familia de Dios padre, como sus nuevos hijos. Será el día en que el Espíritu Santo se posará sobre ustedes para ser bendecidos y perdonados por sus pecados y los de sus padres, alégrense, pues, siéntanse orgullosos.

Los niños gritaban y aplaudían de felicidad entusiasmados por las palabras de su evangelizador. El padre Sandoval le pidió a Canek que fuera a la sacristía a buscar al otro profesor de catecismo, para pedirle uno de los libros de la biblioteca. El niño salió brincando y corriendo alegremente mientras cruzaba el patio central. Al entrar, escuchó unos gemidos. Canek se asustó, pensando que se trataba de alguna persona en peligro, así que se asomó lentamente detrás de la puerta. Observó que se trataba de un sacerdote escondido entre el muro y una cómoda alta de madera, moviéndose de manera

extraña hacia adelante y hacia atrás con los hábitos hasta las caderas. El niño, sin querer, se agarró de la puerta para asomarse más, pero esta se abrió con un rechinido, el cual no pudo evitar escuchar el sacerdote; el clérigo se volteó súbitamente asombrado, el niño vio a una señora de rostro conocido contra la pared. Canek, a su corta edad, sabía que el padre estaba haciendo algo malo ante los ojos de la Iglesia.

—¡Canek! —le gritó el sacerdote.

Pero el niño regresó corriendo a su clase sin el libro encargado; entró sin pedir autorización sentándose con la respiración entrecortada, nervioso y sudoroso.

—Canek, se pide permiso para entrar. ¿Y el libro que le encargué? ¿Qué le sucede? ¿Se puede saber por qué está tan pálido? —le preguntó el padre Sandoval.

El niño no podía hablar de los nervios pensando en el castigo que recibiría por haber visto al sacerdote en pleno acto lujurioso.

—Canek, ¿se siente bien? De lo contrario, salga, para que le dé aire.

Pero el niño movió la cabeza en desaprobación.

—Bueno, quédese, más tarde, al terminar la clase, hablaremos.

Canek no podía olvidar el incómodo y tan incongruente momento que había presenciado, su mirada estaba clavada en el limbo; por un lado, sentía culpa, por el otro enojo y confusión de lo que se les había inculcado. Trataba de recordar dónde había visto ese rostro tan conocido, pero por más que se esforzaba no podía. Sabía que era una mujer esclava negra. El niño vio en su rostro el reflejo de la repulsión y el sufrimiento por lo que el sacerdote le hacía, pero ella no puso objeción porque era su deber.

—Chiquillos, mañana, durante las clases, irán de uno en uno a la iglesia a confesarse con su profesor de catecismo, para que puedan

recibir los sagrados sacramentos de la confesión y primera comunión, así que recuerden no olvidar decir ningún pecado, de lo contrario serán condenados por ocultarlo.

—¡Sí, profesor! —gritaron los alumnos al unísono.

—Entonces, doy por terminada la lección de hoy, recuerden hacer la tarea de matemáticas, vayan en paz, que Dios los bendiga.

Canek, temeroso, esperaba a que salieran sus compañeros.

—Cuénteme, ¿qué ocurrió en la sacristía? —preguntó el padre Sandoval

—Nada, profesor.

—Eso es mentira, recuerde que es un pecado mortal.

—No puedo, seré condenado de cualquier manera, por Dios o por el profesor de catecismo.

—¿Por qué lo dice, vio algo, algo que tenga que ver con el clérigo?

Canek asintió con la cabeza y apretó los puños.

—Canek, téngame confianza, yo le protegeré si me cuenta, lamentablemente hay muchos sacerdotes que cometen errores graves y tienen que ser denunciados ante la Iglesia católica, pero si no se denuncian seguirán cometiendo pecados.

—Él me vio y si hablo me azotará hasta la muerte. No, profesor, no diré nada, no vi nada.

—Le entiendo, Canek, como deseé, pero él seguirá pecando y perjudicando a otros, gracias a Dios, existe la justicia divina, de ella será muy difícil que escape. Si cambia de opinión aquí estaré para escucharlo y protegerlo, no está solo.

—Gracias. ¿Puedo irme?

—Sí, cuídese, mi niño, que Dios me lo bendiga.

Canek se fue a los campos de caña a trabajar, su padre veía como movía la hoz con toda su furia; casi siempre era presa de las burlas y descalificaciones por parte de él, pero en esta ocasión el padre se encontraba feliz.

—¡Dele, ándele, con más fuerza! Vaya escuincle, ahora sí que está trabajando como se debe, así me gusta. ¡Golpeé! Ese es mi hijo, es todo un hombre, es un cabrón como su padre.

—Vicente, vamos, deje al muchacho, tengo que hablarle de algo importante —le dijo José, el papá de Itzel.

—Ahora no, ¿qué no ve que por primera vez mi hijo es digno de mi orgullo?

—Sí, pero lo está molestando, déjelo. Mire, que quiero hablarle de la revuelta. Ha llegado el tiempo de alistarnos; don Ignacio y don Pancho tienen un plan, quieren vernos lo antes posible. Necesito que esté en ese momento completamente sobrio, serán tiempos difíciles.

—Usted no puede mandarme. ¿Quién se cree?

—Sí, Vicente, está bien, pero procure que no sea demasiado, así no nos sirve, necesitamos hombres sobrios.

Más tarde, en el obrador, que era una especie de laboratorio en la parte de atrás de la botica de Ignacio, se iban reuniendo algunos de los cabecillas que planeaban el levantamiento contra los españoles. Ignacio había puesto su letrero de cerrado en la puerta de la entrada, solo les daba acceso a quienes tocaran con una clave especial. La botica tenía varios estantes de madera tallada con decenas de botellitas.

El olor a alcohol, alcanfor, raíces y yerbas secas se amontonaba en el laboratorio inundando los pulmones y la nariz de los visitantes. Después de una larga conversación y distintos puntos de vista sobre cómo debían proceder para dar el primer golpe, un hombre de los ahí presentes interrumpió la acalorada discusión.

—Con su permiso, pero creo que por más que nos pongamos de acuerdo en hacer el primer levantamiento, nunca va a salir como se espera. Estoy de acuerdo en tener un plan, es fundamental, pero aun así y después del historial de levantamientos que ha habido en la ciudad y en las distintas poblaciones, estamos más vigilados por las autoridades.

—Pero tenemos que intentarlo, y este asedio por parte de los piratas al puerto nos ayudará a recolectar armas para guardarlas, así podremos dar el golpe ahora que los gachupines estén débiles por la contienda con ellos —explicaba Pancho con pasión.

—Como bien dice mi compadre y amigo, es nuestra oportunidad ahora, necesitamos de su apoyo incondicional —reforzaba la idea Ignacio.

Entre ellos se escuchaban las enérgicas palabras en apoyo a Pancho e Ignacio. Los alegatos duraron así por más de una hora.



TERMINANDO SUS LABORES, los niños se reunieron cerca del cenote para ir a jugar, en esta ocasión la niña Elisa, hija de los dueños de la bodega, los acompañó. Mientras buscaban objetos y plantas para jugar o decorar su santuario, vieron en el cielo algo que parecía un cometa o un asteroide cruzando los cielos, Pamawari, Itzel y Canek se asustaron mucho, Santiago y Elisa no entendían el porqué de su reacción.

—¿Qué sucede? —preguntó Santiago.

—Mal augurio —contestaron los niños.

—Cada diez años, cuando aparecen estas señales en el cielo, significa que algo sucederá, un cambio, algo grave está por ocurrir.

—Son engaños —dijo Elisa—. ¿Tú también crees en eso, Pamawari?

—Sí. Deberíamos de consultar con los chamanes para ver qué nos dicen. Vamos al *cuchteelob* —los alentó Pamawari.

—Ellos conocen mejor la naturaleza —comentó Santiago.

—Pero qué absurdo, yo no voy, es una pérdida de tiempo —dijo Elisa cruzando los brazos.

—Pues te quedarás sola, niña, porque yo también voy, o vete a tu casa a jugar con muñecas y no estorbes, ¿o acaso tienes miedo? —exclamó molesto Santiago.

—Claro que no. ¿Miedo yo, a qué? No seas ridículo, niño, les demostraré que son tonterías —Elisa contestó segura de sí misma y se puso en marcha.

Los niños tomaron un sendero que los conduciría a una de las tribus mayas más cercana de donde se encontraban. Era un mundo completamente diferente al que conocían Santiago y Elisa. La tribu estaba dentro de la jungla. Los niños, al llegar a la población, vieron a unos muchachos aproximadamente de diecisiete años desnudos, solo con taparrabos, jugando con una pelota grisácea hecha de brea del árbol de hule. La golpeaban ligeramente con sus caderas y hombros intentando meterla en un aro de piedra. Mientras tanto, las jóvenes mayas tocaban una canción con una especie de flauta de madera, cuando de pronto vieron de forma extraña a los recién llegados. Elisa se acercó a Itzel con curiosidad y le preguntó lo que hacían.

—Juegan al *poc tapoc*, el juego de pelota —contestó Itzel.

Santiago estaba contento observando cómo se divertían los muchachos. Canek e Itzel hablaron en maya con algunas señoras que se encontraban lavando y moliendo *nixtamal* en el río, parecía que los conocían. Les señalaron una de las chozas, a dos aguas de palma, que se encontraba más alejada de las demás, al parecer, ahí vivía el nagual sabio que también era el jefe de la tribu. Entonces los niños fueron hasta donde se les había indicado.

—Entren, los estaba esperando —les dijo el nagual en lengua maya.

Los niños, al entrar, vieron a un hombre de estatura baja, moreno, de temple sereno, con perforaciones grandes en los lóbulos de las orejas, con un hueso de animal que le traspasaba la nariz, tatuajes en los brazos y rostro. Vestía la piel de un jaguar sobre sus hombros, la cabeza y los dientes del animal le cubrían cabeza y frente por lo que imponía respeto. Elisa vio que las figurillas que tenía se parecían mucho a las de los niños en el altar de la gruta. El hombre los invitó a acompañarlo. En una vasija comenzó a prender fuego y a tirarle polvos de colores que lo alimentaban.

—Sé a qué vienen. Lo que observaron en el cielo se repite cada diez años, pero en esta ocasión será como lo que nuestros antepasados presenciaron hace trescientos años, una batalla está por desencadenarse. Sangre, muerte, hambre, cadenas. Nadie escapará al destino, unos cuantos lo lograrán, otros no. Ustedes son el mazo para romper las cadenas de sus pueblos, pero uno entre ustedes traicionará su sangre, romperá el juramento, esa sangre mezclada entre los diferentes colores de piel se pudrirá y la señora muerte lo vendrá a buscar para rendir cuentas. Sálvense, salven a su pueblo de las bestias que siempre vivirán y nunca saciarán su sed y hambre de poder sin importar su color, solo cambiarán de rostro. El yugo impuesto y el crimen de sus padres es grande, ustedes han pagado por él. ¿Cuánto más deben pagar? Despierten, hijos míos, escuchen la voz interior de su madre intuición que les hablará en sueños, los despertará cada equinoccio y esa voz los guiará a su verdadero destino.

Los niños salieron aturdidos de aquella choza. Itzel y Canek les explicaron a Pamawari, Santiago y Elisa lo que el nagual había dicho.

—¡Pamplinas, está loco ese viejo! No creo nada de lo que dijo, al diablo con su magia, que le den morcilla —señaló Elisa molesta con aire de incredulidad.

—¡Aguafiestas! Eso es lo que eres, niña, mejor ni hubieras venido —replicó Canek.

—¡Basta! Dejen de pelear, yo sí le creo —Pamawari los reprendió a ambos molesta y prosiguió:

—Estos chamanes siempre dicen la verdad.

Los niños regresaron a sus casas. Santiago, al llegar a su hacienda, no probó bocado a la hora de la merienda, su mirada estaba perdida, movía el cocido madrileño de un lado al otro con el pan. Se encontraba muy cansado.

—Madre, padre, estoy cansado, me retiro con su permiso.

—Hijo mío, pero si aún no has probado bocado. ¿Ha ocurrido algo? —preguntó la madre con tono de preocupación.

En un descuido, al levantarse de la mesa, Santiago tumbó la copa de vino de su madre, gran parte del líquido tinto cayó sobre el mantel, el cesto de pan y el queso, a lo que su madre pegó un grito.

—¡Madre mía! —exclamó la madre y con un grito llamó a Paca, la señora de la servidumbre.

—¡Paca, Paca!, ¡venid que al niño se le ha caído una copa sobre el mantel!

—Déjalo, Paca, que ahora lo limpio —dijo Santiago apenado por el descuido.

—Pero, hijo, si te habrás vuelto loco, que lo limpie ella, que para eso está.

—No, madre, yo lo limpio.

—¡Encima de torpe, majadero! Suba a su habitación y no salga hasta que yo lo ordene —explotó con violencia el padre a Santiago. A Santiago se le resbaló una lágrima sobre el rostro por lo que su padre lo reprendió.

—¡Faltaba más! No llore, eso es para las mujeres, sea un hombre.

Santiago subió a su habitación molesto y se tumbó en su cama a pensar, reprimiendo el dolor que le habían ocasionado las palabras de su padre. No había notado hasta esa noche cómo era el trato hacia la servidumbre en su hacienda. Lloró a solas sintiéndose impotente por no poder ayudar a esas personas que le servían día y noche sin chistar, sin quejarse, sin decir ni una sola palabra con la cabeza agachada; en el rostro de cada uno de ellos se le venía inmediatamente el recuerdo de sus amables y amorosos amigos, lloró de tristeza hasta que se quedó dormido.



LOS HOMBRES DE MENDOZA LUCHABAN en el fuerte contra los piratas, defendiéndose con rifles, espadas, pistolas, garrotes, machetes, piedras, con cuanto podían. Pancho e Ignacio, unas horas antes, habían convocado a su gente por medio de mensajes en clave y a voces, para armar el plan. Citaron a los hijos de los peones de la hacienda en la botica y en la bodega, mandaron con ellos el recado de reunirse a escondidas y conspirar contra los españoles. Mientras luchaban, recordaban el verdadero motivo de su pelea, imaginaban que combatían por su ansiada libertad, se sentían más vivos que nunca. Les quitaban las armas a los muertos, ya fueran piratas o españoles, y las escondían momentáneamente para después llevarlas a su final destino.

La lucha contra los piratas había sido cruenta y sanguinaria. Los piratas normalmente guerreaban desde sus barcos, se robaban las embarcaciones enemigas y zarpaban rápidamente con destino a Inglaterra, pero en esta ocasión se bajó la tripulación hasta apropiarse del botín del fuerte, porque sabían la cantidad de tesoros que le iban a llevar a la corona inglesa. Los criollos, indígenas y esclavos negros combatían hombro con hombro con los españoles por mandato de ellos, sin que estos supieran su verdadero motivo, que era el apoderarse del máximo de armas que les fuera posible y llevarlas a las comunidades indígenas más alejadas, para resguardarlas lejos de los ojos de los gachupines, a quienes les hacían creer que estaban luchando contra los piratas. Los piratas victoriosos lograron escapar, dejando el puerto en llamas y cientos de heridos por doquier.

Juan Alfonso era uno de ellos, había caído herido por varios impactos de bala, uno en su muslo izquierdo, otro en el hombro derecho, y el último era el más preocupante, le había perforado el riñón derecho desde la espalda; se encontraba en estado de coma. Lo trasladaron súbitamente al sanatorio más cercano para darle la atención posible. Aún su familia y prometida no sabían de su paradero. Pancho había sido herido en un brazo y en la cabeza, pero sus heridas no generaban ningún riesgo. A Ignacio le habían lastimado la pantorrilla izquierda y la espalda con una espada, pero, al igual que Pancho, sus heridas no eran tan profundas; Vicente y José lograron escapar ilesos con el armamento hacia su localidad, donde, con la ayuda de los mayas de la comunidad de Cisteil, resguardaron las armas. Después los familiares de Rosario, la esclava negra, las llevaron al barrio de Santa Lucía.

Monjas y clérigos ayudaban a los médicos en los sanatorios a curar a los heridos, mientras que los esclavos, dirigidos por soldados, se dedicaban a restaurar el fuerte y el puerto. El señor Velázquez, padre de Juan Alfonso, encontró a su hijo muy malherido atendido por monjas. Vendajes sucios por doquier, camas llenas de heridos y religiosas enfermeras que corrían de un lado a otro, era la escena de los sanatorios en tiempos de asedio. El médico trataba de salvarle la vida a Juan Alfonso operando el riñón lesionado, con una técnica que aprendió en Francia, mientras estaba de servicio. A falta de anestesia, el aguardiente y un pañuelo en la boca para morder eran el mejor remedio para el dolor mientras el médico realizaba la intervención.

—Dígame, sor Magdalena, ¿cómo se encuentra mi hijo?

—El médico está haciendo todo lo posible por salvar la vida de su hijo, debe esperar, la operación es compleja, pero ruegue a la Santísima Trinidad que todo salga bien. Quizá no se salve el riñón lacerado, aparentemente sufrió una lesión a causa de la herida de

bala ocasionando una hemorragia interna, pero puede vivir perfectamente con uno solo. Esperemos que salga del coma en el que se encuentra, las heridas del muslo y del hombro van bien.

—Gracias, le agradezco, cuide bien de mi hijo, se lo ruego.

Afortunadamente, la operación de Juan Alfonso había sido un éxito, la bala apenas había rozado un costado del riñón sin penetrarlo, la cual fue extraída sin complicaciones. Después de recuperarse unas semanas en el sanatorio, fue trasladado a la hacienda de los Velázquez para continuar con el reposo recomendado. Clara, al enterarse de lo ocurrido, no demoró en estar a su lado, al cuidado de la recuperación de su amado.

El bautismo y primera comunión de los niños se había aplazado a causa del asedio del fuerte. Casi toda la comunidad contribuyó para curar a los enfermos y de nuevo reconstruir la ciudad afectada. Los mayores volvieron a sus labores cotidianas y los niños a la escuela. Acababa de pasar el 8 de diciembre de 1799, día de la Virgen de la Concepción, patrona de España y las Indias, donde la fiesta religiosa aún permanecía en la sangre de aquellos que tomaban la procesión como pretexto para, clandestinamente, practicar la gula y degustar el aguardiente, hasta perderse en sus encantos.

El 12 de diciembre, día tan esperado especialmente por el señor cura, porque además de festejar el día de la Virgen de Guadalupe, y de hacer una procesión enorme muy al estilo español, cada vez que bautizaba a un infiel sentía que se ganaba más el derecho de pisar el cielo sin paso por el purgatorio. Era el bautismo comunal que se celebraba antes de salir a las calles en procesión, se bautizaba a mucha gente en manos del obispo de turno, en la catedral de San Idelfonso en Mérida.

Era la primera vez que Itzel iba a la ciudad, quedaba a media hora de distancia en carroza. Canek ya había ido en algunas ocasiones

cuando acompañaba a los peones a cargar productos o a llevar azúcar para el abastecimiento. Ambos niños iban junto a sus padres, bien arreglados con sus ropas recién lavadas, requisito de la Santa Iglesia. Itzel, desde la carroza en la que se trasladaban, admiraba la arquitectura de la ciudad blanca, miraba de un lado a otro; la madre, orgullosa de su hija, la abrazaba y le daba un beso brusco en la mejilla.

Las calles y las casas estaban muy adornadas de flores y veladoras que esperaban airosas la entrada triunfante de la morenita del Tepeyac, la Virgen de Guadalupe. Le encantaba a la niña el sonido de los cascos de los caballos en contacto con la calle principal que era de piedra, en general las calles eran de tierra y no se percibía tal estruendo. Llegaron a la catedral, era enorme, la fachada estilo renacentista con un color blanquecino y dos torres estilo morisco en cada lado, un escudo de armas reales españolas al parecer del rey Felipe II, que en medio del edificio se hacía notar por su tamaño y majestuosidad.

—*Taataá*, ¿por qué es de ese color la catedral, está hecha de piedra? —le preguntó Itzel a su papá.

—Sí, *aal,* se construyó de las piedras de uno de los cinco templos de *Thò* que significaba lugar de cinco montes, ahora le pusieron Mérida. Así se llamaba la anterior ciudad, el templo era *Bak luum Chan* antes de la llegada de los gachupines, pero después la destruyeron para hacer sus iglesias de la misma piedra de nuestros templos. Era en tiempos de los Montejo, pero vaya que sí les costó trabajo conquistar Yucatán, tardaron veinte años.

—Y vaya que sí, José, no les fue nada fácil, pero a fin de cuentas lo lograron —intervino Vicente.

Canek escuchaba atento, le encantaban las historias de su antiguo pueblo.

—*Taataá*, ¿por qué tenemos que hacer lo mismo que los blancos? Mi *ná* le reza a Jesús pero también a nuestros dioses —preguntó Itzel con un dejo de curiosidad.

—Porque es así, *aal*, nuestros abuelos pactaron con ellos para que nos dejaran vivir en armonía y pudiéramos practicar nuestras costumbres, pero solo bautizados y de este modo vivimos en tranquilidad.

—Vamos, que se hace tarde, José —interrumpió Vicente, el papá de Canek.

Habían adornado el interior de la catedral con múltiples veladoras y flores blancas. El incienso que estaba por doquier no dejaba ver las hermosas columnas que sostenían la bóveda del edificio. Los candelabros, los cirios prendidos y la cúpula ayudaban a tener mejor visibilidad para admirar el altar mayor, así como el hermoso retablo de estilo barroco con un Cristo crucificado en el medio. En la entrada de la puerta del perdón, acomodaron a los pre bautizados en dos filas para entrar a la iglesia.

Itzel y Canek se despidieron de sus padres que los esperarían adentro. La niña sentía como su corazón palpitaba de nervios, veía a Canek a su lado y lo notaba algo extraño, quizá era por la historia que acababan de escuchar. Al fin, después de una larga espera bajo el sol, la fila de personas comenzó a moverse. Iban entrando poco a poco, el calor se hacía más intenso por la muchedumbre que ahí aguardaba. La niña, cada vez que avanzaba, se sentía más pequeña. Un sentimiento nunca antes experimentado la invadió.

Canek se veía muy pensativo, como si caminase en un trance. Sentaron a los niños, jóvenes y adultos que deseaban ser bautizados en la parte del frente cerca del altar. Itzel buscaba a sus padres ansiosamente entre la muchedumbre, pero no los lograba ver. El señor obispo, sobre el púlpito, comenzó el sermón en latín. A los

presentes les parecía interminable, sobre todo porque muchos no entendían lo que decía. Llegada la hora, fueron pasando de tres en tres para ser bañados con un poco de agua en la cabeza tomada de la pila bautismal, y en ese mismo momento recibir la primera comunión, para pertenecer a la Santa Iglesia católica, apostólica y romana. Llegó el turno de los dos niños, se acercaron, primero fue bautizada Itzel.

—¿Cuál será su nombre ante Dios nuestro señor y ante la Santísima Trinidad, niña? —le preguntó el obispo.

—Itzel, perdón, señor, quiero decir María Guadalupe Victoria.

—Yo la bautizo ahora como hija de Dios, en el nombre de Dios padre, Dios hijo y Dios Espíritu Santo, como María Guadalupe Victoria. Ahora toma por primera vez el cuerpo y la sangre de Cristo.

—Amén —contestó Itzel.

Seguía el turno de Canek.

—¿Cuál será su nombre ante Dios nuestro señor, y ante la Santísima Trinidad, niño? —le preguntó el obispo.

El niño, confundido, sintiéndose muy pequeño, miraba encandilado aquel enorme retablo. Contestó con voz decisiva:

—Canek, ese es mi nombre.

—¿Qué acaba de decir?

—¡Canek! ¡Serpiente negra! —gritó el niño.

El sacerdote se santiguó y le aventó agua bendita asustado.

—¡Satanás, has de ser! Retírate de mí y regresa a tus tinieblas, te lo ordeno en el nombre de Jesús.

Los padres de los niños, al escuchar el alboroto, se acercaron hasta donde estaban sus hijos y el obispo.

—¿Qué sucede? ¿Por qué le dice esas cosas a mi hijo? —le reclamó Vicente al obispo.

—*Taatáa*, yo soy Canek, siempre me han llamado así, no quiero bautizarme.

—¿Pero qué estupideces está diciendo, niño? Continúe el bautizo, padre, se llamará Pedro —le recriminó su papá golpeándolo con un zape en la cabeza delante de todos.

Al niño, llorando de impotencia, no le quedó más remedio que obedecer, bautizarse y comulgar. Su amiga lo veía como un héroe. La imagen de aquel niño brusco y grosero se iba desvaneciendo conforme lo iba conociendo cada vez más, a pesar de terminar cediendo ante el reclamo de su padre. Itzel entendió que, si él hubiese sido más grande, quizá un adulto, más fácilmente hubiese hecho su voluntad y quizá ella hubiera hecho lo mismo. La misa había terminado y los presentes salieron apresurados para el inicio de la procesión de la Guadalupana. El virrey había prohibido, bajo la pena de dos meses de cárcel, la venta de comida y juguetes a petición del obispo, debido que las procesiones parecían más fiestas paganas que católicas. Los tambores retumbaban en los oídos de los espectadores, anunciando la salida de la Virgen para hacer su característico recorrido por las calles aledañas a la catedral de Mérida.

El cortejo de la Virgen eran mujeres, hombres y niños que recorrían delante de la talla en madera de casi dos metros de altura. Las cofradías, grupos que incluían fieles, sacerdotes y monjas, algunos vestidos con su característica túnica blanca y gorro en forma de cono, portaban en sus manos cirios, velas y rosarios, que infundían un poco de misterio y sobriedad a la procesión. Algunas mujeres, cuando descansaban los hombres de cargar sobre sus hombros la imagen de la Virgen, se acercaban para intentar tocarla y santiguarse. Itzel, al frente, hacía fila para verla pasar, se sentía

orgullosa de llevar su nombre y le recordaba un poco a ella misma. Sentía que esa Virgen tenía un cierto parecido a ella, y miraba su color de piel.

—*Na´* quiero acercarme, ¿me deja?

—Sí, hija, vaya.

La niña, temerosa, se acercó, de repente, cayó una rosa blanca del arreglo de palma y rosas que adornaban la imagen divina. La niña, emocionada, la recogió del piso y se la llevó a su madre.

—Mire, *na´,* la Guadalupana me la ha regalado.

—Sí, *paal,* es un regalo de ella, significa paz, cuídela.

La niña, emocionada, se la mostró a su amigo, pero Canek seguía molesto por lo ocurrido durante su bautismo, así que la ignoró. Dolores, al ver eso, le dijo a su hija:

—Olvídelo, *paal*, ya se le pasará, recuerde que es muy orgulloso.

—Sí, *na´,* ya se le pasará —suspiró la niña.

Un grupo de mujeres, mientras marchaban, rezaban el rosario en latín, en tanto que los grupos de hombres de cada cofradía portaban los característicos estandartes de colores con insignias de su congregación. La música de los tambores y trompetas acompañaban a la imagen por toda su travesía hasta llegar de nuevo a la catedral donde entraría con honores atravesándola hasta el altar, ahí se oficiaría otra misa para la Virgen de Guadalupe. Al final del día, los feligreses regresarían a sus pueblos de procedencia, con la sensación sublime y el convencimiento religioso de haber acompañado a la portentosa Virgen, quien les concedería la bendición de una vida mejor en la tierra y en el más allá.



LOS PREPARATIVOS DE LA BODA DE CLARA Y JUAN ALFONSO estaban casi listos. Con los buenos cuidados que el muchacho recibía diariamente su recuperación había sido pronta, así que su prometida lo distraía con cada capricho que se le ocurría incluir para el festejo. La muchacha realizaba constantes reuniones con sus amigas y familiares en la hacienda de sus padres para mostrarles algunos vestidos nuevos, a la última moda mandados desde España y París por su tía preferida. La moda era uno de los temas principales a discutir en las pláticas de las jóvenes. Sin embargo, había un detalle en particular, los vestidos eran realizados con telas especialmente para los climas invernales en Europa y no para el clima regular en Yucatán, así que en ocasiones Clara debía disimular los bochornos ocasionados por las telas y el corsé apretado que resaltaba sus curvas redondeadas.

El abanico lo agitaba con tanta fuerza, que impuso la moda entre las señoritas de sociedad al mover las muñecas con cierta particularidad, así que sus amigas terminaban moviendo sus abanicos al compás del ejemplo a seguir. En ocasiones, Clara, diplomáticamente, se levantaba de la silla porque su vestido, con la posición que adoptaba, eran muy incómodo, pero al poco tiempo se volvía a sentar, y las chicas la imitaban sin saber la verdadera razón.

Las jóvenes veían el maquillaje de Clara, que poco a poco se iba descomponiendo por el sudor en el rostro y en sus ojos, hasta que terminaba en un estilo casual y simpático, incluyendo el cabello, que pasaba de ser un peinado alto en un peinado bajo, alborotado y peculiar. Pero nadie de las presentes le decía nada. Algunas mujeres

celosas disfrutaban verla terminar las reuniones así, imperfecta, y no como Clara deseaba aparentar siempre.

A Itzel, cuando tenía oportunidad, le gustaba husmear detrás de la puerta que daba al pasillo principal. Imitaba a las señoritas con movimientos infantiles un tanto graciosos; se agachaba, se enderezaba, se movía hacia ambos lados al mismo tiempo y simulaba tener en su mano el abanico de encaje blanco para refrescarse jacarandosamente, gesticulaba toscamente y en un momento, cuando giró su cuerpo, se encontró con dos señoras que se reían discretamente y con ternura de su actuación. Eran doña Leonor y doña Jesusita, las esposas de Pancho e Ignacio, que estaban invitadas a esa reunión.

—¡Itzel, mírese, pero qué hermoso baila! —le dijo Leonor con cariño.

—Es usted divina, niña mía —la miraba Jesusita tiernamente.

La niña se sonrojó, no se esperaba que la descubriesen. Sin decir nada, partió a la carrera hacia la cocina en busca de su mamá, pero solo se encontró a Rosario que ya tenía, como de costumbre, encargos para ella. Rosario le comentó que habría una misa por la tarde en la iglesia pequeña de la comunidad indígena, que su madre se lo había contado y que se preparara para acudir. Itzel, al salir de la cocina, se topó con Elisa, que había acompañado a su mamá a la reunión.

—Elisa, ¿viniste tú también a la reunión de la señorita Clara?

—Sí, pero me da hastío y vine a buscarte. ¿A dónde vas?

—A buscar a mi mamá, que está en la iglesia de mi comunidad.

—¿Puedo acompañarte?

—Sí, pero tendrás que estar a mi lado siempre y no mires a nadie a los ojos.

—Sí, te lo prometo.



LA PEQUEÑA IGLESIA SE ENCONTRABA A LAS AFUERAS del poblado, cerca de la hacienda. La fachada era común en esa época, era de arquitectura española renacentista, pintada de blanco ya desgastado por el clima y el tiempo. Alrededor no había nadie. Al abrir la puerta pesada de madera, observaron que el piso de la iglesia se encontraba lleno de hojas de palma y velas de varios tamaños y grosores, las cuales estaban colocadas en el piso y sobre las mesas, tapando algunas imágenes de santos bíblicos vestidos con los trajes típicos de los indígenas. Las personas estaban paradas, otras sentadas en el piso, bancas, no había ni una sola. Dos muchachos eran los encargados de cuidar que el fuego de cada vela no prendiera alguna hoja de palma, porque el desenlace podría ser fatal.

Elisa, al ver aquello, se quedó perpleja, confusa, nunca había visto algo así en las iglesias a las que había asistido. Los rezos en una lengua extraña para ella resonaban en sus oídos en voz baja. Una fuerza extraña invadía su sentir. En el altar había una pequeña virgen católica a la cual se adoraba. Itzel la llevaba del brazo conduciéndola hacia donde se encontraba su madre, que estaba sentada en el piso con un grupo de mujeres.

De repente, Elisa escuchó un sonido extraño y aterrador, desconocía lo que pasaba, ni de dónde provenía; giró a la izquierda y miró a un grupo de personas que sostenían bruscamente a una gallina dorada con reflejos brillantes que graznaba y forcejeaba. Le ataban las patas entre dos mujeres, se volteó a ver a su amiga rápidamente, pero esta la conducía caminando tranquilamente por el pasillo hacia el altar. Al frente, otro grupo tenía a otro de los

animales, pero ahora Elisa no pudo escapar de ver el desenlace de la otra gallina a la que le retorcían el pescuezo con fuerza y le abrían el pecho para verter su sangre en un tazón de barro, y de allí tomar un poco cada uno de los fieles como sacrificio. La niña no resistió más y salió corriendo del lugar. Itzel fue detrás de ella. Elisa se sentó en una piedra grande intentando digerir lo que había visto.

—¡Elisa!, ¿qué pasa?, ¿te asustaste?

—¿Por qué no me explicaste lo que hacían ahí dentro antes de venir aquí? —le reclamó molesta con cierto nerviosismo que se notaba en sus manos y en su tono de voz.

—Lo siento, nunca creí que te asustarías.

—Algunas cosas de tu pueblo las puedo entender, otras no.

—Sí, discúlpame, no creí...

—Me asuste porque en nuestra iglesia no se hacen este tipo de cosas, ya sabes que el señor cura nos dice que son del diablo.

—Pero no es cierto, no es malo lo que nosotros hacemos, le rezamos a Dios.

—Tienes razón, Itzel. Regresemos a la casa grande, mi mamá me puede estar buscando.

Al llegar a la casa su madre la cuestionó por su ausencia.

—Elisa, ¿dónde andaba?, la estuve buscando por toda la hacienda —Leonor la miraba con cierto interés y preocupación.

—Madre, no se preocupe, estaba con Itzel, me mostraba en el corral algunos de los animales que tienen —la niña guiñó un ojo a su amiga en complicidad.

—Vamos, que ya se hizo tarde y su padre debe estar esperándonos junto con su hermano —se despidieron las señoras y las niñas dejando la casa en silencio.



AL DÍA SIGUIENTE, LOS NIÑOS asistieron a su lugar secreto. Santiago llevó libros científicos y unas novelas que eran desconocidas para los demás. Eran libros que para la Inquisición estaban prohibidos, los había sacado a hurtadillas de la biblioteca de su padre. Elisa tenía un don para la oratoria, a medida que leía, sus amigos sentían como su espíritu se conectaba con las palabras que salían de sus labios, de modo que su cuerpo se movía fusionándose con su voz. La admiración que se tenían entre ellos era evidente, sabían que cada uno tenía fortalezas y debilidades, aunque, en ocasiones, solían tener diferencias y distintas oportunidades. Pamawari, que de vez en cuando se tomaba las cosas a broma, se unió a Elisa y comenzó a imitarla, una que otra carcajada salía de su boca. Los demás agarraron cosas con que disfrazarse y simular una obra teatral siguiendo a las niñas.

—Qué bonito lees, me gustaría aprender a leer, pero a mí me lo tienen prohibido —comentó Pamawari cambiando un poco su humor.

—Si quieren les podemos enseñar. ¿Verdad, Santiago? —Elisa manifestó alentándolos.

—Sí. Puedo traerme algunos libros de la biblioteca y cada vez que nos reunamos aquí, leemos un ratito. El conocimiento da poder, siempre lo dice mi padre.

A Canek le gustó mucho la frase que mencionó su amigo, tanto, que no se la pudo sacar de la cabeza nunca. Así pasaron los días mientras en su escondite los cinco niños se ayudaban a leer antes de ir a jugar.

Era una de esas tardes en que los sonidos y olores de la selva se fundían con el canto de los pájaros, algunos changos se mecían en los árboles y un olor inconfundible a barro mojado impregnaba el lugar. El cielo comenzó a nublarse mientras los niños jugaban agarrados de las lianas de los árboles, y se meneaban para brincar lo más lejos posible riéndose a carcajadas. Canek se subió a una liana y, balanceándose en el aire, cayó encima de unas piedras blancas de gran tamaño con forma cuadrada, enterradas en el piso, e inmediatamente se dio cuenta que la tierra y la naturaleza le hablaban. Levantó la vista y vio ante sus ojos una enorme montaña cubierta de árboles. En ese preciso momento sintió una corazonada, caminó lentamente hacia el frente intentando quitar la maleza, y unos escalones nacían de la tierra, uno a uno.

—¡Vengan acá! Ayúdenme a quitar los matorrales, pronto, creo que sé qué es esto —gritó el niño emocionado.

Los demás le obedecieron. La intuición de Canek se hacía más intensa, sentía como retumbaba en sus oídos el palpitar de su corazón.

—Canek. ¿Qué es lo que estamos buscando? —preguntó Santiago desconcertado.

—Un templo.

—Pero los templos no están entre los árboles, mejor sigamos con las lianas —dijo Elisa enfadada.

—¡Escucha! Cierra los ojos —le expresó Itzel a Elisa.

—¡Vamos, ayúdenme! —Canek les decía imperiosamente mientras quitaba la maleza.

—Pues yo no escucho nada. Y creo que solo perdemos el tiempo, vamos, niñas, síganme —en un tono arrogante Elisa se dispuso a marcharse.

—¡Joder! ¿Por qué no te callas? —Santiago, molesto, levantó la voz.

—A mí no me hablas así, niño odioso y grosero. ¿Acaso no te educaron? —contestó Elisa.

—No puede ser, se la pasan discutiendo. Mejor ayuden —Pamawari les reclamaba a ambos.

Subieron nueve escalones de piedra con tierra, mientras iban quitando la maleza que estaba a su paso. Elisa, sentada en una roca, los observaba, pero algo que parecía una pared de piedra se mostró ante los ojos de Canek. El niño se aproximó y comenzó a limpiarla desesperadamente. Una placa de piedra con los extremos casi unidos apareció como una puerta cerrada.

—Es una puerta, la puerta de un templo. ¡La encontraste, Canek, la encontramos!— comenzaron a brincar y gritar emocionados.

—Tenemos que avisar a los ancianos —comentó Itzel.

—¡No! —replicó Canek y se paró en seco.

Pamawari, Santiago y Elisa no comprendían lo que sucedía, el porqué era tan importante esa puerta. Canek se dio cuenta de ello por lo que decidió explicarles que era un templo que su abuelo le había comentado cuando era más chico, y que si ese templo algún día era descubierto, el hombre blanco se encargaría de destruirlo y que saquearían la cámara del rey, robando el tesoro de jade que habitaba en él. Ese día, una maldición mataría a quien profanara la tumba, entonces una tragedia caería sobre el pueblo.

—Jajajaja, pero qué sandeces dices, Canek, qué imaginación la tuya, esto no es nada más que piedra, eso es todo —se expresó Elisa con cierta ironía.

—Es insoportable, no la aguanto más. ¿Por qué somos sus amigos? Eres una amargada, si no te gusta lo que hacemos, ¿por qué no te

vas? —Santiago, desesperado y manoteando en el aire, hizo explotar sus sentimientos.

—¡Pues que te den morcilla! Los demás sí son mis amigos, tú no —le gritó Elisa a Santiago mientras se cruzaba de brazos.

—Soy yo el que ya no quiere jugar con ustedes—les reclamó Canek.

—Canek, no te enojes con ellos —Itzel trató de calmar a su amigo.

—¿Y si seguimos buscando? Algo más podemos encontrar —Pamawari entonaba una canción alegre con ritmo pegadizo.

Canek, Itzel y Pamawari continuaron con la limpieza de la puerta, mientras que Santiago se encaminó hacia el sendero de vuelta a su hacienda, a pocos kilómetros pasando el río. Elisa, molesta, tomó su pequeño bolso donde cargaba con algunos de los tesoros infantiles que encontraba durante las excursiones en compañía de sus amigos. Ninguno se despidió y cada uno se fue por su lado. Mientras Elisa caminaba hacia su casa, cerca de la hacienda de los Mendoza, se iba diciendo:

—Yo no sé por qué sigo perdiendo el tiempo con esos niños, todos son tan diferentes a mí, debería mejor seguir con la clase de bordado o cocina.

Elisa se acercó a la orilla del río y escuchó un grito de dolor, presintiendo lo peor, reconoció la voz, era Santiago. Aventó el bolso mientras corría a buscar a su amigo.

—¡Santiago, Santiago! ¿Dónde estás? —gritó desesperada intentando encontrarlo.

Pero el niño seguía gritando y llorando. Al fin lo vio a lo lejos del otro lado de un riachuelo. Lo atravesó brincando, de piedra en piedra, intentando no resbalar ni perder el equilibrio, hasta cruzarlo por completo. Se aproximó a él y se hincó pálida. El niño se revolcaba en el pasto con lodo. La niña le sostuvo la pierna derecha

con fuerza, pero no dejaba de moverse, hasta que ella se subió encima para ejercer más fuerza sobre él, arrancándole una parte del pantalón como pudo. Entonces vio la herida de la mordedura de una serpiente y sin pensar en ello intentó exprimir todo el veneno con la boca, como le enseñaron en el internado, escupiéndolo con la sangre mezclada, que brotaba de la herida sin cesar.

—¡Joder, no te muevas!

Santiago no dejaba de gritar por el dolor. Los demás niños, que ya venían de regreso, se encontraron con Elisa y Santiago, dándole los primeros auxilios y salieron corriendo para ayudar.

—Pero ¿qué le pasó? —preguntó Pamawari asustada.

—Vamos, ayúdenme a llevarlo a su casa, le ha picado una víbora —gritó preocupada Elisa.

Entre todos lo llevaron a la finca, pero al llegar a la entrada del terreno, Santiago no resistió más y se desmayó. Las niñas se quedaron con él mientras Canek fue en busca de algún peón o esclavo que los pudiera auxiliar. El esclavo que se encontró pidió ayuda a otros peones quienes corrieron en busca del médico de la hacienda. Mientras llegaba, el esclavo lo cargó hasta su habitación donde lo recostó en su cama. Sus padres, angustiados, esperaban el diagnóstico, mientras el médico hacía lo posible por extraer el veneno que había quedado en la herida. Con compresas de agua fría, la madre del niño trataba de bajar la fiebre que ya se había apoderado de su cuerpo.

Los amigos del niño esperaban impacientes en el recibidor alguna noticia, pero solo veían a la servidumbre correr de un lado a otro llevando utensilios que el boticario había pedido. Ya había anochecido. Pasaron dos o tres horas después del incidente. La casa se encontraba más tranquila y, al parecer, ya había superado el peligro. El padre del niño salió de la habitación y vio en el recibidor a

los niños sucios de barro y angustiados, el esclavo que trasladó al niño estaba con ellos.

—Don, estos son los niños que trajeron a su hijo.

Velázquez los vio de arriba abajo con mirada incriminatoria. El esclavo se percató de ello y los justificó diciendo:

—Don, si no hubiese sido por ellos, su hijo ya estaría muerto a esta hora.

—Nadie te dio la autorización para hablar —comentó bruscamente Velázquez tratando a su esclavo de forma petulante.

—Disculpe, don, si me lo permite, la niña blanca es hija de don Pancho, el dueño de la bodega en la hacienda de los Mendoza, y los niños indios sirven allí.

—¿Y la negra?

—Es hija de una pareja de esclavos que trabajan a su servicio, Concepción y Tomás.

—Déjame a solas con ellos.

—Con su permiso.

—¿Cómo es que lo encontraron ustedes y por qué? —les preguntó el hombre dirigiéndose a los niños indígenas y tratándolos como ignorantes.

Elisa se atrevió a hablar, sabiendo que tenía más derecho que los otros niños.

—Estábamos recolectando, mis ayudantes y yo, maíz para la hacienda, don.

—¿Maíz? Si es así, dónde lo tienen, por qué no traen nada con ustedes.

—El bolso que traíamos se quedó en el lugar donde vimos a su hijo tirado de dolor junto al río, y ella —refiriéndose a Pamawari— estaba

adentro de la hacienda, nos vio cuando llegamos y nos ayudó.

Velázquez los observó incrédulo y ordenó al esclavo llamar a un peón, para que los encaminase a su hacienda y les divulgase a sus padres lo ocurrido. Los niños sabían, muy en el fondo, que el padre de Santiago no les había creído del todo, pero aun así estaba en deuda con ellos. Al salir los niños de la casa grande de Santiago, los esperaban sus padres. Canek, al ver el rostro de la madre de Pamawari, recordó que ella era a quien había visto en la escena de la sacristía con el sacerdote. No supo qué hacer, más que bajar la mirada y entristecerse por su alegre amiga. Sabía que muchas mujeres indígenas, mestizas o esclavas, pero sobre todo esclavas, eran tomadas a la fuerza por hombres más poderosos, y en muchas ocasiones ellas y hasta sus mismos esposos lo consentían.



HABÍA LLEGADO EL DÍA DEL MATRIMONIO de Clara y Juan Alfonso. Nuevamente, la hacienda, desde muy temprano, ultimaba los detalles para tan anhelado enlace. En esta ocasión se esperaban pocos invitados. El momento sería más íntimo, respetando el luto de la familia. En la cocina tenían días preparando las recetas especiales. Dolores y Rosario mandaban aquí y allá a las cocineras, incluida Itzel, quien ponía el corazón en cada receta aprendida por su madre.

Siendo las diez horas del día, los invitados y el novio estaban listos, cada uno en su lugar aguardaban la tan esperada entrada de la novia a la iglesia. La luz del sol se reflejaba en los pocos vitrales de colores que había en los muros laterales del edificio. Entraba como fuente de colores y disfrazaba el piso de tonalidades múltiples, haciendo bailar la luz al son del movimiento de la música del órgano y de los árboles que hacían sombra e impedían por momentos el paso de la irradiación por las ventanas. Los niños asistentes, algo inquietos por la espera del comienzo de la ceremonia, se divertían viendo tal espectáculo de color en el piso, y algunos que lograban escapar de la autoridad familiar, corrían al encuentro de la luz para con sus diminutos piececitos pisar y brincar encima de ella alegremente.

Mientras los invitados se encontraban distraídos, se abrió la puerta del templo y apareció doña Mendoza como un espectro, en el umbral de la entrada. Estaba vestida con su bata traslúcida de dormir, le quedaba más grande que de costumbre; el cabello largo, suelto y enmarañado, su rostro con ojeras por no poder dormir ya desde hacía meses, debido a que se despertaba por las noches perseguida

por el recuerdo de su ausente hijito. Su piel se veía tan blanca que las pecas de su rostro ya se habían desvanecido de tanto llorar. Parada sin moverse, parecía que la edad le había cobrado la factura muy alta, que los años habían venido junto con la tristeza para poseer su alma. Los invitados, incluso los niños, comenzaron a murmurar asombrados, algunos de ellos se mofaban al ver el estado de la señora, que, en tiempos mozos, era tan elegante y educada, pero ahora se presentaba en un estado poseído de sonambulismo inconsciente.

—¡Una bruja! —gritó uno de los infantes.

Atrás de ella, las sirvientes, angustiadas, entraron en el templo y con suavidad la tomaron del brazo para así, lentamente, salir del lugar. Mendoza entendió la tardanza de su esposa al ver aquella escenificación, no sabía si enojarse o echarse llorar. Juan Alfonso, asustado por lo que sus ojos acababan de presenciar, estaba desconcertado, pero su amada, más bella que nunca, hizo su entrada orgullosa sin saber que minutos antes su madre había hecho la primera aparición.

La muchacha caminaba con singular gracia y porte, detrás de ella, su hermanita Esperanza como paje, vestida de color rosa, le llevaba la cola del vestido. Clara lucía su ajuar blanco de seda y encaje como una segunda piel. Portaba mantilla española sobre su rubio cabello recogido, aretes de brillantes prestados de su madre y un listón azul en el ramo natural de rosas blancas y nube, debido a la tradición y buen augurio. Ella veía como los invitados, todos de pie, murmuraban, mientras que una que otra señorita no aguantaba la risa pícara y se cubría con el abanico para no delatarse; sin embargo, Clara caminaba erguida directo al altar, pero ya con inseguridad y un poco nerviosa, donde la esperaba su bien vestido prometido.

El sacerdote ofició la misa y dio el sermón dirigido a los novios leyendo el pasaje bíblico de las bodas de Canaán. En eso, reapareció la señora Mendoza, ya vestida decorosamente para el festejo, pero con la mirada perdida, acompañada de dos de sus sirvientes que la condujeron hasta donde estaba Mendoza, quien la miró con paciencia y tristeza.

Finalizó el sacerdote bendiciendo las arras, el lazo, los anillos, y declarándolos marido y mujer. Los esposos juntaron sus manos, se besaron en la mejilla pudorosamente y salieron de la iglesia acompañados de sus respectivos padres.

Entre los invitados se encontraban personas muy importantes del mundo político realista, como los parientes del famoso conde Rul, dueños de la mina la Valenciana en Guanajuato, así como el militar y político español Félix María Calleja junto con su esposa María Francisca, el joven militar Agustín de Iturbide y el arzobispo de México, Francisco Javier de Lizana y Beaumont.

El banquete, como era la costumbre de los Mendoza, basto y de buena sazón, concluyó en migajas y manchones sobre los manteles. Cada comensal terminó los platos en su totalidad. Esta vez la fiesta había marchado bien, sin ningún contratiempo, los novios, más enamorados que nunca, partieron a su nueva vida en Campeche donde les aguardaba su hogar. Esperanza se sentía muy triste, la única hermana que le quedaba la dejaba y sabía que su futuro estaba próximo en el convento, lejos de sus padres por un tiempo donde, a su muy corta edad, le enseñarían a leer y escribir, y más adelante matemáticas, literatura, latín, francés y menesteres que una señorita de sangre española y de buena posición como la suya debería aprender.

La madre de Esperanza cada vez se encontraba sumergida en sus pensamientos, no atendía sus labores en la casa grande, ni a su marido, ni a la única hija que le quedaba como anteriormente lo

hacía; vivía reclusa en sí misma. Varios médicos mandados a traer de la capital del país intentaron descifrar su enfermedad, pero no lograban curarla, decían que su enfermedad provenía de la locura. Su único pasatiempo era estar en la habitación de su hijo difunto, donde limpiaba y contabilizaba todo, controlando que cada cosa estuviera en su lugar y no permitía que nadie entrara, ni siquiera Mendoza.



LOS NIÑOS CONTINUARON VIÉNDOSE A ESCONDIDAS después de restablecido Santiago, pero su padre presentía que algo no andaba bien con su hijo, ya que salía muy frecuentemente por las tardes y regresaba al ponerse el sol sin decir dónde estaba, cenaba e inmediatamente se iba a su recámara para no tener que socializar con sus padres. Así que Velázquez decidió mandar a ocho peones para seguirlo e inspeccionar la zona donde los niños encontraron a su hijo cuando la serpiente lo mordió.

Los peones encontraron el bolso de Elisa que, como dijo ella, efectivamente, lo había perdido, pero al abrirlo no había rastros de maíz como ella afirmaba, sino más bien objetos curiosos, como un librito de oraciones, una estatuilla de madera tallada por Pamawari, un collar de conchas, incienso, piedras de diferentes colores, pero lo más sorprendente era el libro de *La Divina Comedia* con el sello característico de la biblioteca de Velázquez. Los peones decidieron inspeccionar y dieron con el cenote sagrado. Entraron a la gruta sorprendidos y, un poco asustados, encontraron el altar que los niños habían levantado para sus dioses en los que cada uno creía, al igual que ciertas pinturas en los muros rocosos hechos por los mismos niños.

—Pero ¿qué es todo esto? —exclamó un peón admirado e inmediatamente se santiguó.

—¡Es brujería! —declaró otro asustado.

De repente, escucharon las voces de los niños y estos se escondieron para no ser descubiertos. Los hombres identificaron a Santiago y a los demás. Entraron en la gruta, iban contentos porque continuaban con la limpieza del templo escondido entre la selva. Se

habían encontrado una máscara de jade entre las ruinas y Pamawari la portaba atada con un mecate, mientras que Itzel y Canek les contaban como es que sus padres se habían convertido en sirvientes de la hacienda. Elisa y Santiago habían hecho las paces recientemente después del incidente.

Les explicó Itzel a sus amigos, mientras acomodaba los objetos encontrados en el templo maya para el altar, que sus padres le habían contado cómo las tierras donde se encontraba ahora la hacienda, habían sido primero de sus abuelos hasta que llegaron los españoles y se adueñaron de todo, así que no les quedó otro remedio que servirles a ellos. Otros decidieron seguir con sus costumbres y buscar un lugar mejor donde instalarse, cerca del río, que ahora era la comunidad a donde fueron a consultar al nagual con cabeza de jaguar, algunos de sus parientes aún vivían ahí.

Pero un grito la perturbó, se escuchó proveniente de la garganta de Pamawari y los demás, instintivamente, voltearon para ver lo que sucedía. Un sujeto la sostenía de la cintura, y así fueron apareciendo más hasta que los ocho hombres habían salido de su escondite para capturarlos. Santiago los reconoció, eran peones de su padre.

—¡Suélteme! Pero ¿qué hace? Cuando mi padre se entere de esto, usted lo lamentará —gritaba Santiago intentando zafarse del hombre corpulento que lo detenía.

—Su padre es quien nos envió a buscarlo, así que no ponga resistencia.

—Entonces suelten a los demás, se lo ordeno.

—No podemos, tenemos órdenes estrictas de llevar a la hacienda a todo aquel que esté con usted —los peones trasladaron a los niños a la hacienda de los Velázquez.

Ahora los niños se encontraban parados en el pórtico de la entrada en la casa grande. Los mosquitos ya habían picoteado sus piernas y

brazos, gracias a la larga espera. Era de noche y la incertidumbre no abandonaba sus pensamientos. De pronto, vieron llegar a lo lejos el carruaje de Velázquez. Bajó del coche y detrás del hombre poderoso, lo acompañaba el prior de la Santa Inquisición de Mérida, que justamente esa noche era invitado a cenar con la familia.

—Don, este es el bolso que encontramos junto al río, y estos son los escuincles que acompañaban a su hijo en un cenote cerca de aquí. Tenían un altar hecho por ellos en la gruta, con objetos de culto a la Guadalupana, a Jesucristo, pero también a dioses indios y africanos. Debería de ir a verlo.

—Vale, Bernabé, lleva a la niña Elisa a su casa y llévate a los indios también, da razón a don Pancho y ponlo al tanto, que mañana iré yo a buscar a Mendoza.

—Sí, don. Con su permiso.

Elisa, Itzel y Canek fueron acompañados hasta su hacienda, donde tuvieron que explicar lo sucedido a sus padres. Sabían que se encontraban en problemas, pero no entendían la gravedad del asunto.

—¿Y tú, esclava? ¿Cómo te atreves a dirigirle la palabra a mi hijo y, peor aún, hacerte su amiga? —le reclamó Velázquez a Pamawari y la abofeteó fuertemente.

—¡No! Pégueme a mí, a ella no, yo soy el culpable, yo la llevé a jugar con nosotros —gritó de impotencia Santiago, interponiéndose entre su padre y Pamawari.

La niña, agarrándose su mejilla, no paraba de llorar. Los padres de Pamawari, al enterarse, llegaron corriendo e imploraban piedad a su amo, a sabiendas de lo que le podría ocurrir a su hija.

—¡Hágase a un lado! —le gritó a su hijo enérgicamente empujándolo.

—Velázquez, amigo mío, no es la manera. Deja este asunto en mis manos. ¿No ves que son unos pobres ignorantes de Dios? Mis acompañantes se llevarán a esta niña y a los demás para ser interrogados por el Tribunal del Santo Oficio para que se investigue si hay o no delito alguno por herejía —interrumpió el prior con voz pausada y tranquila.

La súplica del padre y el llanto de la madre de Pamawari no cesaban.

—¡No hemos cometido ningún delito! Solo jugábamos, íbamos guardando cosas que nos encontrábamos en la selva, es todo. ¡Padre escúcheme! —gritó Santiago con valentía.

Velázquez observaba a su hijo con aire indiferente.

—Si es mentira, hijo, usted saldrá ileso de este asunto, pero de lo contrario deberá pagar por sus actos.

—¡Padre, no me haga esto! —suplicaba el niño.

—Don, es apenas una niña, por favor, castígueme a mí, se lo suplico, yo soy el responsable de su actuar —decía el padre de la niña con insistencia.

—Así es, tú también pagarás por su desobediencia, hereje —le contestó el prior con un dedo acusador.

La madre, en el piso, lloraba jalando su mandil y arrancando el pasto por la desesperación, mientras otras sirvientes intentaban consolarla.



AL DÍA SIGUIENTE, EN LA HACIENDA, Mendoza fumaba un puro en su biblioteca. Abrió las cartas de la correspondencia una a una. Leyó con sentimientos encontrados la aceptación de su hija Esperanza, de cinco años, en el colegio. Cada vez se sentía más solo y esa noticia lo entristeció. Su mirada se clavó en la alfombra persa que había comprado su esposa en uno de sus viajes de negocios a Estambul.

—¡Papá! —entró en la habitación la niña buscándolo.

—¡Entre, guapa! ¿Qué le trae por aquí? ¿Acaso está aburrida?

—Sí, ¿dónde está Itzel? Quiero que me balanceé en el columpio del árbol.

—Niña mía, ella no va a venir por ahora, está en Mérida arreglando unos asuntos.

—Pero yo quiero jugar ahora con ella en el columpio.

—Busque a Rosario para que la lleve.

—¡No! Yo la quiero a ella.

—Mire, ¿sabe lo que dice esta carta? Que usted fue aceptada en el colegio de las monjas concepcionistas para cursar sus estudios.

—¡No! No quiero ir —Esperanza comenzó a llorar tumbada en el piso pataleando sin parar.

Mendoza no sabía qué hacer, generalmente su esposa era quien atendía los berrinches de su hija cuando se encontraba en sano juicio. Les gritaba a sus criadas, sin ninguna respuesta. La hacienda estaba sola.

—¡Mujer! ¿Mujer, dónde estás? —le gritaba a su esposa para que lo auxiliara con la tremenda escena que la niña había montado.

—¿Qué pasa, Rodrigo?

—La niña, no sé qué le sucede, ayúdeme a calmarla.

—Esperanza, mi niña. ¿Qué le pasa?

—Mi papá me va a llevar a otro lado, yo no quiero, yo quiero vivir aquí.

—Hija, tenemos que acatar la voluntad de su padre, si él ya lo decidió, así va a hacerse.

—Pues no, yo no quiero.

—Todas las niñas de su edad se van a los conventos a estudiar y no se discute más, está decidido, y no me haga sacar el fuete —con voz enérgica Mendoza reprendía a su hija.

La niña, al recordar el tremendo dolor del instrumento de castigo que su padre de vez en cuando solía utilizar, trató de guardar la compostura y no quiso indagar más en la discusión. Bajó la cabeza y salió de la biblioteca enjuagándose la cara con el borde de su vestidito.

—¿Es necesario que la niña vaya al colegio?, ¿no podremos esperar hasta el próximo año?

—No, ya está decidido. ¿Acaso sabe usted lo difícil que es entrar a ese prestigioso colegio al que tanto he ayudado? Las órdenes mendicantes como esa me deben favores y me lo estoy cobrando; a pesar de su cupo limitado, le hicieron un espacio a Esperanza y no podemos desaprovechar la oportunidad. Además, seamos realistas, no puede usted atenderla, se la pasa todo el tiempo encerrada en la habitación de Rodrigo y ni usted misma se hace cargo de sus propias aflicciones.

La esposa de Mendoza bajó la mirada y se rindió ante tal acusación. Ella sabía lo que le demandaba su esposo era verdad y que su pesar era más fuerte que su voluntad misma.

—¿Cuándo la recibirían? —preguntó la esposa afligida.

—Mañana, así que organice a la servidumbre para que le ayuden a empacar.

En la mañana del día siguiente, Esperanza ya estaba lista con su equipaje para emprender el viaje. Aguardaba sentada en la sala del porche de la entrada, deshojando una margarita que se había encontrado en el patio de su casa. Su mirada se hallaba perdida en los pensamientos de soledad e incertidumbre por el futuro que le aguardaba en el convento, lejos de su familia y su habitación de juegos. Su nana se acercó a ella e intentó animarla, llevándole una muñeca que había olvidado en su equipaje, pero Esperanza solo se le acurrucó en su pecho.

—Nana, no puedo ir a jugar con Itzel ahora, cuando regrese, ¿me llevarías a jugar con los niños? —expresó la niña con tristeza.

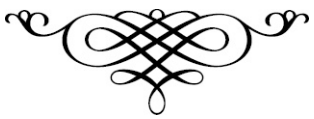
—Sí, niña Esperanza, yo la llevaré con ellos.

La carroza, al fin, llegó, y los padres de la niña salieron a despedirla dándole abrazos, animándola con comentarios entusiastas, para que Esperanza no intentara llorar. Pero la niña se despidió con un abrazo y subió de prisa las escaleritas del carruaje junto con su nana que la acompañaría. Mientras avanzaba el carruaje, la niña sacó la cabeza por la ventana y con un pañuelo les gritó a sus padres:

—¡Regresaré para jugar con Itzel, aunque me regañen!

El padre y la madre de Esperanza se vieron con mirada de desaprobación.

LA REVUELTA





LAS HABITACIONES PARECÍAN UN CALABOZO. Las paredes, en algún momento, habían sido del color de la piedra natural, pero con el paso del tiempo y la humedad, su color se había tornado de verde musgo en sus extremos, así como también la pared que tocaba el piso de piedra. El agua se filtraba por las goteras del techo y las puertas estaban carcomidas por las polillas, rechinaban al abrir y cerrar por el paso apresurado de algún caso que perseguir. Los niños se encontraban cada uno en una habitación de los edificios del Santo Oficio en Mérida, edificio de la Inquisición. Estaban siendo interrogados por dos sacerdotes franciscanos, que habían estudiado en la excelentísima real Universidad de Alcalá de Henares en España. Uno les hacía preguntas y el otro tomaba notas de lo que decían.

El obispo y los sacerdotes hacían preguntas sin sentido, y los niños, confundidos, intentaban contestarlas sin lograr convencerlos de su inocencia. Esas cuatro paredes habían albergado cientos de declaraciones, que, dependiendo de la percepción del juez de turno, hacían que los acusados terminaran en una de las máquinas de tortura y muerte a la que le llamaban el garrote. La agonía que sufrían los acusados al ser torturados era mortal, en ocasiones eran expuestos en la plaza principal frente a las miradas de todos, sin embargo, no los quemaban en la hoguera como solía ocurrir en alguna plaza de España. Los niños temían que ese fuera su destino.

Era tal la perversa imaginación de quienes las diseñaban, que nadie podía creer las atrocidades que ahí se cometían en nombre de la paz y el orden religioso. Esos gritos llegaban hasta donde los niños eran interrogados. Las mazmorras tenían como huéspedes a los acusados, estaban iluminadas por una ventana pequeña con

barrotes, por donde rara vez entraba un poco de viento refrescante, mientras los hombres o mujeres aguardaban el juicio final. El agua que goteaba de los muros los mantenían hidratados, el hedor de sus desechos orgánicos revolvía los estómagos de los apresados, quienes buscaban la pequeña puerta de madera o la pequeña ventana con barrotes, para aspirar un poco de aire limpio.

—¡Brujería! Eso es lo que hacían en la gruta, ¿no es verdad? ¿Quién les enseñó esa práctica diabólica? —preguntaba el obispo acariciando el cabello de Itzel.

—Nadie, señor, no hacemos brujería.

—¿Y estas estatuas de arcilla, piedra y madera, que estaban colocadas en el supuesto altar? Son magia vudú, niña, a mí no me engañas, demonio.

—No, son sólo muñecos para jugar.

—Pues a mí no me lo parece, se encontraban en el altar, adornadas como cualquier imagen y rodeadas de algunas cosas que parecían ofrendas.

Itzel, llorando de desesperación, no sabía cómo persuadir al obispo. La adoración a otras imágenes que no fuesen católicas estaba prohibida. El hombre caminaba alrededor de ella, frotándose el mentón con la mano derecha. Era un hombre de avanzada edad, con el rostro maltratado y deformado quizá por sus pensamientos y doble moral. Entre los suyos tenía fama de cruel y la piedad no existía en su mente, a pesar de que aparentaba simpatía.

—Niña mía. ¿Escucha esos gritos? Son de los hombres y mujeres que están siendo torturados, pero podemos evitarles a usted y a sus amigos tanta agonía, dígame nombres y quedará absuelta.

El hombre frotaba sus manos para secarlas del sudor. Un golpe en la puerta interrumpió el interrogatorio.

—Disculpe, señor obispo, la niña esclava ha hablado —murmuró uno de los sacerdotes encargados del testimonio de Pamawari.

El obispo salió de la habitación y le preguntó al sacerdote en voz baja:

—¿Cuál ha sido su confesión?

—Dio el nombre de Pilar, una mulata que trabaja en la hacienda Velázquez.

—¿Pues qué espera? Tráigala de inmediato, y que pague por delito de brujería y herejía. Y en lo que se refiere al hijo de Velázquez, suéltenlo, no nos conviene que sea torturado. Recordemos que su familia desciende de un famoso caballero de la corona española, así que buscarnos la enemistad de esa familia no es conveniente.

—¿Y los demás?

—No, a ellos aún no los suelten, hasta que la tal Pilar nos confiese su culpabilidad.

Mientras se revisaban los cargos imputados, las niñas eran separadas de Canek en las mazmorras, y puestas en una celda aparte prohibiéndoseles las visitas. El único alimento que recibían era pan duro y agua, así estuvieron recluidas quince días. Santiago, ya absuelto, regresó a su casa e intentó persuadir a su padre día y noche para ayudar a sus amigos, pero no tuvo éxito alguno. Pancho y Leonor asistían todos los días, acompañados de los padres de Pamawari, Itzel y Canek, para pedir audiencia con el obispo y poder sacar a los niños de ahí, pero igualmente no obtuvieron respuesta.

Pilar, la mujer a la que acusó Pamawari, ya había muerto desde hacía años, pero se le ocurrió a la niña mencionar ese nombre porque sabía que no podían ir tras ella, en efecto, ella era quien le había enseñado junto con su madre sus antiguas tradiciones africanas.

—¿Qué vamos a hacer, Pancho? No podemos quedarnos de brazos cruzados, nuestros hijos tienen quince días presos y no sabemos nada de ellos, me preocupa que los maltraten o no les den de comer, no sabemos ni en qué condiciones los tienen —Leonor, desesperada, se quejaba con su esposo.

—No se preocupe, mujer, no van a durar ni un día más, se lo prometo, hablé con el padre Sandoval, el profesor de los niños, y con el señor cura Pascual, dicen que nos van a ayudar, ellos están de nuestra parte.

—Pues ojalá, porque no quiero que le pase nada malo a mi niña, me preocupa mucho.

Las otras madres se acercaron a Leonor, le dieron comida de la que llevan en sus canastos para reconfortarla, pero se le había quitado el apetito y no deseaba probar bocado alguno.



MIENTRAS TANTO, IGNACIO, JESUSITA y sus hijos mayores, reunían en secreto a la gente conocida para iniciar con la revuelta. El hecho de que los niños hubiesen sido presos injustamente fue lo que detonó que los ánimos se encendieran entre los hastiados criollos, mestizos, indígenas y esclavos de Mérida. La gente comenzó a sacar las armas escondidas del anterior asedio e iniciaron a cargar carretas y sacos con ellas dentro, todo aquello con lo que pudieran atacar a los españoles, quienes tenían mejor y más armamento. Las mujeres se unieron a sus esposos, hermanos y padres, comenzaron a informarles de los movimientos que se efectuaban en las haciendas y en los edificios de gobierno. La unión entre todas las castas en contra de los gachupines se fortalecía día con día.

—¡Padre Sandoval! ¿Qué noticias tiene de nuestros hijos? —se acercaba Vicente preguntando con nerviosismo.

—No se preocupen, sus hijos se encuentran bien. Hoy mismo los vamos a sacar y para eso necesitamos de su ayuda.

—Sí, padre, díganos lo que tenemos que hacer —preguntó Dolores con cierto entusiasmo.

—Traje conmigo a un monaguillo, él nos puede ayudar, se llama Inocencio.

Inocencio era un tímido niño mulato de 7 años de edad. Pero, a pesar de su timidez, era de mente ágil.

—Gracias, Inocencio, por ayudar a nuestros niños, tenga mucho cuidado, por favor. Es usted muy valiente —Don Pancho le agradeció dándole unas palmaditas en el hombro.

—No hay de qué, don.

Leonor, preocupada, le expresó a su esposo en voz baja:

—Pancho, se ve que él es muy nervioso, además es solo un niño. ¿Cree usted que él va a ayudar a nuestra niña Elisa? Porque a mí no me lo parece.

—Mujer, no se preocupe, el padre Sandoval lo conoce y sabe lo que hace, además, no tenemos otra opción que confiar, encomiéndese a nuestro Señor.

—Pues, si usted lo dice.

—Ven, chamaco, sígueme. Ustedes vayan a la parte de atrás del edificio. Abajo, en el muro, van a ver unas ventanitas del sótano con unos barrotes, aguarden en la tercera ventana.

El niño y el sacerdote entraron en el edificio intentando mantener la calma, respirando lo más natural posible. Estando ahí los aguardaba el señor cura, para entrar a hablar con el prior directamente.

—Vaya, al fin. ¿Por qué han demorado tanto? Bueno, bueno, como sea, encaminémonos con el prior que no tenemos mucho tiempo. Tú, Inocencio, ya sabes lo que tienes que hacer, acompáñanos hasta donde está la puerta de la oficina del prior y distrae a los guardias que estarán ahí custodiando.

El cura Pascual y el sacerdote Sandoval entraron y saludaron naturalmente al prior.

—Pero qué agradable sorpresa, díganme, ¿qué los trae por aquí?

—Gracias por su tiempo, señor prior. Bueno, el motivo de nuestra visita es el caso de los niños pertenecientes a las haciendas Mendoza y Velázquez. Voy a ser claro y hablar sin rodeos, queremos su liberación cuanto antes.

—Pero ¿qué sandeces son esas? ¿Acaso no saben ustedes cuáles son los cargos por los que ellos están aquí? — el prior dio un golpe violento en el escritorio.

—Sí, lo sabemos, y no es de ningún modo nuestra intención ofender a las autoridades eclesiásticas y mucho menos a usted, le ofrezco una disculpa por mi atrevimiento, señor.

—Así es, ha sido un atrevimiento el venir a pedirme a mí tal cosa sin ningún fundamento.

—Escúchenos lo que tenemos que decir, por favor. Si usted no libera en este momento a los niños, van a venir sus padres con sus comunidades a exigir por la fuerza su liberación y esto puede terminar muy mal.

—¿Y con ese discurso tan barato ustedes creen que me van a convencer? Pero ¡qué estupidez! ¿En qué cabeza cabe? Salgan ahora mismo, se lo ordeno.

Inocencio, mientras tanto, caminaba por los pasillos del Santo Oficio con la intención de que lo vieran los guardias que protegían la oficina del prior. Empezó a correr y a tumbar cosas intencionadamente. Los guardias comenzaron a seguirlo sin sospechar nada, conocían muy bien al señor cura, sabían que no corría ningún riesgo y mucho menos con la presencia de un niño, que además lo ubicaban bien. Inocencio sabía la ubicación de los calabozos, donde estaban encarcelados los demás niños, porque ya los había visitado anteriormente y gracias a un mapa que el cura Pascual le había enseñado y hecho memorizar en la parroquia mientras planeaban el golpe, así que condujo a los guardias hasta ahí, donde había otros escoltas.

—Escuincle, venga acá, le vamos a hacer encarcelar ahora mismo. Mocoso estúpido, usted solito llegó hasta los calabozos, pero qué

ingenuo, ya verá cuando lo atrapemos —reían y se burlaban los hombres.

—Camaradas, enciérrenlo aquí, mientras vemos qué hacer con él. Nosotros tenemos que regresar a la puerta del prior para custodiar, ustedes vayan a avisar a su superior de este incidente para ver cómo proceder contra este imbécil niñato.

Encerraron a Inocencio en la celda de Canek, quien se encontraba demacrado por tanto esperar, hambriento y sucio. Se reconocieron y se abrazaron.

—¿Por qué te encerraron a ti también, Inocencio?

—Me mandaron el padre Sandoval y el cura Pascual por ti, pero no tenemos tiempo, traigo pólvora y explosivos, ayúdame a hacer fuego para explotar la ventana. Tú vas a poner un poco en este muro que da a la celda de las niñas y yo pondré más en el muro que da hacía la ventana de la calle.

—¿Itzel, pueden oírme? —gritó con fuerza Canek.

—Apártense del muro izquierdo que ven de frente, vamos a volarla.

—Sí, te escuchamos, te escuchamos —gritaron las tres niñas y se apartaron junto a otras reclusas con las que se encontraban.

Los niños comenzaron a prender fuego rápidamente con la ayuda de unos palos y la paja de lo que era la cama, logrando explotar casi al mismo tiempo los dos muros. Las niñas, nerviosas y aturdidas, tosían por el polvo provocado, no sabían muy bien lo que pasaba, hasta que vieron a Canek cubierto de hollín asomado por el orificio que se había hecho, haciéndoles señas de que lo siguieran. Con las manos, quitaron los escombros y se encontraron en la siguiente celda. Vieron a Canek y a otro niño intentando quitar los restos de piedra que estaban entre el muro y la ventanita, corrieron en su ayuda. Sus padres se encontraban del otro lado ayudando a los niños a escapar.

El prior se hallaba amordazado, atado de manos y pies a su silla y con un abrecartas apuntando directo a la yugular. Se escuchó un golpe en la puerta de su oficina, eran los guardias que querían cerciorarse de que todo estuviese en orden, pero al no obtener respuesta, abrieron la puerta y vieron al prior que el señor cura había capturado. De repente, atrás de la puerta salió el sacerdote y golpeó fuertemente a uno de los guardias en la cabeza con un candelabro de plata. Cuando el otro guardia iba a disparar con su arma al sacerdote, gritó el cura:

—¡Alto ahí, hijo! Ni se te ocurra moverte y mucho menos disparar. ¿No ves que tengo un arma apuntando directamente a la yugular de tu prior? Y no voy a dudar en utilizarla, y que Dios me perdone, así que no tienes más opción que obedecer, siéntate, hijo mío. Sandoval, átalo a la silla y amordázalo también.

Al escuchar las explosiones, los clérigos se voltearon a ver y salieron corriendo de la oficina en dirección de los calabozos, para cerciorarse que los niños hubiesen podido salir sin ningún contratiempo. El sonido alertó a los demás guardias y estos llegarían en cualquier momento al lugar del siniestro. Los niños trataban de subir por la montañita de escombros ayudados por sus padres que se encontraban afuera. Logró salir primero Pamawari, después Elisa, pero en ese momento llegaron los dos guardias que se habían ido anteriormente y comenzaron a gritarles. Los niños, nerviosos, voltearon a verlos e intentaron ir más a prisa. Itzel, que pasaba entre la reja de la ventana y los escombros, se atoró con su vestido y, desesperada, rompió el pedazo de tela sin importar si los picos la pudieran lastimar, su padre la jaló y logró salir, pero todavía faltaban Canek e Inocencio.

Los guardias comenzaron a buscar las llaves de la celda entre sus ropajes, pero un golpe los hizo caer al piso, ese golpe provenía de los candelabros que los clérigos traían consigo, pero uno de ellos no

se desmayó, por lo que pudo sacar y disparar su arma contra Sandoval, hiriéndolo en el hombro. Volvió a detonarla disparando ahora contra el cura Pascual en el rostro, este cayó al piso muerto. Una tercera detonación le dio a Sandoval en el abdomen, logrando detenerlo y que cayera herido. Canek, al ver que quizá todo estaba perdido, empujó a Inocencio para que saliera, pero este se resistía. Los padres, gritando de impotencia, incitaban a los niños a apresurarse, pero los pequeños no se decidían. El guardia había encontrado las llaves y abrió la celda. Inocencio ya había logrado salir y sostenía de la mano a Canek desde afuera, lo jalaba con desesperación. El guardia logró agarrarlo del pie, pero el niño lo pateaba en el rostro incesantemente hasta que dejó de sentir que lo jalaba. El padre Sandoval tenía al guardia amenazado con el arma de su compañero en la cabeza.

—¡Suéltelo o disparo!

El guardia dejó al niño y Canek logró salir de ahí. Del otro lado, Vicente recibía a su hijo con un abrazo apresurado y emotivo. Padres e hijos corrieron lo más rápido que pudieron y otros se subieron a sus caballos para que la guardia del santo oficio no los alcanzara que se movilizaban para apresarlos, pero ya estaba un grupo grande de revolucionarios esperándolos, unos a caballo y otros a pie con picos, palos, piedras y armas, ansiosos aguardando el encuentro con Pancho para comenzar la rebelión. Una gran cantidad de personas de distintas castas entraron por la fuerza a cada edificio de la ciudad de Mérida, asediando la población, enfrentándose con las autoridades e incendiando algunos edificios del gobierno.



EN LA HACIENDA DE LOS MENDOZA se sentía una soledad absoluta. La partida de Clara y después de Esperanza dejó en completo desierto la casa y los corazones de los Mendoza. La servidumbre no se encontraba por ningún lado. Se sentía un ambiente pesado. La esposa de Mendoza se había quedado sola. Velázquez y Mendoza habían salido de cacería desde hace días, en busca de venados cola blanca, aprovechando el invierno de enero del año 1800. En el salón de juegos en sus respectivas haciendas, coleccionaban cabezas de animales exóticos disecados sobre los muros, algunos de ellos estaban de cuerpo completo. La habitación, que los españoles y algunos criollos encontraban fascinante y de alto nivel, era donde Itzel detestaba entrar, le causaba asco, tristeza y repulsión, lugar al cual nunca pudo acostumbrarse.

Mendoza le ganaba a su amigo en su colección por un oso negro que había cazado en los territorios del norte del virreinato en Chihuahua, trofeo que Velázquez le envidiaba a su compañero. Los dos amigos acudían a las fiestas taurinas y en ocasiones donaban alguno que otro toro de sus establos para la diversión de conocidos y amigos. Aprovecharon esa ocasión la liberación del veto, que durante dos años había sido impuesto para este tipo de práctica en muchos estados por parte del virrey Félix Berenguer de Marquina, que había sido disuelto por el nuevo virrey, Iturrigaray. Mendoza y Velázquez acudían con frecuencia a cazar. Recordaban las anécdotas de su juventud cuando ambos asistían a las fiestas de san Fermín en Pamplona. Se mostraban sus cicatrices como medallas de valentía y recordaban que, en aquellas ocasiones, sumergidos en el alcohol,

corrían por tres minutos para salvar sus cuerpos esquivando alguna cornada o pisotón por parte de los toros.

Los amigos regresaron a la hacienda de Velázquez, pero no había nadie, ni su familia ni la servidumbre. Comenzaron a preocuparse. No entendían qué pasaba, solo se escuchaba a lo lejos el canto y revoloteo de los pájaros que se resguardaban debido a la puesta de sol; ya comenzaba a anochecer. Velázquez gritaba los nombres de sus hijos, esposa y los que estaban a su servicio, sin conseguir respuesta alguna.

—Amigo, esto no me gusta nada. Acompáñeme a mi hacienda y preguntemos a mis peones y a mi mujer, para que nos den razón de lo ocurrido aquí —le expresó Mendoza a Velázquez preocupado.



LA NUEVA VIDA DE CLARA EN CAMPECHE no era del todo divertida, las altas expectativas que tenía del matrimonio se iban desvaneciendo de a poco. Clara se sentía sola debido a los innumerables viajes que tenía que hacer su esposo a la Ciudad de México o a Chiapas, y cuando él se encontraba en casa, se volvía cada vez más frío e indiferente. Las tertulias que se organizaban en su casa, o en las casas de algunos de los matrimonios que había conocido en la ciudad y la lectura, eran lo único que la mantenían ocupada y divertida. Mandaba en la casa con esmero, pero lo suyo era aprender cosas nuevas, diferentes a las que hacía cualquier mujer hogareña de la época.

Se enteraba cada vez más de la política por su esposo, e intentaba mantenerse informada leyendo libros o algún periódico clandestino que le hacía llegar su criada. Cuando estaba sola y sin saber qué hacer, pensaba en Juan Alfonso y se estremecía de tan sólo especular que su esposo la estuviese engañando con cualquier otra mujer. Sus celos no eran sólo alucinaciones suyas, comenzaron a crecer desde que encontró, por accidente, unas cartas de amor dirigidas a él, que Juan Alfonso había escondido en una pequeña caja en su despacho.

Juan Alfonso llegó a caballo a su casa de doble planta, en el centro de la ciudad donde vivía con su esposa. Iba acompañado de algunos hombres de su regimiento, después de un largo viaje y de sofocar alguna que otra revuelta en algunas ciudades de la Nueva España. Descendió del caballo, al entrar buscó el recibimiento cálido del abrazo alegre de su mujer, pero a cambio de eso salió a su encuentro una de sus sirvientes para ayudarle con su equipaje.

Sabía que algo no andaba bien. Subió de inmediato a su habitación. Al entrar, la miró de espaldas y con un fuerte abrazo rodeó su pequeña cintura, sintiendo como Clara, inmediatamente, le quitaba bruscamente los brazos de encima.

—Me marcho con mi madre un mes —le informó Clara con voz temblorosa y con un toque de firmeza.

Ambos estaban en su habitación y discutían mientras ella empacaba su ropa en un baúl.

—¡No! ¿Acaso le he dado autorización para marcharse? ¿Acabo de regresar de un viaje y así es como me recibe?

El esposo la tomó del brazo y la jaló con fuerza, quitándole lo que sostenía entre sus manos.

—Dígame, ¿qué le sucede? ¿Acaso no le he dado cuanto ha querido? Lo que pasa es que es una niña mimada, nada le es suficiente, ustedes las mujeres siempre quieren más, son insaciables, joder.

Clara intentó zafarse de la fuerza de su mano y del poder que ejercían su influencia y palabras sobre ella. Lloraba, pero él se burlaba y se reía de sus sentimientos, haciéndola sentir poca cosa mientras ella, en silencio, se preguntaba, dónde había quedado el amor, la dulzura y el coqueteo que él le regalaba con esmero. Se sentía ridícula por llorar, pero no lo podía evitar, las lágrimas le salían solas. Era tanto el dolor que sentía en su corazón, que intentaba no demostrar debilidad por la actitud fría de su esposo.

—Pues me voy, me voy con el mismo derecho que se ha otorgado para faltar a uno de nuestros votos matrimoniales —y sacó de su pecho tres cartas que había tomado de la cajita y se las arrojó a la cara.

—Ahora dígame que son mentira cada una de sus infidelidades. Dígame en qué le he fallado, dígamelo, si apenas fue ayer cuando

me juraba amor eterno —le gritó Clara con una voz sofocada y débil.

Juan Alfonso no supo qué decir, tuvo que admitirlo, era absurdo negarlo. Recordó las palabras que en algún momento le habían aconsejado su padre y sus amigos, sobre todo Agustín, su mejor amigo: *cuando te veas descubierto niégalo todo, siempre niégalo*.

—Váyase entonces y cuando esté más tranquila hablaremos, pero debe saber que el divorcio no pasará nunca, es inadmisible en mi familia.

—¿Eso es lo que hace cuando se va a Valladolid a una de sus misiones? Porque una de las cartas la firma una mujer con lugar en esa ciudad. ¿Así que Agustín es el alcahuete de sus infidelidades? ¡Válgame Dios! Y saber que conmigo se comporta como un hombre recto y decente.

—Agustín nada tiene que ver en esto, así que déjelo.

—Ya decía yo que ese don Agustín de Iturbide ningún bien le iba a hacer, si su padre, un español amante de los naipes y de las apuestas, no podría conducir a su hijo por buen camino y ahora esa misma influencia se ha sembrado en usted. Pero cómo ha cambiado, esposo mío.

—¡Basta ya, le he dicho! —le gritó Juan Alfonso levantando la mano derecha por encima de su cabeza.

La diligencia salió de Campeche por los caminos a Ticúl en Mérida, elevando el polvo que dejaba a su paso, dirigiéndose hacia la hacienda Mendoza. Clara no paraba de llorar, más por el dolor que en el alma le había dejado las infidelidades de su joven esposo, que por el golpe propinado en la mejilla y las marcas de los dedos que rodeaban su cuello. Tenía sentimientos encontrados, por un lado, deseaba parar el coche, dar media vuelta y regresar a los brazos de su amado, llorarle y pedirle perdón, pero por otro, vengarse y hacerle pagar por cada uno de sus golpes y sus traiciones.

Incrédula y orgullosa, no daba crédito a tales humillaciones, ¿cómo era que a una Mendoza se le faltara el respeto de esa forma, hija predilecta de un importante comerciante y hacendado español que la trataba constantemente como una princesa? Pero pesaba más el orgullo, los consejos e influencia de las señoras de sociedad quejosas de sus maridos, las que había escuchado en las reuniones de las tertulias, que el mismo sentimiento amoroso que sentía por él.



PANCHO, AL VER LA MULTITUD DE PERSONAS, hombres, mujeres y ancianos luchando por sus derechos contra sus adversarios peninsulares, recomendó a Leonor, Jesusita, Dolores, Concepción —mamá de Pamawari—, y a las otras mujeres que iban con ellos para rescatar a sus hijos de la Inquisición, que fueran a las comunidades indígenas más cercanas para refugiar a los niños y ponerlos a salvo, mientras ellos luchaban junto con las castas y se apoderaran del palacio de gobierno.

—Vicente, podría acompañarlas para que no estén solas en el trayecto y no tengan ningún contratiempo —le pidió de favor Ignacio a su amigo.

—Por su puesto, don Ignacio, no tenga ningún pendiente, yo velaré por todos, los llevaré a la Mejorada y los alcanzaré más tarde en el palacio de gobierno.

Corrían de prisa los niños con sus madres y Vicente. A cada uno se les había dado un palo, piedras afiladas y un cuchillo por si llegaban a caer en manos enemigas, que pudieran defenderse con algo. En el camino veían como algunas de las chozas y haciendas eran incendiadas.

—¡No se detengan, niños! —gritaba Concepción.

Al llegar a la Mejorada, observaron que algunos ancianos indígenas acogieron a las mujeres y a los niños. Canek, al ver que su padre lo dejaría ahí, se aferró fuertemente de su cuerpo para no dejarlo ir.

—*Aal*, debo irme, regresaré por usted, lo prometo, es mi deber luchar contra los gachupines y liberar nuestra tierra. Le prometo que seremos completamente libres, ahora cuide de sus amigos.

—Sí, *taataá*, lo haré, se lo prometo.

Vicente se fue de prisa por los caminos que conducían hasta Mérida. Sabía que podría tener complicaciones a su regreso, pero la adrenalina en su sangre y su sed de justicia eran más poderosaa que el miedo que pudiera sentir en esos momentos. Era el día que había añorado, por fin se enfrentaría a sus enemigos y lucharía sin importar las consecuencias, liberar a su pueblo de las injusticias, pero, sobre todo, vencer a sus viejos fantasmas lo motivaba a llegar hasta el final de lo que pudiera pasar. Recordaba con tristeza su infancia dura, llena de maltratos y abusos.

Por otro lado, los hacendados Velázquez y Mendoza montaron a caballo con sus sirvientes hasta la hacienda de Mendoza, se percataron de la soledad que habitaba entre sus muros. Su familia tampoco se encontraba ahí, al igual que ninguno de sus sirvientes. Cosas regadas en el piso entre los pasillos y las habitaciones, tortillas a medio hacer estaban sobre el comal, debajo de él con algunos restos de carbón encendido. Las señales indicaban que habían dejado la hacienda apresurados y a la fuerza. Nerviosos, emprendieron camino hasta Mérida, cuando se dieron cuenta del golpe que la rebelión de las castas y criollos habían comenzado, entonces temieron lo peor.

—Mendoza, esto es inaudito, nuestras familias seguramente cayeron en manos de sabrá Dios quiénes. ¿Dónde los buscaremos?

—No lo sé. Busquemos entre la gente a nuestros sirvientes, quizá ellos los tienen secuestrados o sepan quién los tiene retenidos —pero no reconocieron a nadie entre la multitud.

El carruaje de Clara llegó a la hacienda Mendoza. Algo extraño había ocurrido. Sentía en su pecho y estómago una sensación extraña, un vacío indescriptible, su piel se erizaba sin entender el motivo, se trataba de un mal presentimiento.

—Señorita Clara, espere aquím se lo ruego. Déjeme que vaya a anunciar de su llegada —el cochero sentía la misma sensación que ella, no quiso alarmarla y prefirió cerciorarse de que todo se encontrara en normalidad.

Pasado un buen rato, que para Clara había sido una eternidad, llegó el cochero y le informó de la ausencia de sus padres y del personal que laboraba.

—Seño, la casa se encuentra vacía y en un completo desorden, algo pasó aquí.

—Encaminémonos hacia Mérida y llevadme a visitar a los amigos de mi padre, quizá ellos nos den razón de lo sucedido —le ordenó Clara nerviosa, con un nudo en la garganta y con una gran incertidumbre.

Tenía la impresión de que pasaba algo extraño. Recordó las pláticas que llegó a tener en las tertulias, donde sus amigos criollos de buena posición auguraban un levantamiento tarde o temprano por parte de las castas, por el hartazgo hacia la justicia que no se cumplía correctamente y los abusos de poder. Llegando a la ciudad, se dio cuenta desde su carruaje que sus amigos tenían razón, el levantamiento era una realidad, preocupada pensaba en sus padres.

Con mucho miedo y tristeza, observaba el caos en las calles, batallas entre hombres de distintas razas, algunos que caían al piso malheridos y otros moribundos. Mujeres con los ojos desorbitados por el miedo corrían por las calles con sus hijos en brazos, para encontrar dónde refugiarlos y mantenerlos a salvo. Objetos volaban por los aires a modo de armas con la misión de herir al enemigo. El humo inundaba los pulmones de Clara que la hacía toser por los edificios incendiados, era tal su asombro ante lo que veía tras la ventanita de su coche, que no lo llegaba a razonar con claridad.

La joven se llevó las manos al rostro con espanto, quería llorar, pero el miedo y la adrenalina se lo impedían. La lucha era como aquellas batallas que llegó a ver en alguna pintura o gobelino. Entre la contienda, Clara reconoció la figura de su padre a lo lejos. Le pidió súbitamente al cochero que frenara los caballos. El coche se detuvo, bajó la joven apresurada del carruaje cuando el cochero le impidió el paso.

—¿Qué sucede, por qué no me deja pasar? Ahí está mi padre, necesito saber del paradero de mi madre.

—No, señorita, mi deber es protegerla, si le pasara algo, su esposo no me lo perdonaría. ¿No ve como están aquí las cosas?

—Vale, hombre, entonces vaya y dígale que estoy aquí, apresúrese.

Pancho e Ignacio buscaron la forma de apoderarse del palacio de gobierno junto con José, Tomás, el padre de Pamawari y con la gente que habían reunido desde criollos, hasta esclavos negros. Incendiaron la puerta principal y con varios troncos de madera golpearon la puerta una y otra vez, hasta que por fin pudieron entrar y luchar con los soldados que resguardaban el lugar.

La gente corría de aquí para allá; otros caían del segundo piso por el barandal. Jarrones, vajillas, esculturas, se rompían sobre piso en mil pedazos. Mujeres españolas, niños y sirvientas de diferentes castas gritaban corriendo, buscaban la salida para no ser asesinados o apresados.



MILITARES ESPAÑOLES QUEMABAN LA MEJORADA. Corrían de aquí para allá los niños y sus madres como presas inocentes e indefensas, culpables de su único pecado, nacer en tierra conquistada por los más fuertes. Muchas mujeres fueron apresadas mientras los niños corrieron dentro de la selva para esconderse, pero Canek cayó en manos de un militar, al que el niño hirió en la pierna con el cuchillo que le había dado su padre. El soldado cayó al piso, pero los gritos del hombre alertaron a otro que de inmediato tomó al niño del cabello y de la mano, le quitó el cuchillo apresándolo, llevándoselo amarrado junto con las madres de sus amigas en una carroza rumbo a la ciudad.

Itzel, Pamawari, Elisa e Inocencio, se encontraban solos y escondidos con otros niños en la selva. Lloraban por lo ocurrido a sus madres y a la comunidad en general. Después de la batalla, que duró cuatro días, los españoles, siendo más fuertes en materia militar y armamento, terminaron como vencedores capturando a los rebeldes aún vivos y heridos. La ofensiva en la ciudad había sido larga y cruenta. El teatro y otros edificios enigmáticos con imponente tamaño y arquitectura estaban cubiertos de tizne y perforaciones de mosquetes en sus muros, así como humo en sus espacios, por lo que tuvieron que ser abandonados. El edificio de la Santa Inquisición, finalmente, fue recuperado por los militares españoles.

El padre Sandoval, así como varios de los rebeldes, comenzando por Pancho, Ignacio, Tomás y José, fueron apresados en una de las celdas. Más tarde, Vicente se reuniría con ellos en los calabozos, él había sido capturado en uno de los caminos hacia Mérida, perdiendo

la oportunidad de enfrentarse con el enemigo, hecho que lo tenía enojado y sumido en la tristeza con una gran impotencia. Las madres de los niños fueron trasladadas a las mazmorras de la cárcel de la ciudad. Sabían que el destino final sería la horca en la plaza principal o el fusilamiento, frente a la catedral, a modo de escarmiento y lección para los demás habitantes que intentasen rebelarse contra la corona española.

Formados en una línea, los hombres fueron acusados por traición, entre ellos estaba el padre Sandoval. Les vendaron los ojos, pero en el momento del fusilamiento, el religioso se quitó la venda y levantó los brazos al cielo. Sostenía un rosario de madera en la mano derecha ensangrentada, por el proceso de degradación eclesiástica, ambas manos y yemas de los dedos fueron raspados con un cuchillo. Cayó al suelo hincado, rezó una oración en latín y terminó con la frase: *Que viva Dios, que muera el mal gobierno*.

Después de eso, el fusilamiento estalló en las cabezas de los otros hombres sentenciados, así como en el pecho del sacerdote franciscano, cuyas balas de los mosquetes lo dejaron sin vida casi de inmediato, manchando su túnica blanca. Finalmente, una bala hirió su corazón de donde brotaba la pasión y la esperanza de libertad, abandonándose a la muerte y resignándose al ímpetu de los que en esa tierra se quedaban con esperanza aún de luchar.

El cochero de clara, que había visto a su padre a lo lejos, se acercó rápidamente a Diego de Mendoza y le comunicó que su hija se encontraba en la carroza, señalándole la ubicación. Mendoza se alejó del campo de batalla en busca de su hija para protegerla, Velázquez y el cochero lo siguieron, subieron al coche y se alejaron del lugar lo más pronto posible hacia algún camino a las afueras de la ciudad, donde se encontrarían momentáneamente a salvo.

—Padre, ¿dónde se encuentra mi madre?

—No lo sé, hija mía, regresé de caza a la hacienda y ya no se encontraba nadie, seguramente se la llevaron esos rebeldes.

—¿Y qué vamos a hacer? Debemos recuperarla cuanto antes, su estado de salud es delicado.

—Si es que aún se encuentra con vida —exclamó Mendoza con voz entrecortada.

—No diga eso, padre, ya verá que pronto estará con nosotros —Clara intentaba dar ánimos a su padre.

Mendoza, Clara y Velázquez buscaron con desespero a sus familiares heridos en los conventos de ayuda. Investigaron entre los detenidos en las mazmorras y cárceles de la ciudad si había algún conocido, pero no tuvieron suerte. Pareciera que la tierra se los hubiese tragado. Clara, en cuanto podía, se detenía para ayudar un poco a los heridos, pero su padre la reprendía, recordándole cuál era el objetivo de su búsqueda. A lo lejos, por un callejón fuera del convento, se hallaron con unos conocidos que eran españoles, se encontraban muy malheridos y estaban sentados en la tierra.

—Don Sancho, don Carlos, pero ¿qué les ha sucedido? Acompáñenos, nosotros los llevaremos al convento, están muy malheridos —les propuso Velázquez con preocupación.

—¿Ustedes tienen noción de lo que aquí acaba de acontecer? Sus sirvientes y conocidos, Pancho e Ignacio, me pareció haberlos visto luchando junto a los revoltosos, ¿acaso son todos ustedes unos traidores?

—¡Nada de eso! Se equivoca, don Carlos, nosotros somos fieles a la corona, y si ellos estuviesen involucrados en esta revuelta, no nos puede culpar directamente, créame, nosotros somos inocentes, lo desconocíamos. Lo único que en estos momentos nos importa es saber el paradero de nuestras familias, están desaparecidas desde que comenzó el levantamiento, estamos desesperados, aún no

sabemos nada de su paradero —Mendoza trató de convencerlos de su inocencia.

—Vale, vale, vayan con cuidado, quizá puedan dar razón de sus familias, que llevarse a personas inocentes no es de Dios, ojalá paguen por el daño que esos desgraciados han ocasionado a tanta gente inocente —contestó Don Sancho.

—Y sobre todo llevarse al pobre de Santiago, mi hijo, que es apenas un niño —exclamó con amargura Velázquez.



EN LAS MAZMORRAS DE LA SANTA INQUISICIÓN aguardaban su destino Pancho, Ignacio, José, Tomás y Vicente, entre la cálida luz de las antorchas que avivaban un poco los ánimos e iluminaban los pasillos con sus movimientos flameantes. Buscaban la forma de escapar, pero las celdas se encontraban muy bien custodiadas por los militares, era casi imposible, en ellos había una leve luz de esperanza. Pensaban en sus familias, en el pasado, en el presente y en un futuro incierto, no encontraban solución alguna. Hablaban, discutían, resolvían y regresaban al mismo lugar, a un callejón sin salida, a un destino con sentencia mortal.

En momentos de debilidad se arrepentían por exponer a sus familias y a sus pueblos al desastre, a la muerte, rogando a Dios piedad por sus almas, las almas que dieron su vida por la causa y por las vidas de los suyos. En otros momentos la fuerza emergía de lo más profundo de su ser deseando salir victoriosos, libres de las ataduras a las que se encontraban sometidos desde varias generaciones, buscando una salida, principalmente al encierro que los inmovilizaba.

A la mañana siguiente, los acusados despertaron por los cálidos rayos del sol, que entraban por una pequeña ventana hacia el interior del edificio, y también por el golpeteo de los martillos que hundían con fuerza los grandes clavos sobre los tablones que reforzaban la horca en la plaza pública, junto al mercado. Los rebeldes eran conducidos de las cárceles con grilletes en los tobillos para ser sentenciados en la plaza pública. Avanzaban en una sola fila, primero los hombres, después las mujeres. Eran tantos que debían agruparlos de ocho en ocho, ya que el espacio en la horca no

daba abasto para tantos. Vicente, José y Tomás iban en el primer grupo, mientras avanzaban, los jueces civiles anunciaban a viva voz su veredicto, encontrándolos culpables de los cargos por traición a la corona.

Subieron los pequeños escalones que los conducirían al encuentro, cara a cara, con la muerte. Mientras los acusados estaban parados con las manos atadas al frente y despojados de sus ropas, la gente se iba amontonando alrededor de la plaza como si de un espectáculo se tratase. Comenzaban a gritar y a arrojar frutas o verduras descompuestas a los cuerpos indefensos de los acusados de distintas castas.

Los condenados temblaban incesantemente por el miedo que provocaba el destino incierto después de la muerte. Se acercó el verdugo colocando cada una de las cuerdas, apretándolas alrededor de los cuellos de aquellos hombres que buscaron la libertad. Hacía calor, el sol del mediodía quemaba con intensidad. El sonido apresurado de unos caballos a todo galope y el intenso relinchar por el freno súbito por parte de sus jinetes armados, interrumpió el momento. Los ahí presentes identificaron a los jinetes, se trataba de Mendoza y Velázquez, pero un fuerte estruendo en la horca llamó la atención de la gente que obligó a mirar hacia el lado contrario. Ya habían sido ejecutados los padres de Itzel, Canek y Pamawari.

Mendoza los reconoció y sintió tristeza e impotencia por ellos, quizá si hubiese llegado a tiempo seguirían vivos. El segundo grupo estaba subiendo las escaleras hacia la horca, mientras los hacendados intentaban convencer a los jueces de la inocencia de Pancho, Ignacio y de sus mujeres, con el propósito de recuperar a sus familias, ya que creían que ellos sabían su paradero. Clara, que se mantenía lejos de la muchedumbre por órdenes de su padre, vio que un niño iba a ser ejecutado. Angustiada, se acercó a su padre y lo interrumpió:

—Padre, en la horca, haga algo, Canek va a ser ejecutado.

—¿Qué? No puede ser.

Sin pensarlo, Mendoza subió a su caballo y de un brinco cayó en las maderas de la horca y le quitó la soga al niño. Canek se encontraba fuera de sí, afligido y consternado por ver que acababan de ejecutar a su padre y a los padres de sus amigas.

—Pero ¿qué están haciendo? Si es apenas un niño, por Dios santísimo. ¿Acaso perdieron la razón?

Mendoza cubrió al niño con ropas que estaban tiradas y furioso lo llevó con Clara, para después dirigirse al juzgado y a los religiosos diciendo:

—Miren lo que están a punto de hacer. ¿No tienen conciencia?

—Usted no tiene ningún derecho de interrumpir este juicio, ¿acaso no es usted español, pero de qué lado está? A esta perfidia también se le llama traición y obstaculización de la justicia. ¿No está enterado de eso?

—Soy español y eso no me convierte en un tirano. Ya han matado a su padre, él ya pagó por eso, dejen al niño que se marche en libertad. ¿Qué daño puede hacerles?

—Él también es un traidor, y debe ser sentenciado.

—¡Pues a usted que le den morcilla! A este niño yo lo libero y está libre de culpa, si tiene alguna objeción, ya nos veremos en los tribunales. Vámonos.

—¡Padre! He visto a Pancho e Ignacio entre los sentenciados. ¿Qué podemos hacer?

—Regresar con los jueces y abogar por ellos, esperemos que los liberen.

—Pero y Dolores, ¿qué va a pasar con ella?

—No puedo abogar por todo mundo, niña, si voy a hacerlo es porque necesitamos saber dónde tienen a tu madre y a los Velázquez, además eso les pasa por rebeldes.

—¿Pero y si ella sabe dónde están?

—No lo creo, aquí los cabecillas de la insurrección son ellos.

Diego de Mendoza, después de tantos alegatos, pudo liberar a Ignacio y Pancho junto con sus esposas, asumiendo la responsabilidad que conllevaba el hacerlo solo, con la finalidad de que los ayudasen a recuperar a sus familias. Los niños Itzel, Elisa, Pamawari e Inocencio vivieron esos días en la selva, dentro de algunos cenotes escondidos, alimentándose de lo que la madre naturaleza les proporcionaba y que nunca los abandonaba; era el mejor escondite. Cuidaron a otros niños indígenas que habían sido arrancados de sus madres en la comunidad de la Mejorada, jugaban con ellos todo el día para hacerles olvidar a sus madres, pero al caer la noche, los niños lloraban por ellas de nuevo.



EN LA HACIENDA DE MENDOZA el ambiente estaba gris, no era lo que en días pasados. La ausencia de cada alma que habitaba en ese lugar era evidente. Se añoraba el calor de la leña encendida en la cocina y los olores de los condimentos que realzaban los platillos. No había quien preparara un chocolate caliente ni churros o un café con turrones. En el pórtico, las hojas secas de las plantas y de los árboles se habían adueñado de la entrada a la casa grande.

—Pancho, Ignacio, si os he liberado y se encuentran hoy aquí, en mi hacienda, no es por piedad, se lo juro, ni porque yo sea ningún santo ni mucho menos partidario de sus ideas políticas, ya que creo que ustedes son unos completos apóstatas que han traicionado al rey, a la misma corona con sus conspiraciones. Creo inaudito que a mí, que durante todo este tiempo los he apoyado en sus encomiendas, me paguen de este modo.

—Don Mendoza, nosotros le estamos agradecidos por todo, no somos unos ingratos, créame, por ello es menester aclarar que este asunto no es personal, no estamos en su contra), sino de las injusticias que se han suscitado a lo largo de tantos años por todo el país en manos de muchos españoles y por parte de la misma corona española.

—A ver, ¿cómo está eso de que no es personal? Porque hasta donde yo tengo entendido secuestraron a mi familia. Explíquemelo porque, en realidad, aún no logro comprenderlo.

—Verá, don Mendoza, los tributos que pagamos todos, pero sobre todo los criollos y otras castas, son inadmisibles, imposibles de pagar, y usted lo sabe, tomando en cuenta que se van directamente

a la financiación de guerras contra enemigos de España o para alguno que otro lujo. Sabe usted bien que son mayoritariamente más beneficiados los españoles peninsulares que los demás que no estamos a la altura de ustedes, por el simple hecho de haber nacido en la Nueva España y no en la península.

—Sí, pero…

—No me interrumpa. Mire, ustedes nunca han dejado de lado sus caprichos, llevando una doble vida en todo sentido y prohibiéndonos a nosotros todo, religiosa o políticamente. Los criollos también somos aptos para tomar decisiones, pero todo aquel que llega al poder es principalmente español. Por ejemplo, a los indígenas, se les ha prohibido vender sus telas y a nosotros comprárselas, ya que se venden a un costo más accesible, pero en cambio debemos comprar telas exportadas de España a precios elevados, y dígame usted quién es el beneficiado.

—No cabe duda que son unos malagradecidos, den gracias a Jesucristo que no están en las mismas condiciones que esos indígenas o que los negros esclavos.

—Al parecer, ustedes son los que nunca van a comprender. Este alegato podría llevarme toda la vida y no pretendo convencerlo de nada, don Mendoza, simplemente que usted escuche nuestro punto de vista, que se ponga en nuestro lugar por una sola vez, lo que queremos es libertad y oportunidades para todos.

Alegaba Pancho con emoción y con los ojos vidriosos, tanto de impotencia como de humillación, humillación por no poder cumplir con lo que había prometido a tanta gente que tenía esperanza en el levantamiento y en él. Pero, de repente, recordaba que no era sólo él, que él era un humano y un instrumento más para lograr la libertad y que quizá nada estaba perdido, quizá era el inicio de algo más grande.

—Ahora bien, al punto, el verdadero motivo por el que los ayudé a escapar de la horca. ¿Dónde está mi esposa y la familia Velázquez? O me lo dicen o los llevo ante las autoridades de nuevo.

—No se preocupe, Mendoza, créame que ellos están mucho mejor tratados en comparación con el trato al que ustedes están acostumbrados a darnos —contestó Ignacio.

—Decidme ahora mismo dónde están. O los desollaré vivos frente a sus mujeres —gritaba Velázquez con voz desgarradora.

—Tranquilo, Velázquez, con esos modos no vamos a llegar a resolver nada —proclamó Ignacio con voz apacible.

—Se encuentran en Santa Ana, una población indígena cerca de aquí —señaló don Pancho.

—Ya sé dónde está Santa Ana, no me crea estúpido —Velázquez le reclamó en tono hostil.

—¡Vamos, que alisten la carroza cuanto antes!



LOS HOMBRES LIBERADOS, junto con sus esposas y Canek, quien ahora se encontraba al cuidado de ellos, salieron en busca de Elisa, Pamawari, Itzel e Inocencio a la comunidad de la Mejorada. Las niñas desconocían que habían matado a sus padres en la horca y Canek no había tenido oportunidad de llorar a su padre muerto. Los niños no se encontraban en la comunidad, estaba completamente abandonada. Pero a Canek se le ocurrió que quizá no estarían lejos, podría ser que se hubiesen refugiado en un cenote, así que entre todos comenzaron la búsqueda en los alrededores, no podían gritar sus nombres debido a que si algún enemigo los escuchaba, los podrían apresar, la revuelta se había apagado, pero los ánimos en contra de los rebeldes seguían encendidos. Por fin, después de una larga búsqueda, lograron encontrarlos, efectivamente, en un cenote. Leonor y Jesusita, sorprendidas por el gran trabajo que habían hecho los niños para cuidar de los otros, los abrazaron y lloraron junto con ellos.

—Doña Leonor, Jesusita, ¿dónde están nuestros padres? —les preguntaba entusiasmada Itzel al ver que ellos se encontraban bien.

Un silencio sepulcral inundó el ambiente. Los cuerpos habían sido trasladados fríamente a una fosa común, después de haber sido arrojados desde un banco con la soga al cuello, tristemente desmembrados yacían a las afueras de Mérida. Las cabezas fueron cercenadas de sus cuerpos y colocadas en pilotas para ser exhibidas en la plaza pública, con la intención de que los demás las vieran y así fue, inclusive niños, vieron con horror, asco y tristeza, las cabezas de aquellos que, hasta hace unos días, convivían con la gente como simples conocidos, familiares o amigos. Cada vez que pasaban por la

plaza no podían evitar el espectáculo, hasta que fueron devorados, pedazo a pedazo, por las aves de rapiña que hacían su trabajo natural. Después, ya pasada una semana, empleados mandados por el gobierno debían retirar por completo las pilotas con lo que quedaba de lo que fueron alguna vez esas pobres personas, quienes lucharon por sus ideales.

Canek, Itzel y Pamawari, supieron por Jesusita y Leonor lo ocurrido, no les permitieron ver los cuerpos de sus padres. Ignacio y Pancho trasladaron los restos de sus cuerpos a un lugar más cercano de su pueblo, en Ticúl, para darles santa sepultura. Los niños lloraban y se cuestionaban el final de sus padres, porque eran personas buenas y que lo único que deseaban era más oportunidades y leyes justas para los suyos.

Pancho dedicó un pensamiento a sus amigos mientras los sepultaban:

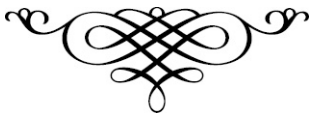
> *Hemos venido a este mundo temporalmente, hubo alegrías, penas, llanto y dolor, pero todo pasará con gran velocidad después de haber cumplido con nuestra misión.*
> *La vida es un caudaloso río, ahí lavaremos nuestros pecados para presentarnos ante nuestro padre, limpios, puros, sin mancha, con la satisfacción de haber vivido y luchado por nuestros ideales hasta el final.*
>
> *F.M.G*

Todos tuvieron que abandonar Ticúl y la hacienda con sus familias por órdenes de Mendoza y Velázquez, de lo contrario los apresarían y juzgarían, ese fue el acuerdo al que llegaron con la condición de recuperar a sus familias y su libertad. Pancho e Ignacio adoptaron como suyos a Canek, Itzel y Pamawari, quienes vivieron con Elisa, el hermano de ella y los hijos ya mayores de Ignacio. Los niños no volvieron a ver a su amigo Santiago, ni a Esperanza, que se había ido a un colegio en el convento, ni tampoco a Clara.

Inocencio volvió a la iglesia donde el cura fallecido lo protegía anteriormente. Mendoza y Velázquez acudieron a la comunidad donde estaban sus familiares y, para su sorpresa, se encontraban en perfectas condiciones, un peso de encima los liberó. Se dieron cuenta que quizá sus esclavos, empleados y amigos criollos no estaban tan equivocados, necesitaban las castas, más libertades y menos injusticias, así que no pudieron con parte de la culpa y se devolvieron, después de meditarlo por semanas, a España, a su madre patria.

Ambas familias españolas tenían sentimientos encontrados. Por un lado, sentían que dejaban su vida y sus propiedades por las que lucharon tantos años a merced de unos cuantos revoltosos inconformes a los que, por el simple hecho de alzarse en armas, se les estaba concediendo todo cuanto pedían. Pero, por otro lado, sabían muy bien que lo que habían heredado por generaciones en la Nueva España, no les pertenecía. Tan solo el pensar en regresar a España como derrotados, sin bienes ni dinero, los impulsaba a quedarse y luchar por lo que ahora les quitaban. Pero después de tanto deliberar entre ambas familias, eligieron irse a España, antes que morir en manos de las castas enfurecidas. Por mandato de su padre, Clara regresó a vivir con su esposo Juan Alfonso. Santiago se fue con sus padres rumbo a España, muy a su pesar. Esperanza se quedó en el convento de las monjas concepcionistas hasta que tuviera más edad para decidir si continuaba con los votos como monja o salía para casarse con algún buen mozo, seguramente designado por su padre.

TERTULIAS DE CONSPIRACIÓN





EL ARCOÍRIS MULTICOLOR, QUE APARECÍA DE PRONTO bajo el agua fresca de la cascada, deleitaba la vista. Los paisajes naturales albergaban en su interior el espíritu de aquellos que en algún momento dejaron a su paso por esos caminos, alguna huella en esos espacios abiertos; la diversidad y abundancia eran inimaginables para la inocencia de un niño. La madre natura alimentaba a todo aquel que se adentrara en sus fauces, amamantando amorosa a los aventureros que osasen profanarla. Los peligros de los animales salvajes siempre estaban latentes, pero quienes vivían armados de fe e ingenio lograban apaciguar o disipar cualquier eventualidad, así como lo hicieron las familias de Pancho e Ignacio.

Durante el gran periplo, los niños dormían todas las noches con los cuentos que les narraban de viva voz sus padres adoptivos, cuentos que les hacían olvidar el hambre. Como lámparas, durante las noches más oscuras, tenían la luz de las hermosas estrellas del firmamento, parecía que el mismo cosmos se les fuera a caer encima, sentían que casi podían tocarlas. También tuvieron días de lluvia y tormenta, pero, gracias al gran cuidado de los jefes de las familias y los refugios que encontraban a su paso, lograron vencer los infortunios y las contrariedades.

Después de una larga travesía desde Mérida, las familias de Pancho e Ignacio llegaron a Puebla con carretas tiradas por caballos y mulas, llevando consigo la mayoría de sus pertenencias. Pero estando en Puebla se dieron cuenta que los poblanos apoyaban a la corona y que las ideas de Pancho e Ignacio chocaban radicalmente, por tal motivo, decidieron continuar la diáspora hasta Valladolid y

establecerse ahí con la ayuda de conocidos poderosos de ambas familias. Pancho e Ignacio comenzaron de nuevo con sus negocios. Fueron tiempos difíciles, pero juntos pudieron sacar adelante a sus familias y gozar de una buena posición económica.

Corría el año de 1807, pasaron 7 años desde su salida de Mérida. Elisa se crio junto con sus amigos Canek, Pamawari e Itzel. Elisa, al cumplir los diecisiete años, se comprometió con un apuesto empresario de Valladolid, Mariano Aguirre de Michelena, pariente del abogado y teniente José Mariano de Michelena. Pamawari e Itzel tenían catorce años, Canek dieciséis. Protegidos por las dos familias, les buscaron apoyos en un colegio religioso para internarse y continuar sus estudios durante el periodo de clases. Las niñas estudiaban la secundaria y Canek comenzaba Derecho en la nueva Real Universidad de Guadalajara, fundada apenas hace algunos años por el fraile Antonio Alcalde.

Pancho había caído gravemente enfermo, primero de gota y después de pulmonía, ya no podía moverse de la cama, había envejecido, al igual que Leonor, a ella la edad se le notaba en el pausado de su andar debido a la gangrena que sufría en sus piernas a causa de la diabetes. En la casa se habían reunido los jóvenes para cuidarlo y ayudar a doña Leonor. Pamawari e Itzel habían dejado el colegio momentáneamente, y Canek llegó de Nueva Galicia, al enterarse de la gravedad de su enfermedad. Elisa preparaba los paños tibios y mojados, curaba la pierna de su padre con ungüentos y le daba medicamentos recetados por Ignacio. Las campanas de la catedral de Valladolid se escuchaban cercanas a la casa que se encontraba en el centro de la ciudad, dando la hora puntualmente.

—Guadalupe Itzel, Pamawari, Elisa, ¿dónde están? —preguntó Pancho.

—Aquí estamos —contestaron las jóvenes tomando su mano.

—No me queda más tiempo, han sido buenas hijas. Prométanme que continuarán con sus estudios, al igual que Pedro Canek que ya es un hombre, sin importar que sean ustedes mujeres, que eso no las limite ni las intimide nunca, que nadie las humille por ser mujeres y mucho menos por ser diferentes, esa es mi herencia para ustedes. Luchen por su libertad, así como sus padres lo hicieron hasta el final. Tengo unos pensamientos que les escribí, aquí en el cajón de mi mesita de noche. Elisa, hija, alcánzalas y dáselas de favor.

—Padre, ya no hable, usted necesita reposo —Elisa le expresó con desasosiego.

—Hija, tengo que decirles, no sé cuánto me queda de tiempo. Mis ojos no pudieron ver la libertad de este país, pero espero en Dios que ustedes y sus hijos sí. Esta es su tierra, ámenla como nosotros lo hicimos incansablemente.

Los ojos color miel de Pancho se fueron extinguiendo. Un silbido salía de su garganta cansada. Ignacio intentaba aliviar el dolor de su amigo con medicamentos más fuertes, que preparaba él mismo. El cuerpo de Pancho se resignaba a la agonía, dejando de sentir dolor, se abandonaba a la muerte. Tuvo una visión, eran sus padres que venían a buscarlo. Sin poder ya hablar, temblaban sus labios que intentaban decir algo, pero no tenía fuerzas suficientes para pronunciar nada. Suspiró y murió en paz, rodeado del amor de su familia y amigos. Elisa, con el dolor en su corazón, desdobló las hojas que le había dado Pancho y empapándolas de lágrimas, las leyó en voz alta, haciendo homenaje a los pensamientos de su amado y valiente padre:

No importa lo que suceda, defiende a la patria amada que está ya desalentada y con tanta desilusión, que te verá agradecida y por ti pedirá al Señor, quien te iluminará para que aciertes en esta desolación. Marcha con paso firme y endereza el timón de nuestra patria querida donde hay tanto dolor. Espera

pues pacientemente elegido por mi Dios, para que lleves las riendas de mi querida nación.

F.M.G.

Elisa intentaba aguantar el dolor que le acusaba ver a su padre muerto. Las señoritas, hincadas junto a la cama, rezaban el rosario, y Leonor lloraba en silencio en los brazos de Jesusita. Llegó la noche y la habitación se iluminó bajo la luz y el olor de las velas que se consumían debajo de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, su rostro emanaba paz y calidez al que lo mirara.

Al poco tiempo, Leonor enfermó de tristeza. La gangrena le invadió más sus piernas, al grado de que tuvieron que amputárselas, no resistió el dolor y siguió a don Pancho hasta la muerte. Todos sabían que Pancho, sin la ayuda de ella, no hubiera podido lograr mantener bien a sus hijos ni salir adelante.



ITZEL Y PAMAWARI TERMINARON LA SECUNDARIA, aprendieron en la botica a hacer fórmulas y curaciones. Se quedaron en la casa de Ignacio y Jesusita, donde con frecuencia se hacían tertulias literarias. Ellas participaban gustosas, a pesar de algunos criollos ladinos que acudían a visitar al boticario y a su esposa. No comprendían qué hacían viviendo como hijas de aquella pareja ya mayor. Muy al principio, quien no los conocía bien las confundía con criadas de servicio, pero al ver sus ropajes de clase criolla y su educación, quedaban confundidos y cuestionaban el trato de la familia hacia ellas.

En más de una ocasión sufrieron insultos en el mercado, en alguna fonda o algún restaurante, e incluso en las escuelas a las que acudían, pero después de tanto sufrimiento y dolor que habían pasado a lo largo de su vida, ya estaban acostumbradas a esos tratos por parte de españoles y criollos, muchas veces también por alguna india envidiosa de su suerte. Pero, a pesar del amor que el médico y su esposa les dieron, siempre se sintieron fuera de lugar, extrañaban a sus padres y la vida en Mérida, así que decidieron marcharse a vivir una nueva vida en Guadalajara, Nueva Galicia, cerca de Canek. Con la ayuda de Ignacio, Jesusita y Elisa se instalaron en una casa chica modesta en el barrio del Santuario, en el centro de la ciudad, ellos de vez en cuando las visitaban. Era un barrio para la clase media criolla.

Continuaron con las tertulias literarias. Compartían algunos libros prohibidos y aquellas reuniones se llenaban de tintes políticos e ideas liberales, a las que acudía Canek puntual. También les encantaba leer libros escritos por mujeres, que les podían conseguir

por contrabando Canek y Elisa. Les gustaba aprender de la forma de pensar tan moderna y libre, para así comentarlos en las tertulias.

En sus tiempos libres Itzel escribía, además de cocinar las recetas típicas de Guadalajara y sus ancestras. Pamawari también leía, más que nada sobre la confección de ropa distinta a la que estaba de moda en aquella época, lo cual atraía las miradas y el desprecio en la calle tanto de damas como de caballeros no muy gustosos de su estilo. Al año siguiente, el 20 de septiembre 1808, a sus quince años ya eran unas mujeres. Canek, en aquellos días, había terminado la carrera en Derecho y se postulaba para ser catedrático de la universidad. En esos días corrió una noticia en el periódico de la Nueva Galicia, Itzel la escuchó en la calle en palabras del sereno que la anunciaba; sus oídos no daban crédito a tal pronunciamiento:

> "*Señores representantes del Ayuntamiento Francisco Primo de Verdad, Juan Francisco Azcátate y el fraile Melchor de Talamantes, entre otros, en la capital del país son apresados junto con sus majestades los virreyes Iturrigaray y doña María Inés de Jáuregui, por alta traición*".

Itzel, conmocionada por lo que acababa de escuchar, compró el periódico con nerviosismo, regresó a su casa y convocó a una tertulia de urgencia para ese mismo día en la noche. La noticia de que los señores del ayuntamiento no reconocieran a ningún monarca ni a ningún poder que no fuese el de Borbón, dejaba entrever que los criollos iban a defender a la Nueva España de cualquier invasión europea a cualquier precio, sobre todo de la napoleónica. El hecho de mencionar la conformación de un gobierno provisional tenía preocupados a los españoles poderosos que, en realidad, no querían unir fuerzas con los criollos y buscaban la manera de desmantelar cualquier indicio de conspiración. Tanto fue su temor, que decidieron extraditar a los virreyes del país y buscar un suplente. Esos serían los sucesivos hechos por los que decidieron formar una conspiración secreta, creyendo firmes en que uniéndose podrían quitar del poder

a los españoles. Así pasó un año de reuniones y charlas en las casas de algunos de ellos.

En una de sus tertulias, Elisa y Pedro Canek, entre otros invitados que se encontraban de visita en la casa de Itzel y Pamawari, se sorprendieron porque en diciembre rara vez llovía, y ese día cayó un fuerte aguacero que las calles se cubrieron de olor a tierra mojada, característico jalisciense. Mientras cenaban el pozole preparado por las anfitrionas, comentaban el año tan convulso que habían sufrido, primero con la traición hacia la corona española, en el mes de marzo, de Fernando VII hacia su padre el rey Carlos IV, quien había caído en manos de Napoleón Bonaparte, dejando en el poder a su hermano José Bonaparte, al que le apodaban alegremente Pepe Botella, probablemente por su gusto a la bebida. El virrey Iturrigaray había sido destituido por supuesta traición a la corona. Se vivían tiempos difíciles y de incertidumbre desde entonces.

—Quiero contarles que, hace un mes, a una de las tertulias en la hacienda de San José de Apeo, en Valladolid, a la que fue invitado Mariano, mi esposo, así como el pariente de él, el abogado José Mariano de Michelena, también acudió el amigo del esposo de Clara, Clara Mendoza. Bueno, pues el amigo se llama Agustín de Iturbide, el militar, pero, por palabras de mi marido, al grupo no les dio confianza para que participara en la conjura en contra del gobierno —comentó Elisa extrañada, buscando, en algún comentario de sus amigos, algo que le pudiera dar paz a ese evento que la tenía tan inquieta.

—¿Y cuál es tu temor con respecto a Agustín, querida Elisa, que él pueda hacer algo en contra de tu marido? —preguntó extrañada Itzel.

—Guadalupe Itzel, amiga mía, es sabido que Agustín es muy allegado al general Calleja, además está a sus servicios, y eso de que sea invitado ocasionalmente a las tertulias pone en peligro no

solo a mi esposo, a las conspiraciones también, además es muy conocido en Valladolid por muchos militares —el tono de voz de Elisa se percibía un tanto tembloroso.

—Tienes razón, querida, tenemos que dirigirnos con más cautela de ahora en adelante y escoger muy bien a quiénes incluimos en nuestras charlas, no vaya a ser el diablo —dijo Pamawari mientras se santiguaba.

—Deberíamos saber de qué lado está Clara. Su esposo Juan Alfonso ya es general, quizá quiera incorporarse a nosotros, pero, como dice Pamawari, debemos tener cuidado, además es el hermano de Santiago, probablemente sea igual de noble que él, pero teniendo en cuenta su amistad con Iturbide, pone en tela de juicio su postura —Elisa se acomodó inquieta en la silla.

En el ambiente se podía respirar el humo de tabaco que calmaba los nervios de los ahí presentes. En las mesitas de la sala rebosaban los bocadillos y dulces, así como las copas de licores y aguardiente a medio terminar. No había sirvientes, ellas gustaban de atender la casa y a sus invitados, debido a que encontraban un tanto discriminatorio tener servidumbre. Hacía poco habían abierto una botica con la ayuda de Canek, con la cual se sentían muy entusiasmadas y orgullosas. Platicaban de lo complicado que había sido encontrar quien les rentase un espacio para poner su negocio. Los invitados se habían retirado y solo quedaban Elisa, Itzel, Pamawari y Canek.

—He sabido con anterioridad, amigos míos, que Clara y Juan Alfonso están en proceso de divorcio, lo supe casualmente por un compañero que es conocido de ellos en Campeche —les afirmó Canek en tono tranquilo.

—¡Divorcio, no lo puedo creer!, claro que se han dado casos, lo sabemos, y más de los que se ventilan por ahí, pero nunca lo

hubiera esperado de ellos, parecía que se adoraban tanto —con cierta extrañeza declaró Itzel.

—Tengo entendido que se les ha otorgado por violencia familiar, y por supuesto también que Clara debe de tener influencias para obtenerlo, querida Itzel, así que incorporar a Juan Alfonso en la conspiración puede que sea mala idea —Canek respondió recordando a la bella Clara.

—Inaudito lo que nos comentas, Canek. Pobre Clara, es cierto que era una muchacha no de muy buenos modales y un tanto presumida, pero no se merecía un matrimonio así. ¿Qué habrá sido de la niña Esperanza y de Santiago? —asombrada, Pamawari se cruzó de brazos y suspiró.

—Solo Dios sabe, querida, desde que se regresaron a España, no se ha sabido nada, solo que Esperanza se quedó en un convento en Mérida —exclamó Itzel.

—Regresando al tema anterior, entre mis idas y venidas a Valladolid, conocí a un seminarista en el colegio de San Nicolás llamado José María Morelos, él está muy entusiasmado con la causa independentista y conoce a otro sacerdote llamado Miguel Hidalgo de Guanajuato, también muy involucrado en como los españoles se han apropiado de la mina la Valenciana y el mal trato que se les ha dado a las castas —emocionado, Canek les platicó a sus amigas olvidando que se hacía tarde.

—Ese cura, Hidalgo, ¿acaso será de la iglesia que pertenecía a la Compañía de Jesús, antes de la expulsión de los jesuitas? Porque Mariano y yo tenemos un conocido que vive muy cerca de la catedral de Guanajuato. Su nombre es Lucas Alamán, es un joven criollo muy culto, empresario de buena posición e influyente, que quizá esté interesado en unirse y pueda que conozca a Hidalgo. Podría investigar su postura —Elisa, pensativa, cogió su copa y la observaba

meneándola de un lado a otro, como intentando encontrar respuestas a sus cuestionamientos en las pequeñas burbujas que se amontonaban en la pared del cristal cortado.

—No lo sé, Elisa, pero podemos investigar. Hasta donde yo sé, Lucas Alamán es más bien de ideas conservadoras. Igual sugiero hacer una lista con nuestros conocidos, que probablemente estén interesados en la causa y comenzar nuestro plan. Itzel, Pamawari, ¿estarían dispuestas entonces a participar como ya lo habíamos acordado? —Canek se dirigió a sus amigas con cierto temor por lo que ellas tendrían que soportar, y se encontró con las manos mojadas del nerviosismo.

—Sí —contestaron ambas sin titubear, con un aire de seguridad y pasión por la causa.

—Recuerden que será muy peligroso y que quizá tengan que hacer cosas vergonzosas o lo que parecieran injustas en ocasiones.

Elisa les comentó a sus amigas preocupada y volteó dirigiéndose hacia Canek con rostro incrédulo, manifestándole en son de reclamo:

—¿No podría hacer ese trabajo nadie más? No estoy de acuerdo en que arriesguen sus vidas de esa manera, si les pasara algo no me lo perdonaría jamás.

—Lo sé, Elisa, ya hemos hablado en más de una ocasión de los riesgos que conlleva la conjura, los cuales podrían ser fatales para ellas e incluso para nosotros.

Canek encendió la pipa con tabaco y un poco de liquidámbar, lo fumaba aventando el humo hacia el lado contrario de ella, como si el humo le diera oxígeno y aliento para respirar el aire que le había quitado el miedo y la incertidumbre de las palabras de Elisa, y en ese momento, echó hacía adelante su cuerpo para estar en conexión con ellas.

—Elisa, si les pasase algo a ellas, que son como mis hermanas al igual que tú, nunca me lo perdonaría, pero tenemos que correr el riesgo, la providencia es únicamente de ellas y saben que en cualquier momento se pueden retirar, siempre tendrán mi apoyo.

—Gracias, Canek —contestaron alegres levantándose y le dieron un fuerte abrazo al muchacho.

—¿Acaso fumas solo, querido amigo?

Canek se apresuró medio torpe para prender unos cigarrillos a sus amigas.

—No te preocupes, querida, ya somos adultas y sabemos lo que hacemos, además, si vemos peligro, como dice Canek, nos retiramos de inmediato —le puntualizó Itzel, feliz y entusiasta, agachándose frente a su amiga, tomándola de las manos y luego mirándola a los ojos.

Elisa, no muy convencida, levantó con amor a su amiga y la besó en la frente, como lo haría cualquier madre. Después regresó a su silla, agarró un bocadillo y, nerviosa, lo empujó hacia la boca para no contestar su inconformidad, sacudió las migajas que cayeron en su vestido y de los restos en sus dedos.

—Vale, hombre, no se diga más, si están seguras con sus providencias, adelante —Elisa, no muy satisfecha, aprobó la decisión de sus amigas.



PASARON LOS MESES Y EL PLAN iba tomando forma. Los chismes en el mercado de lo que pasaba en España y la Nueva España corrían más rápidos que en las imprentas de los periódicos locales de cada ciudad del país. Hasta el río San Juan de Dios, que desembocaba hasta la Barranca de Huentitán, lugar tranquilo de árboles frondosos, acudían muchas personas, entre ellas lavanderas que conversaban informando a otras de los eventos que ocurrían en la ciudad. En el púlpito de la catedral de Guadalajara, el obispo o sacerdote encargado de oficiar la misa los domingos intentaba no tocar temas políticos, a diferencia de otras iglesias que incitaban a sus adeptos con ideas independentistas.

Elisa y Mariano iban a reuniones, comidas y cenas, tanto en Guadalajara como en otras ciudades para estar bien enterados del sentimiento y pensamiento político entre españoles y criollos. Sus relaciones se acrecentaron y Elisa conoció a algunas criollas de sociedad que estaban muy allegadas a la virreina, entre ellas a una tal Güera Rodríguez —su nombre era María Ignacia Rodríguez de Velasco— y a Leona Vicario, mujer divorciada y ahora comprometida con Andrés Quintana Roo, un abogado de Mérida. Había escuchado hablar de los corregidores de Querétaro, pero aún no había tenido la oportunidad de conocerlos en persona, sin embargo, su desconfianza hacia ellos estaba presente.

En una de las cenas a las que acudió Elisa en casa de un político importante en la Ciudad de México, en el mes de abril, después de Semana Santa y Pascua, reconoció entre las otras damas presentes a María Teresa de la Sorta, esposa del coronel Manuel de la Sorta, ambos de Xalapa, quienes apenas tenían tres años de casados.

Visualizó también la silueta perfecta de una mujer más madura, que se encontraba entre los invitados de esa recepción. Llevaba un vestido color azul agua, con bordados y pedrería plateada que simulaba el brillo de las estrellas en el firmamento. El color del vestido hacía resaltar sus grandes ojos verdes, y su tiara brillaba al compás del movimiento ligero de su vestido.

Entonces, Elisa supo perfectamente de quién se trataba. Era Clara Mendoza, pero lucía diferente, algo en ella había cambiado, irradiaba tal tranquilidad que resaltaba una belleza y madurez nunca antes vista. En ese momento recordó la plática con Canek, quizá se debía a la vida difícil al lado de su anterior esposo, lo que la hizo cambiar. No estaba sola, se encontraba rodeada de otras señoras de sociedad. De pronto, una monja un poco regordeta, con hábitos religiosos, se acercó al grupo a conversar.

Era Esperanza, por poco Elisa no la reconocía hasta que su hermana mencionó su nombre, no era una monja común, era muy alegre y gustaba de declamar poesía y entonar una que otra canción buscándose siempre una oportunidad para reír. Mientras, Mariano, el esposo de Elisa, la dejó por un momento para conversar con un grupo de políticos. Elisa se paseaba encantada por la sala sin ser vista o reconocida, observándolas y recordando que habían sido parte de su infancia, cuando, de pronto, escuchó una voz que vino de su espalda y le susurró al oído:

—¿Dónde dejaste a tu amiga Itzel?

La mujer saltó de golpe moviéndose hacia el lado contrario, nerviosa e intrigada por saber quién conocería la relación que tenía ella con su amiga. Volteó y vio el rostro de un apuesto criollo alto, usaba barba y un traje común de moda española.

—Santiago, ¿eres tú? — intrigada le preguntó al joven.

El hombre soltó una carcajada y la abrazó eufórico casi por instinto.

—Por supuesto que soy yo, si no, ¿quién más he de ser?

Respondió Santiago con la misma sencillez que siempre lo caracterizó. La observaba con una mirada paternal y dulce.

—Te veo y no lo creo, ¿cuánto tiempo sin vernos? Pero mírate, qué grande y apuesto estás.

Santiago volvió a soltar una carcajada emocionado y enternecido por las palabras de Elisa.

—¿Nada más yo? Tú también has crecido, pero aún no me has contestado la pregunta.

—¿Pregunta?, ¿cuál pregunta?

—¿Dónde dejaste a Itzel?

—¿Itzel, por qué solo me preguntas por ella, acaso ya te olvidaste de Pamawari y Canek? —lo miró con cierta picardía.

—No, cómo me podría haber olvidado de ellos, ¿cómo se encuentran, aún tienen relación?

—Efectivamente, querido, nos vemos muy seguido en casa de Pamawari e Itzel para las tertulias, viven en Guadalajara, mi esposo y yo en Valladolid.

—Me sorprende tanta coincidencia, me acabo de establecer ahí también en Nueva Galicia. Llegué hace poco de Sevilla, tuvimos que emigrar a España después del asedio. Pero bueno, es una larga historia que, en otro momento, en un lugar más íntimo, te contaré. Porque nos vamos a ver de nuevo ¿verdad? Estoy deseoso por verlos a todos.

—¿Interrumpo algo? —dijo el esposo de Elisa aclarando su voz desconfiada y estirando su frac elegante luego de llevar su mano para tocar su espeso bigote castaño.

—En absoluto, marido, adelante, mira, quiero presentarte a…

—Buenas noches, caballero, Santiago Velázquez —interrumpió amable Santiago a Elisa.

—Mariano, es un amigo de la infancia, también es amigo de Canek, Itzel y Pamawari. Sus padres eran dueños de la hacienda Velázquez, cercana a Ticúl, de la que te he platicado en varias ocasiones.

—Claro, querida Elisa, fuimos muy buenos amigos. Qué niñez tan maravillosa tuvimos…

—Sí, bueno, mucho gusto, caballero, querida, ven, que quiero presentarte al coronel de la Sorta. Con su permiso, caballero —la tomó del brazo y la condujo hacía otra estancia de la casa.

—¿Querida Elisa? Pero qué irrespetuoso de su parte hablarle así a una mujer casada. ¿Quién es ese criollo tan vulgar?

—No es criollo, es español esposo mío. Pero mírate cómo estás. No me digas que es una escena de celos que no me la creo, Mariano. ¿Te has dado cuenta de lo que acabas de hacer? Tengo sin verlo años desde que era yo una niña, no es posible que así, sin más, me hayas apartado groseramente de una charla tan encantadora que tantos recuerdos me ha traído. Qué injusto y egoísta eres. Además, ese pretexto absurdo de que me querías presentar al coronel de verdad no lo entiendo, si ya lo conozco y no solo a él, también a su esposa —Elisa, molesta, se cruzó de brazos, y de impotencia se le resbaló una lágrima sobre su mejilla.

—Elisa, no hagas un drama en estos momentos, es muy importante esta cena para la conspiración, así que compórtate o harás el ridículo.

—Vale, me lo presentas de nuevo y regreso con mi amigo, además están aquí otras personas a quienes conozco también que quiero saludar y no me lo vas a prohibir, ten un poco de seguridad en el

amor que te tengo. Recuerda que te casaste con una mujer independiente y nada sumisa.

—Lo sé, cosa que me enamoró de ti, pero que a veces no logro comprender quizá por mis ideas conservadoras, como sueles llamarlas.

Elisa siguió a su marido, se presentó y, después de un rato, avanzó hacia el grupo de las señoras que se encontraban en la sala contigua. Se colocó entre Clara, Esperanza y María Teresa, que también se hallaba entre ellas.

—Buena noche, espero no interrumpir algo importante —exclamó Elisa con la seguridad que la caracterizaba.

—No, nada de eso, querida. Siempre es usted bienvenida, qué bueno que está aquí. Deje presentarla, Elisa Márquez, ellas son Clara y Esperanza Velázquez, Rafaela López y Lucía de Segovia —dijo María Teresa.

—Mucho gusto, sus mercedes —contestó Elisa educadamente.

—Yo a usted la conozco —le dijo Clara a la recién llegada.

—Su padre tenía una bodega en la hacienda que fue de mi padre. ¿O me equivoco?

—En efecto, él se llamaba Francisco Márquez, mejor conocido como Pancho.

—Sí, lo recuerdo, y a su madre también, personas muy agradables —contestó Clara con una sonrisa.

Elisa se sorprendió un poco porque creyó que quizá Clara le guardaría rencor a su padre por haber sido de los iniciadores de la revuelta en Mérida, hecho que causó el abandono de la hacienda y la huida de sus padres a España, donde su barco encalló y muchos de los tripulantes murieron, cosa que Elisa desconocía.

—Disculpe, Elisa, pero yo no logro recordarla —comentó Esperanza intentando hacer un esfuerzo al mirarla.

—Sí, usted era muy pequeña cuando se fue al convento y nos tuvimos que ir nosotros de la hacienda —Elisa le explicó a Esperanza un poco apenada.

—Pero no se preocupe, Elisa, todo queda olvidado, eran problemas de adultos y políticos donde los niños éramos inocentes. ¿No lo cree? ¿Cuál es su ciudad en estos momentos? —Clara la observaba detenidamente y le sonrió amistosamente.

—Por supuesto, tiene razón, no era asunto nuestro. Vivimos en Valladolid.

—Espero, querida, que cuando vaya de visita a Guadalajara, pase usted a saludarme, ahí tiene su casa—Clara la tomó de la mano.

—Con gusto, igualmente tiene las puertas de mi casa abiertas.

Esperanza las observaba a ambas con gesto de extrañeza, cuando se le ocurrió declamar un poema de Sor Juana, para aliviar la tensión. Más tarde, Santiago se volvió a acercar a su amiga para conversar ahora en el grupo donde estaba con las demás mujeres.

—¿A qué se dedica su esposo, Elisa? —Le preguntó Clara con cierta curiosidad.

—Es empresario, nos dedicamos al café.

—Interesante, lo más importante es que lo menciona en plural, ¿acaso usted también participa en el negocio? Puesto que es usted mujer y además el mercado es complicado aquí, en la Nueva España, debido al gran afecto que tenemos al chocolate —soltó una pequeña risilla.

—Es verdad, yo también participo, mi padre fue el iniciador con el negocio del café en Valladolid, por eso es que estamos aquí abriendo mercado y dándonos a conocer con otros empresarios.

Clara se sorprendió de la inteligencia y sagacidad de Elisa, intuyó que ahora ella le preguntaría por su matrimonio, tema sobre el que prefería mantener en silencio, así que decidió adelantársele y dirigirse a Santiago.

—¿Y tú, Santiago? ¿A qué te dedicas? —preguntó rápidamente Clara que, a pesar de ser cuñados, no se veían desde que él partió a España.

—Me dedico a la compra y venta de arte, cuento con un equipo de conocidos que les apasiona la historia, me ayudan a seleccionar y saber que lo que compro es arte antiguo y genuino.

—Qué interesante, cuñado, y entonces me imagino que va y viene de Europa constantemente.

—Así es, es un trabajo muy demandante, como se han de imaginar, pero muy apasionante, noble y fructífero también.

—Además de encantador, por supuesto. Me gustaría que Canek y tú se reencontraran, él es abogado y quizá podríamos hacer algo juntos, no sé, quizá recomendarte a futuros compradores —le sugirió Elisa.

Santiago se asombró de que su amiga le dijera eso y fuera tan vivaz, hasta cierto punto subestimó su condición de mujer, aunque no veía la manera en la que él pudiera compaginar su trabajo con el de sus amigos. La escuchaba con interés, era agradable verla tan activa y motivada como la recordaba y vio interesante eso de presentarle a futuros compradores. Continuó el festejo con un bailable en un gran salón, después de la abundante cena. Poco a poco se iban despidiendo y retirando los invitados a descansar, para al día siguiente terminar la festividad con una corrida de toros en la plaza de Paseo Nuevo, la mejor de la ciudad, en la cual se darían cita para que los invitados de la cena acudieran para seguir celebrando.

La plaza de toros a la que acudieron Elisa y Mariano estaba construida e inspirada en las nuevas plazas sevillanas al estilo de los anfiteatros romanos, dejando atrás las corridas en las explanadas de las plazas mayores. Se sentían muy entusiasmados porque era la primera vez que acudían a ese lugar, ya que solo podían entrar personas invitadas por gente influyente y de la corte de los virreyes. Aguardaban ya sentados en sus palcos aquella entrada triunfante del toro de lidia. Hacía más calor conforme pasaban los minutos. Los abanicos y sombreros no eran suficientes para refrescar los cuerpos que se iban rociando de sudor. Comenzaron las pláticas candentes sobre política entre los grupos de caballeros.

—Escuché que un movimiento revolucionario está fraguándose entre algunos criollos inconformes del sur y del norte del país. Unos dicen que es porque están en contra de que los franceses nos gobiernen ya que ellos les son fieles a la corona española, al rey Fernando VII.

—Yo, francamente, no creo que quieran que la corona regrese nuevamente a gobernar. Pienso que solo es un pretexto para separar a la Nueva España de la madre patria, quieren su independencia, siempre la han querido, nunca han estado de acuerdo con que nosotros tengamos nuestros negocios y muchos de ellos trabajen para nosotros.

—Así es, quieren aprovechar que no hay rey para ellos gobernar, pero eso no va a suceder, el rey Fernando VII regresará al poder y continuaremos como siempre, ayudándole a gobernar.

—Pero si ellos mismos son hijos de españoles y también se benefician de nosotros, directa o indirectamente. Por ejemplo, muere un padre español y, ¿quién hereda? Pues el hijo, haya nacido o no en España.

—Pero alegan que los cargos de gobierno y las minas, es decir, los mejores trabajos, nos los quedamos nosotros y a ellos les damos las migas que caen de la mesa.

Mariano y Elisa escuchaban con mucha atención, ella parecía no estar de acuerdo con mucho de lo que se argumentaba, pero intentaba disimular para no gesticular en contra y no ser descubierta.

—¡Olé!.

Gritaba la gente cuando el torero, con su traje brillante color rojo bordado con hilo de oro, esquivaba magistralmente al toro con su capote. Elisa nunca fue muy afecta a la tauromaquia, siempre le pareció desagradable y triste ver cómo la gente se divertía con el dolor de un animal indefenso, maquillado de fiesta, algarabía y diversión. Creía que algo andaba mal con eso, primero porque se decía que era un arte, el cual no entendía el porqué y segundo porque a la mayoría de las mujeres les apetecía acudir con su círculo de amistades.

Era momento de presumir vestido nuevo entre las damas de sociedad, especialmente entre la sociedad española. Al terminar la fiesta brava, se ofreció una comida en honor al torero vencedor y como platillo principal la carne del toro gladiador sacrificado en el ruedo. Eso lo sabía Elisa, pero aún no se podía acostumbrar a tal ritual, así que siempre evitaba comer a toda costa la carne que tan preciada y degustada era para los comensales.



EN GUADALAJARA, LAS TERTULIAS se hacían más frecuentes en casa de Itzel y Pamawari. Elisa aún no había regresado de la Ciudad de México.

—Como les prometí, ya les he conseguido trabajo de mucama y cocinera en el palacio de la Inquisición, de allí trataremos de trasladarlas al palacio del virrey por medio de Elisa, pero tomará tiempo, tengan paciencia. Estos son los nombres a quienes deben dirigirse al llegar ahí. Estarán custodiadas por la encargada de los mozos, deberán de ser muy cuidadosas con quién conversan y lo que se dicen entre ustedes —Canek les observa con una mirada fraternal y de admiración mientras les daba el pedazo de papel con las indicaciones —En cualquier momento pueden desertar, basta que nos envíen una carta y en seguida mandaremos por ustedes, recuerden que tenemos más contactos en Ciudad de México, así que no estarán solas.

Afinaban detalles mientras tomaban agua de guayaba, acompañada de un poco de la capirotada que había preparado Itzel para conmemorar la cuaresma. Tocaron a la puerta, y se miraron las caras.

—¿Esperan a alguien? —extrañado preguntó Canek.

—No —contestó nerviosa Pamawari.

—Yo iré, aguarden aquí —les dijo Itzel.

—¿Quién vive?

—Soy yo, Elisa, ábreme, por favor, Itzel.

Itzel se apresuró a abrir quitando el pasador de la puerta, un poco extrañada porque no era hora de visitas. Elisa sabía que iban a estar

reunidos allí. Era el momento en que el sereno pasaba para gritar la hora.

—¡Son las once y sereno! —gritaba aquel hombre cansado de tanto caminar y con voz ronca.

—Disculpa la hora, Itzel, tenía que hablar con ustedes, y además he traído a un amigo.

Santiago se asomó detrás de Elisa con un gesto alegre y ansioso. Itzel trató de enfocar bien la vista, pero estaba un poco oscuro y la luz del candil de la callejuela no le bastaba, así que no pudo reconocerlo. Supo bien que no era Mariano.

—Adelante, pasen, sea usted bienvenido, caballero.

La pareja entró a la casa percatándose de que no los siguieran.

—Hola, Itzel, soy Santiago. ¿Me recuerdas?

Itzel trató de recordarlo y reconocerlo. Sintió como le palpitaba el corazón por la emoción de volverlo a ver. No podía creer que después de tanto tiempo estuviera en la puerta de su casa. Los ojos se le inundaron de lágrimas, pero intentó contener la emoción de aquel momento.

—¿Santiago? Pero cómo ha pasado el tiempo, estás, estás…

—¿Irreconocible, viejo, con la tripa más grande? —Santiago soltó una carcajada.

—No quise decir eso, más bien diferente —Itzel se sonrojó y Elisa lo notó de inmediato.

—Ella quiso decir más apuesto que nunca —su amiga no pudo contener una ligera carcajada y se limpió el sudor de su frente con un pañuelo bordado.

—¡Elisa! Pero qué imprudente e impertinente. Qué va a creer nuestro invitado, que no tenemos modales —Itzel la reprendió con un tono molesto.

—Pero si es amigo nuestro, hay confianza, ¿verdad, Santiago? No seas mojigata.

—No tengan cuidado, tú estás muy guapa, Itzel, espero no incomodarte con mi cumplido.

Itzel se molestó y los abandonó adelantándose a la sala de la reunión.

—Creo que se ha incomodado.

—Nada de eso, amigo mío, ya ves cómo es, siempre discreta y seria, no le gustan las bromas, no lo tomes a mal, ya se le pasará. Adelante, entremos.

—Itzel, ¿acaso te he molestado? Si es así, te pido me dispenses —le preguntó Elisa tomándola del hombro.

—A lo que nos acontece en esta reunión, Elisa, ya hablaremos más tarde, pero tú nunca cambias, tus bromas son de mal gusto y eso me molesta.

Canek presentó a Santiago a los ahí presentes, estaba contento de volverlo a ver y no podía ocultar su alegría. Pamawari lo atendía como a un hermano hambriento que se había extraviado en el camino, acercándole cuanto veía en las charolas de bocadillos y dulces. Le ofreció también de aquel delicioso tatemado con frijoles puercos que había sobrado del medio día, mientras escuchaba atenta las historias que él contaba con gran talento narrativo acerca de sus viajes por Europa. Santiago sentía que ellos eran su familia, que nunca debió de haberse alejado, pero las circunstancias los obligaron a separarse.

—Cuéntanos, Santiago, ¿qué ha pasado con tus padres?, ¿cómo están?

—Mis padres murieron durante la huida de Mérida a España. La embarcación encalló en una gran roca que los marineros le bautizaron como "el cráneo de la muerte", cerca de llegar a la

península, junto con los padres de Clara. Otros como yo tuvimos la suerte de sobrevivir. Mis tíos me recibieron en su casa y pagaron mis estudios hasta que pude valerme por mis propios medios.

—Lo sentimos mucho, amigo, sabemos que el levantamiento que se dio en Mérida perjudicó a sus familias.

—Así como a las de ustedes también. Fueron las consecuencias de un gobierno injusto con todas las castas. Los hacendados se aprovecharon y no se comportaron bien con su propia gente. Sé que ustedes y yo somos producto de las circunstancias, nadie elige la tierra donde nació, la familia o color de piel, pero creo que ya es tiempo de que gobernemos nosotros nuestro propio país. El oro, la plata y el dinero deben quedarse aquí para nosotros y para la gente que se encuentra en la pobreza, no para unos cuantos extranjeros que no nos dejan ni siquiera ser parte de cargos públicos, y que, a su paso por las calles, miran a los más vulnerables con indiferencia y repulsión.

Canek, al finalizar, le aplaudió orgulloso mirándolo con admiración. Se acercó a él dándole una palmada en la espalda.

—Muy bien dicho, amigo mío. Necesitamos personas como tú, con ese tipo de filosofía e ideales, ¿te gustaría unirte a nosotros, luchar por la causa insurgente?

—Por supuesto, Canek, solo dime lo que tengo que hacer y si está dentro de mis posibilidades, les ayudaré lo más que pueda.

Itzel permaneció callada durante la noche, mientas sus amigos discutían las estrategias que emplearían. Al terminar la tertulia se despidieron y Santiago aprovechó el momento para acercarse a ella y charlar.

—Itzel, me gustaría visitarte, si tú me lo permites.

—No puedo, Santiago, tenemos mucho trabajo por hacer, la botica y el plan de la lucha son menesteres que me quitan tiempo.

—Pero también necesitas distraerte un poco, ¿no lo crees?

—No lo considero pertinente, pero gracias.

—Como desees. Pero me gustaría conocerte más, platicar de la lucha, saber a qué te dedicas y cuáles son tus pasatiempos.

—No sé cuáles sean tus intenciones, pero desde ahora te digo que no quiero pretendientes, no pierdas tu tiempo conmigo.

—Bueno, señorita comandante, respeto tu decisión, solo seremos compañeros de lucha —Santiago se despidió sonriéndole con saludo militar. Se acercó a ella dándole un beso lento y cálido en la mejilla.

Pamawari y Elisa observaron la escena y suspiraron. Itzel no pudo evitar sonrojarse y llevarse la mano a la mejilla cuando él se dio media vuelta. Se despidieron todos en la puerta de la casa y se quedaron solas Pamawari e Itzel. Comenzaron a levantar los platos con restos de comida. Se encaminaron a la cocina para limpiar y lavar la vajilla de barro que habían adquirido en Tonalá.

—Qué caballero tan agradable y apuesto es Santiago, ¿no te parece?

—Sí, pero no podemos distraernos con cursilerías, tenemos un compromiso, que no se te olvide.

—No seas amargada, Guadalupe Itzel, hay tiempo para todo.

—En guerra, el tiempo es muy valioso. No podemos darnos el lujo de casarnos y tener hijos, aún no, por lo menos yo no. ¿Acaso quieres parir entre cañonazos y hambrunas, quieres que tus hijos sufran en un país donde a lo máximo a lo que aspirarían es a ser capataces de cualquier hacendado? Yo no quiero eso para mis hijos.

—Tranquila, querida, sabes que pienso de igual manera, pero no podemos dejar de vivir, somos humanas, también tenemos sentimientos.

—Sí, pero hasta que no vea un país con oportunidades, un país que no dependa de otros gobiernos extranjeros como el español o el francés, no voy a estar tranquila. No quiero una tierra en la que se sigan dándose abusos, ya no más.



SANTIAGO, EN LA HABITACIÓN DE SU NUEVO APARTAMENTO, no pegó ojo en toda la noche. Para él fueron demasiadas emociones vividas en casa de sus amigas. Anhelaba desde hace tiempo en España el día en que los volvería a ver, especialmente a Itzel. Soñaba con sus cabellos, ojos negros, piel tostada, sonrisa dulce e inocente. Siempre se calló el amor que sentía por ella. En Sevilla, tuvo alguna que otra novia, pero nada especial, a decir verdad, a ella nunca la olvidó. Se ensombreció su rostro al recordar como, apenas unas horas atrás, ella lo había despreciado firmemente. Y se preguntó:

—¿Acaso nunca fui tan importante para ella como lo fue para mí? ¿Quizá tiene alguien más? ¿O le parezco poco, nada apuesto o digno de su amor?

A la mañana siguiente decidió ir a buscarla, ansiaba verla. Esta vez llegó antes al puestecito de flores, que estaba a la pasada de la casa de ella, por un ramo de rosas blancas frescas, tenían un poco de rocío en sus pétalos delicados. Le latía el corazón aprisa, más que la noche anterior. Sabía que corría el peligro de ser rechazado de nuevo, pero decidió tomar el riesgo. Pamawari se estaba duchando en esos momentos. Itzel cocinaba unos chilaquiles en salsa roja y frijoles para el desayuno, sabía que le alegraría a Pamawari comenzar el día con su platillo favorito, receta que le aprendió a una monja agustina recoleta. Escuchó que tocaban a la puerta y se apresuró para abrir. Se encontró de frente con las rosas blancas.

—Siento haberte molestado anoche. Espero recibas estas rosas como muestra de mi amistad, si no te incomoda, por supuesto, espero no ser impertinente.

Itzel no sabía qué hacer. No estaba dentro de sus planes enamorarse, tener sentimientos encontrados por alguien. Le emocionaba, por un lado, el bello gesto que tuvo Santiago con ella, pero, por el otro, estaban sus obligaciones, no quería darle falsas esperanzas y después decepcionarlo.

—Santiago, buen día. Agradezco tu gentileza, son muy hermosas —las tomó entre sus manos, regalándole una ligera sonrisa y oliéndolas delicadamente.

Santiago la encontraba hermosa esa mañana, con un vestido de muselina morado y encaje negro, su cabello recogido, pero nada más hermoso que su rostro fresco, terso y delicado. No podía disimular su admiración. Deseaba tanto abrazarla, pero sabía que al hacerlo podía perderla para siempre.

—¿Puedo pasar a charlar un momento contigo? —le dijo Santiago de manera cortés y delicada.

—Disculpa, solo puedo atenderte en el vestíbulo, porque partiremos en unos momentos. Pamawari y yo atendemos una botica, la cual tenemos que abrir dentro de poco tiempo —le contestó con seriedad y un tanto avergonzada por despedirlo tan rápido.

—Discúlpame, como acabo de instalarme en la ciudad, he olvidado que los demás tienen ocupaciones. Entonces me marcho, en un rato más tengo una cita para ver unos retablos y cuadros en un convento, los cuales tengo que analizar para restaurar. Espero que te hayan gustado las flores.

—Sí, ve con cuidado.

—Despídeme de Pamawari, por favor. Que tengas un buen día —se despidió haciendo una pequeña reverencia.

—A tu merced.

—Hasta pronto.

Entró a la casa emocionada oliendo las rosas. No quería que Pamawari notara su agitación. Las colocó en un jarrón con agua y las llevó a la mesa del comedor.

—Itzel, ¿ya estás lista para irnos?

—Desayunamos y partimos de inmediato, que se hace tarde. ¿Llevas el nuevo material para las fórmulas? Recuerda que no debemos olvidarlo, ya es la segunda vez que nos olvidamos de ellas. Esto de andar pensando en la insurgencia nos trae de cabeza. También después deberíamos pasar por la casa de la caridad y misericordia, quiero llevar ropa a los huérfanos y ancianos —comentó Itzel poniendo el mantel de encaje y la vajilla sobre la mesa.

Pamawari pasó de largo por el comedor para llegar a la cocina e ignoró las flores, pero sin querer las vio de reojo y decidió devolverse.

—Pero qué flores tan bonitas. ¿Quién las ha traído, para quién son? —preguntó oliéndolas una por una.

—Las trajo Santiago hace un momento, son para ti —comentó Itzel en tono sarcástico.

Pamawari soltó una carcajada.

—¿Para mí? Seguramente solo me trajo saludos y los buenos días. ¿No es así? No te hagas de rogar, amiga mía, hacen una pareja divina. ¿Pero qué es lo que huele tan bien? ¡Chilaquiles! Como es de costumbre, te quedaron como los preparan las monjas, para chuparse los dedos —los probó con un cucharón directo del cazo de cobre.

—¡Basta ya, te he dicho! No cambies el tema —le reclamó Itzel molesta.

—Lo conocemos desde siempre, es un buen partido, dale una oportunidad. Olvidaba que eres muy testaruda, querida amiga. Pero

como gustes, después, cuando lo veas del brazo con alguna otra, no digas que no te lo advertí. Es más, si tú no lo quieres, yo sí —y volvió a soltar otra carcajada meneando el cucharón dentro de la cazuela.

—Vámonos, se hace tarde y, Pamawari, no olvides el material.

Pamawari la arremedaba a sus espaldas con gesto burlón.



HACÍA CALOR ESE DÍA, como los días últimos de abril. Santiago se percató que el panorama no era nada parecido al que recordaba en Italia o Flandes. La vista de aquellas montañas y colinas con sus nubes grandes era dignas de capturarla y plasmarla en un lienzo. La Nueva España no tenía los colores de Italia o la península ibérica, estos eran muy distintos, en la Nueva España, el paisaje era más bien de contrastes y abundante en su follaje exuberante. En Nueva Galicia, mientras no lloviera, los campos le recordaban a los de Madrid, que eran un poco áridos, pero, a diferencia de la madre patria, los colores de la tierra tenían una fuerza distinta, la mezcla de terracotas, ocres y amarillos jugaban con la imagen visual a cuadro. Cuando llovía, los olores de la tierra mojada removían e inundaban sus pensamientos, ese olor le complacía, sabía que gracias a esa fragancia se encontraba en una ciudad diferente, una ciudad especial.

Al pasar su carroza cerca del río Agua Azul, Santiago buscó en la carta la dirección que traía consigo, la cual le había llegado por correo al buzón de su apartamento. La cita era en el convento de San Francisco, en el valle de Atemajac, cerca del río de San Juan de Dios, en el centro de la ciudad. El convento se encontraba resguardado por unos muros altos que protegían el complejo. El lugar estaba integrado por un templo principal. Era un lugar muy ostentoso y bien cuidado para ser propiedad de unos monjes agustinos. Pensaba él que dicho lugar cualquiera podía confundirlo con un palacete. En su tiempo de esplendor, era casi igual o más importante que la catedral. Entre los templos de Aránzazu y San

Francisco se encontraba el acceso por donde entró el carruaje de Santiago.

El muchacho descendió de su coche observando con detenimiento lo que tenía ante sus ojos. Portaba un maletín con hojas, grafito, pluma y tintero, por si era necesario hacer algunas anotaciones. Los niños indígenas se encontraban en el patio debajo de la sombra refrescante de un frondoso árbol de huamúchil. Comían los frutos del árbol, descansaban después de la lección del día, impartida en el atrio por un sacerdote agustino, quien portaba su característico habito negro.

—Buen día, dígame, caballero, ¿en qué puedo ayudarle? —se acercó el sacristán.

—Mi nombre es Santiago Velázquez, me dedico a investigar y dar mantenimiento a obras de arte. Tengo la encomienda de revisar los tres retablos de la capilla de la Virgen de Aránzazu, me manda la familia Basauri para hacer una valoración de mantenimiento. En un momento más llegará mi equipo de trabajadores.

—Pase usted, hágame el favor de acompáñeme.

—Después de usted.

—Mire, no sé si esté usted enterado, pero una cofradía mantenía antes esta capilla, al igual que las demás que se encuentran aquí, pero ya desde hace bastante tiempo la familia, o más bien la ahora señora viuda de Basauri se ha encargado de su mantenimiento, aunque con tanta deuda que tiene la pobre, me sorprende que… —el sacerdote lo miró de arriba abajo extrañado.

—Continúe, por favor, lo escucho.

—Discúlpeme, no debí… usted sabe, a veces peca uno de indiscreto, pues es de extrañarse que lo hayan llamado. Pero no le diga a la viuda que cometí tal indiscreción.

—Pierda cuidado, su secreto está a salvo. Muéstreme la capilla, si es tan amable.

Era una capilla diferente en comparación con las que había visitado en la península ibérica o en sus viajes a Roma. Esta tenía cierto encanto enigmático que lo maravilló. Sabía bien que había otros retablos más elaborados, e incluso más grandes, como los que desde hacía un siglo se podían ver en la Ciudad de México o en Puebla, así como en Oaxaca, pero Aránzazu le despertaba curiosidad, quizá porque era el primer encargo que recibía de esa naturaleza o porque Aránzazu escondía un secreto.

—¡Qué maravilla! —dijo asombrado Santiago, tocando cuidadosamente el oro del retablo que había perdido su brillantez con el paso de los años.

Llegaron los trabajadores de Santiago, comenzaron a examinar y hacer anotaciones de lo que había que reparar. Santiago inspeccionaba pieza por pieza, cuando, de pronto, vio algo enrollado, algo que parecía un óleo en tela. Se encontraba en un hueco entre el retablo de madera y el muro. Esa tela no estaba allí por casualidad, no tendría tanto tiempo de haberse colocado en ese sitio, porque no se veía tan empolvada o con rastro de telarañas sobre de ella. La sacó con cuidado, antes se cercioró de que sus trabajadores estuviesen distraídos para que no lo vieran. Sabía que eso que acababa de encontrar debía ser algo importante, y si estaba oculto era por una buena razón.

Al desenrollarla, observó que era una pintura muy parecida a la de San Ignacio herido en Pamplona, obra de Cristóbal de Villalpando, que había visto en una ocasión en la Ciudad de México. Pero esta era más pequeña, medía 2m por 1.50m aproximadamente y, además, tenía algo diferente, los soldados personificados en la pintura no eran españoles, estos eran mexicanos, representando la clase de mestizaje que había en la Nueva España y en lugar del

castillo español asediado por la milicia, era un puente; aquel un puente que se le hacía conocido y por más que se esforzaba no lograba identificar cuál era.

La obra no tenía firma, pero sabía que estaba pintada con una muy buena razón: el deseo de una insurgencia. De pronto, cayó un pequeño trozo de papel que estaba sujeto con una aguja a la tela. Lo recogió y se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. Era muy grande la tentación de llevarse la pintura, pero su ética y su lógica no lo dejaron. Sabía que podrían descubrir que había sido él quien se la había llevado o alguno de sus trabajadores, así que pensó qué hacer con ella más tarde, y por el momento la dejó en el mismo sitio donde la encontró.

Mientras Santiago acomodaba la obra, un fuerte golpe se escuchó a la entrada de la capilla. Una mujer entró corriendo por la nave central, lloraba desconsolada, estaba en busca del sacerdote. Ella no se había percatado de que había algunos andamios improvisados y trabajadores dentro. Se dirigió al altar para hablar con algún sacerdote, necesitaba desesperada un consejo, una dirección ante tan desafortunado problema por el que atravesaba, pero no encontraba al religioso. Santiago, al verla, caminó hacia ella desconcertado.

—Señora, buen día, ¿puedo ayudarle en algo? ¿Busca al sacerdote? Él no se encuentra aquí, vino hace rato, pero se fue —le dijo con voz amable mientras iba acercándose.

—Me dijeron que lo buscara aquí, por esa razón entré —la mujer hablaba llorando y secándose las lágrimas con un pañuelo.

Santiago, al mirarla bien, se dio cuenta que se trataba de Clara. Se encontraba algo despeinada y su rostro se veía hinchado de tanto llorar.

—Mujer, pero ¿qué te ha sucedido?

—¡Santiago, eres tú! Vine a pedirle al sacerdote algún consejo y su ayuda, tu hermano me ha quitado a mis hijos, a mis tres pequeños.

Clara sollozaba sin poder hablar. Un nudo en la garganta le bloqueaba el habla y la respiración. El dolor en el pecho que sentía desde que se los quitó, se hacía más intenso, como si le hubiesen clavado una aguja de tejer justo en el centro del corazón, y no había remedio ni pócima que pudiera aliviarlo.

—Clara, sé que es difícil, pero necesito que te serenes para que puedas hablar y yo escucharte, quiero ayudarte, confía en mí.

—Mira que me ha prohibido verlos, estar con ellos. Santiago, por favor, ayúdame, necesito que intentes dialogar con él y lo hagas entrar en razón, es tu hermano. De mí no quiere saber nada. Dime tú, acaso María, nuestra Madre y Madre de Dios, que sufrió tanto por su único hijo, no sabrá de mi sufrimiento. Estoy cansada de orar. Hincada a solas por las noches, pido a Jesucristo y a su Madre que intercedan por mí, pero pareciera que no escuchan mi llanto, mi suplica. Él y yo nos divorciamos en santa paz, tú lo sabes.

—Sí, estuve al tanto del divorcio.

—También sabes que los niños vivían con ambos, un tiempo con él, un tiempo conmigo, ese era el trato entre nosotros, debido a que yo, por ser divorciada y huérfana, tengo que trabajar por mis hijos. Yo le pagaba a una nana para que me los cuidara, no tenía opción, ya que él nos daba muy poco, casi nada, y me he mantenido con la dote que tengo, pero gran parte él se la gastó apostando a los naipes y yo, muy tonta y enamorada, le mantenía su vicio. Pero, de pronto, nada, que un día se los llevó, fue hace tres semanas, para festejar el cumpleaños de nuestra pequeña Carolina, y no me los regresó más —Clara sentía como sus piernas iban debilitándose, no resistió más y su cuerpo comenzó de desvanecerse. Santiago la ayudó a reincorporarse y la condujo hacia una banca.

—No puedo respirar, siento que me falta el aire —sacó ella de su bolso pequeño un abanico y se aventó aire, intentando inhalar cuanto podía.

—Tómate tu tiempo, Clara. ¡Traigan agua, pronto, agua para la señora! —Santiago les gritó con tono alarmado a sus trabajadores.

—Cuéntame. querida, ¿por qué crees que decidió quitártelos? Quizá se los llevó a algún viaje y cuando vuelva los regresará.

—¡No! No lo haría sin mi consentimiento, tú dime, ¿por qué el día del cumpleaños de Carolina? Porque me odia, esa es la razón, por venganza, no resistió el hecho de que yo lo abandonara y por ese motivo quiere hacerme el peor de los daños, no encuentro más explicación que esa. Santiago, mírame, yo sin mis hijos me muero.

—Quizá se enojó por algún motivo, trata de recordar.

—Nada es justificación. ¿Estás de acuerdo? Quería que regresara con él y por un momento lo pensé, por el bien de mis hijos, por supuesto, pero recordé que él siempre ha sido un hombre violento conmigo y muy mujeriego, además es un jugador de naipes empedernido y debe mucho dinero.

—Sí, conozco muy bien a mi hermano, incluso hace poco me buscó para pedirme que saldara una cuenta por él, pero no pude ayudarlo.

—El quitarme a mis hijos ha sido su venganza. Nunca soportó que yo fuese quien lo dejara a él, nunca.

—Lo sé, es una persona muy rencorosa y embaucadora, se pasea por el mundo con piel de oveja. Clara, confía en mí, haré lo posible por ayudarte, tengo un amigo que es abogado, se llama Canek, bueno, más bien Pedro, le comentaré de tu caso.

—¿Seguro, Santiago, eso harías tú por mí, por mis pequeños? Te estoy infinitamente agradecida. No sé nada de ellos, no sé si me extrañan o me necesitan, si les da de comer, si los tiene bien o mal vestidos, me encuentro muy mortificada.

—Tranquila ¿vale?, todo estará bien. Te acompaño a buscar al confesor, te va a servir de mucha ayuda desahogarte con él en estos momentos.

Santiago la acompañó afuera de la iglesia, mientras sentía como la sangre le hervía en su cabeza. No podía creer lo que su hermano había hecho, sabía que era un barbaján, pero de eso a golpearla y quitarle los niños a Clara, era algo inaudito. Estaba seguro de que se aprovechó de Clara por el hecho de que estaba sola y enamorada. Pero, tarde o temprano, sabía que su hermano iba a regresar con él para pedirle su ayuda y ahí era cuando Santiago lo enfrentaría.

Llegó la hora de marcharse, los trabajadores y Santiago habían hecho anotaciones para llevar el presupuesto a la viuda de Basauri. Al subir a su carruaje, recordó el pequeño papel que cayó de la pintura y decidió abrirlo, lo leyó y pensó que no podía esperar más, debía llevárselo con urgencia a sus amigos de las tertulias, si era preciso, esa misma noche.



AL CAER LA NOCHE, se escuchó el llamador de puerta en casa de Pamawari, quien se apresuró a abrir.

—¿Quién vive?

—Santiago.

—Santiago, pasa, pasa, todavía no llega ningún invitado.

—Disculpa la premura de mi visita, pero lo que tengo que mostrarles no podía esperar más.

—Adelante, Itzel está en la cocina, ¿si gustas esperar en el zaguán? En un momento estamos contigo.

Itzel, al saber que Santiago estaba en su casa, esperándola, sintió en su corazón una agitación de emoción.

—¿Cómo me veo? —preguntó Itzel a su amiga.

—¿Que cómo te ves? Despeinada y con cara de enamorada, claro está —contestó con una gran carcajada.

—Espera, no me puede ver así, subiré a retocarme un poco —Itzel intentó acomodarse el peinado.

—¿Pero para qué?, si tu intención no es quedar bien con él, ¿o sí?

—Es solo por educación, mujer, solo por eso.

Pamawari salió de la cocina con una sonrisa pícara y se dirigió a la sala a conversar con Santiago llevándole un tejuino, agua refrescante a base de maíz típica de Guadalajara.

—Aquí tienes, querido, para el calor.

—Eres muy amable. ¿De qué es esta bebida? Tiene un color extraño, parece tamarindo.

—No la subestimes por su color, era la bebida de los dioses en esta región, se llama tejuino, le decían *tecuin*, palabra náhuatl. Está hecha del nixtamal, con piloncillo, se le pone limón, una pizca de sal y se sirve fría. Anda, pruébala, te va a gustar.

—Está muy buena, y sí que refresca.

—Pero cómo tarda Itzel —comentó Pamawari.

Itzel no bajó hasta que comenzaron a llegar los otros invitados. Estaba bastante nerviosa, no quería que se notara su emoción. Al entrar a la sala saludó a todos menos a Santiago. Lo ignoró durante la noche. Platicaba con unos y luego con otros, evitándolo a toda costa. Santiago la miraba de reojo cada vez que podía, de modo discreto. Itzel llevó unas charolas vacías a la cocina, cuando Santiago aprovechó para platicar a solas con ella.

—¿Por qué me evades, Itzel?

—No entiendo tu pregunta.

—Es evidente que lo haces. Me gustaría conversar contigo, no con toda esta gente mirándonos.

—Lo siento, son nuestros amigos y no podemos hacer una tertulia solo de dos.

—Sabes a que me refiero, mujer.

—Santiago, comprende que es muy pronto todavía, además tus intenciones sé que van más allá de una simple amistad.

Santiago se acercó a ella mirándola de un modo enternecedor.

—¿Sabías que sueño con tu cabello y tus hermosos ojos cada noche desde que me fui de Mérida? Nunca quise decírtelo por miedo, pero…

Su rostro se acercaba más al de ella y se miraron fijamente, pero, en ese momento, entró en la sala Pamawari, riendo de un comentario antes mencionado por un amigo. Santiago e Itzel se

apartaron y fingieron estar ocupados. Pamawari sirvió una jarra con tejuino y salió de la cocina sin decir nada.

—Por un momento nos descubre —Itzel le reclamó molesta.

—¿Y qué si lo hace? ¿No ves que estoy amándote desde que éramos niños? Nunca te olvidé, nunca dejé de pensar en ti, ni un instante.

—Hazme el favor de salir, Santiago, no quiero escucharte más.

—Si no fuera un caballero con modales, te robaría un beso ahora mismo.

Se marchó y regresó a la sala decepcionado y dolido. Itzel se quedó en la cocina nerviosa, con el corazón palpitante por la conmoción y por las últimas palabras de Santiago. La tertulia fue reduciéndose hasta que quedaron los amigos de siempre. Santiago aprovechó el momento para mostrar a Canek el pedazo de papel que traía consigo.

—Canek, ¿qué piensas al respecto?

Canek, tocándose el mentón, trataba de escoger muy bien sus palabras. Pamawari le arrebató la hojita a su amigo y la leyó en voz alta:

> "*Con un saludo afectuoso, yo, M., quiero dirigirme a vosotros con buenas noticias. He venido a Guadalajara como enviado desde Guanajuato, Méjico, y ahora me dirijo a Valladolid a llevar la buena nueva Dios mediante. Me complace informar a ustedes que un cura, M.H., y un militar importante, I.A., están reuniendo voluntarios entusiastas en participar en vuestra tan esperada fiesta. Ya tenemos un dirigente, aguardemos pacientes las instrucciones, que por este medio os haré llegar*".

—¿Qué opinan? —preguntó Santiago, esperando la reacción de sus amigos.

—Se está cocinando un levantamiento. No demoremos más, comencemos con el plan —dijo Itzel conmocionada.

Al día siguiente, Pamawari e Itzel cubrieron los muebles con tela y empacaron algunas cosas. Tocaron el llamador de puerta insistentemente. Itzel abrió.

—Santiago, de nuevo tú, ¿qué se te ofrece?

—Canek me contó lo que Pamawari y tú están dispuestas a hacer, te lo ruego, no lo hagas, no de esa manera, vente conmigo, yo te protegeré.

—Está decidido, lo hemos planeado en muchas ocasiones, además, ¿quién eres tú para exigirme que no lo haga?

—El hombre que te ama, que no podría vivir otro día más sin ti.

Santiago se acercó y la besó. Ella, sin pensarlo, le correspondió el beso y se abrazaron fuerte. El tiempo, los problemas y la gente de alrededor que pasaba, no existían, solo estaban ellos en la inmensidad del espacio. Itzel, por un momento, sintió que él tenía razón. Pero recordó el motivo que la empujó a tomar una decisión, "No quiero hijos esclavos que no puedan vivir en total libertad, no quiero hijos sumidos en la desgracia ni en la marginación, tampoco en la pobreza". Entonces se apartó de Santiago y le dijo:

—Respeta mi decisión, querido mío, te quiero y te quiero con el alma, pero ya tengo un amor y ese amor es más grande que el que podría tener jamás por ti, ese amor se llama patria. La encomienda que acepté es peligrosa, lo sé, así que aquí me despido. Nunca podría amarte como te mereces, no nací para ser esposa, soy muy diferente a todas las mujeres, me gusta la libertad, quizá en otro tiempo encajaría en alguna sociedad, pero por lo pronto en esta no, créeme. Perdona si te he lastimado.

—Es tu decisión y la respeto. Aquí estaré para ti, pero recuerda que siempre te amaré —Santiago se despidió como un caballero y se

fue con el corazón en la mano.

Itzel entró a su casa y se encerró en su habitación a llorar desconsolada.



PAMAWARI E ITZEL ABANDONARON Nueva Galicia a bordo de una diligencia con rumbo a la Ciudad de México, ahí las aguardarían en el palacio de la Inquisición. Canek las acompañó, a ratos, hacían alguna parada para refrescarse debido al calor intenso. En una de las paradas, Canek les leyó a ellas una carta que les había enviado Elisa, disculpándose por no haber podido estar en la reunión de despedida, debido a que su esposo había caído gravemente enfermo. Terminada la lectura, se alejaron de donde estaba el cochero y Pedro Canek.

—Tengo que confesarte un secreto, Itzel —habló Pamawari con los ojos vidriosos y con una mueca en el rostro un tanto extraña.

—Dime, ¿por qué tanto misterio? —le preguntó Itzel, mientras arrancaba los frutos de un árbol de *nanche* y se los llevaba a la boca.

—Estoy encinta.

Sorprendida, Itzel sintió como un pedazo del fruto se le atoraba en la garganta y tosió.

—¿Qué?, ¿acaso es un crimen lo que te acabo de confesar? —preguntó Pamawari un tanto molesta con su amiga.

—Por supuesto que no, amiga mía, me siento muy feliz por ti, pero en esta circunstancia, con la misión que tenemos encomendada, creo que es muy aventurado para ambos, para ti y la creatura, ¿cuánto tiempo tienes?

—El médico me dijo que como tres meses.

—¡Qué alegría, amiga! ¡Un crío! ¿No crees que debemos decirle a Canek que no podrás continuar con el plan? Es más, espera, ahora

mismo le diré —Itzel se dio la vuelta y decidió caminar sobre el pasto agreste en busca de Canek, que había ido a estirar las piernas para caminar por allí cerca.

—¡Aguarda, no! No le digas nada, por favor —le ordenó con voz enérgica y entrecortada a la vez.

—Entiende que Canek debe enterarse, es muy peligroso para ti. Él comprenderá y asignará a alguien en tu lugar, cualquiera que pueda hacer el trabajo.

—No puedes decirle nada. Aún no.

—Pero ¿qué dices? Él es nuestro amigo, casi nuestro hermano de vida, él entenderá.

—No me has dejado explicarte. Itzel, déjame que te cuente y después me dices lo que piensas. El hijo que estoy esperando es de Canek.

—¡Madre santa! Pero en qué momento… yo no sabía que ustedes… aguarda, ¿qué dices? Pero él es como… —Itzel caminaba de un lado a otro con una mano en la frente.

—Sí, como nuestro hermano, pero ¿acaso solo tú puedes enamorarte de Santiago y yo no de Canek? Es lo mismo, Itzel, él no es mi hermano y nuestro amor es verdadero.

—¿Por qué lo ocultaban, por qué nunca me lo contaste? Creí que tú y yo éramos amigas.

—Acordamos él y yo que más tarde se lo contaríamos a ustedes. Estábamos conociéndonos como pareja y no como amigos o hermanos, como tú lo mencionas. No queríamos que eso que comenzamos a sentir, se estropease, así que decidimos esperar, además tenemos en puerta este plan y no podemos dar marcha atrás. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto que no estoy de acuerdo contigo, esto tiene que saberlo, es peligroso, insisto.

—Te he dicho que no, no quiero que lo sepa, no quiero abandonar por lo que tanto ha peleado, porque sé que si lo descubre renunciará a nuestro plan. Ahora sé que lo amo y que soy capaz de dar mi vida por lo que él tanto anhela, así que pelearé por el futuro de este niño y por su padre con uñas y dientes. Te prometo que me cuidaré, todo estará bien, si vemos peligro, lo dejamos en santa paz.

—No me gusta nada esto, Pamawari, si Canek se entera que se lo ocultamos, no nos va a perdonar jamás, ni a ti ni a mí.

—Él entenderá que fue por amor a él y a su hijo. Será un padre muy amoroso, como el padre que hubiese querido tener, estoy segura.

—Está bien, no le diré nada, pero prométeme que muy pronto tú se lo dirás.

—Te lo prometo.



LLEGARON A LA CIUDAD DE MÉXICO después de varios días. Ninguna de las dos había estado nunca ahí. Pasaron por la catedral de estilo barroco y se sorprendieron por su majestuosidad, no habían visto ninguna iglesia así anteriormente. Manuel Tolsá, un arquitecto español que tenía poco de haber llegado a la Nueva España, era el encargado para finalizar dicha edificación, la cual llevaba casi trescientos años de construcción. El tribunal del Santo Oficio era famoso por sus calabozos de la Perpetua. Decían las malas lenguas que no se le veía final debido a que sus celdas estaban escondidas. Eran frías, oscuras y húmedas, con techos muy bajos, allí por las noches se sentían deambular almas en pena.

Itzel se imaginó, de momento, la gran cantidad de indígenas que tuvieron que emplear para levantar esa construcción. En cierto modo, ellas se sentían tranquilas estando ahí, porque trabajarían en las casas del Santo Oficio, donde estarían rodeadas de sacerdotes y personas llenas de Dios. Se limitarían a trabajar, escuchar y mandar uno que otro recado, eran sus consignas. Tocaron a la puerta y les abrió un mozo de tez negra. Los amigos tuvieron que despedirse, con su charla en clave, se dieron ciertas recomendaciones. Canek ya les había explicado los pasos a seguir para el plan, entre ellos estaba aguardar la llegada de algunas obras de arte que mandaría Santiago para, de esa manera, comunicarse con sus amigas y mandar o recibir noticias escondidas en ellas. En Guadalajara, Santiago y sus trabajadores iban con frecuencia a la capilla de Aránzazu, para terminar con el trabajo que se les había encomendado. Clara sabía que podía encontrarlo ahí, así que una mañana, muy temprano, decidió hacerle una visita.

—Buena tarde, Santiago —le saludó Clara con voz firme y seca.

—Clara, ¿qué te trae por aquí? Buena tarde.

—Tú sabes bien a qué he venido. ¿Qué nuevas me tienes de tu hermano y de mis hijos? ¿Hablaste con tu conocido, el abogado?

—Hablé con Juan Alfonso hace tres días, se regresa para Campeche, pero no me dijo cuándo.

—¡Qué! ¿Estás seguro de eso? ¿Y mis hijos? ¿Qué va a ser de ellos? —le respondió desesperada, se llevó la mano al pecho y la otra al estómago. Sintió como el aire se le entrecortaba.

—¿Se los va a llevar, así nada más? No puede hacerlo sin consultarme. Por piedad, ayúdame, ayúdame a que me los regrese, me muero si se los lleva.

Clara rompió en llanto y se sentó en el suelo. Desesperada, comenzó a golpear el piso. Santiago no sabía qué decirle, ni cómo actuar, por un lado, hablaba de su hermano, muy a pesar de lo rufián que era; pero, por otro, sabía que era injusto quitarle a una mujer a sus hijos y sobre todo por problemas maritales. En el fondo, sabía que los niños extrañarían a su madre.

—Como te comenté, Clara, me dijo que se iba a ir, pero no me dijo cuándo. Si deseas te puedo llevar con él para ver si entre los dos lo convencemos de que deje a los niños contigo y no se los lleve.

—¿De verdad harías eso por mí? Gracias, gracias, Santiago, gracias, amigo mío.

Levantó su rostro empapado en lágrimas y desde el suelo le abrazó las piernas a su cuñado, llorando de nuevo.

—Levántate, mujer, déjame ayudarte, encaminémonos entonces, no podemos perder más tiempo.

Llegaron a la casa de Juan Alfonso, tocaron el llamador de puerta, volvieron a tocar, pero nadie acudía a abrir.

—No están, perece que está sola la casa —dijo Santiago.

—No, ven, acércate, se oye movimiento y voces detrás de la puerta —Clara escuchaba ruidos detrás, pero no obtenían respuesta al volver a tocar.

¡Juan Alfonso, abre la puerta, soy yo, Santiago! —y tocaba con más intensidad el llamador de puerta mientras gritaba.

Ya habían pasado cuarenta minutos desde su llegada. Continuaban oyendo ruidos, pero no les abrían.

—¿Qué podemos hacer? Parece que se están alistando para irse —preguntaba Clara con voz desesperada.

—No sé, ¿tú dime qué podemos hacer? Ya hemos tocado y nada.

—No nos quieren abrir, eso es evidente, Santiago. Yo no me marcho de aquí hasta que me entreguen a mis hijos, así tenga que encadenarme a esta puerta.

—Iré a buscar a Canek, él es abogado, espera aquí.

Con voz desesperada y con falta de aliento, Clara tocaba la puerta una y otra vez. Tenía un mal presentimiento, a pesar de tener una ligera esperanza de que todo se solucionaría. Transcurría el tiempo y comenzaba a irritarse más aún, tocaba más y más fuerte. Se sentía traicionada por él nuevamente, no cabía en su cabeza lo que ocurría, era como una pesadilla.

—Sé que hay alguien ahí, abran la puerta, por favor, se lo pido encarecidamente, mis hijos se encuentran dentro, por favor, abran la puerta —gritaba Clara, sin obtener respuesta.

Sentía que debía derribar la puerta a como diera lugar, sus hijos se encontraban en la casa a la fuerza y sin consentimiento de ella. Era tal su desesperación que comenzó a patearla y golpearla con los puños cerrados, no le importaba si sus manos se reventaban y sangraban, mucho menos sin prestar atención que los vecinos o la

gente que pasara la tildara de loca, una madre por sus hijos haría cualquier cosa.

—¡Regrésame a mis hijos, Juan Alfonso! —gritaba y pateaba la puerta.

—¡Regrésamelos ya!, son mis hijos también, no puedes hacerme esto, abre la puerta. Sebastián, Victoria, Carolina, hijos míos, aquí estoy, abran, por favor.

Desesperada, lloraba, gritaba y volvía a gritar. Ella que cuidaba tanto de su imagen, no le importaba que su peinado estuviera fuera de lugar y su cara hecha un desastre, solo quería recuperar a sus hijos. Santiago regresó con Canek para ayudarla, pero al ver que ya habían transcurrido casi dos horas sin ninguna respuesta, trataron de persuadirla para que abandonara el lugar, diciéndole que le ayudarían legalmente a quitarle los niños a Juan Alfonso y que regresarían con una orden de un juez. La llevaron a la oficina donde Canek trabajaba, para calmarla. Le ofrecieron un té de tila, que muy de mala gana se tomó, para calmar los nervios. Nada en este mundo le calmaría su dolor, nada, más que tener a sus hijos de vuelta y poderlos abrazar de nuevo.



LAS TERTULIAS CONTINUARON LOS FINES DE SEMANA por las noches en casa de Canek, donde se planeaban las conspiraciones y a las que acudía Santiago acompañado de Clara. Ella, gustosa, ofrecía algún dato informativo de su exmarido que pudiera servir, y también de Agustín de Iturbide, amigo de él, que en su tiempo pertenecía al cuerpo de dragones de su majestad como capitán, quienes eran fieles a los realistas. En la Ciudad de México, en las casas del Santo Oficio, trabajaban Itzel en la cocina y Pamawari en las recámaras de los sacerdotes como mucama.

Escuchaban las conversaciones de las otras empleadas que trabajaban con ellas. Apuntaban en unas hojas tipo libretita los eventos más relevantes del día para, en cuanto se pudiera, mandar los recados secretos con un cómplice contratado por Elisa, Canek y Santiago llamado Bartolomé. Por las noches, las amigas se reunían para cenar junto con las demás empleadas en el comedor de la cocina, después de un largo día de trabajo y platicarse los acontecimientos del día. Apenas conocían a las otras compañeras, así que trataban de ser un poco reservadas para no revelar su verdadera identidad.

—¿De dónde dicen que vienen ustedes?

Preguntaba Manuela con cierta curiosidad. Era una mujer mulata regordeta, mucho mayor que ellas, quien las observaba con cierta desconfianza y algo de recelo.

—De Mérida, su merced —contestó Pamawari.

—¿Y usted? —tocó el turno a Itzel.

—De Guadalajara, de Nueva Galicia.

Sentadas en el comedor, se pasaban unas a las otras los tortilleros y los platitos que estaban puestos en la mesa, para que cada quien se sirviese los complementos con el cocido de res que habían preparado para ellas.

—Ustedes dos ya se conocían, ¿no?

—No, señora, se equivoca —contestó Itzel mientras comía y enrollaba su tortilla.

—Pues a mí me parece que ya se conocían, además se ve que ustedes son diferentes al resto de nosotras, ¿no lo creen, muchachas? —Manuela incitaba a que contestaran las demás mujeres, pero se quedaron calladas observándola desde sus lugares.

Pamawari traía sobre su cuello un camafeo de oro en forma de dije, que pendía de una cadena igualmente de oro, con el cual Manuela, que estaba sentada junto a ella, al verlo, no titubeó en agarrarlo sin permiso y observarlo detenidamente desde el cuello de su dueña.

—Pues sigo pensando que ustedes dos son muy distintas al resto de nosotras. ¿Qué es lo que buscan aquí? ¿Algún puesto importante como jefa de mucama o cocinera? Lamento decirles, queridas mías, que mientras yo esté trabajando aquí, eso no va a ocurrir, porque yo llevo más tiempo que ustedes, así que no pierdan su tiempo.

—Pierda cuidado, señora, sabemos muy bien nuestro lugar aquí —le contestó Pamawari tranquila pero firme y segura de lo que estaba diciendo, mientras le quitaba el camafeo de entre sus dedos y se lo escondía entre sus senos.

—Eso lo veremos, escuinclas, eso lo veremos —habló Manuela con la boca llena mientras se terminaba de comer la mazorca de maíz que había sacado de su plato.

Se acercó a Pamawari y, sin quitarle la vista de encima, le aventó la mazorca a su plato y le escupió unos granos de elote poco

masticados que traía en la boca, para así continuar comiendo como si nada hubiese pasado. Todas se quedaron atónitas. Pamawari estaba a punto de contestarle con otra agresión para defenderse, pero de pronto sintió la mano de Itzel por debajo de la mesa que le insinuaba que lo dejara pasar. Así que no tuvo más remedio que quedarse callada, sin hacer nada, y cambiar el plato por uno limpio.

Más tarde, en su cuarto, donde ellas dos dormían solas, Pamawari le reclamó su indiferencia ante lo sucedido, pero Itzel la trataba de tranquilizar recordándole lo que ocurriría si las descubriesen en algún momento. Día a día, llevaban consigo sus respectivas libretitas para apuntar cuanto creían necesario informar. Itzel, en la cocina, escuchaba como las otras cocineras se referían despectivas a los virreyes anteriores y de los reyes de la corona española.

Habían destituido al arzobispo-virrey Francisco Javier de Lizana y Beaumont, quien gobernó durante casi un año, y contaban las malas lenguas que él estuvo implicado en la revocación del virrey Iturrigaray dos años antes. Había gran incertidumbre en el reino, no se sabía quién sería el nuevo mandatario. En la cocina y en los pasillos de las casas del Santo Oficio se hablaba entre los mozos y empleados de la debilidad para gobernar del arzobispo-virrey y de que circulaban hojas impresas con noticias e ideas revolucionarias, las cuales a diario corrían de mano en mano. Pamawari e Itzel trataron de hacer amistades entre sus compañeras, para así ganarse la confianza de ellas y obtener más información, pero trataban de ser neutrales con cada comentario que decían, para que no se descubriera la razón por la que ellas se encontraban ahí.

—Guadalupe Itzel, te buscan en la puerta de entrada, es Bartolomé, dice que trae unas cajas de cebada y granos para la despensa del Santo Oficio —le avisó un mozo que limpiaba el patio principal.

—Gracias, iré en seguida para mostrarle dónde las ponga.

Bartolomé e Itzel se encontraron y se miraron de forma nerviosa. Lo llevó hasta la despensa pasando primero por la cocina. Lo despidió y esperó a que llegase la hora de la siesta, para de nuevo regresar a la despensa y buscar entre los mismos sacos de granos algún recado. Y así fue, buscó y encontró. Lo escondió entre su regazo y esperó hasta que la noche cayera, para en su cuarto leer aquella nota que la tenía en tensión. Se encontraba sobre su cama mientras leía. Itzel no pudo contener el suspiro, era el recado que esperaba de Santiago para saber que en cualquiera de esos días mandaría a alguien a llevar una pintura. Lo leía y lo volvía a leer, imaginando esas palabras saliendo de los labios de su amado, mientras imaginaba que él la miraba con dulzura.



ELISA HABÍA DECIDIDO IR y venir de Valladolid a Guadalajara. Compró una casa cerca de sus amigos para poder dirigir bien la expansión de su negocio, pero más con la finalidad de continuar con la conspiración, ya que el negocio del café era algo inseguro en esos días de incertidumbre. La joven empresaria dio en su casa una pequeña fiesta por su reciente instalación e invitó a gente influyente, así como a sus amigos Canek y Santiago, quienes llevaban como acompañantes a Clara, y a una joven soprano italiana llamada Giulia, amiga de Santiago, que recién había llegado de Florencia.

Giulia era una mujer de mundo con una privilegiada voz, desinhibida y un tanto liberal, con un gran repertorio en sus conversaciones. Su cabello era rojizo como el fuego, ojos azul celeste que penetraban en el alma de quien los mirara, y una piel tan blanca que se asemejaba al mármol de Carrara. A los ojos de los hombres parecía endemoniadamente bella, era una mujer difícil de olvidar. El movimiento de sus caderas era tan cadencioso, que hasta las mujeres, sin darse cuenta de ello, la seguían con su mirada. Elisa vio entre la multitud de conocidos a sus amigos y se acercó rápidamente para saludarlos.

—Buena tarde, queridos, al parecer trajeron compañía. Clara, querida, un gusto que te encuentres entre nosotros.

Elisa saludó efusivamente a Clara, pero al ver a la joven que acompañaba a Santiago, no tardó en presentarse:

—Disculpe, a usted no la conozco, no he tenido ese placer, Elisa Márquez, para servirle a Dios y a su merced.

—Buenaaass tardeeess. Me quiamo Giulia Rossi. Mi dispiace tanto, hablo poco spagnolo, soy italiana, de Florencia. Amico, parlagli per me, di favore, sono molto inmabrazata —la muchacha se sonrojó y pícaramente se refugió en los brazos de Santiago.

—Non ce´ problema, Giulia, ellos entienden tu situación, son amigos míos. Ella es Giulia Rossi, viene de Florencia, Italia. Se disculpa y está apenada porque habla muy poco español y quiere que yo le sirva de intérprete. Le estoy ayudando a estudiar el idioma, aprende rápido, y más ahora que vivirá aquí.

—Mucho gusto, Giulia, estás en tu casa soy Elisa.

—Piacere per me, mucho gusto —saludó la italiana con doble beso en la mejilla, situación que puso un poco incómoda a Elisa, pero que divirtió a sus amigos debido a la confusión pícara del saludo.

—Tomen lo que gusten, están en su casa, ya vienen los aperitivos, entre ellos el Ante Colimote, una torta dulce deliciosa. En un rato más pasaremos a la mesa, una de mis cocineras es de Comala y preparó su muy deliciosa receta de tatemado y frijoles puercos.

—Vaya, Elisa, no cabe duda de que usted es muy buena anfitriona —comentó Clara asombrada de la sencillez y buena organización.

—Querida, me gusta que se sientan como en casa, y ahora que te has unido a nuestras tertulias, considérame una amiga.

—Por cierto, ya les llegó el recado a Itzel y Pamawari de que las obras de arte están en camino para que coloquen la información que han recabado hasta el momento —comentó Canek un tanto ansioso.

—Muy bien, ¿qué prosigue ahora? —preguntó Elisa.

—Bueno, ahora se sabe de buena fuente que el cura Hidalgo está proponiendo editar un periódico aquí en Guadalajara con el nombre "El Despertador Americano", en una imprenta en el centro de la ciudad, y al parecer entrará Clara a trabajar allí. Ello nos serviría

mucho para plasmar novedosas ideas revolucionarias y mantener informada a la población —dijo Canek entusiasmado.

—Muy interesante, caballeros, damas. Quiero comentarles que tengo planeada una visita mañana para conversar con la Güera Rodríguez, quien se hospedará con una muy amiga mía. Ella es muy cercana a un grupo de conspiradores en la Ciudad de México y le quiero brindar nuestro apoyo aquí en Nueva Galicia y Valladolid. En cuanto pueda les comentaré el resultado de ese encuentro —Elisa sacó cuidadosamente de su bolsito una cigarrera de plata y ofreció cigarrillos a sus amigos.

—Seguramente será un encuentro positivo y muy interesante, Elisa, muy interesante —declaró Canek pensativo y satisfecho.

Una mujer francesa comenzó a tocar el piano forte que habían traído de Alemania, los deleitaba con una pieza de Mozart. Los invitados se dispusieron a bailar en parejas en el patio central de la casa. Mariano, el esposo de Elisa, arribó un poco tarde a la fiesta y se disculpó con su esposa e invitados. La italiana, después de bastantes licores, comenzó a bailar exóticamente con Santiago. La gente de sociedad los observaba, era inevitable, su gran escote no dejaba nada a la imaginación. Elisa y Clara, un tanto apenadas, buscaron la forma de llevarla al tocador de damas y ofrecerle agua para bajar el alcohol en su sangre. No pudieron hablar mucho con ella, pero con lo poco que dijeron se dieron a entender. Le sugirieron tranquilizarse y le prestaron un chal, por aquello de los mirones. Elisa apresuró al servicio para servir el banquete. Giulia, al no estar acostumbrada al chile, se sintió mal del estómago.

—Creo que fue la venganza de Moctezuma —le comentó Canek risueño a Santiago cuando estos decidieron abandonar la fiesta.

—Menos mal que se van antes de que la italiana haga un espectáculo más bochornoso, ¿no lo crees, Clara? —Elisa comentó

jugando con su gargantilla de oro, mientras los vio alejándose de la fiesta.

Clara se reía, olvidando el triste momento que pasaba por el rapto de sus hijos, y al recordarlo se sintió culpable, ensombreciendo su sonrisa. Elisa lo notó de inmediato.

—Querida, Canek y Santiago me lo comentaron, ¿acaso no eres digna de vivir mientras esto se soluciona? —Elisa le cuestionó en tono de preocupación.

—No lo sé en realidad, quizá no debería estar aquí, ¿crees que soy mala madre por no quedarme en mi casa a llorar amargamente sobre mi cama?

—No, no lo creo, ¿y cuánto más vas a llorar, querida? ¿Cuánto más vas a sufrir para merecer el título de madre ejemplar? Clara, deja que todo pase, tus hijos se encuentran con su padre, ellos estarán bien.

—Pero ¿y si no es así? ¿Cómo voy a saber si están bien atendidos? De cualquier modo, les falta su madre.

—Entiendo tu desesperación, querida, pero no puedes hacer nada, ya el abogado se está encargado, tienes que vivir, porque escucha bien lo que te digo, si te tumbas en tu habitación a llorar, te enfermarás hasta la muerte y esos niños entonces quedaran huérfanos. ¿Eso es lo que tu corazón desea, acaso? Me parece que no, así que ven, vamos a bailar y relajémonos.

Clara no podía creer las sabias palabras que le había regalado Elisa. En ese momento su rostro se iluminó y sintió que se llenaba de una fuerza que nunca antes había sentido en su interior. Desde ese momento supo que la causa revolucionaria era su motor, para continuar luchando por sus hijos y por su país. Ese sería su motivo, el empuje que sentía desde su vientre para pelear hasta el final. El entrar a colaborar en la imprenta le hacía mucha ilusión, porque la

mantendría alejada de pensamientos tristes y negativos. Ella sabía que se enfrentaría con hombres conservadores y que no estarían muy de acuerdo con su trabajo, esa no era labor para mujeres. Las señoras de la época se empezaban a involucrar cada vez más en la política con la lectura de periódicos o revistas, pero, aun así, las mantenían alejadas de trabajos que no fueran hogareños.

Santiago acompañó a Giulia hasta un mesón donde se hospedaba, mientras partía hacía la Ciudad de México, a reunirse con la compañía de ópera en la cual participaba como cantante. La italiana decía incoherencias en su idioma y se reía abrazando a Santiago, sin poder controlar sus movimientos, ni el equilibrio. El efecto de alcohol le había jugado una mala pasada junto con la pobre dieta a la que se sometía diariamente para no perder la figura escultural. El cambio de alimentación era un tema recurrente en ella, debido a las incansables giras por distintos países, pero la Nueva España tenía tan basta y exquisita gastronomía, que era imposible no caer en tentaciones, así que decidía probar poco de cada platillo en los banquetes a los que era invitada.

—Santiago, ¿ti piacerebbe restare con me, qui nel mio letto?

—No, Giulia, no me puedo quedar contigo esta noche, no es apropiado, además no te encuentras bien.

—Dai, amico mio, anda, quédate solo hoy.

La puerta de su habitación daba hacia el patio central de la casa donde se hospedaba, se iluminaba por la luz que reflejaba la luna plateada. La mujer comenzó a subirse el vestido para mostrarle una pierna, mientras la acariciaba con una mano y con la otra se frotaba el escote, quejándose del calor infernal que sentía. Santiago no podía resistirse a los encantos de su amiga, pero pensaba al mismo tiempo en Itzel, que aún no la había podido olvidar y se sentía frustrado y decepcionado. Decidió entrar con ella a su habitación y

comenzó a besarla sin poderse controlar, como aquel impulso que lo hacía recordar a Itzel. Giulia, complacida, correspondía a esa euforia que emergía de su hombre, más por triunfo que por satisfacción. La mesita redonda, que se encontraba en el centro con un florero, no fue obstáculo al paso de los amantes, la tumbaron sin percatarse del tremendo estruendo que suscitó la caída de aquel jarrón al piso de ladrillo.

Sentada al pie de la cama, arrancó la camisa de su amante y comenzó a besar su pecho. Después él se encaramó hacia los senos que sobresalían del corsé del vestido, besándolos y estrujándolos hasta sacarle un gemido plácido de dolor. Santiago se hincó, bajó su cabeza entre las piernas de su amante y se introdujo hasta lo más íntimo del vestido besando su entrepierna, que la hizo temblar provocando que salieran de su boca palabras y gemidos de placer. Las sábanas se arrugaban con la fricción de los cuerpos semidesnudos, de manera violenta se movían por la cama rompiendo con la perfección del lecho. Besos vacíos, que simulaban un amor descontrolado, inundaron la mente de Santiago y la habitación de Giulia. Para la italiana se trataba solo de diversión, de placer, el sentimiento de amor no cabía en ella, no lo conocía, era una mujer calculadora y fría, que fingía a la perfección su papel de amante. Devoraba al hombre que le apeteciera, a aquel del que pudiera sacar algún provecho, y más tarde lo desechaba. Duró el placer en la cama de la italiana lo que duró la noche.

Al día siguiente, Santiago despertó antes que Giulia, se vistió y salió sin hacer ruido para no despertarla. Ella, después de un rato, despertó y vio que su amante se había marchado, hecho que le molestó porque no estaba acostumbrada a que los hombres le hicieran ningún desplante. La italiana se levantó y comenzó a refrescar su cuerpo con un paño bañado en agua de rosas, mientras cantaba una canción en dialecto florentino. Tocaron a la puerta y en

seguida acudió para abrir. Era Santiago que regresó para llevarle el desayuno y flores frescas, inmediatamente ella intuyó que se había ganado su amor.



ERA DICIEMBRE DE 1809. Elisa llegó con su carruaje a la hacienda de su amiga, donde la Güera Rodríguez estaba invitada a quedarse por unos días. No recordaba lo inmensa que era la casa de su amiga mulata, llamada Camila, esposa de un criollo rico que se dedicaba a la destilación estilo árabe, así como al comercio de mezcal y tequila.

En la misma hacienda tenían los cultivos de ágave azul, la planta era de un hermoso color aguamarina y un ligero velo blanco que revestía cada hoja carnosa. La monumental planta le recordaba a los colores de los cenotes de su natal y añorada Yucatán. El ágave nacía de la tierra rojiza, que hacía contraste y una perfecta combinación armónica de colores con el intenso azul del cielo decembrino, con sus ramilletes coquetos donde se despertaban unas florecitas amarillas.

—Amiga mía, cuánto tiempo desde la última vez que nos vimos — Camila bajó presurosa la pequeña escalinata al encuentro de Elisa.

Ella era una mujer jacarandosa, de piel bronceada. Era mulata, origen que asumía sin ningún problema, era alegre y eso le bastaba. Hacía oídos sordos de habladurías y de comentarios despectivos hacia sus raíces y su persona.

—Gracias por recibirme en tu casa, Camila, eres muy generosa.

—No hay de qué. Querida, mira, te presento a la Güera.

—Buen día, María Ignacia Rodríguez de Velasco, a su merced.

—A su merced, Elisa María Márquez —hizo una pequeña reverencia.

—Güera, ella es la amiga de quien te he hablado, tiene contactos con conjurados en la Ciudad de México en varios edificios de gobierno, al igual que tú, ella también apoya la causa desde Valladolid y Nueva Galicia —Camila, emocionada, le acercó una taza de té y pastelitos a Elisa.

—Gracias, Camila. También he escuchado mucho sobre usted, señora Rodríguez. Dígame en qué la puedo ayudar, estoy a sus órdenes, sé de buena fuente que es amiga de la virreina —Elisa miraba a la Güera Rodríguez mientras bebía su taza con delicadeza.

—Así es, querida, tutéame, por favor, llámame Güera. Estamos recabando fondos para la lucha de don Miguel Hidalgo y Costilla, un cura de Dolores, en Guanajuato, así como para el capitán Ignacio Allende, de San Miguel el Grande, y la esposa del corregidor de Querétaro, Josefa Ortiz de Domínguez entre otros —comentó la hermosa mujer mientras se reclinaba sobre la silla de junco abanicándose.

Elisa admiraba la hermosura de su rostro y daba crédito a cuanto había escuchado sobre su encanto.

—Bueno, señora Rodríguez, perdone, Güera, mi esposo está convencido con la causa, pero lo tienen un tanto preocupado los negocios, ya sabe, yo conservo la dote y una parte de herencia que me han dejado mis padres, cuente con ello.

La Güera, que era una mujer de carácter e impulsiva a la hora de hablar de la insurgencia, dio un golpe en la mesa y se levantó de su silla de repente.

—Elisa, aquí nos estamos jugando la vida los involucrados por la libertad de nuestra tierra. Si su marido o usted no están convencidos de qué es lo que se ganaría con este movimiento, está perdiendo su tiempo y su dinero, pero hágame un favor, no me venga con

romantiquerías de que apoya usted la causa, esto no es para apoyar un club de bordado.

Elisa trató de no mostrar intimidación después de las duras palabras de la Güera. Sabía que era una mujer intransigente, pero de buen corazón. Elisa tomó una nueva taza de té y comenzó a menear la cucharita para disolver el terrón de azúcar que había vertido en ella.

—Güera, entiendo su nerviosismo y preocupación, usted no me conoce y es evidente que crea que muchas mujeres, que sí las hay, no vean el asunto con el cuidado y gravedad que acontece. No vengo a convencerla de nada, pero los hechos valen más que mil palabras y no solo más vengo a ofrecerle mi dinero, sino a mi familia y la vida misma por esta causa.

—No comprendo, explíquese si me hace el favor, la escucho.

—Verá, mis hermanas del corazón y no de sangre están trabajando en el palacio del Inquisidor, en la Ciudad de México, como servidumbre, arriesgando sus vidas a diario, mientras yo me muevo en lo más alto de las sociedades como informante, con el temor de que en cualquier momento puedan aprehender a mi marido o hasta a mí, por algún paso en falso o un mal comentario. Me encuentro siempre con el Jesús en la boca, ya se ha de imaginar, y con el temor que confisquen nuestros bienes, los cuales servirán para la causa. Pero si después de esto que le he participado, aún decide que no soy digna conspiradora de usted, me daré la media vuelta y regresaré por donde vine.

—Supongo que la he juzgado anticipadamente, señora.

—He escuchado de usted que es capaz de cualquier cosa, que tiene un espíritu combativo y rebelde, por lo cual tiene mi admiración, pero déjeme demostrarle que así como usted somos

muchas, que usted no está sola y que las mujeres podemos unirnos en una sola causa, juntas podremos hacer más, ¿no lo cree?

—Elisa, le pido me perdone, como lo ha dicho ya, soy una mujer muy apasionada y esto en ocasiones me hace parecer como una mujer sin cabales.

—Eso es lo que se necesita, determinación, Güera, y confíe en nosotras, también la tenemos, añoramos la libertad en todo sentido y la razón nos esta llevado por buen camino. Vea, los Estados Unidos lograron su independencia y ahora que la corona española está ocupada en sus propios asuntos, podemos aprovechar para dar un golpe de estado e independizarnos también —Elisa le volvió a dar otro sorbo a su taza.

La impresión que dejó Elisa en esa charla fue clave para tener contacto con la Güera más adelante por medio de cartas en clave, que la Güera ideó con seudónimos de escritores o nombres de personajes de libros. Elisa regresó a Valladolid. Se encontró con la noticia de que su esposo había sido encarcelado junto con su tío Michelena, habían sido delatados por algún traidor. Los cargos eran por una conspiración que estaban planeando para esas fechas. Nerviosa, acudió en busca de Pedro Canek para que la ayudase a sacarlos, corrían el peligro de ser juzgados por alta traición y llegar a ser colgados. Canek alegó ante el juez que lo único que ellos pretendían era defender el reino de la Nueva España y al rey Fernando VII de los franceses, evitar que los españoles entregaran el poder a Napoleón, por lo que los dejaron en libertad.

Mientras tanto, en Guadalajara, Clara se levantó temprano para ir a buscar a su hermana Esperanza al convento de las monjas calzadas, donde fungía la labor destacada de contadora. A su llegada, la hicieron esperar en el locutorio, un espacio similar a una cárcel; en el lugar había dos sillas que las separaba una ventana enrejada con picos, diseñada para evitar algún contacto físico con las religiosas.

Mientras aguardaba sentada y triste, en los muros observaba las pinturas de gran formato de las monjas fundadoras y los medallones de lámina de cobre.

—Clara, qué alegría verte, pero ¿cómo es que te hicieron esperar en este cuarto frío y simplón? Ven, pasa, te llevaré a mi celda, estaremos más cómodas y me contarás tus novedades.

Clara la acompañó por los distintos pasillos que atravesaban patios con jardines y fuentes, topándose con monjas de distintos velos, unos blancos y otros negros que diferenciaban los estatus al que pertenecían. Al grupo de monjas de velo negro las seguían sus esclavas, mujeres de tez negra que portaban en sus manos canastos con ropa para zurcir o lavar.

—Adelante, pasa a tu humilde hogar. Toma asiento, querida hermana, y cuéntame, que para eso estoy.

La habitación o celda, como así le llamaban en el convento, era un cuarto de paredes blancas con unos cuadros de pinturas religiosas colgadas sobre ellas y una ventana por donde pasaba la luz del día.

—Sigo sin saber nada de mis hijos. El dolor en el pecho no me deja respirar por las noches y se acrecienta, no puedo más, siento que mi vida no tiene sentido. En ocasiones, desearía aventarme al río con una piedra atada al cuello y terminar con mi dolor —comenzó a llorar desconsolada.

—Entiendo tu sufrimiento, pero déjalo en manos de Dios, ofrécelo, carga tu cruz que para eso vinimos a este mundo, a sufrir. Deberías rezar el santo rosario con más frecuencia, quizá no rezas y por eso Dios aún no escucha tu lamento.

—No he venido para que me des consuelo como religiosa, he venido para que me escuches, me acompañes y comprendas como hermana, sólo eso. ¿Tú qué sabes cuánto he rezado? ¿Tú qué sabes cuánto he llorado? Dime, ¿cuánto es suficiente? Tú, desde la

comodidad de este claustro, desde la comodidad de tu abundante dote y privilegio, ¿tú qué sabes de sufrimiento? Si por lo único que sufres es por no tener una celda como aquellas grandes que las monjas tenían antes, con cocina integrada para comer pastelillos en tu cama y leer todo el día el sufrimiento ajeno y no tener que recorrer los largos pasillos del convento —molesta, parándose de su silla le reclamó a Esperanza.

La monja la veía con mirada compasiva, dejó que la furia de su hermana se diluyera. Permaneció en silencio, la abrazó por un largo rato acariciándole el cabello mientras lloraba. Clara desconocía el gran secreto que su hermana le ocultaba por mucho tiempo. A pesar de que Esperanza aparentaba una vida feliz, con lujos y privilegios, sabía que su hermana, al saber más sobre ella, se avergonzaría y la negaría para siempre, así que era el momento de revelar su verdad, que Clara supiera que cada persona, por más que fingiera, estaba librando su propia batalla, luchando contra las culpas que la perseguían desde siempre. Su lesbianismo era perseguido como un mal, a pesar de que en el convento estaba justificado y visto como una enfermedad que se sanaría con la fe puesta en Dios. Se creía que la mujer no podía luchar contra la lujuria natural del pecado, lo traía en la sangre, como la antigua Eva o Lilith, de la biblia hebrea. Pero a último momento decidió callar.

—Disculpa, no debí hablarte de esa manera, pero, como sabes, no ha sido fácil desde mi divorcio, he tenido que trabajar y en nuestra sociedad no es bien visto. Nos han enseñado que nuestro deber es quedarnos en casa encerradas, pero si no lo hago moriré de hambre.

—Y tu dote, ¿se la gastó ese vividor?

—Casi todo. Y aun así anda hablando mal de mí con nuestros conocidos, les dice que yo soy mala madre y que prefería salir a trabajar y dejar abandonados a mis hijos con una sirvienta, mal comidos y mal vestidos. Pero sabemos bien que no soportó que yo lo

dejara. Siempre me ha tratado peor que a un animal, dice que las mujeres tenemos el cerebro más pequeño que el del hombre, que por eso no sabemos pensar y no somos buenas más que para traer hijos al mundo.

—No me extraña, muchos hombres piensan igual, ¿y has sabido algo de él?

—Sí, me escribió una carta pidiéndome que regresara a su lado, le contesté que sí, solo por el bien de mis hijos, pero no he obtenido ninguna respuesta. ¿Cuánto es suficiente rezar por un milagro? Mi fe se debilita, día a día, cuando siento la ausencia de mis hijos. En ocasiones pienso que la misericordia de Cristo nunca me alcanzará. Dios me ha abandonado, hermana mía.



SANTIAGO SE IBA ENCARIÑANDO DE GIULIA y decidió que la acompañaría a la Ciudad de México para que ella se reuniese con la compañía de ópera, mientras él aprovechaba para llevar personalmente las obras de arte al palacio del Santo Oficio. Los caminos eran muy peligrosos, estaban llenos de bandidos que con frecuencia asaltaban las diligencias, por lo que además creyó que no sería buena idea dejarla ir sola. Afortunadamente, el viaje fue tranquilo y sin contratiempos.

Al llegar a la capital y pasar cerca del palacio de los Virreyes en la Plaza Mayor, la italiana se sorprendió al ver en la calle a tanta gente. Los hombres, como en Guadalajara, llevaban grandes sombreros, sarapes, o algunos traían puestos pantalones curiosos que estaban abiertos por un lado de la pierna adornados con encaje. Las mujeres portaban rebozos de colores, sus enaguas eran anchas con un borde de encaje y zapatitos de raso blanco. Algunas transportaban canastos llenos de flores multicolores y otras con jarrones de barro en la cabeza. A Giulia le parecía exótica su forma de vestir, de andar tranquilo y despreocupado.

A Santiago le impresionó la nueva estatua ecuestre de cobre que hicieron en honor al pasado rey español Carlos IV. Descansaba sobre el pedestal conmemorando y mostrando la grandeza y esplendor que tenían los monarcas del imperio de la península ibérica, así como la tuvieron los emperadores del Imperio Romano. Pero Santiago veía desde la ventana de la diligencia, las regias formas y cinceladas del caballo y sobre el jamelgo, un jinete coronado de laureles con facciones de un capitán débil, sumiso, que no supo cómo ni por dónde dirigir a su caballo, como un líder sin rumbo, perdido, que

colapsó ante los franceses y ahora solo quedaba el recuerdo de su debilidad.

La primera parada que hicieron fue para refrescarse y descansar en un mesón cercano a la casa de los azulejos, donde los integrantes de la ópera se hospedaban. Más tarde, fueron a realizar una visita a la prestigiosa Academia de San Carlos, ya que Santiago tenía una entrevista con el director de la academia, Manuel Tolsá, y para cerrar tratos con algunos profesores y alumnos artistas para difundir y comprar sus obras. Luego se dirigieron rumbo al palacio del Santo Oficio, para llevar los encargos de unos gobelinos y pinturas al óleo españolas, donde probablemente vería a Itzel y Pamawari.

Santiago intentó persuadir a Giulia para que no lo acompañase, no deseaba que las dos mujeres de su vida se cruzaran y le hiciesen pasar un mal momento, pero ella insistió. Él se veía nervioso y distraído durante el trayecto hasta llegar al lugar y Guilia lo sentía. Ella trataba de distraerlo con su charla acerca del vestuario para su debut en el teatro, pero él la ignoraba sin ninguna mala intención. Al fin llegaron. Santiago, junto con su ayudante, bajaron las obras y se adentraron en el palacio. El joven, con la mirada, buscaba entre las mujeres de la servidumbre el rostro que con tanto desespero ansiaba. Un mozo los encaminó a la oficina del inquisidor para firmar unos papeles y concluir la compra de las diez obras de arte, que estaba adquiriendo la Santa Sede. Desilusionado por no ver a Itzel, se marchó esperando a que llegara el fin de semana, para regresar ahora con el pretexto del banquete que se daría en nombre del virrey.

Mariano llegó a su casa en Valladolid después del encarcelamiento. Elisa estaba en el despacho leyendo un libro con su bata de dormir a punto de irse a acostar. Él quiso sorprenderla así que avisó que llegaría un día después de lo esperado. En ese momento atravesó el zaguán, se quitó el sombrero que traía puesto y la llamó:

—¿Esposa?

—¡Hombre! Pero qué susto me has dado, qué sorpresa la mía. Tu carta avisaba que llegarías mañana, qué felicidad que estés libre —Elisa lo abrazó eufórica, lo besó en la boca y después en el cuello.

—Quería sorprender a mi mujer, que veo que está muy dispuesta a ir a la cama.

—Pero ¿estás bien, no te han hecho nada malo?

—No, mujer, me encuentro bien, afortunadamente, no fuimos maltratados ni torturados, y además nos quitaron los cargos que nos imputaban.

—No sabes cuánto me alegro, querido. Vamos, anda a la cocina, has de tener mucha hambre, te prepararé algo para cenar.

¡Muero de hambre! Antes quiero decirte que tengamos mucho cuidado, Elisa, debemos escoger a quiénes incluimos en las conjuras para que no vuelva a pasar de nuevo esto, no podemos arriesgarnos.

—Sí, tendré más cuidado.

—Cuéntame, ¿cómo te fue con la señora María Ignacia? Dicen que es de armas tomar y muy hermosa, por cierto —le preguntaba mientras cenaba su concha de vainilla con chocolate caliente.

—Eso de armas tomar ni te lo discuto, pero acabas de mencionar que es muy hermosa, no lo digas ni en broma porque tu mujer también tiene carácter y es más hermosa que ella, te recuerdo que se pone muy celosa, como tú con Santiago cuando lo conociste —Elisa soltó una risa mientras lo miraba con picardía.

—Descuida, que mis ojos solo están puestos en una sola mujer y esa eres tú —se inclinó y abrazó su menudo cuerpo llevándolo hacía él.

—Vamos a la recámara, te demostraré lo ansioso que estaba por tenerte de nuevo, pero antes me daré un baño —la volvió a besar después de cenar y más tarde hicieron el amor por un largo rato.

Elisa descansaba semidesnuda en su cama, mientras observaba la perfección del bello cuerpo de su marido.

—Elisa, debemos hablar sobre tus paseos a Nueva Galicia. No me parece que una mujer tenga tantas partidas, además eso de la conspiración vamos dejándoselo a quienes no tengan nada que perder. Es de mal gusto que una mujer, con tu clase y honor, ande sola entre ciudad y ciudad.

—¿Acaso estás tratando de decir que no confías en mí?

—Nada de eso, al contrario, porque confío es que te cedo las responsabilidades del cafetalero, pero ya muchas personas andan hablando a nuestras espaldas, e incluso ya me lo dicen a la cara.

—¿Y qué te dicen? Quiero escucharlo.

—Que me desobedeces todo el tiempo, aun siendo pecado. Que mi mujer maneja más mis asuntos de negocios que la casa, nunca estás para atenderme, los criados hacen lo que les viene en gana y son haraganes porque les das muchas libertades. Elisa, me ven como un hombre débil y sin carácter por culpa tuya.

—Ah, cosas de mujeres, quieres que haga eso, cocinar todo el día, bordar, leer novelas, tocar el piano, ¿algo más? Aprender algún otro idioma que, aclaro, no veo nada de malo en ello, muy al contrario, son virtudes, pero ¿quién te metió esas ideas en la cabeza, de que la mujer en su casa haciendo adobes se ve más bonita o más mujer?, ¿tus hermanas, tu madre acaso, el vecino o tus amigos? Espero que no hayan sido ellas, porque lo que hoy necesita este país es la unión de todas nosotras.

—Nada de eso, mujer, mi madre y mis hermanas… —Interrumpió Elisa.

—Permíteme, esposo, déjame continuar, te lo pido. Me parto el alma para atender nuestra vida, ahora hago hasta de conspiradora porque ansiamos la libertad, ¿acaso no es lo que nos unía a ti y a mí, nuestros ideales, nuestra lucha por un bien común? Dijimos que nos íbamos a apoyar y que si lo perdíamos todo, no importaría, porque viviríamos nuestro sueño juntos. Pero ahora veo que la Güera tenía razón, la sociedad nos encasilla en las labores de la casa y la crianza, solo para eso estamos destinadas, según la sociedad no podemos ser capaces de pensar por nosotras mismas si no está nuestro marido a nuestro lado, cuando somos igual de aptas para la guerra, hasta más que ustedes, pero no se nos da la oportunidad de demostrarlo.

—Cálmate, mujer, te va hacer daño a la bilis.

—Mariano, yo sí estoy comprometida con la causa, pero dime, ¿lo estás tú? Porque soy consciente de que lo daremos y perderemos todo, quizá no podamos ver nunca la libertad por la cual luchamos, pero vale la pena intentarlo, por el futuro de la tierra que amamos, ¿ya no lo crees así? Dime.

—Entiende, mujer, ser el hombre de la casa es difícil, pesa mucho sobre mis hombros esta responsabilidad, encima de tener que escuchar esas habladurías y el pensar que te pueda pasar algo no me lo perdonaría, les juré a tus padres que te cuidaría y eso estoy intentando hacer, protegerte.

—Pues sé el hombre del que me enamoré y enfréntalos, deja de escuchar eso que lo único que hace es alejarte de nuestro objetivo, la paz y la libertad; la libertad de aquellos que tienen menos oportunidades que nosotros y están dispuestos a luchar a nuestro lado sin importar más nada.

—Sacaste el carácter de tus padres, indudablemente. Ven acá y dame un beso, chaparrita, yo te protegeré siempre.

Mariano volvió junto a Elisa, ella se acurrucó entre sus brazos hasta quedarse dormida.



EN EL PALACIO DEL SANTO OFICIO comenzaron los preparativos para la celebración de una solemne misa con un banquete que dirigiría Itzel con el encargo de la cocinera más valorada en el palacio. Era organizado en honor del excelentísimo señor virrey Francisco Venegas. La servidumbre tenía más trabajo de lo acostumbrado, así que las casas de los sacerdotes estaban casi desérticas. Pamawari, junto con otras mucamas, arreglaban las habitaciones. Ese día se sentía indispuesta debido a su embarazo, el vómito y las náuseas no se hacían esperar, la asaltaban en cualquier momento y no podía evidenciarse, podría peligrar tanto su trabajo como la misión.

Mientras sacudía y acomodaba una de las habitaciones, encontró un papel con los nombres de algunos sacerdotes que estaban siendo investigados en secreto por supuestas conspiraciones. Buscó un lápiz e intentó escribir tan rápido como pudo algunos de los nombres, se guardó el papel en su escote y una de las cartas; con el mareo encima, escuchó el rechinido de la puerta que se cerraba. Súbitamente, volteó Pamawari. El sacerdote dueño de la habitación estaba enfrente, sin ropa y con una copa de vino tinto en la mano, su rostro denotaba embriaguez. Pamawari no sabía qué hacer, se sentía acorralada, sabía que si corría hacia la puerta el hombre le impediría el paso y la sujetaría, así que decidió hablar con él lo más tranquila posible.

—Padre, ¿qué se le ofrece, se olvidó de algo?

—Sí, siempre vienes tú a cuidar que tenga todo en orden, te lo agradezco.

—No tiene nada que agradecer, padre, es mi trabajo.

—¿Sabes? Soy un hombre de Dios y nosotros sufrimos por los malos consejos del demonio, esas tentaciones que no nos dejan tener el alma en paz. Las mujeres como tú nos ayudan a limpiar nuestra alma, por eso necesitamos pecar para liberarla, acércate, hija mía, se me ofrece tu pecaminoso y firme cuerpo, tú me vas a liberar de este tormento.

—Padre soy una mujer impura, no creo que usted desee mi cuerpo, sufro de una enfermedad en mi sexo, comezones, ronchas, sangrado y mal olor que por las noches no me dejan dormir. He acudido al boticario y me ha dicho que es incurable y contagioso, no me gustaría infectarlo, pero si usted cree que es necesario para libertarlo de su tormento, estoy dispuesta a hacer un sacrificio en el nombre de Dios —Pamawari describió sus supuestos síntomas con cara de repugnancia y vergüenza.

El sacerdote buscó sus ropas y se vistió, tragándose de golpe el sorbo de vino que tenía en su boca.

—No, hija, no es necesario, puedes irte, pero no menciones lo ocurrido con nadie, anda, vete ya, anda, anda.

Pamawari salió corriendo del lugar y buscó a Itzel. Le contó lo ocurrido y la mentira que tuvo que inventarle al sacerdote. Las dos soltaban grandes carcajadas en la cocina, que las demás ayudantes no disimularon en escucharlas y reírse junto con ellas durante un largo rato.

—De algo puedes estar segura, Pamawari, nadie, ningún hombre te molestará jamás en el Santo Oficio, tenlo por seguro —Itzel volvió a reír burlándose.

Llegó el día esperado. En el palacio, Itzel tenía el banquete preparado para el recibimiento del virrey Francisco Venegas. Consistía en sopa de tortilla, moles de varios tipos, poblanos y oaxaqueños, tortillas de distintos colores, amarillas, azules, rosas,

color que distinguía los diferentes tipos de mazorcas, pastelillos de muchas formas, tamaños y sabores, licores como aguardiente y tequila, los cuales fueron un regalo de Camila, la amiga de Elisa.

De la cocina salían los olores a especias que atravesaban el patio superior llegando hasta las habitaciones de los sacerdotes, quienes suspiraban por el delicioso olor que percibían. Itzel dirigía a las cocineras con gran maestría, así como lo hacía su madre.

El recibimiento del virrey en el palacio estuvo acompañado de una orquesta, que tocaba música flamenca, y de los excelentes músicos europeos. Entre la comitiva se encontraba el oidor Boris Álvarez del Corral, gran amigo español y brazo derecho del virrey. Su mirada era fría como el hielo, con un tono azulado, de cincuenta años, vestido elegante para la ocasión; iba acompañado de sus cinco hijos pequeños y su esposa criolla.

El señor inquisidor recibió al virrey con los honores posibles, haciendo reverencias y caravanas. Se llevó a cabo una misa religiosa, donde se cantó el Ave María en latín interpretado por la mismísima Giulia, quien fue invitada como acompañante de Santiago. Al terminar la ceremonia, los invitados pasaron al patio principal donde habían colocado las mesas adornadas para el banquete. El virrey y los invitados quedaron encantados con los platillos, tanto así que el gobernante mandó llamar a la encargada de cocina para felicitarla, hecho que desconcertó al señor inquisidor y a muchos de los ahí presentes.

Una de las cocineras que atendía las mesas fue mandada a buscar a Itzel. Corriendo, llegó a la cocina, la joven estaba sirviendo los postres en las vajillas. Al saber de su requerimiento, se puso nerviosa, se quitó el mandil, acomodó lo más que pudo su peinado y sacudiendo presurosa sus enaguas salió de mala gana para cumplir los deseos del virrey. Al llegar al patio, su estómago se revolvió de ver a tanta comitiva enjoyada y bien arreglada, nunca había visto

tanto lujo, ni en las fiestas que organizaban los Mendoza, ni las de los Velázquez. En ese momento, sintió unas ganas enormes de abandonar el lugar, pero recordó su misión, se armó de valor y se acercó a los virreyes, hizo una pequeña reverencia, pero no habló. El hombre se sorprendió de que fuera indígena pura, esperaban alguna mujer mestiza. El virrey se asombró con su hermosura, pero quien se enamoró más de ella de inmediato fue el oidor Álvarez del Corral que, boquiabierto, no dejaba de mirarla. El virrey se aclaró la garganta y dijo:

—He quedado gustoso y sorprendido por el sabor de sus manjares aquí presentados, no cabe duda que es el sabor terroso y exquisito de la cocina de la Nueva España. Mi más profundo agradecimiento a vos y su cocina.

Itzel volvió a hacer una reverencia, sin decir ni una palabra, dio media vuelta y se marchó. Por supuesto que no estaba agradecida por el cumplido, pensaba en los abusos que se habían cometido por parte de la corona, la muerte de sus padres, así como el salir huyendo de su amada Yucatán. Santiago la vio de lejos desde la mesa donde estaba sentado con Giulia. Quería salir corriendo a alcanzarla, hablarle, abrazarla, pero sabía que en ese momento era imposible. Esperó hasta que comenzara el baile.

Itzel regresó a sus labores en la cocina, una de sus ayudantes, alegre, le comentó:

—Quizá después de estos halagos le podrían dar a usted un lugar en el Corpus Christi, allá en el convento para mujeres como usted, para mujeres indias. Sería una gran oportunidad para usted, ¿no le parece?

—Le agradezco, pero no es mi deseo ser religiosa, o por lo pronto no está en mis pensamientos —sonrió y continuó emplatando los

dulces, con la certeza de que aquel comentario no fue malintencionado.

El baile comenzó y Santiago vio la oportunidad de dejar sola a Giulia con un italiano que se acercó a platicar con ella, coquetamente la joven jugaba con su cabello. Giulia no dejaba de mostrarle señales de interés a su nuevo conocido, que después de que terminara la pieza de baile, lo llevó a un lugar oscuro y apartado de los ojos de los invitados, donde comenzó a besarlo con frenesí detrás de una columna. Los impulsos lujuriosos del acompañante lo incitaron a tocar el cuerpo de la italiana por debajo de su ropa.

Santiago caminó preguntando a quien se encontrara por su camino la ubicación de la cocina. Esperó a que Itzel estuviera sola, para la buena suerte de Santiago, ella salió primero. La siguió hasta un gallinero que estaba a un lado del huertito que había detrás del edificio. Ella buscó los huevos debajo de las gallinas y los metió a su canasto, fue a cortar unas manzanas y, de repente, Santiago salió detrás de un árbol y la abrazó por detrás. Ella de una vez supo que se trataba de él, se dio la media vuelta y lo besó, como el beso lento y largo con el que él soñaba.

—Sabía que me querías —le dijo Santiago emocionado y la abrazó de la cintura levantándola del piso.

—Prométeme que no insistirás más en que abandone la causa. Solo te pido tiempo, tiempo para que todo termine, después podremos estar juntos y pensar en un futuro, antes no.

A lo lejos se escuchó la voz de Guilia.

—Santiago, ¿dove stai? Amore, amore mio, ¿sei tu?

Santiago sintió que se le iba la sangre al piso. Por un lado, amaba a Itzel y por fin sus esperanzas con ella tendrían algún futuro; por otro lado, acababa de iniciar una relación en la que se sentía feliz y

no quería dejar a ninguna de las dos, ni desilusionarlas. Santiago dio un paso hacia atrás e Itzel notó su nerviosismo.

—¿Qué sucede? ¿Quién es ella? ¿Acaso eres tú a quien ella busca?

—Sí, pero, Itzel, no es lo que parece, mi corazón te pertenece a ti, ella es una amiga, bueno, estoy comenzando una relación, pero deja que te explique.

—No, Santiago, creo que está muy claro todo.

—Santiago, amore, ¿cosa stai facendo, chi é lei? —Giulia los encontró y le preguntaba a Santiago lo que hacía y con quién hablaba, mirando a Itzel de arriba abajo.

—Ah, ella es la cocinera del Santo Oficio. Le preguntaba hace un momento sobre dónde se encuentra la oficina principal, vámonos. Gracias por la información, permiso.

Itzel se quedó perpleja observando las dos figuras humanas alejarse, a la mujer pelirroja tomada del brazo de su amado, riendo y platicando feliz, quien usurpaba el lugar que podría ser de ella, así que decidió no volver a pensar en él, después de llorar y sentir como el corazón se le achicaba de tal humillación.

Al día siguiente, muy de madrugada, Pamawari e Itzel se escabulleron dentro de la oficina del inquisidor con una vela en busca de las obras de arte que Santiago había dejado. Las revisaron y encontraron dos pedazos de papel entre los bastidores y los lienzos con indicaciones precisas para ellas. Al parecer, debían aceptar su traslado a la casa del juez Peña, para continuar con sus labores secretas. Pero por la mañana el inquisidor recibió una visita inesperada del oidor Boris Álvarez del Corral, quien alegaba, con tacto y buena educación, el traslado de Itzel a su servicio doméstico. El inquisidor, extrañado por aquella petición, hizo llamar a Itzel y frente a él le ordenó su traslado de inmediato.

Ella se confundió porque el plan era otro. De pronto, le invadió un sentimiento de miedo e incertidumbre. Se apresuró a buscar a Pamawari y contarle lo ocurrido, el coche de Álvarez del Corral la aguardaba. Nerviosa, le imploró que se comunicara con algunos de sus amigos conjurados para que supieran de su paradero y le mandaran las instrucciones del plan. Pamawari le prometió que buscaría la forma de que la emplearan en esa casa junto con ella.



CORRÍA EL MES DE SEPTIEMBRE DE 1810, las cartas escritas en clave fluían más frecuentes entre los conjurados. La clase burguesa criolla era más intolerante al nepotismo, al abuso de los españoles y del virrey. Las reuniones eran blanco de ataque y discusión pasional entre los criollos, a causa de aquel gran poder repartido entre españoles, nobleza y clero. Las revueltas tomaban fuerza en distintos lugares del país. Clara trabajaba en la imprenta, que había sido fundada por Mariano Valdés Telles en 1792. Estaba muy cerca del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, así como de la Catedral Metropolitana de Nueva Galicia, en el barrio del Santuario. Le gustaba asistir a la catedral saliendo de trabajar, para pedir por un milagro y volver a ver a sus hijos, su estadía en ese lugar le generaba sentimientos de confianza, seguridad y paz. Era la única mujer en la imprenta, por lo tanto no era bien vista a los ojos de los hombres que trabajaban ahí.

A pesar de que los colaboradores del periódico tenían ideas liberales, no se acostumbraban a la presencia de una mujer en el lugar de trabajo, siempre buscaban la manera de molestarla con comentarios mal intencionados o desprestigiando su trabajo. Ella se dedicaba a entintar las placas y las letras para las impresiones de los periódicos, leía cuidadosamente los contenidos, algunos de ellos con tintes políticos escondidos entre líneas en contra de la corona española y de los realistas.

Los periódicos consistían en un pliego de papel doblado de donde salían ocho páginas, las cuales, para Clara, eran difíciles de manipular al momento de dar vuelta a las hojas por sus pequeñas manos, acción que desencadenaba las risotadas de algunos de sus

compañeros. Uno de ellos, el más liberal, era el único que le tenía aprecio y algo de admiración, porque, a pesar de los malos tratos, ella los soportaba dejando las burlas a un lado y realizando su trabajo lo mejor posible.

Canek recibió una carta de Pamawari explicándole lo que había ocurrido con Itzel, suplicándole que la transfiriera donde su amiga se encontraba para continuar con la misión. Así lo hizo, buscó por dos semanas un trabajo para ella en casa de Álvarez del Corral. Él aún desconocía que su amada llevaba en el vientre a su hijo.

Itzel tenía varias labores en la casa de Álvarez del Corral, pero de prioridad en la cocina. Él buscaba la manera de estar a solas con ella y no perdía oportunidad de lanzarle algún piropo, de llevarle alguna florecilla cortada del jardín o darle algún regalo, lo hacía a escondidas de su esposa. Itzel lo ignoraba la mayoría de las veces, sabía cuáles eran sus intenciones y trataba de evitarlo a toda costa. Un día por la tarde, mientras el sol se ponía, Itzel tuvo que ir al patio trasero de la gran casa donde se encontraban los baños y los cachivaches. Era un patio húmedo, frío y oscuro, con alguna maleza y musgo que brotaba de las paredes de adobe carcomidas por el tiempo.

Caminaba con un cesto de sábanas viejas que tenía que depositar en un contenedor de mimbre. No había nadie alrededor. De repente, sintió un golpe muy fuerte en la cabeza que la hizo caer al suelo y perder el conocimiento. Cuando despertó se sentó y vio que su vestido estaba arrancado del pecho, las enaguas arriba y su ropa interior hasta las rodillas ensangrentadas. Sin dimensionar lo ocurrido, se acomodó la ropa. Aún no se había percatado del descalabro que sufrió por el golpe. Solo sentía que la cabeza le giraba y que un fluido caliente le caminaba por la cabeza hasta llegar al cuello, se tocó con la mano y la miró aterrada gritando de miedo y horror. En ese momento comprendió que la habían violado

mientras estaba desmayada. Álvarez del Corral, que pasaba por el lugar, se acercó a auxiliarla.

—Pero ¿qué te ha sucedido, niña?, ¿quién ha sido capaz de cometer tan infame y bajo crimen? Anda, dejadme que te ayude — sacó de su chaqueta un pañuelo de encaje y comenzó a limpiarla con suavidad.

Itzel no decía ni una sola palabra, estaba en shock y su cuerpo temblaba. No sabía por cuánto tiempo había estado tirada en el piso.

—Venid conmigo, acomódate el vestido y te encamino a tus aposentos, no vaya a estar el rufián por los alrededores merodeando y te vuelva a atacar.

Álvarez del Corral llamó a sus guardias, mandó a revisar la casa de arriba abajo, pero nada, no había ningún rastro del atacante. Le prometió a Itzel que buscaría y castigaría al responsable. Itzel despidió al juez en la puerta y se metió a su habitación. Vertió agua en una palangana y sumergió unos trapos en ella. Se los pasó por su cuerpo intentando limpiar la sangre que se secaba y mientras lo hacía, lloraba y se frotaba más fuerte intentando borrar de su cuerpo el vestigio de agresión inexplicada. Trataba de recordar algo de lo que le pudo haber sucedido, pero era inútil. Así estuvo unos días, forzada a recordar, pero no lo lograba, solo se frustraba.

Pasados los días del ataque que había sufrido Itzel, Álvarez del Corral y su esposa habían invitado a otros jueces, tres en total, a una cena para hablar sobre temas políticos. La casa debía estar arreglada y limpia, los candiles del comedor impecables y brillantes. Los caballeros se encontraban sentados disfrutando de la cena.

—Señor Álvarez del Corral, como usted sabe, se está viviendo una tensión política sin precedentes, los mexicanos revoltosos están dando señales de sublevación en algunas ciudades de la Nueva España, ¿cuál es su opinión al respecto?

—Verá, señor De la Corcuera, esos revoltosos siempre van a existir, pero nada que el ejército realista no pueda resolver y sofocar esos ánimos.

Itzel escuchaba atenta detrás de la puerta la información que pudiera ser de alguna utilidad para el movimiento.

—Disculpe que insista en este tema tan polémico para nuestra velada, con el debido respeto que merecen aquí los presentes, ¿pero acaso no le preocupa que los criollos burgueses puedan hacer uso de su influencia y su dinero, así como de toda la inestabilidad que se vive en la península en estos momentos, para ellos tomar el poder y buscar alguna independencia de España?

—¡Pamplinas! No sea cobarde, señor De la Corcuera, y tenga más fe en el virrey y en nuestra institución —le contestó Álvarez del Coral, mientras se aclaraba la voz con un sorbo de vino y continuó con su alegato.

—Mire, le diré algo, y escuche bien, los mexicanos son como animales, desorganizados, bárbaros, simplemente mire cómo viven, cómo se conducen. Nosotros vinimos a poner orden en esta tierra, donde se comían los unos a los otros el corazón, es su platillo, ese, ¿cómo se llama? Poooz… poooz… pozole, sí, pozole, ¿acaso usted sabe de qué está hecho?

Álvarez del Corral pidió que le acercaran el lechón que había en medio de la mesa, tomó un cuchillo y comenzó a cortar cada oreja del animal con brutalidad, mientras se los aventaba a los platos de dos de los jueces. Continuó con la trompa, la aventó con fuerza al plato de otro oidor.

—De esto, queridos amigos, está conformado ese platillo —señalaba con el cuchillo mientras hablaba.

—Por cierto, muy delicioso, pero recordemos que cuando llegó Colón, lo preparaban con carne humana, no se les olvide, sí, con los

restos de los hombres o mujeres sacrificados a su dios Quetzalcóatl. Así que, queridos compañeros, no pierdan cuidado, ellos se comerían todavía en estos tiempos entre ellos, ya no lo hacen porque vinimos a civilizarlos, pero en sus conciencias así se conducen, están divididos. No serían capaces nunca de organizarse, ahora menos que están tan mezclados, no tienen una identidad propia, criollos, mulatos, mestizos, bueno, ya saben, infinidad de revolturas que son. No piensan, además no se unen ni para un baile, jajaja, así que no se preocupen, compatriotas, esto está controlado.

Álvarez del Corral continuó comiendo como si nada hubiese pasado y los jueces perdieron un poco el apetito, después de tan disruptiva intervención. Itzel permanecía llorando en silencio detrás de la puerta, al escuchar esas palabras tan crueles de parte del español. Se fue a su habitación. Escribió con el corazón acelerado una carta para Canek, donde le contaba lo que había escuchado en esa cena vulgar. Se juró que iba a hacer lo que estuviese en sus manos por que la causa fuera un éxito.

Ella sabía que estando ahí podría tener más acceso a información, así que cuanto veía y oía, lo apuntaba, lo mandaba en recados con otros de los sirvientes con los que había podido convencer para la causa. Tocaron a la puerta, escondió con lo que escribía. Acudió a abrir. Era Álvarez del Corral alcoholizado. Sus invitados ya se habían marchado, la casa estaba en silencio. Él se encontraba con su ropa de cama debajo de un chal verde, que se había colocado encima. Él la tomó del brazo y le pidió que lo acompañase. A ella se le hizo rara esa petición a altas horas de la noche, pero tenía que obedecer, así que lo acompañó.

Se dirigieron a hurtadillas por los pasillos de la casa. Subieron una gran escalera que los conducían a las habitaciones. Itzel desconocía qué quería el juez. Llegaron a una habitación, la última de la casa y la más alejada. Ella lo siguió, presintió que él querría acostarse con

ella y por un momento quiso salir, gritar, negarse, resistirse, pero pensó en la causa y que si tomaba esa actitud, la correrían o la encarcelarían, se perdería cuanto habían trabajado ella y sus amigos. Decidió quedarse y seguirle el juego lo más que pudiera, hasta buscar la forma de zafarse para no tener que llegar a esa situación. Pero fue inevitable. Él le ofreció aguardiente, que ella aceptó de buena gana, para relajarse y que no fuera tan traumático el acto. Al día siguiente, el oidor despertó con una resaca espantosa que apenas y podía moverse. Itzel ya no estaba ahí, se había marchado cuando él se quedó dormido.



LA TEMPORADA DE LA ÓPERA estaba por terminar en Guadalajara. Las fiestas a las que acudía Giulia eran constantes y para Santiago un tanto libertinas. En una ocasión, al finalizar la puesta en escena asistió con ella a un pequeño restaurante. Él intentaba empatizar con sus compañeros. Ella bebía vino tinto junto con una de sus compañeras, a lo lejos Santiago la observaba con curiosidad. Ella, al notar que su amante la veía, se acercó a su amiga y, coqueta, le acarició el cabello mientras platicaban, después le tocó el rostro y la besó mirándolo a él de reojo en completa insinuación, mientras su amiga le correspondió el beso. Santiago, incómodo, no daba crédito a lo que veía. Al principio creyó que el vino le había jugado una mala pasada, pero no fue así. De momento creyó que quizá era normal entre las italianas ser tan abiertas, pero, aun así, fue un momento que no pudo dejar de inquietarle por semanas y que marcaría el rumbo de su relación.

Elisa, por su parte, buscaba apoyos entre sus conocidos para financiar la insurgencia, pero muchos de ellos, sobre todo mujeres, le dieron la espalda, no deseaban involucrarse en temas de política. Ella los veía como traidores a la patria. Indignada, no podía creer que fueran tan indiferentes, cuando se reunía con algunas damas de sociedad solo les importaban los temas de la moda europea, las sazones de sus cocineras y los colores cálidos de sus bordados. Con cierta frecuencia, Elisa llegaba con Mariano a su casa con el periódico en la mano y explotaba con él, contándole las nuevas noticias que acontecían en la Nueva España y de cómo sus conocidas hacían de la vista gorda. Charlaban por horas buscando

mil y una maneras de componer la política, fumando cigarrillos y tomando del tequila que su amiga Camila les regalaba.

Elisa era una mujer muy apasionada cuando se trataba de hablar de política, se parecía mucho a su padre, don Pancho Márquez, de quien había sacado su carácter. A Mariano eso le encantaba, era una mujer obstinada y rebelde, siempre buscaba la manera de salir adelante con su ayuda o sin ella, era imparable. Ellos podrían pasar días hablando del mismo tema sin cansarse, se hacían el amor metafóricamente con sus conversaciones y compartían sus conocimientos tomando una buena taza del café de su cafetalero, leyendo juntos, pero también en ocasiones peleaban con mucha pasión.

—Mariano, mañana a primera hora voy a visitar a Clara a la imprenta, me gustaría escribir para el periódico.

—Elisa, sabes que siempre te apoyo, pero estás de acuerdo que no se te va a permitir por el hecho de ser mujer.

—Lo sé y no me importa. Lo haré bajo un seudónimo, para eso necesito de tu ayuda, si voy sola no me van a tomar en serio, quiero que digas que son de un viejo amigo tuyo.

—Eres incorregible, mujer —Mariano soltó una carcajada mirándola y acariciando su cuerpo le dio una pequeña nalgada de cariño.

Al día siguiente, la pareja buscó a Clara en la imprenta. La mujer se veía más acabada, se notaba que tenía días sin dormir y la tristeza no la podía esconder de sus ojos, aunque aparentaba alegría y bromeaba de vez en cuando.

—¡Elisa, Mariano, sean bienvenidos! —Clara los saludó con afecto.

—Señora Mendoza, buen día —contestó Mariano muy cordial.

Elisa inspeccionó el lugar, observaba las grandes máquinas de la imprenta, las letras sueltas y pliegos de papel desordenados sobre la mesa. La tinta negra que tenía presencia por todas partes, más en

las manos, uñas y dedos delgados de Clara, que hacían un contraste particular con su piel blanca. El cuerpo de Clara no llenaba el vestido negro, ahora le quedaba dos tallas más grandes de lo habitual. Los pómulos de su cara sobresalían de su rostro alargado y flaco, y la boca se le veía más grande de lo normal, así como sus ojos más saltones.

—Querida, ¿cómo estás? ¿Cómo va el asunto de tus hijos, has podido verlos, sabes algo de ellos? —preguntó Elisa preocupada.

—Nada aún, pero Canek está ayudándome, gracias. Espero muy pronto tener noticias de ellos. No he podido dormir y siento un dolor muy intenso en el pecho por las noches, pero estar aquí me ha servido para olvidarme de mis preocupaciones que tanto me aquejan. Eres muy amable por preguntar sobre mi situación.

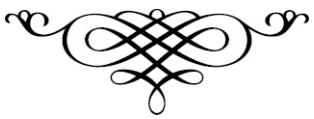
—Pues si en algo podemos ayudarte, querida, sabes que puedes confiar en nosotros. Hemos venido a ver al director de la imprenta, queremos que nos publique cierto material de un amigo escritor, ¿tú podrías presentarnos con él?

—Con gusto, acompáñenme, por favor.

—Después de ustedes —contestó Mariano.

Elisa logró que le publicaran bajo un seudónimo masculino. Comenzó a redactar artículos señalando los errores del gobierno y los de la corona española, hecho que desagradó a muchos. Algunos de sus artículos estaban escritos con claves que solo los insurgentes podían descifrar.

LAS CARTAS





EL CALOR DURANTE LA NOCHE SE HACÍA SENTIR en el palenque y la pelea de gallos estaba por comenzar. Era el 17 de septiembre de 1810, el sudor corría sobre los cuerpos semidesnudos de las acompañantes de la clase trabajadora, el aguardiente emborrachaba a más de un espectador. Los ánimos incitaban a miles de asistentes sedientos de lucha y poder, que aguardaban pacientes bajo la mirada sagaz de los contrincantes, como señal del inicio de una disputa que terminaría como presagio para Álvarez del Corral, el tan ambicioso oidor.

A media luz de las antorchas, comenzó el revoloteo de las aves, plumas de colores tornasoles y gotas de sangre estallan en el ambiente del ruedo, manchando de color escarlata los finos encajes y el rostro tendencioso del juez, causando en él asco y horror, pero al mismo tiempo placer por la atrocidad que presenciaba. Las venas de sus ojos saltaban inyectadas de una mezcla entre cólera y lujuria, mientras disfrutaba el férreo sabor a muerte y triunfo. Justo, en ese momento de éxtasis, un mensajero de la corte real lo interrumpió, que temeroso por la reacción del mandatario, dijo:

—¡Su señoría! Una carta para usted de la corte española.

En ese momento, el oidor, que se limpió con un pañuelo la sangre del rostro, abrió con desespero la carta rompiendo el sello real sin dejar de mirar el ruedo; la plebe en las tribunas reía a carcajadas y gozaba del momento en que el gallo opositor cayó tendido en la arena sin muestra de vida, de repente, un grito a lo lejos hizo resonar los tímpanos de la clase alta:

—¡Ese es mi gallo! —gritaba la muchedumbre de la clase baja.

Álvarez del Corral salió asqueado del ruedo, no por el olor a orines y sudor que inundaba el ambiente, sino por la noticia que apenas unos minutos acababa de recibir. Llegó su carruaje y, antes de subir, el vómito inundó su garganta, salió de golpe de su boca. Con el rostro pálido, subió al vehículo e incorporándose ordenó que lo trasladasen a su hacienda, la cual se convirtió en un lugar enorme para él. El mundo se venía abajo. Su esposa se encontraba en sus aposentos dormida, debido a que la hora de llegada de su esposo rebasaba las 12 de la noche. Él decidió no perturbarla con la mala noticia que le desconcertaba y decidió aguardar hasta el día siguiente, tanto para mantenerla al tanto de lo sucedido, como para llamar a su asesor y convocar una reunión. Pamawari, quien hábilmente había conseguido trabajo en la casa de Álvarez del Corral, escuchó que entró precipitado a la casa. Topándosela de frente, la tomó agresivo de la muñeca y le dijo:

—Trae a Guadalupe, a la india llamada Itzel. ¡Ahora! Es una orden o te mandaré azotar, negra estúpida —gritó furioso.

—Sí, amo, ya le digo, con su merced, me retiro.

Pamawari buscó a Itzel y le comentó nerviosa que la estaba buscando el oidor, que había regresado en su carruaje de una pelea de gallos, además tenía la camisa manchada de sangre y vómito.

—No vayas, Itzel, está furioso, no vaya a descargar esa furia contigo, te lo ruego. Mejor escapémonos de aquí.

—¿Me estás pidiendo acaso que deserte? ¡No! No pondré en riesgo por lo que hemos trabajado en esta encomienda, y si se me va la vida esta noche, sea pues.

—¡Itzel, por favor, regresa!

Itzel subió a la habitación donde sabía que la esperaba. Él se encontraba con una botella en la mano y comenzó a servir licor en dos copas.

—Toma, bebe conmigo que no sé cuánto tiempo más nos quede. Sabes, nunca creí que me sentiría así con nadie. Pero bebe, niña, bebe conmigo, acompáñame en mi miedo y mi dolor.

Itzel permanecía en silencio escuchándolo. Trató de ser amable con él para ver si obtenía que se confesara.

—Deja que te cuente. Cuando llegué de Toledo, vi esta tierra como una oportunidad para comenzar una vida nueva, lejos del escándalo y la pobreza. En España ya no había cabida para un hombre como yo, pero aquí era posible y lo fue. Mírame ahora, mira el éxito y el oro que he podido obtener. Y en cuestión de horas se está derrumbando —Álvarez tosió y tambaleándose caminó hacía la cama y se sentó en la orilla.

—Ven, acompáñame, siéntate a un lado mío. No te haré daño.

Itzel obedeció, mientras lo miraba con interés y desespero.

—Mira, india guapa, te contaré, ¿ves esta carta? Me la han mandado de la corte del virrey, ¿y sabes qué es lo que contiene? Nuestro fin, eso es lo que contiene.

El juez comenzó a reír y a llorar sin control, en un estado de manía. Itzel sintió como el corazón se le aceleraba y una gran dicha la invadió por completo, pero debía disimular.

—Ven, desnúdate ante mí, quiero admirar por última vez la belleza de tu cuerpo.

Pero ella solo pensaba en cómo apoderarse de la carta, tenía que saber su contenido y mandársela a sus amigos. Itzel no tuvo más remedio que acceder y despojarse de su camisón. El hombre comenzó a besarla sin control por todo su cuerpo. Ella deseaba que terminara y en un descuido apoderarse de la carta. La acostó en la cama y la hizo suya. Al concluir el acto, mientras Álvarez dormía, aprovechó para robarle la carta y guardarla entre su ropa. Volvió a recostarse desnuda junto a él hasta que amaneció. Se despertó

porque sintió como el cuerpo de Álvarez del Corral estaba sobre de ella, entonces decidió complacerlo por última vez para escapar de allí con la carta y marcharse lejos con Pamawari. Álvarez se sentía frustrado por su impotencia, la noticia que había recibido un día antes no podía sacarla de su mente. Comenzó a golpearla mientras abusaba de ella. Itzel gritaba y lloraba.

—¡Guadalupe, Guadalupe! ¡Itzel! ¿Itzel qué te sucede? Pareces una vaca frígida e inservible. ¡Te ordeno que me complazcas ahora!

Al darse cuenta de que Itzel no podía más del dolor, la soltó, Itzel se levantó de golpe y le gritó desnuda:

—¡Máteme, máteme, ya no le sirvo más, qué espera, aquí estoy! —Itzel rompió un vaso y tomó una parte rota. Se lo colocó en la yugular—. ¡Si usted no lo hace, lo haré yo!

—Pero ¿qué haces, india estúpida? ¿No ves que por retarme te puedo hacer desollar viva? Si te mando matar, no morirás tan rápido, no se te ocurra amenazarme. ¡Sal, sal, te lo ordeno, que salgas te digo!

La esposa del oidor salió de su habitación antes del canto del gallo, rumbo a la capilla para la misa matinal, traía consigo su librito de horas y un rosario. Vio a media luz salir de la habitación una figura que corría apresurada sobre el corredor que conducía a los apartados de los esclavos, de inmediato supo que era Guadalupe Itzel. De repente, esa figura se desvaneció y la encontró tendida sobre el pavimento helado y resbaladizo; se acercó la mujer a la sirviente, la tiró del cabello y levantó su cabeza del piso de forma brusca para mirarla a los ojos diciéndole al oído:

—Sabía que eras tú, ¿acaso estás llorando? —rio a carcajadas—. Pero ¿cómo? Si te gustó revolcarte con mi marido en su cama toda la noche, ¿no es así?, ¿acaso no te da regalitos lujosos, acaso ya no te complacen? ¡Malagradecida! Pero ya no llores, ese es el precio

que tienes que pagar por ser la preferida, no te quejes o serás azotada cien veces; o mejor aún, mandaré azotar a tu amiga, la insoportable negra.

La mujer recordó su compromiso eclesiástico, la soltó y la dejó irse. Itzel se vistió como pudo en los pasillos y corrió a su habitación para agarrar sus notas, en un morral metió sus ropas. Fue en busca de Pamawari en los apartados de gente de color.

—¡Pamawari! Ven.

—¿Qué sucede?

—Agarra tus cosas y vámonos. Tenemos que salir de aquí, corre.

Salieron apresuradas de la casa, robaron uno de los caballos para huir. Pero Álvarez, que ya se había percatado de la desaparición de la carta, mandó a buscar a Itzel. Cinco caballos con los peones iban en búsqueda de las dos jóvenes. Ellas se habían adelantado por algunos kilómetros de ventaja, así que pudieron escapar.

Con los sentimientos encontrados, se dirigieron a la casa de una de sus conocidas conspiradoras, Leona Vicario, amiga de Elisa y Clara, con quien intercambiaba información por medio del periódico. Le pidieron ayuda contándole lo ocurrido. Le mostraron la carta que Álvarez del Corral había recibido de parte del Palacio Virreinal, donde decía que el cura don Miguel Hidalgo y Costilla, a las afueras de su iglesia en la parroquia de Nuestra Señora de Dolores, en la población de Dolores, junto con algunos dragones de la reina, ahora como traidores, habían comenzado la insurgencia con el levantamiento de armas en manos de más de 700 hombres en contra del dominio español, el 16 de septiembre por la madrugada.

Leona informó el suceso al periódico donde escribía y les brindó a las jóvenes su apoyo, hospedándolas varios días en su casa. Siguieron de cerca los sucesos que estaban aconteciendo alrededor de las revueltas de los insurgentes. Leona, de buena fuente, se

enteró que los corregidores de Querétaro, sobre todo doña Josefa, había ayudado a Ignacio Allende y Juan Aldama, así como al cura Hidalgo para que fuera posible el levantamiento, al grado de adelantar la conspiración por causa de algunos traidores, que los delataron ante las autoridades españolas y metieron en gran predicamento al señor corregidor, quien se cuestionaba entre ayudar a la causa que tan ferviente defendía su mujer, o cumplir con sus obligaciones con el gobierno español. La guerra estalló en Querétaro donde los rebeldes vencieron al ejército realista, lo cual inundó de esperanza y libertad a muchos conjurados.



LEONA LES DIO DINERO A ITZEL Y PAMAWARI. Las ayudó a salir de la Ciudad de México para dirigirse a Nueva Galicia antes de que estallase por completo la guerra civil. Regresaron a su casa en Guadalajara. Pamawari e Itzel mandaron llamar a sus amigos para contarles lo acontecido. Decidieron unirse a la causa del cura Hidalgo y apoyar desde Guadalajara, con dinero y joyas, en caso de que se presentase un levantamiento en dicha ciudad. Más tarde llegaron noticias al periódico. Clara recibió una carta de Leona donde le explicaba acerca de una horrible masacre en Guanajuato, suceso que marcaría el corazón de la joven. La batalla fue en la Alhóndiga de Granaditas, el 28 de septiembre, comandada por Ignacio Allende. No dudó en buscar a Canek ese mismo día y hacerle partícipe de lo ocurrido. Clara salió esa misma tarde colocándose el sombrero, los guantes, agarró su pequeño bolso y se fue en dirección a la casa de Pedro Canek. Tocó el llamador de metal con desespero. Abrió una criada y la condujo a un pequeño estudio, donde él se encontraba trabajando.

—Buena noche, Clara, siento no haberte buscado con anterioridad.

—Pierde cuidado, ¿qué buenas nuevas me tienes, Canek?

—Acabo de recibir una noticia de Juan Alfonso, tu marido, ha sido nombrado en los últimos días como dragón de la reina y ha regresado a Guadalajara para dejar a tus hijos con una nana en su casa de aquí, ya que él está comisionado para luchar contra los rebeldes en Guanajuato.

—¡Qué buena noticia me has dado, Canek! Muchas gracias, iré de inmediato por mis hijos a la casa, los sacaré de ahí cuanto antes.

—Clara, espera, no tan rápido, no te será tan fácil, no te lo permitirán. Seguro él dio alguna orden a sus criados para que no te dejen entrar. Yo te acompaño.

—Canek, antes de irnos, y cambiando de tema, debo comunicarte que me llegó una noticia terrible por medio de una carta secreta que me envió Leona, mientras yo estaba en el periódico. Se trata de una espantosa masacre que sucedió a manos de los conspiradores liderados por Hidalgo. Fue en Guanajuato, en la Alhóndiga de Granaditas. ¡Canek, mataron a todos! Mujeres, viejos y niños también, no les importó que hubiese gente inocente y desarmada. Se salió de control, mira, aquí tengo la carta, juzga por ti mismo — Clara rompió en llanto.

Canek se levantó de su asiento y se dispuso a leerla.

—Pero ¿qué habrá pasado, por qué se saldría de control? Hasta donde tengo entendido, Hidalgo defiende a la gente inocente, aunque también recordemos, Clara, que esto ya se está convirtiendo en una guerra, y como en toda guerra morirán inocentes. Así que estemos preparados para lo peor, esto apenas comienza. Si queremos un país libre del yugo de los españoles, no va a ser fácil que estos se den por vencidos, ellos van a pelear por lo que creen que les pertenece y no dejarán sus privilegios por nada del mundo, así tengan que matarnos.

—Canek, ¿no hay alguna otra manera más pacífica, en verdad estás convencido de que no exista otra forma distinta?

—No, no lo creo, ellos van a pelear por continuar en el poder.

—¿Y mis hijos?, ¿qué va a ser de ellos? Tenemos que recuperarlos lo más pronto posible, están solos.

Clara sacó un pañuelo del bolsillo, de nuevo volvió a llorar de impotencia. Canek se acercó a ella, la levantó de la silla, la abrazó e

intentó besarla. Clara se sorprendió, pero no se resistió y le correspondió el beso.

Pamawari abrió la puerta y los descubrió. La pareja, al verla, se separó, y Clara, avergonzada, decidió tomar su bolso y salir del estudio sin despedirse.

—Pamawari, qué sorpresa, adelante. Mira, esta carta la ha escrito Leona, me la ha traído Clara, hubo una masacre en la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato, ¿es una terrible tragedia, no te parece?

—Así es, Canek, como terrible tragedia fue haberte encontrado en los brazos de Clara cuando yo creí que me amabas.

—Y así es, Pamawari, mis sentimientos por ti no han cambiado, yo soy tuyo.

—¡Mentira! —gritó ella con las manos sobre su pecho.

—¿Sabes lo que has hecho? Lo has destruido todo, todo lo que podría haber entre nosotros, ¿y sabes una cosa? Estoy encinta, desde antes de la misión, pero no te dije nada para no preocuparte, para protegerte, pero ahora veo que te da lo mismo nuestro amor, nunca lo hubo, nunca existió.

—Pero ¿qué dices mujer?, ¿estás segura? —Pamawari le lanzó ojos de desprecio y rencor.

—¿Acaso crees que no sé si estoy grávida o no? Mejor contesta ya, ¿desde cuándo estás con ella? Dímelo.

—Es la primera vez que sucede esto, de verdad, ella estaba muy afligida por lo que está pasando, por sus hijos, por la guerra, simplemente se dio. Nunca lo habíamos hecho, te lo juro, mujer, por el hijo mío que llevas en el vientre, te lo juro.

Pamawari lo amaba tanto que decidió creerle. Se abrazaron y se fundieron en un beso largo.

—Quédate esta noche y para siempre. Cásate conmigo, mi negrita linda. No sabes lo feliz que me has hecho hoy y para el resto de mi vida, ella no significa nada para mí, a quien amo es a ti.

Dos semanas después, se casaron, ya no podían esperar más, y menos ahora, que Pamawari estaba embarazada y la gente era muy habladora, sumando además que el destino del país era incierto. Fue una boda sencilla, con pocos invitados, donde los padrinos fueron Itzel, Elisa y Santiago. Pamawari le había perdonado a Clara el incidente y también fue invitada a la pequeña comida en honor de los novios. Giulia, junto con su hermana recién llegada de Italia, también asistieron, como acompañantes de Santiago, hecho que incomodó a Itzel en la celebración.



LA HERMANA DE GIULIA, de nombre Alice, se veía inquieta y Santiago lo notó, así que decidió hablar con ella, en un momento en el que Guilia dejó su asiento para ir al tocador.

—¿Qué sucede, Alice, todo bien? —le preguntó Santiago a la diminuta y menuda mujer.

—No, sinceramente estoy preocupada por ti y por mi hermana, ella no se encuentra bien, Santiago, necesita regresar a Florencia conmigo. He notado, durante mi estadía aquí, que ella ha ido empeorando —le explicaba intranquila en italiano.

—¿A qué te refieres con empeorando?

—A consecuencia de la muerte de nuestro padre, ella se volcó en su cuerpo, en satisfacer sus deseos carnales. Pero qué vergüenza tener que decírtelo. Quizá ya lo habías notado. Para ella no hay nada más placentero en el mundo que hacer el amor, pero lo hace con muchos hombres y hasta desconocidos.

—Eso no lo sabía, Alice —se levantó Santiago molesto de su asiento.

—Te ruego que no hagamos de esto un espectáculo —le pidió la mujer con prudencia—. Debes dejarla, ella sin intención te hará daño, ella necesita estar sola.

—¿Me estás diciendo que ella me es infiel con todo hombre que le pase por enfrente?

—Eso no lo sé, pero de lo que sí estoy segura es que se percibe inestable y cabría esa posibilidad —Alice volteaba nerviosa en dirección a donde se había marchado su hermana.

—Nuestro padre se ahogó en un río cercano a la cabaña donde vivíamos, ella fue quien lo encontró. Estaban tan unidos que su muerte la devastó, pero ella nunca lo demostró, sin embargo, sabíamos que sufría mucho por mi padre. La ópera y el sexo son su forma de evadir sus sentimientos. Compréndela, por piedad, a nadie le cuenta esta desgracia y como se hace la fuerte, me supongo que tampoco te lo ha contado a ti.

Santiago tenía la mirada perdida. Él creía que la conocía, que su relación era auténtica, pero el problema de Giulia era más grande que el amor que le podría tener a ella, así que comenzó a pensar en soluciones a futuro con o sin ella. Santiago y Giulia eran como agua y el aceite, discutían siempre, además la joven sabía, en el fondo, que él amaba a alguien más, lo presentía, la fijación que ella tenía por el sexo era insaciable, difícil de controlar, no le dejaba ser feliz por completo a lado de Santiago.

Giulia gustaba de las infinitas funciones de ópera y festejos en los que participaban sus compañeros. Santiago solo pensaba en Itzel, así que un día decidieron separarse, sobre todo porque ella debía regresar a su país lo antes posible con su hermana, llevándose con ella ideas de liberación y república para su país, Italia. Santiago decidió enfocarse en su trabajo y en la conjura, ya que veía que podía estar de ese modo más cercano a Itzel y a la causa. Decidió advertirle a Elisa y a Mariano que las tropas de Hidalgo iban rumbo a su ciudad, así que mandó un informante esa misma noche, en cuanto se enteró.

Mariano recibió el comunicado de Santiago, puso en alerta a sus conocidos y amigos. Acudió de inmediato, con el cabildo de la ciudad de Valladolid, para diseñar una estrategia en la protección de la población, dejando a un lado el sentimiento revolucionario, quería evitar otra masacre a manos del ejército de Hidalgo, un hecho que mantuvo muy indignada a Elisa, quien le recriminó en la intimidad de

su casa. Ella, molesta, mientras se peinaba el cabello sentada en el banco de su tocador, casi lista para dormir, le reclamaba a su esposo:

—Es una vergüenza pensar en el cura Hidalgo como traidor a la patria. Aquí están temerosos como gallinas por la llegada de sus tropas, además hoy, en el púlpito de la iglesia, se leyó el edicto por mandato del obispo Abad y Queipo, que otorgaba la excomunión a Hidalgo y a aquellos que lo siguiesen en sus arengas, así que has de imaginarte, esos ratoncillos de iglesia se acobardan con esa amenaza tan vieja y obsoleta. Es indignante, Mariano, tú no lo escuchaste porque decidiste quedarte y no asistir, pero más indignante es que fueras a echarlo de cabeza con el cabildo en estos días.

—Elisa, comprende que estamos en peligro, está en riesgo la cosecha del cafetalero como en el resto del Bajío, no son tiempos buenos. Los insurgentes en San Miguel el Grande han asaltado y destrozado cuanto ven a su paso, esto se ha salido de control y ahora parece ser que también Celaya es presa de la insurgencia. Tenemos que pensar cabalmente y buscar las mejores estrategias.

—Pero ¿qué te sorprende, marido? Ambos sabíamos que esto iba a suceder tarde o temprano, nosotros somos parte y no hay vuelta atrás, que no se te olvide. Es más, debemos acoger al cura, ahora que está aquí en Valladolid, dándole alojamiento a él y a sus tropas.

—¿Pero te has vuelto loca, mujer? Traerá consigo a su legión de bandidos y violadores, ha hecho que los delincuentes salgan de las cárceles para sumarse a las tropas, los ha sacado de allí. Verás, se ha solicitado que regresen 200 hombres que habían ido a apoyar a las tropas realistas en Querétaro, se está buscando la forma de reclutar a más personas para luchar contra los insurgentes.

—Pero Mariano, mira que…

—Permíteme terminar, mujer. A nosotros nos pidieron los realistas que apoyásemos con nuestros peones y criados para ser reclutados y defender la ciudad, eso incluye que se estén fabricando armas y uniformes para que estén listos lo antes posible y no podemos negarnos, porque si lo hacemos sabrán de qué lado estamos. Se le mira al ejército de Hidalgo como violento y sin escrúpulos. Comprende la gravedad del asunto, mujer.

—¿Y de qué lado estamos, Mariano? Entiendo tu preocupación, pero ahora no podemos ponernos del lado de los realistas, nuestro deber es apoyar la causa y es sabido, como en la lucha por la independencia de Estados Unidos o la Revolución francesa, que la libertad tiene un costo y tenemos que combatir por nuestra autonomía cueste lo que cueste, si lo que queremos es la libertad debemos unirnos. Ahora que lo mencionas, la mayoría a los que llamas delincuentes, son personas a las que se les ha encarcelado con injusticia, y lo sabes. Hablaré con mi amiga Gertrudis, para ver si ella y su marido están dispuestos a dar alojamiento a Hidalgo, Aldama y Abasolo.

—¿Gertrudis, Gertrudis Bocanegra?

—Sí, Mariano, ella, la misma que viste y calza.



LOS NEOGALLEGOS ERAN MUY FERVIENTES de las festividades religiosas, no escatimaban en adornar sus templos, las calles aledañas y sus casas con moños de colores, flores, plantas en el piso, guirnaldas, incienso, entraban a los templos de rodillas como la tradición indígena para pedir algún milagro. Rezaban la salve, cantaban y, fuera de los templos, danzaban. El 12 de octubre se festejaba en Guadalajara a la Virgen de Zapopan, en una peregrinación por distintos templos de la ciudad durante los meses de mayo a octubre, llamada la romería, donde se llevaba la virgen hasta la Basílica. Las tropas de Hidalgo entraron pacíficamente en Valladolid el 17 de octubre por la mañana, gracias a la amenaza de Juan Aldama, quien exigió a la ciudad que se rindiera antes de su entrada a Valladolid. Por su parte, los insurgentes tenían prohibido hacer desmanes y someter a la población con violencia, así fue de serena su estadía.

Aldama se reunió en el ayuntamiento de Indaparapeo con el canónigo Betancourt e Isidoro Huarte, para dejar establecida la estancia en la ciudad y discutir el destino de los españoles que habitaban allí. El logro más importante fue que, dos días después, Hidalgo decretó la abolición de los tributos para todo género de castas y la abolición de la esclavitud en Nueva España, quien no cumpliese con este mandato, se le aplicaría la pena capital y se le confiscarían sus bienes, hecho que tenía muy contento a Mariano, pero sobre todo a Elisa, quien no esperó para informar de tan grandes noticias a sus amigos por medio de cartas.

Pamawari, recibió la carta que Elisa había mandado, lloró de felicidad y de tristeza junto a Canek al recordar la muerte trágica de

sus padres, pero sintió que al fin había llegado la justicia y había aportado su granito de arena para que se lograra ese gran paso. Sentía que pronto su país también sería libre, como ahora lo era su amada y hermosa gente. Itzel recordó la muerte a latigazos de Jacinto y de la nana Juana a manos de Mendoza, así como la muerte de sus padres en la horca. Trató por mucho tiempo de olvidar esos momentos trágicos, pero siempre la acompañaron. Ellos nunca habían muerto en su memoria, y con esa noticia sentía que podía liberarlos de algún modo; liberarlos de aquel sufrimiento y el yugo que a ella, desde niña, la invadía.

A Clara le asaltaba la idea de ir a buscar a sus hijos a su antigua casa, aprovechando que Juan Alfonso estaba lejos. Fue a la botica a buscar a Itzel para que la acompañase, le daba temor ir sola. Ambas llegaron y tocaron fuerte el llamador. Una criada abrió la mirilla de la puerta.

—¿Quién vive?

—Buen día a su merced. Soy la madre de Sebastián, Victoria y Carolina, abra la puerta, exijo mi derecho de verlos, abra, por favor.

La mujer cerró la mirilla, se escuchaba detrás de la puerta que hablaba con un hombre. El hombre abrió la mirilla y se asomó a ver.

—¿Qué se le ofrece, señora?

—He venido a ver a mis hijos.

—¿Con autorización de quién? Perdone.

—Con la autorización de mi derecho como madre y con esta orden del juez en contra de Juan Alfonso, exijo llevármelos de inmediato —Clara comenzó a exasperarse.

—Permítamela —el hombre leyó con ojo inquisidor la carta.

—Esto no indica nada, yo no puedo dejarla entrar, dispense —el hombre cerró de golpe la mirilla y se marchó.

Clara se quedó atónita, no podía creer lo que acababa de suceder. Al hombre no le importó la orden del juez. Itzel, que se encontraba a su lado, se sintió con mucha impotencia. Pero de repente le surgió una idea.

—Ven, acompáñame, necesitaré de tu ayuda —le dijo Clara a Itzel con voz determinante.

Rodearon la casa, la cual conocía bien, buscaron un muro que daba al patio de la lavandería. Intentó desmoronar la tapia de adobe, más de lo que ya estaba, con una piedra filosa de obsidiana, la envolvió en un pañuelo para no lastimarse. Le dio un cuchillo que traía consigo a Itzel para que la ayudase. Clara se imaginó que le negarían ver a sus hijos, así que tenía un plan B. Se quitó las enaguas que le estorbaban, para quedarse en unos pantalones de hombre que le había prestado uno de sus compañeros de la imprenta. Era un muro no muy alto, así que se le ocurrió formar unos cuantos escalones con ayuda de piedras. Itzel, sorprendida por el ingenio de Clara, comenzó a picar el muro y cerciorándose de que nadie las viera, la parte trasera de la casa daba hacia un baldío.

Afortunadamente, los ruidos que hacían eran disimulados por los golpeteos de unos albañiles en otra de las casas. Lograron escalar y pasar la tapia pisando cachivaches que había amontonados en una esquina, tenía la certeza de que seguirían los mismos tiliches ahí, y así fue. A escondidas, llegaron a una de las habitaciones donde estaban los niños. Ellos, al ver a su madre, se emocionaron y corrieron a abrazarla. Clara lloró y en voz baja les dijo que los amaba, estaba ahí por ellos, para llevárselos. Sus hijos mayores le comentaron que su papá les había dicho que los había abandonado.

—Eso es mentira, mis amores, jamás haría semejante cosa, abandoné a su padre, sí, pero jamás a ustedes. Yo lo que más quiero en el mundo es estar con ustedes siempre y haré hasta lo

imposible por que así sea, recuérdenlo siempre, hijos míos —los abrazó con fuerza y los besó en sus mejillas con desespero.

—Llévanos contigo, mami —dijo la pequeña Carolina abrazando sus piernas.

De pronto, entró a la habitación la institutriz de los niños y se armó un gran alboroto. Jalaba a Clara y a Itzel de los brazos para sacarlas de la habitación. Ellas lograron zafarse, pero llegaron los peones, las tomaron de la cintura y las cargaron hacia el patio del medio de la casa, rumbo a la puerta de salida. Los niños gritaban —mamá, mamita —. Clara se aferró a un cancel de la entrada y exigía ver a sus hijos, pero los niños no la escuchaban, la institutriz los había encerrado en su cuarto. A Itzel la soltaron al ver que no ejercía tanta resistencia, pero intentaba hablar con los peones y hacerlos entrar en razón, pero al parecer sin ningún éxito.

Clara luchaba por su derecho. Destrozada, gritaba ver a sus hijos, pero las criadas y los peones se burlaban, se reían de su dolor, la creían loca, loca por exigir sus derechos, loca por querer ver a sus hijos, loca por amarlos más que a su vida. Sintió que Dios la había abandonado, ese mismo Dios al que le rezaba e imploraba piedad y misericordia todas las noches, ese Dios al que le pedía protección para sus hijos y justicia, ese Dios que le daba la espalda ahora.

Regresaron a sus casas con el corazón hecho añicos. Itzel, durante el trayecto, la trató de consolar, pero no había ninguna palabra o frase que la reconfortara.



EN LA NUEVA GALICIA, se había ganado una batalla contra los realistas a cargo de José Antonio "El Amo" Torres. Un hombre que fue muy criticado por su inexperiencia militar, pero que demostró ser un buen líder. Luchó, el 4 de noviembre, contra Tomás Ignacio Villaseñor, a quien venció y terminó perdonándole la vida. La gente a su cargo había peleado con uñas y dientes pese a su escaso o nulo equipamiento militar. Llegaban las noticias por medio de periódicos sobre los primeros ataques de las fuerzas insurgentes, primero en el cerro de Las Cruces, cerca de Toluca, el 30 de octubre, donde murieron muchos rebeldes a pesar de que su ejército era mayor que el realista. La otra batalla fue en un pueblo de la capital del país, Alulco, el 7 de noviembre. El temor por parte de los gachupines era que Hidalgo y sus tropas volvieran a cometer otra masacre como la ocurrida en la Alhóndiga. Algunos españoles decidieron huir del país, mientras otros se aferraban al poder. Las tropas realistas derrotaron a las tropas de Allende en Alulco.

Santiago recibía noticias secretas colocadas entre las obras de arte. Se enteró que los rebeldes habían asediado el pueblo sin éxito alguno, que las tropas comandadas por Allende e Hidalgo habían decidido separarse debido a conflictos de intereses. Hidalgo pretendía evitar otra masacre, así que decidió viajar rumbo a Valladolid. Los hombres de Allende permanecerían en Guanajuato, para fortalecer a Zacatecas y San Luis Potosí. Santiago se sentía impotente por no poder estar combatiendo a un lado de los rebeldes.

Elisa y Mariano se encontraban en casa de Gertrudis Bocanegra y de su esposo Pedro Advíndula de la Vega, en una tertulia en

Valladolid. Gertrudis provenía de padres españoles comerciantes. Era una mujer con carácter fuerte pero muy amorosa con su esposo y sus cuatro hijos. Su esposo era un militar de la provincia de Valladolid y conocía algunas de las tácticas de Agustín de Iturbide, dragón de la reina, por medio de conocidos informantes que colaboraban con él. Entre los asistentes, se encontraban varios soldados que se habían pasado del lado de los Guadalupes, un movimiento que apoyaba la insurgencia, se había autonombrado de esa forma por el estandarte que Hidalgo había llevado consigo de la Virgen de Guadalupe, en el primer levantamiento de septiembre.

—Querida Gertrudis, quiero agradecerle que hoy me haya invitado y también por la recomendación para reunirme con Hidalgo y Aldama hace dos días. Fue, a mi parecer, un verdadero triunfo el que Hidalgo y Aldama pacificaran a la gente para entrar en santa paz a la ciudad —Elisa, emocionada, le dio un sorbo a la copa de jerez que sostenía en la mano.

—El gusto es mío, querida Elisa, el cura Hidalgo es una persona muy gentil y, como dice usted, es una persona muy cabal, mire, hasta me prestó unos libros de unos escritores franceses, ahora me acuerdo de los nombres, oh verás, ya, se llaman Rousseau y Voltaire. Según lo que me contó, sus ideas llevaron a Francia a la revolución, solo que están en francés y debo confesar que yo solo sé hablar español y purépecha —Gertrudis sonrió pícara.

—Sí, los he leído, gracias a mi amigo Pedro Canek que es abogado y me los prestó también. Son maravillosos, yo le puedo ayudar a traducirlos hasta donde yo pueda y le enseño un poco sobre el idioma si usted gusta.

—¿Eso haría por mí? Muchas gracias, amiga mía, es usted un encanto.

—Con gusto, Gertrudis.

—Elisa, ahora, con los contactos que usted tiene en Nueva Galicia y con el apoyo del Amo Torres, quien derrotó a los realistas básicamente a pedradas, los Guadalupes podrán entrar a la ciudad para fortificar las alianzas con Guadalajara, San Luis Potosí, Zacatecas y también con Guanajuato. Como también consumar en Guadalajara el periódico "El Despertador Americano", a cargo de Francisco Severo Maldonado, que tan entusiasmados nos tiene con la loable finalidad de informar a la población del movimiento y sumar fuerzas.

—Sí, es un honor para el periódico, para Clara y para mí, ayudar al cura con la causa, y también a Severo Maldonado, claro está. Créame, estarán muy satisfechos con nuestras colaboraciones.

—No lo dudo, querida, sé que eres una mujer muy activa y casada con el movimiento, así como tu marido. Y por eso es que mi esposo quiere pedir ayuda a Mariano, para transportar municiones de contrabando a Nueva Galicia, ya que el grupo está por afinar los detalles de una nueva confrontación con los gachupines. De hecho, Pedro y mi hijo están dispuestos a luchar en esa batalla, aunque, a decir verdad, no estoy muy convencida de que sea buena idea. Quiero confesarle, querida, que tengo miedo, miedo por sus vidas, por las nuestras, por nuestro futuro —Gertrudis se acercó a Elisa y le susurró al oído esas últimas palabras.

—La entiendo, Gertrudis, todos aquí tenemos miedo. Pero qué podemos hacer, los gachupines no nos han dejado otra opción. Talamantes, Azcárate y Primo de Verdad, querían, junto con el virrey Iturrigaray, hacer las cosas más sencillas, sin sangre, que los españoles nos dieran los mismos privilegios para gobernar con las otras castas, pero no quisieron. Así que no nos han dejado otra opción que luchar por lo que nos pertenece y por nuestros ideales.

—Bien dicho, querida, porque, ¿qué país les vamos a dejar a nuestros hijos?, como bien dices. Como sabes, mi padre es español

y me duele en el alma que no me comprenda, que no comprenda a su hija criolla. Si vieras el trabajo que me ha costado que acepte a mi marido por ser cubano y además moreno, lo desprecia, desprecia a mi nana y a mis amigos. Él es amoroso con mis hijos, pero es español y también me duele que mi marido y mi hijo se vayan a luchar a sus espaldas contra los mismos españoles, contra los compatriotas de mi padre, de su abuelo. Nos estamos dividiendo como sociedad y eso me duele en el alma.

Llegó Mariano e interrumpió a las dos amigas:

—Me permite a mi mujer un momento, señora Gertrudis.

—Adelante, Mariano.

Mariano alejó a Elisa de los ahí presentes. Le comentó en voz baja en un rincón del salón:

—Mujer, se está comentando acerca de una matanza secreta aquí en Valladolid, en el cerro de la Batea.

—¿Cómo dices?, ¿en manos de quiénes, los españoles acaso? —Elisa le preguntó muy preocupada.

—No, fueron las tropas de Hidalgo que degollaron a 80 españoles, según las malas lenguas. Se los llevaron en dos grupos de 40 hombres, haciéndoles creer que los trasladarían a Guanajuato.

—Por Dios, Mariano, eso es muy grave —Elisa, angustiada, se llevó la mano a la boca.

—Las guerras son así. Hidalgo debe demostrar que tiene el control y que el reconocimiento a nuestra autonomía no se debe tomar a la ligera, además de eliminar a cuanto español esté en su contra, y así lo va a seguir haciendo. Cada vez se suman más Guadalupes a la causa y eso es un punto a nuestro favor. Llegan de todas partes del país y de cualquier ranchería. Si los gachupines ya no quieren sufrir más asaltos, violaciones y muertes, deben aceptar las condiciones de los conjurados.

—Te doy toda la razón, deben rendirse rápido, porque de lo contrario el país quedará sumido en la miseria, devastado. Pero no me parece lo más correcto que esté haciendo matanzas en contra de los gachupines. Que los deporte o encarcele, pero que no los mate, ¿qué ironía, no lo crees así, querido? Nosotros nos respaldamos con la virgen que ellos mismos nos trajeron, la Virgen de Guadalupe, y ellos están con la Virgen del Carmen, a fin y al cabo cuando esto termine seguiremos unidos a ellos, nos guste o no, y a ver qué rezos o qué virgen es la más poderosa.

—Pero libres al fin.

Unas mujeres conocidas de Gertrudis hacían comentarios despectivos sobre las personas más vulnerables, la gente humilde:

—Es tan incómodo ir a la catedral hoy en día, en su interior no hay más que suciedad y malos olores. Se encuentra uno con cada lépero, andrajoso y sucio pidiendo limosna en las puertas del templo. Ciegos, paralíticos de todas las edades y sexos, indígenas que abundan, dan ganas de no volver jamás; además, con ese tono de voz lastimoso y doliente que pareciera una actuación de cualquier obra de teatro.

La mujer flemática lo comentaba mientras se acomodaba y se subía sus guantes largos, haciendo una mueca maliciosa en su rostro. Las demás mujeres reían acerca de su desagrado sobre las personas en desgracia. Gertrudis escuchó esos comentarios tan hirientes, mientras pasaba cerca de ellas con unos bocadillos para ofrecer a los asistentes.

—Querida, me detiene la charola de favor —se dirigió a una de las mujeres—. Por qué mejor no nos hablas, querida, sobre el sermón del sacerdote o sobre la hermosura y el estilo de la catedral, por ejemplo, que es renacentista y barroca, la cual ha sufrido en algunas ocasiones varios incendios, creo que serían más interesantes esos

comentarios que criticar a los caídos en desgracia, ¿no lo cree usted?

La dama se sonrojó por el comentario de la anfitriona, en tanto que Gertrudis continuó sin interrupción:

—Por lo que tengo entendido, usted es hija de madre indígena y padre español, ¿o me equivoco?

—En efecto, señora Bocanegra, mi padre es un gran empresario de la zona del Bajío y su fortuna la ha hecho gracias a…

Gertrudis no dejó que continuara:

—Sí, sí claro, hágame el favor de retirarse de mi casa, la gente que menosprecia y se burla de las personas enfermas y con menos oportunidades, porque no tienen otro recurso más que pedir ayuda y son víctimas del gobierno y sus saqueos, no es bienvenida en mi casa, así que, por favor, retírese ahora, si es tan amable, Conchita la acompañará a la puerta —Gertrudis alzó el brazo invitándola a salir con una mirada fuerte y desafiante.

—Y si alguna de ustedes se ha ofendido con lo que acabo de pedirle a la señora, puede acompañarla e irse a su casa.

La señora no dijo ni media palabra, indignada y molesta, salió apresurada de la casa. Elisa y Mariano se sorprendieron con la gran determinación de aquella mujer y se convencieron de que podría ser una gran aliada para la causa, no solo por ser la esposa de un militar.



PAMAWARI SE DESPERTÓ TEMPRANO con el sonido de la gran ciudad. Escuchaba a lo lejos los gritos del sereno o de los vendedores ambulantes: ¿Hay sebooo?, tierra para masetaaas, chiles, o la música de algún grupo de indígenas que pasaba pidiendo limosna con el sonido de un tambor, una flauta y una trompeta, tocando alguna melodía que le era conocida. Canek tardó un poco más en despertar. Ella lo veía mientras dormía y sentía que su pecho iba a explotar de tanto amor. Sentía como su bebé comenzaba a moverse dentro del vientre. A veces se estiraba y observaba cómo en ciertas zonas de su abdomen se formaban pequeños bultos con movimientos bruscos, una sensación muy extraña y al mismo tiempo emocionante. Se dispusieron ambos a alistarse para comenzar el día. Pamawari, como siempre, acudía a la botica, y Canek a su despacho para atender los casos jurídicos pendientes. Desayunaron y se despidieron con un beso y un hasta luego como era costumbre.

Pamawari llegó a la botica, Itzel ya se encontraba atendiendo a un viejito mulato que necesitaba un remedio urgente para una diarrea muy severa. Se le había agravado debido a que el anciano antes acudió a un merolico ambulante, quien le había vendido pulque blanco, recomendándole baños de asiento en aguas termales, que, lejos de ayudarlo con su mal, había agravado y retrasado su recuperación. Revisaba una de las libretas de recetas heredadas por don Ignacio y Jesusita, buscando la dosis perfecta que debía agregar de cada extracto de plantas curativas, que iba sacando de unos cajoncitos guardados en un mueble de la pared del fondo. Bajaba unos frascos de porcelana y otros de vidrio con líquidos de colores. Pesaba, mezclaba y machacaba los ingredientes en un mortero para

luego colar el extracto en un pequeño frasco de vidrio con alcohol y aceite.

—Tenga, don Bartolomé, con esto usted se sentirá mejor, debe tomarlo en cada comida, una cucharada hasta que el malestar y los dolores de tripa desaparezcan. Y ya no ande comprando a hechiceros o merolicos en las calles, es peligroso.

—Gracias, niña, ¿cuánto le debo?

—No es nada, don, vaya a descansar por lo menos este día, sé que debe vender sus flores, pero tenga, le doy estos reales para que se ayude, pero hoy váyase a reposar.

—Gracias, mi niña, que Dios se lo pague y la bendiga siempre —el anciano se santiguó tres veces con los reales en la mano y se marchó contento caminando despacio, encorvado con su canasto de flores en la espalda.

Pamawari se colocó el mandil, que utilizaba para proteger su ropa de los minerales y drogas que pudieran manchar o corroer sus ropas.

—Itzel, no debiste recomendar a ese pobre hombre no volver con los merolicos, es un anciano y tiene sus viejas creencias, siempre va a acudir a ellos y lo sabes, ya tiene sus ideas arraigadas. Si vino a la botica es porque no tuvo más opción de lo mal que se sentía.

—Querida, si quise hacer caridad es por esa razón que lo atendí, para que no regrese con esos estafadores de nuevo y muera.

De repente, entró un hombre indígena de mal aspecto, se veía que tenía días sin dormir y sus ropas estaban sucias y desgastadas. Traía un machete en la mano derecha, se acercó a Pamawari y la sujetó por la cintura con el brazo izquierdo y con el otro brazo le puso el machete en el cuello.

—¡Tú! Cierra la puerta y tráncala para que nadie entre o la mato —amenazó el hombre a la joven.

—Tranquilo señor, tranquilo, pero no le haga nada, que está embarazada.

—¡Cállate, pinchi vieja! Y obedece.

—Señor, por favor, no me haga daño —se le salían las lágrimas a Pamawari del terror.

—Dame todos los reales que tengas en la caja, apúrate o le entierro el puto cuchillo.

Itzel le dio lo que tenía, pero como había comenzado el día no había juntado tantos reales como el señor creía. Se le hizo extraño que las asaltaran tan temprano, por lo que dedujo que era un asaltante de poca monta y sin experiencia, quizá se vio con la desesperación de robar en ese momento. Trató de hablar con él y de hacerlo entrar en razón.

—¿Qué más necesita, señor? Esto es lo que tenemos, no ha entrado casi dinero porque es temprano y no ha habido gente, pero se puede llevar lo que hay o necesite.

—¡Chingada madre, que te calles, te digo! Tengo que pensar —el asaltante giraba sosteniendo a Pamawari de un lado a otro, observando las ventanas a cierta distancia como cerciorándose de que nadie del exterior se acercara. Ellas imploraban a Dios que así fuera, que nadie llegase en ese momento, ya que estaba tan alterado el hombre que podría cometer cualquier locura.

—Métanse atrás. Tú, átala con esa cuerda. Ahora yo te ataré a ti.

Pamawari e Itzel trataban de mantener la calma, pero no dejaban de llorar. El hombre revisaba los atados de ambas; amarradas y acostadas bocabajo en el piso, creían que el hombre se iría, pero no fue así, se quedó sentado en una silla. Hacía un gesto de satisfacción de verlas vulnerables, tiradas e indefensas.

—Señor, ya le hemos dado lo que ha pedido, por favor, ya váyase antes de que llegue alguien, lo descubra y lo lleven al calabozo —le

suplicaba Pamawari con gesto de angustia.

—¿Te sientes bien? —le preguntaba Itzel al escuchar su voz distinta y débil.

—Sí, estoy bien.

—Si no se callan las mataré a ambas.

—¿Qué desea de nosotras? ¿No ve que hay una mujer grávida? Tenga piedad de nosotras, por su merced.

—Ricachonas de mierda, sobre todo tú, india, eres una deshorna para tu raza, comportándote, hablando y vistiendo ropas de gachupina y ahora hasta haciendo trabajo de hombres. Deberías de estar con los tuyos, apoyando a la causa, no viviendo a costa de tu propio pueblo y actuando como ellos que nos han saqueado y nos han dejado en la miseria, con hambre.

—No, señor, se equivoca, yo tuve la oportunidad de salir adelante, bendito Dios, pero no me culpe por eso, llámele suerte si quiere, pero quienes me ayudaron a salir adelante fueron hijos de españoles también, que me recogieron al quedar huérfana, al igual que a ella. Dieron su vida por nosotras y nos regalaron sus conocimientos por amor y gracias a ellos tenemos estudios y este negocio, así que no todos son malvados, nada de lo que tenemos nos lo han regalado, nosotras nos hemos esforzado mucho. Dígame, ¿ellos qué necesidad tenían de socorrernos? —Itzel, llorando, le explicaba con impotencia, sabía que se trataba de una persona resentida con la vida y el gobierno, quizá creía que era en vano lo que ella decía.

—Y a mí me libertaron las personas que nos ayudaron, yo era esclava, ahora soy una mujer libre gracias a ellos que compraron mi libertad —le explicaba Pamawari con un dolor fuerte en el vientre.

—Mentira, ustedes son igual de aprovechadas que ellos y sacan ventaja de nuestra debilidad, pero eso se terminó, ha llegado un libertador que nos ha dicho que robarles a ustedes Dios lo perdona y

que nos pertenece todo lo que ustedes tienen y todo lo que nos han robado.

—¿Un hombre de apellido Hidalgo? —preguntó Itzel.

—Sí, ese. Y les va a quitar lo que tienen para dárselo a los pobres, ya no habrá más miseria y los gachupines tendrán que largarse por donde vivieron.

Itzel comenzó a recitar, en voz baja, el salmo 23 de la Biblia:

> *"El Señor es mi pastor, nada me faltará. En verdes praderas me hace descansar, a las aguas me conduce, me da nuevas fuerzas y me lleva por caminos rectos, haciendo honor a su nombre. Aunque pase por el más oscuro de los valles, no temeré peligro alguno, porque tú, Señor, estás conmigo, tu vara y tu bastón me inspiran confianza. Me has preparado un banquete ante los ojos de mis enemigos".*

De repente, el hombre la interrumpió callándola nuevamente:

—Mírate ahora, rezas sus plegarias, seguro ya olvidaste tu dialecto, el de tus ancestros, pero a su Dios español no lo olvidas, ese Dios que nos ha hecho la guerra y nos ha sometido ante ellos trayéndonos el mal. Tal vez nunca has pasado hambre, ni frío, como lo hemos pasado yo y los míos, que debemos salir día a día a vender lo poco que tenemos. Encima esos gachupines nos regatean y echan a patadas de sus lujosas y grandes casas con asco en sus rostros, pero, eso sí, con el rosario en mano.

—¿Cómo se llama, señor? —preguntó Pamawari desconcertada.

—Xicoténcatl, pero me bautizaron a la fuerza y ahora soy Felipe.

—Bueno, Xicoténcatl, primero, no nos conoces y no sabes por lo que hemos tenido que pasar también. Quiero decirte que nosotras estamos del lado de la causa, estamos ayudando al cura y a los Guadalupes, entendemos tu pesar, ¿has escuchado sobre ellos? —temerosa miró la reacción del hombre.

—Sí —el asaltante se desconcertó al escuchar las palabras de la mujer encinta.

Xicoténcatl comenzó a relajarse.

—Buen hombre, eso tenemos en común con usted, ¿no lo cree? También creemos que muchos de los españoles han sido abusivos, pero no todos, por eso creemos en la causa y las castas necesitamos gobernar nuestra propia tierra, pero no haciendo el mal al prójimo, ningún Dios lo permitiría. Seguro tiene hambre y sed, ahí afuera, sobre el mueble grande, tengo un bocadillo y hay agua en una botella, puede tomarlos con confianza.

El hombre entró apresurado a la botica para buscar lo que Itzel le ofreció.

—¿Te encuentras bien, Pamawari?

—No, me duele mucho el vientre, tenemos que salir rápido de aquí, me preocupa mi hijo.

De repente, se acercó una persona a la puerta, se asomó e intentó abrirla. Xicoténcatl lo vio y se puso nervioso. Caminó en busca de Itzel.

—Está alguien afuera, dile que se largue o te mato.

Itzel preguntó con cierto nerviosismo:

—¿Quién vive?

—Buen día, señora, vengo por un remedio para mi madre, ¿está cerrado ahora?

—Sí, venga más tarde, de favor.

—Soy el hijo de la señora Velázquez, me llamo Santiago, usted ya sabe qué pócima necesita mi madre.

Itzel sintió, al escuchar esa voz, como el corazón le latía a mil por hora, pero más nerviosa se puso, porque no quería poner a su amigo en peligro.

—Sí, sí, no se apure, estoy sola con un paciente y tengo una cirugía delicada de pierna, por ese motivo está cerrado, pero se la tengo por la tarde, ¿le parece bien? Buen día tenga usted.

—Buen día, vengo más tarde entonces, le agradezco.

Santiago había pasado por la botica para saludar a sus amigas, pero al verla cerrada le pareció extraño, por lo regular ellas la mantenían abierta todos los días de la semana, por aquello de alguna urgencia pública. Después de haber hablado con Itzel, supo que algo andaba mal porque, de haber sido lo contrario, ella reconocería su voz y le hablaría con más confianza, cosa que no ocurrió. Se forzó a pensar rápido e imaginó los escenarios de lo que podría estar ocurriendo, no sabía si estaba sola o si Pamawari estaba encerrada, seguía su intuición. Ir en búsqueda de ayuda sería demasiado arriesgado y perdería mucho tiempo. Brincarse no podía, no había ningún patio trasero. Romper una ventana no era buena idea, lo podrían escuchar. Por casualidad, iba pasando el vendedor de fruta al cual conocía y le pidió ayuda. El asaltante escuchó que volvieron a llamar a la puerta y agarró a Itzel por el brazo para obligarla a que corriese a la persona que tocaba.

—¿Quién vive?

—Soy el vendedor de fruta, señora, ayúdeme, por favor, que me he cortado la mano y no deja de sangrar —gritó el hombre.

—Dile que no, que no lo puedes atender ahora.

—Disculpe, señor, pero no lo puedo atender.

—Por favor, señora, que me desangro y no sé a dónde acudir. O si fuere tan amable de darme algún remedio, lo que sea su caridad.

Itzel volteó con el asaltante, trató de convencerlo para atenderle. Lo hizo. Abrió la puerta y lo dejó pasar, pero antes la había amenazado con matar a Pamawari si intentaba hacer algo. El asaltante caminó hasta el almacén para levantar a Pamawari. El

vendedor de frutas entró detrás de ella y se llevó la mano derecha a su espalda, le indicó el número 1 con un dedo, rogando a Dios que entendiera Santiago. Detrás del vendedor, Santiago caminó pegado a la pared, colocando un dedo en su boca para pedirle a Itzel que guardara silencio. Ella asintió con la cabeza y señaló el almacén.

—Pase usted. A ver, déjeme revisarlo —le descubrió la mano y vio que no tenía nada, más que colorante de betabel que se había exprimido sobre la mano y envuelto con un trapo sucio, para despistar. Ella hizo como que le curaba la mano y trató de tardar el mayor tiempo posible para distraer al asaltante.

Santiago estaba parado a un lado de la puerta del almacén, que estaba dividido por una cortina verde, por donde el asaltante era testigo de cuanto ocurría en la botica, a excepción de la presencia de un segundo hombre. Santiago jaló la cortina, envolvió al asaltante y a Pamawari. Cayeron los tres al piso, Santiago golpeó en el suelo al asaltante. Pamawari logró zafarse ilesa con ayuda de su amiga.

El vendedor se acercó a la pelea, pateó el machete que se le había zafado de las manos al asaltante y también comenzó a golpearlo. Una señora a quien habían avisado en la calle llegó con la policía para arrestar al criminal.

Itzel abrazó a Santiago, le agradeció al vendedor por haberlas ayudado. Pamawari, por la impresión, comenzó labor de parto, mientras Itzel no tuvo tiempo de asimilar lo ocurrido, preparó el lugar para recibir al hijo de su amiga. Canek llegó en un carruaje al saber la noticia, sugirió llevarse a su esposa para meterla en cama con los cuidados posibles, pero Itzel se lo prohibió alegando que ya era muy tarde, sobre todo por tanto sobresalto que había padecido durante esa mañana. Itzel pidió llamar a otra partera para que la ayudase. Después de dos horas, nació una pequeña y linda niña de piel canela y abundante cabello negro ondulado, a quien llamarían

Refugio. Canek se acercó a Pamawari y a su hija, las besó a ambas en sus frentes, sintió como la vida le obsequiaba un regalo más, por quienes debía luchar.



SANTIAGO ACOMPAÑÓ A ITZEL a su casa después del día tan complicado. Lo hizo pasar a la sala de estar, mientras Itzel sirvió una tortilla de patatas que tenía preparada en la cocina, sobre unos platos de barro pintado, acompañada de unos trozos de pan y dos vasos con pulque de una jarra de barro.

—Tu tortilla es una delicia, Itzel, siempre me hace recordar España.

—Gracias por tus cumplidos, recuerda que también hago un cocido madrileño de rechupete —se sonrió pícara.

—Que me encantaría probarlo con gusto en alguna ocasión, ¿a qué se debe tú cambio conmigo ahora, si se pudiera saber?

—De verdad, quiero agradecerte por habernos salvado el día de hoy, quizá en este momento no estuviésemos vivas, ni siquiera la niña Refugio, de no haber sido por ti. Te juzgué mal y me arrepiento por ello.

Ambos estaban sentados en un sillón, él se acercó al rostro de Itzel, al ver que ella no hizo nada por rechazarlo, la besó; fue un beso lento, suave y profundo. Él se alejó y le pidió una disculpa, pero ella lo volvió a besar, ahora con un beso apasionado, que por tantos años había retenido y que explotaba con tanta intensidad que no podía dar marcha atrás.

—Me gustaría estar a tu lado, si me lo permites. Estar junto a ti es lo único que me importa y yo lucharé contigo por nuestro país, si eso es lo que tanto deseas —Santiago le acarició los labios con sus dedos.

Itzel, abrazándolo, lo volvió a besar como contestación a su petición. Sentía tanta pasión que la quemaba por dentro, como un

fuego que la envolvía, pero trató de contenerse para no terminar bajo las sábanas junto a él.

—Te pediría que te quedaras, pero ya es tarde, Santiago.

—¿Nos vemos mañana?

—Y pasado mañana también, buena noche —sonrió enamorada la joven.

Se volvieron a besar en la puerta de su casa, la pasión pudo más que los traumas que había pasado junto a Álvarez del Corral, así que aprovechó ese momento para borrar los malos recuerdos y tratar de entregar su cuerpo al verdadero amor.

—Si vamos a querernos, tengo que confesarte algo primero, querido mío, si decidieses ya no estar conmigo después de mi confesión, te comprenderé y con amor te dejaré ir, pero si decidieses continuar, júrame que nunca más me lo recriminarás.

Él aceptó el trato. Entonces Itzel le confesó llorando por lo que pasó en esa casa y como el oidor la sometió mientras estuvo en la Ciudad de México. Al terminar de escucharla, Santiago no hizo más que abrazarla y con besos tratar de borrar los tormentos que vivió su amada guerrera y así le llamó desde ese momento.

—Guerrera mía, mi guerrera maya, no llores más, de ahora en adelante te cuidaré y nunca permitiré que nadie, escúchame bien, nadie te vuelva a poner una mano encima. No debí dejar que te fueras y por ello me siento culpable —comenzó a enojarse consigo mismo.

—¡Sh! Calla, no digas eso —le puso los dedos en su boca sosegándolo con amor.

—Fue mi decisión, Santiago, y lo sabes, no podemos cambiar lo que pasó, al contrario, debemos de estar orgullosos de haber contribuido para el levantamiento insurgente.

—Te prometo que te haré olvidarlo.

Canek se encontraba con Pamawari en la cama de su habitación. Acababa de amanecer y su hija Refugio ya demandaba la teta. Los cacareos constantes del gallo en el corral se confundían con el llanto de la recién nacida. La nana tocó la puerta para llevar atole de tamarindo recién hecho a Pamawari, porque la ayudaría a producir más leche. Aún no amanecía y el frío de noviembre se hacía cada vez más gélido. La nana de la niña le acercó una taza a Pamawari.

—Gracias, Vicenta, eres muy amable —le agradecía mientras se acomodaba en la cama con dificultad, en tanto que Vicenta le arreglaba las almohadas para que estuviese más cómoda.

—A su merced, señora.

—Dime Pamawari, por favor —le dijo con dulzura y una sonrisa.

—Con gusto, Pamawari, usted perdone. Señor, hay un informante en la puerta, trae noticias desde Valladolid y se disculpa con usted por la hora, pero dijo que es importante.

—Hágalo pasar a mi despacho, si es tan amable, y dígale que en un momento estoy con él —replicó Canek.

—Con su permiso.

Canek se puso los botines y su bata encima del pijama de dormir, con la premura de no hacer esperar aquel hombre.

—Señor, buen día tenga usted —saludó el hombre nervioso con un sombrero de paja en las manos, ropas de manta roídas por el uso, un morral, sarape, guaraches, y se notaba que venía alterado.

—Sí, dígame, ¿qué sucede?

—Vengo a traerle una mala noticia, patrón —el hombre parado como estatua comenzaba su relato con mucho temor.

—En el camino de regreso de Valladolid a Guadalajara, emboscaron a su informante Aurelio, y le robaron las cartas dirigidas a usted de

parte del señor Mariano Abasolo y otra carta de la señora Elisa Márquez.

—¿Cuál fue el destino de Aurelio? Dígame.

—Está muerto, señor. Los gachupines lo desnudaron —el hombre comenzó a sollozar, porque la impresión que tuvo minutos antes no dejó ocultar sus sentimientos.

—Le ataron los pies a uno de los caballos, pusieron su cuerpo bocabajo, lo arrastraron por el camino y lo dejaron a la puerta de la casa, muerto, patrón, destrozado.

—¿De cuál casa? Dígame.

—De la casa de usted, patrón.

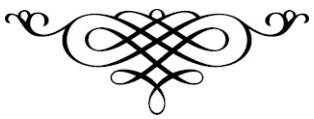
Canek se llevó las manos al rostro por la impresión. Sabía que era un aviso por parte de los realistas. Aún no sabía quiénes habían sido. De lo que sí estaba seguro era de que vendrían por él, tarde o temprano. Mandó asustado unos días a Pamawari con la niña Refugio, acompañadas de la nana Vicenta, a casa de Itzel. Escribió otras cartas a Elisa y Abasolo para informar sobre lo ocurrido. Elisa le pidió protección para él y para sus amigas, pero Abasolo nunca contestó.

Canek decidió formar parte del pelotón de Hidalgo, se acercaban a Nueva Galicia por invitación del Amo Torres, después de su estadía en Valladolid. Hidalgo no tenía intención de repetir la masacre ocurrida en Guanajuato, así que decidió separarse de él. Allende, en varias ocasiones, desde San Miguel el Grande y Guanajuato, le había escrito a Hidalgo manifestándole su desacuerdo con su presencia en Valladolid y Nueva Galicia. Creía que sus tropas solo ocasionarían más disturbios y caos, le preocupaba que su gente no tuviese la preparación adecuada para luchar contra las tropas realistas. Pero Hidalgo creía lo contrario, muchas personas se le unían de rancherías y poblados a su paso durante el viaje, con la ilusión de

defender a la Virgen Guadalupana. Así que cuantas más personas juntaran los ejércitos de él y el de Allende, sería más grande que del comandante Félix María Calleja, tendrían mayores posibilidades de vencerlos a pesar de la inexperiencia de la gente que luchaba con palos, piedras, machetes y cuanto encontraban a su paso.

Las verdaderas intenciones de Hidalgo al llegar a Guadalajara, más que por la invitación del Amo Torres, era recaudar todo el dinero posible, encarcelar o eliminar al mayor número de españoles e invertirle dinero al periódico "El Despertador Americano", órgano de difusión que ayudaría a llegar a muchas personas convenciéndolas del proyecto libertario y de hacer cada vez más grande su ejército.

LA LUCHA SIN FIN





EN NUEVA GALICIA SE ESPERABA la llegada de Hidalgo. Varias poblaciones de los alrededores se preparaban para dicho recibimiento y a Canek parecía venírsele el mundo encima. Recibió una llamada de los directivos de la Real Universidad de Guadalajara donde era catedrático. Comenzó a ponerse nervioso por el hecho de que, durante sus clases, era muy apasionado y no medía ni escatimaba en hacer públicas sus ideas independentistas a sabiendas que eso podría ocasionarle problemas.

—Señor Pedro Canek, tenga usted buen día. Póngase cómodo, lo invito a tomar asiento —le expresó con sonrisa sarcástica uno de los tres directivos.

—A su merced, ustedes dirán, en qué puedo ayudarles.

—Sabemos que usted es un académico muy prestigioso, se ha ido abriendo un camino rápido en la universidad dada su condición.

—¿Condición? ¿A qué se refiere? Disculpe —se exaltó apretando los puños sobre las coderas de la silla, sabía muy bien por dónde iba el comentario fuera de lugar.

—Bueno, usted sabe que son muy pocos los hombres, y más siendo indígenas, que han logrado llegar hasta donde usted lo ha hecho, extraño, por cierto, pero, dadas las circunstancias por las que atraviesa la Nueva España y Nueva Galicia en estos momentos, lo invitamos a que deje sus ideas liberales y revolucionarias de lado, debido a que no son convenientes para la real universidad en estos momentos, ni en ningún otro caso, ya que dependemos por completo de la Universidad Nacional y de la Corona Española. Por supuesto que le debemos, y más las personas como usted, esta gran

universidad la segunda y única en el país, al gran benefactor fray Antonio Alcalde.

—¿Cómo yo? ¿De qué se me acusa, señores directivos? Díganmelo ahora y sin rodeos.

—Han acudido a nosotros ciertos profesores y alumnos que lo han escuchado y lo han denunciado. Sería una verdadera lástima perder a un profesor tan valioso y preparado como usted.

—Entiendo, pero, además de los perjurios de los que se me está imputando, ¿existen pruebas fehacientes de ello, de mi desacato?

—No, en absoluto. Pero escuche bien, profesor, esta universidad está del lado de la corona, no lo olvide, y si usted llegase a cambiar de bando o hacer público su deseo, recuerde que esta universidad está al servicio del rey y no nos quedaría más remedio que entregarlo a las autoridades. Solo guárdese para usted sus opiniones personales y no las exponga aquí, ¿está claro?

—Por supuesto, señores, lo he entendido, pierdan cuidado. Con su permiso, ahora me retiro.

—Vaya con cuidado, que tenga usted buen día. —Canek salió de la oficina asfixiado de tanta presión.

La ciudad ya estaba tomada por el amo Torres que aguardaba por el cura Hidalgo y sus tropas en la entrada de San Pedro Tlaquepaque. El obispo Cabañas, que de principio apoyaba la causa en el púlpito de la catedral criticando las políticas injustas de los gobernantes, al saber de las masacres y el desorden que los hombres de Hidalgo cometían a su paso, se convenció de que era un error seguir apoyándolo, así que huyó antes de que llegará Hidalgo a San Blas. Los realistas, al saber que se acercaba el regimiento armado de los insurgentes, se instalaron en la Barca y Zacoalco, para evitar que los rebeldes tomaran la ciudad, pero fueron derrotados y de este modo los Guadalupes pudieron hacerse con

más armamento y dinero para continuar con el levantamiento. Al llegar a la garita a la entrada de Guadalajara, en San Pedro Tlaquepaque, ya sumaban unos 20.000 hombres. Las autoridades, al saber el gran número, no les quedó más remedio que recibir con honores a Miguel Hidalgo y su movimiento armado.

El miedo y la esperanza comulgaban en las plazas tras aguardar al Generalísimo de las Américas, como se le había nombrado a don Miguel Hidalgo en Acámbaro Guanajuato, o Alteza Serenísima, como en Guadalajara comenzaban a decirle. La muchedumbre de neogallegos, desde primera hora del día 26 de noviembre, ya se amontonaba por las callejuelas y plazas, viendo pasar la comitiva que acompañaba a los generales y militares en carruajes o montados en caballos, que hacían resonar los vítores y aplausos de la gente que no se podían ignorar. Era curioso ver que también lo aguardaban para darle buen recibimiento, funcionarios del Ayuntamiento, el Cabildo Eclesiástico, la Audiencia, pero también la Real Universidad de Guadalajara, quien, por razones políticas, su rector, José María Gómez y Villaseñor, había decidió bajar la cabeza como los demás.

Miguel Hidalgo y Costilla, montado a caballo vestido como un generalísimo, portaba bajo el brazo su sombrero tipo empanada. Saludaba triunfante a quienes lo miraban y por igual a aquellos que lo despreciaban. Recibía el agua bendita y las flores que la gente le aventaba gustosa a modo de bendiciones, viendo en él la imagen de un salvador, un hombre de Dios enviado del cielo para ejercer justicia.

Elisa y Mariano habían viajado desde Valladolid para presenciar tan inédito acontecimiento. Itzel, Canek y Santiago se habían reunido desde temprano para acudir a la plaza principal y verse con sus amigos donde se encontraba el Palacio Real de Gobierno. La euforia que se sentía en el ambiente era tal, que contagiaba a cualquiera

que estuviese presente. Clara, que los alcanzó a ver de lejos, se les unió. Canek reconoció a muchos estudiantes y profesores de la universidad que habían sido convocados por la institución para hacer bola, como decían, y mandar el mensaje de apoyo a las fuerzas insurgentes. Pamawari tuvo que guardar la cuarentena muy a su pesar, porque, si fuese por ella, estaría con su chilpayate recién nacido chiflando, bailando y aplaudiendo de la emoción en plena plaza.

Al fin, vislumbraron un gran contingente, venían unos en carrozas, otros a caballo y los más humildes a pie; todos armados, sucios, empolvados y con vendajes en sus cuerpos por las heridas recibidas, pero principalmente con cara de alegría cansada; algunos con uniformes, otros de civiles. Itzel y Santiago, abrazados, disfrutaban del desfile militar. Durante el festejo no dejaban de darse muestras de cariño delante de sus amigos, no les importaba nada, solo su amor y el deseo de libertad que por fin se consolidaba. Hidalgo visitó la catedral de Guadalajara, donde fue recibido con cortesía por los altos capitulares de la religión católica, lo acogieron con una ceremonia litúrgica, pero Hidalgo, a sabiendas de lo que estos pensaban de él, les dijo:

—Aquí tienen ustedes a su hereje.

Las autoridades religiosas, tomadas por sorpresa, se voltearon mirándose las caras anonadadas sin saber qué contestar, mientras que el cura sacaba el pecho muy seguro del papel que estaba desempeñando.

Miguel Hidalgo llegó a la imprenta donde Clara trabajaba, el 4 de diciembre, para hablar con Francisco Severo Maldonado, egresado de la Universidad Real de Guadalajara, quien después de tanta insistencia suya se reuniría con él y con José Ángel de la Sierra, un liberal comprometido con la causa. Se encontraba Elisa con Clara platicando detalles sobre algunas publicaciones de ambas, cuando lo

vieron entrar. Cuchicheaban emocionadas, se acercaron para saludarlo, expresarle su admiración y respeto. Era un hombre bajo de estatura, de piel apiñonada, ojos verdes, de cabello canoso y calvo del frente, con gran sentido del humor, así como de formas coquetas con las mujeres.

—Su alteza serenísima —lo saludó Elisa e hizo una pequeña reverencia.

—Señora Márquez, pero qué gusto coincidir con usted de nuevo, ¿qué la trae por estos lugares? Porque nuestro primer encuentro, si no mal me equivoco, fue en Valladolid —Hidalgo la miró de arriba abajo con ojos pícaros y de inmediato besó su mano enguatada.

—Así es, su alteza, de nuevo nos encontramos, pero ahora para platicar cuestiones periodísticas y políticas, me supongo. Escribo para un periódico que se edita aquí y tengo entendido que usted editará uno especial, aquí también, para circular temas políticos que acontecen en el país y a la causa en estos momentos.

—Pero veo que se encuentra muy bien informada, mi señora.

—Así es, pero déjeme presentarle a mi muy querida amiga Clara Mendoza, que también es parte fundamental de la imprenta.

—Su serenísima —hizo una reverencia.

—Pero veo que tienen mujeres hermosas y talentosas en este lugar, siempre es importante el toque femenino, a menudo lo pienso —sonrió amigable y besó también la mano de Clara.

Platicaron de política, más tarde se reunieron en un salón con los demás colaboradores, para charlar y armar lo que sería el nuevo periódico que circularía rápido en cuanto estuviese listo. Las ideas y las propuestas estaban en la mesa acompañadas de un buen chocolate caliente y churros, que tanto le gustaban al señor cura, pero antes de comerlo lo probaría uno de sus acompañantes para evitar cualquier envenenamiento. Al finalizar tuvo la ocurrencia de

jugar naipes para relajarse y convivir con su equipo periodístico. Pidió la baraja y unos tequilas, aguardiente que tanto le habían recomendado de la región. Él estaba muy acostumbrado a las apuestas y por esa ocasión jugaría para contribuir a las arcas de la causa independentista.

Afuera del edificio se encontraban militares armados que lo resguardaban, evitando que entrara cualquier persona que no tuviese que ver con la imprenta. Cayó la noche y el sereno daba las 7, junto al sonido de las campanas del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, que quedaba a unas cuadras de la imprenta. El cura decidió despedirse e ir a la catedral, donde se encontraba la Virgen de Zapopan, llamada también "la generala", elegida como protectora de las fuerzas insurgentes para que le diera protección.

Al día siguiente, se levantó muy temprano para dirigirse al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe con un piquete de soldados, donde se predicaría un sermón revolucionario a cargo de José Ángel de la Sierra, aprovechando el segundo día del novenario. Mientras escuchaba el discurso, Hidalgo admiró el hermoso conjunto de cinco retablos dorados con una réplica al centro de la Virgen Guadalupana consagrada, a quien le rezaría e imploraría victoria para sus próximas batallas. El día 6 de diciembre, en el Palacio de la Audiencia de Guadalajara, Hidalgo firmó un tratado ratificando la abolición la esclavitud en toda América septentrional, decreto promulgado anteriormente en Valladolid.



ERA LA MAÑANA DEL 12 DE DICIEMBRE. Ignacio Allende ya había arribado a Guadalajara por la zona del Bajío. Itzel, como cada mañana, se despertaba temprano para organizar su día. Dejaba limpia la casa, se arreglaba y preparaba el desayuno para irse a la botica. Sabía que en cualquier momento llegaría Santiago con un ramo de rosas para que ella comenzara su día ilusionada y feliz, en ocasiones se quedaba a desayunar. Al ver el reloj de porcelana fina sobre la repisa, un regalo especial que le había hecho, faltaban 10 minutos para la llegada de su amado, eso desencadenaba fuertes emociones en su vientre, las cuales no podía evitar.

Transcurrió media hora después y desayunó sola, cuestionando el retraso de Santiago. El reloj marcaba las 8 de la mañana en punto, decidió salir de su casa y esperar más tarde una explicación por parte de él. Pensó que algún contratiempo le pudo haber ocurrido y esperó a la hora del mediodía, quizá la buscaría y comerían juntos. Sonó la campanilla de la puerta de entrada de la botica, mientras Itzel preparaba unas fórmulas, miró de reojo y vio que entraba al local Pamawari con su hija.

—Ah, eres tú —pronunció desilusionada esas palabras.

—¿Se puede saber a quién esperas? —sonrió curiosa Pamawari.

—A Santiago. No pasó por la casa temprano como es su costumbre.

—No tengas pendiente, ya aparecerá —entre risas y ojos pícaros contestó su amiga.

Itzel se acercó a la niña Refugio en brazos de su madre y le hizo unos cariños, hablándole melosa.

—Ojalá muy pronto te cases con Santiago y puedas darle una prima con quien jugar a mi pequeña Refugio.

—¿Pero qué cosas dices? —la cara de Itzel se sonrojaba, al tiempo que escuchaba esa hermosa petición que muy en el fondo deseaba.

Pamawari la acompañó un rato pero se tuvo que ir. Cayó la tarde, el cielo comenzó a tornarse de color naranja rosado, ella sentía tanta quietud y silencio en la calle, que llamó su atención, por lo que decidió asomarse tras la ventana. Miraba la lenta fusión de las nubes con los hermosos colores del cielo. Una parvada de palomas plateadas y blancas volaban

alrededor, invadían de pronto el espacio en el aire, encontrando el espectáculo natural como sublime, al mismo tiempo, romántico y misterioso.

Sentía que el tiempo se detenía, así que comenzó a soñar con lo que su amiga le había dicho unas horas atrás. Se imaginaba casada con él, con unos hermosos hijos mestizos, en una casa con calor de hogar, en un país libre del yugo de los españoles. Pensó que no importaba el momento tan difícil e incierto que atravesaba el país, estando con Santiago todo sería más sencillo, juntos con su amor, vencerían cualquier adversidad. Así que se dispuso a cerrar la botica e ir a su casa a buscarlo, aceptar de una buena vez las propuestas que él le había hecho.

Salió entusiasmada y feliz. Primero decidió ir a comprar, en un negocio vecino, los bizcochos que tanto le gustaban a él, queso, un vino tinto y unas flores para decorar un poco la mesa y pasar una velada hermosa festejando su firme decisión. Repasaba en su mente entusiasmada, durante el trayecto, cuanto iba a decirle. Al fin llegó a su puerta, tocó y abrió una sirviente quien, haciéndole pasar, le dijo

que Santiago no había llegado en todo el día, desde su salida muy temprano en la mañana hacia el colegio de San Juan. Iba a ese lugar por un encargo, para llevar unos cuadros de pinturas antiguas y visitar amigos suyos que estudiaban ahí. Itzel decidió esperarlo un rato en la sala, pero al ver en el reloj dorado que daban las once de la noche, decidió regresar a su casa acompañada por un ayudante de Santiago.

Al día siguiente, aguardó como de costumbre el arribo de su amado en la mañana, pero no llegó. De nuevo fue a buscarlo a su casa y los empleados no le supieron dar razón. Preocupada, decidió ir a donde estaba Canek, para contarle lo sucedido y preguntarle si lo había visto, pero Canek tampoco sabía nada de él.

—Tenemos que ir a buscarlo, Canek, me da la impresión de que algo malo le ocurrió.

—Tú tranquila, Itzel, iré a buscarlo al colegio de San Juan.

—Te acompaño.

Al llegar, entraron al colegio y unos criollos les contaron lo sucedido, mientras arreglaban los destrozos que habían dejado a su paso un grupo de personas que se llevaron consigo a los españoles que estaban allí.

—Verán, señores, muy temprano llegaron los rebeldes y comenzaron a sacar a los españoles que estaban tanto en el seminario como en el colegio. Algunos otros se quedaron para saquear y robarse sus pertenencias.

—Pero Santiago Velázquez, ¿qué pasó con él?, ¿también a él se lo llevaron?

—Sí, señorita.

—Pero por qué motivo, él no estudia ni trabaja aquí.

—Los insurgentes traían una orden firmada por Ignacio Allende, donde decía que todos los españoles serían apresados.

—Pero él no es español. Bueno, es hijo de españoles y nació en España, pero ha apoyado siempre la insurgencia, y además creció en Yucatán, no puede ser aprehendido, tienes que explícales, Canek. Vamos a buscarlo.

—¿Usted sabe a dónde se los llevaron? —preguntó Canek nervioso.

—No, no lo sabemos, discúlpenos.

Itzel y Canek fueron a las cárceles donde creían que pudiera estar Santiago, pero no tuvieron suerte de encontrarlo. Canek echó mano de los contactos e influencias que tenía en la Universidad y en el despacho, pero no consiguió nada. Mandaron una carta a Mariano y Elisa para ver si algo podían hacer, pero fue en vano. Pasaron cuatro días, Itzel se sentía devastada, un dolor en el pecho la asfixiaba, no probaba bocado y las ojeras en su rostro ya eran evidentes.

Pamawari la había invitado a quedarse en su casa para que no estuviese sola y así lo hizo, se hospedó en una de las habitaciones. Cada vez que regresaba Canek, la primera en recibirlo era Itzel para preguntarle sobre el paradero de Santiago, pero aún no había obtenido ninguna noticia. Uno de esos días, Pamawari invitó a Itzel de compras por el mercado para animarla un poco y sacarla de la tristeza en la que se encontraba. Cruzaron el Puente de las Damas, recién acabado de construir por mandato de las mujeres neogallegas adineradas, el cual conectaba el barrio de Mexicaltzingo con el de Guadalajara. Iban pasando por los puestos de la vendimia cuando escucharon a dos señoras hablando entre ellas.

—Como te decía, comadre, se llevaron a algunos gachupines a las Barranquitas, allá detrás del hospital de Belén, por orden del cura, dicen las malas lenguas que se llevaron también a José Monasterio,

el comerciante más poderoso de la ciudad. —Itzel la interrumpió súbitamente.

—¿A dónde dijo que se llevaron a los gachupines, señora?

—Me escuchó mal, seño, yo no dije nada de eso, no sé a qué se refiere —la mujer titubeaba nerviosa, agachando la cabeza mientras acomodaba la fruta en el pequeño puesto.

—No, sí dijo y lo dijo claro, repítamelo, se lo imploro, estoy buscando a alguien ya desde hace cinco días y no sé nada de su paradero.

La señora se le acercó y mirando hacia ambos lados cerciorándose de que nadie la oyera, le dijo en voz baja:

—Los están degollando y fusilando en las Barranquitas, es un lugar muy despoblado, si usted va a ir, le recomiendo que no vaya sola.

Esas palabras le retumbaron en los oídos y en la cabeza, haciendo estallar su corazón del miedo e incertidumbre. Miró a Pamawari, sentía como su alrededor giraba, comenzó a sentir que el corsé le impedía respirar y que se desmayaría. Al ver la reacción de su amiga, le dio a oler un frasquito que portaba consigo de aceite de lavanda, se lo untó en la nariz, frente, escote y cuello para relajarla, de inmediato la llevó a sentarse en una jardinera que había próxima a ellas.

—¿Y si lo mataron? ¿Qué va a ser de mí? —lloraba sin poder controlarse.

Pamawari intentaba ser fuerte, pero se le salían las lágrimas sin percatarse de ello, para después quitárselas de la cara con las manos enguatadas.

—Vamos a casa y contemos a Canek lo que estas mujeres aseguran que está aconteciendo en Barranquitas, para que nos acompañe a buscarlo. Esperemos en Dios que esté bien y que no se encuentre ahí.

Al llegar, le contaron a Canek y acompañados de varios hombres fueron buscarlo. Al llegar al lugar el olor era fétido, insoportable, tuvieron que sacar sus pañuelos, cubrirse nariz y boca para que sus estómagos lo pudieran soportar. Las moscas volaban sin cesar alrededor del lugar amontonándose en el piso sobre algo que Itzel no alcanzaba a ver bien qué era: los cuerpos de los españoles abandonados, semidesnudos en el piso y en posiciones distintas. Algunos habían sido enterrados, otros los perros los habían sacado para comérselos, mientras que las aves de carroña volaban en círculos esperando el momento de bajar.

Pamawari, Itzel y algunos de sus acompañantes, resistieron lo que pudieron hasta que sus estómagos no soportaron más y el vómito salió. Canek les ordenó a las señoras regresar al carruaje y esperar ahí mientras buscaban a Santiago. Ellas decidieron escuchar las recomendaciones y regresar. Esperaban impacientes llorando por el destino de Santiago y por el de los españoles muertos. Tenían sentimientos encontrados, sabían que era una medida drástica, pero que Hidalgo lo debía hacer para poder ganar la guerra; por otro lado, estaba matando a gente inocente que, para él, al fin y al cabo, eran traidores. Canek, después de dos horas y arduo trabajo, regresó.

—Creo que no está.

—¿Crees no haberlo visto?, ¿cómo es eso? Tenemos que estar seguros —le dijo Itzel desesperada.

—Algunos cuerpos tienen el rostro desfigurado, Itzel, al grado de que muchos están irreconocibles.

—Iré a buscarlo —se pronunció segura y desesperada.

—No, espera, no está, estoy seguro de ello. Buscaremos de nuevo en las cárceles.

—Itzel, es un rayo de esperanza que Canek no lo haya encontrado, estate tranquila —Pamawari la consolaba.

—Está bien, iremos a los lugares donde los tienen retenidos.

Ella se sentía hasta cierto punto aliviada por no haberlo encontrado muerto junto con los demás, pero le daba miedo que hubiese otro lugar como ese y que estuviese ahí sin vida.



LA PRIMERA EDICIÓN DEL DESPERTADOR AMERICANO saldría el 20 de diciembre de 1810, el cual mencionaría en sus páginas las intenciones y justificaciones del ejército independentista. Entre sus líneas estaba escrito el desacuerdo de que Napoleón Bonaparte gobernase, no solo en la península ibérica, sino también en la Nueva España. En el periódico se arengaba y proponía mayor autonomía del país, lo que a muchos enfureció: "Demanda de puestos altos en el poder, la injusta recaudación de impuestos por parte de los peninsulares, la abolición de la esclavitud, entre otras demandas más". El periódico, con seis números más hasta el mes de enero, contó con 2.000 ejemplares. Clara y Elisa se sentían satisfechas con la buena aceptación del periódico. La casa de caridad y misericordia se convirtió en cuartel militar, así que pasar por el hermoso edificio neoclásico que Tolsá había construido, era un caos y algo desagradable, porque el abastecimiento de víveres, la seguridad de la población y la sanidad del lugar se habían visto afectadas y rebasadas para Hidalgo y el gobernador. Guadalajara se había convertido en una fortaleza impenetrable.

Algunos hombres, lejos de sus lugares de origen, saqueaban las casas de los españoles fusilados, buscaban molestar a cuanta mujer caminara por los alrededores en busca de sexo, el cual encontraban con algunas mujeres de la vida alegre que por las noches se acercaban dispuestas a ofrecer sus servicios y así ganarse algún real o quizá algún objeto de valor sustraído del botín para cambiarlo por algo que comer. Se habían concentrado por la ciudad ya cerca de 20.000 indígenas y 30.000 hombres de infantería y caballería, un

gran número en comparación con el ejército realista, que si bien no les aventajaban en número, sí en preparación militar.

El esposo de Gertrudis Bocanegra, Pedro Advíndula de la Vega, acompañado de más hombres, entre ellos Mariano y su esposa Elisa, llegaron a Guadalajara desde Valladolid para alistarse y pelear una batalla que se estaba organizando en el Puente de Calderón, cerca de la población de Zapotlán de los Tecuejes. Un lugar lejos de la ciudad elegido para no exponer a los civiles y no hacer más destrozos en la ciudad. Elisa y Mariano habían alojado en su casa de Guadalajara a varios hombres que lucharían con Hidalgo. Pamawari e Itzel se levantaron muy temprano para llevar víveres a los revolucionarios, que muy de madrugada comenzaban con su entrenamiento militar a cargo de Allende. En la ciudad se escuchaba el bullicio de dichos entrenamientos. Los aguadores iban y venían con sus cántaros, extrayendo agua de la fuente que se encontraba en la plaza pública. Los vendedores ambulantes no perdían la oportunidad para aprovecharse de los foráneos y de quienes podían. Itzel recorría las cárceles y el hospital de Belén a diario en busca de Santiago, pero regresaba a casa de Pamawari desilusionada y triste. La casa y las pertenencias de Santiago habían sido confiscadas por Hidalgo para la causa. Elisa le propuso a Itzel tener una audiencia en la mañana con Hidalgo y Mariano Abasolo, para saber sobre el paradero de Santiago y que se recuperasen sus bienes.

—Mis señoras, a sus pies —Hidalgo hizo una reverencia y besó la mano de ambas. Mariano Abasolo las saludó con la elegancia y educación que lo caracterizaba.

—Generalísimo, siento molestarlo en estos momentos tan decisivos para su encomienda. Le presento a Guadalupe Itzel, una muy buena amiga mía.

—¿A qué debo el honor de su visita, mis señoras? —las incitó a sentarse.

—Santiago Velázquez, amigo mío de la infancia, está desaparecido desde el día 12 de diciembre —le explicó Elisa con un tinte de preocupación en sus palabras.

—¿Gachupín de abolengo, me supongo?

—Sí, mire usted. Él nació en España, pero desde muy pequeño vino a la Nueva España, vivió en Yucatán y, por razones poderosas, tuvo que retornar a la península, pero regresó hace poco para hacer labor de espionaje contra los realistas, de eso estamos seguras, mi general, él nos apoyó en algunos menesteres —Elisa, nerviosa, movía sus guantes mientras relataba su historia—. Varias personas y yo, como Itzel aquí presente, le ayudamos a usted en la Ciudad de México en la labor de espionaje. En los cuadros que el señor Santiago de Velázquez vendía a la gente poderosa, porque es un marchante de arte, escondíamos los recados, y gracias a ello es que pudimos saber de los planes que tenía el virrey contra la insurgencia. Esto habla de que él está muy comprometido con la causa al igual que nosotros, siempre ha querido la autonomía de nuestro país y las libertades para con las minorías.

—Por lo visto, es un hombre casado con la causa.

—Así es, téngalo por seguro —señaló Itzel sin titubeos.

—Veamos, revisaré mis anotaciones, quizá esté en alguna cárcel donde tenemos recluidos a los gachupines que no han atentado contra la insurgencia y de los cuales estamos apenas investigando su historial político. Abasolo, si me hace el favor de buscar a esta persona, usted, que le encanta ser abogado de los gachupines —Hidalgo hizo una mueca irónica y soltó una carcajada.

Al ver la reacción, Elisa e Itzel respiraron un aire de alivio y se miraron con esperanza de que quizá su amigo continuase vivo.

—Con gusto, mi comandante. Los revisaré y en cuanto tenga razón del señor Velázquez, mis señoras, las buscaré para darles noticias.

—Dios se lo pague, generalísimo, Dios se lo pague —Itzel le agradecía a Hidalgo emocionada.

—Pero tengan en cuenta, mis señoras, que, al respecto de sus bienes, estos no le serán devueltos, además creo que al señor Velázquez no le importará en absoluto si es, como dicen ustedes, es muy fiel a la causa —Hidalgo sonrió de nuevo con ironía.

—Tenga por seguro que importa más su vida que el oro que pueda él tener —le contestó fríamente Elisa.

—Vayan con Dios, hijas mías, anden, anden.

—Gracias, y esperamos que esté libre lo más pronto posible —sacó Elisa un saquito morado de su bolso con monedas de oro, lo dejó sobre la mesa, donde se encontraban los planos de la estrategia militar.

—Aquí le dejo, generalísimo, para la causa, y sepa usted que seguiremos apoyando hasta ver al país libre e independiente.

Elisa lo miró con desaprobación, cayó en cuenta que aquel hombre al que ella admiraba y creía un salvador, era un hombre más, con defectos y virtudes, para él, el dinero siempre faltaría para su causa.

Los días pasaron y no había señales ni de Santiago ni de Mariano Abasolo. Se acercaba la Nochebuena y el viento frío dejaba un rocío especial en las capulinas o noche buenas, como también les llamaban. Eran aquellas flores rojas mexicanas que adornaban los jardines y los patios de las casas en esa época del año. Los marchantes a la entrada de las casas con sus carretillas gritaban desde afuera para venderlas. Salían las niñas y muchachas amontonadas alrededor de la carreta para escoger las más grandes y de hojas más frondosas.

El nacimiento del niño Jesús con figurillas de arcilla estaba casi listo en casa de Pamawari, donde Itzel y Elisa ayudaban a ponerlo en compañía de la pequeña Refugio, que quería alcanzar las

figurillas de barro para llevarlas a su boca y jugar con ellas. De repente, se escuchó el llamador de la puerta de la entrada y una de las criadas gritó de emoción.

—Señora Pamawari, señora Itzel, es el señor Santiago, alabado sea el señor.

A Itzel se le resbaló de entre los dedos una figurilla del Nacimiento y esta cayó al suelo rompiéndose. Corrió con la emoción en el pecho hasta la entrada y abrazó eufórica a Santiago, que llegó muy malherido, desnutrido y sucio.

—Elisa, arrímale una silla a Santiago. Traeré agua y comida. Pero ve nada más cómo te tenían, qué inhumanidad —comentó Pamawari contrariada.

—Pero ¿qué te han hecho, querido mío, te sientes bien? Creí que no te volvería a ver —en el rostro de Itzel se veía la angustia y que al fin sería aliviada.

—No es nada, mujer, ya me pondré bien, no te preocupes más.

Itzel lo llenó de besos y fue por una camisa limpia de Canek. Santiago comía sin decir una sola palabra. Se bañó y se fue a dormir en la habitación en la que se quedaba Itzel. No despertó hasta dos días después. Las mujeres se preguntaban qué le había sucedido, él no mencionaba nada. Canek se encontraba un tanto ansioso y extraño, pero Pamawari no lo intuía.

—¿No te ha dicho Itzel cuándo se regresará para su casa con Santiago? —le preguntó Canek un día a Pamawari.

—Pero ¿qué dices, querido? Son nuestros amigos y necesitan que los ayudemos en estos momentos.

—Sí, pero creo que ahora que regresó Santiago ya no nos necesitan, bien pueden irse a casa de Itzel, ¿no lo crees así?

—Esposo, Santiago acaba de perderlo todo, además de las torturas que recibió y aun así quieres que se vaya, él también es tu amigo, no los podemos echar así nada más. ¿Qué te sucede? ¿Por qué actúas de ese modo con él? ¿Qué te ha hecho?

—Nada, mujer, solo quiero tener privacidad en mi propia casa, con mi mujer y mi hija, es todo —la abrazó y la besó disimulando su verdadero sentir.

Por su parte, Santiago, en la intimidad de su habitación, le pidió a Itzel que regresaran a su casa, no se sentía bien estando en la de sus amigos. Así que decidieron ir a casa de ella al día siguiente. Itzel se despidió agradeciendo sus favores, mientras Santiago se quedó taciturno, parado frente a ellos, volteando para otro lado. Algo extraño le sucedía también a él y Pamawari lo notó.



EL 10 DE ENERO DE 1811, HIDALGO Y ALLENDE discutían acaloradamente en el Palacio de la Audiencia, sobre la estrategia más eficaz para la lucha que estaba próxima a realizarse en las cercanías del Puente de Calderón. Hidalgo pretendía que se formara un solo contingente de soldados, para así atacar al frente y a la retaguardia, mientras que Allende proponía que se dividiera en más de seis secciones para arremeter desde distintos puntos a las fuerzas militares de Calleja y así debilitarlos, pero Hidalgo se mantuvo firme en su propuesta, que al final se aprobaría y se llevaría a cabo como él lo demandaba. En las metalurgias pequeñas de Guadalajara se fundía el bronce, el cual era recolectado por el ejército insurgente al pasar por las haciendas.

La artillería procedía del puerto de San Blas, donde habían adquirido 44 cañones, durante el traslado, algunas monturas cureñas habían sido dañadas, las cuales servían para ensamblar los cañones. Esta encomienda estaba a cargo del ingeniero mayor de artilleros para fabricar piezas, quien también elaboraba cañones, los cuales sumaron 95 en total, junto con los que ya tenían. Félix María Calleja se iba acercando a Nueva Galicia. Algunas mujeres espías llegaban a los puestos militares de Calleja, con el pretexto de alimentar a las fuerzas armadas de la corona, y tratar de convencer con sus encantos a algunos soldados para que se cambiaran de bando; en ocasiones lograban su cometido y las que corrían con menos suerte eran denunciadas, arrestadas, torturadas y asesinadas por traición.

Clara se encontraba trabajando en el periódico, cuando vio entrar a la oficina de Francisco Severo Maldonado, director del Despertador Americano, a Ignacio Allende y José Gómez Villaseñor, gobernador

de la mitra, lo que en su momento no llamó para nada su atención, hasta que escuchó por accidente que querían deshacerse del cura envenenándolo, por los excesos y las ejecuciones que había ordenado en contra de algunos españoles. Sin embargo, la joven, al saber tremendo secreto, decidió callar. Ella observaba en su regreso a casa cómo llegaban cañones traídos de algunos lugares del Bajío, para ser instalados en la plaza principal. Las municiones eran cada vez más, pero nunca sería suficiente para la contienda que se estaba organizando. Rumores de que Félix María Calleja entraría con su ejército para tomar la ciudad, tenían inquieta a la sociedad y a los militares que custodiaban día y noche, aguardando un momento que no llegó.

Saliendo de la imprenta, Clara decidió ir a visitar a su hermana Esperanza, que estaba en el convento y a quien, por ser española, en cuestión de días, la deportarían a España. Se encontraban las dos sentadas alrededor del escritorio en la habitación de la monja. La luz cálida de la tarde entraba por una ventana que daba hacia el patio del convento, intentando calentar un poco el espacio entre las dos hermanas que se miraban fríamente.

—¿Tú sabes que voy a ser deportada? —Esperanza le comentó mientras servía café en las tazas de porcelana china.

—Sí, hermana y, créeme, lo lamento mucho.

—¿Ves lo que hace la gente a la que apoyas y que está en contra del rey? Y ahora tú, mi propia hermana, me deporta como si fuese un animal apestado. ¿Qué se podía esperar de alguien como tú? —Esperanza la miró mientras meneaba la cucharilla, después de haber vertido el terrón de azúcar a su taza.

—Te equivocas, yo no estoy en contra tuya, son disposiciones que se han tomado, por el bien de la insurgencia. Ya que termine,

mandaré por ti, te lo prometo —Clara le acariciaba la mano tratando de calmarla.

—No es verdad, te olvidarás de mí. Además, eso dices porque estás protegida por quienes manejan la imprenta, pero en cuanto el brigadier Calleja venza a tu gente, verás que tú también serás deportada, no, más bien encarcelada y torturada por rebelde y por española traidora, que no se te olvide. Oh, si mis padres vivieran se morirían de nuevo por tu traición, porque no solo estás traicionando a nuestra madre patria, sino a nuestra sangre, a nuestros padres que por culpa de esos mismos rebeldes se embarcaron y murieron encallados, tú te has de acordar.

—Entiendo que estés molesta conmigo y por la situación. No te pido que comprendas mis pensamientos, ni mi sentir ante tanta desigualdad, es claro que tú vives encerrada en un mundo paralelo del cual te es más cómodo opinar sin fundamento, y sin ningún esfuerzo por mirar a los que viven en carencia y desigualdad. Esa realidad que si bien a ti no te afecta por los privilegios de los cuales gozas, a muchos otros nos tiene sumidos en el estancamiento y en la pobreza.

—¿Privilegios? Bah, pero qué barbaridad, escucha lo que dices.

—Llámame rebelde, llámame como se te antoje, pero puedes estar segura que, si muero, moriré satisfecha de hacer un bien a los míos, porque yo soy parte de esta tierra que tanto me dio, aunque no me vio nacer, eso es cierto, pero vio nacer a mis hijos, me ha alimentado y me vio crecer, por lo tanto, estoy dispuesta a darle mi vida para que los dueños de esta tierra, los hijos del maíz, sean dignos de gobernarla junto con nosotros y no dejarla en manos de extraños, como los franceses —Clara se paró de la silla de inmediato para irse.

—Sí, lárgate, lárgate, apártate de mi vista. Desde este momento dejas de ser mi hermana, te desconozco, Clara Mendoza.

—Como gustes, aquí estaré siempre para ti, hermana, lamento que no nos comprendamos —Clara se acercó a Esperanza y le dio un beso en la cabeza, marchándose con el corazón destrozado.

—Que te marches ya, te lo he dicho —le gritó sacudiendo el cuerpo y quitándose el beso de la cabeza como si fuera una niña.



CANEK SE ENCONTRABA EN SU ESTUDIO revisando unos papeles, cuando entraron un muchacho y su criada Vicenta, discutiendo porque ella no lo dejaba pasar sin autorización.

—¿Qué sucede, Vicenta?

—Patrón, este muchacho malcriado entró por la fuerza, que disque quiere hablar con usted.

—Usted no me ha pagado, le hice el trabajito que me encargó y se me desapareció así nada más —reclamó el muchacho tambaleándose por lo alcoholizado que estaba.

Pamawari advirtió el alboroto y se acercó a la puerta, mientras iba acercándose escuchó:

—Usted me pidió que los compinches de Hidalgo apresaran al güerito y ya estuvo, se lo quité de encima, ahora págueme.

Pamawari no podía creer lo que acababa de escuchar. Su marido delatando a su mejor amigo de la infancia. Tenía que ser un error.

—Vicenta, déjenos solos, ni una palabra de esto a la señora, ¿me escuchó? —Canek le ordenó con aplomo.

—Sí, patrón, con su permiso —Vicenta cerró la puerta y no se dio cuenta que Pamawari se había escondido.

Canek, enfurecido por el atrevimiento del muchacho, lo agarró de los hombros y lo sentó.

—Escúchame bien, cabrón, te daré más dinero de lo que habíamos acordado, pero ni se te ocurra regresar o decir ni una sola palabra a mi esposa, o al gachupín, porque yo mismo, donde quiera que te encuentres, iré, te torturaré y te mataré con mis propias manos,

¿me escuchaste? —lo amenazó señalándolo con el dedo índice y mirándolo fijamente a los ojos.

—Sí, patrón, no se preocupe, pierda cuidado —temblaba y sudaba nervioso el muchacho, mirándolo con horror a la cara.

Pamawari, después de escuchar aquellas palabras tan ajenas a lo que creía de su marido, sintió un dolor muy fuerte en el estómago la paralizó y sólo miles de preguntas aparecían en su cabeza. ¿Por qué? ¿Acaso estaba con el ejército realista? ¿Acaso siempre lo estuvo? ¿Pero por qué apoyar a sus amigos y hasta a ella misma con la conjura? ¿Por qué casarse con ella? ¿Sería acaso para despistarlos? En ese justo momento recordó cuando eran niños, aquellas palabras del nagual que habían visitado en la comunidad indígena.

> "*Sé a qué vienen. Lo que observaron en el cielo se repite cada diez años, pero en esta ocasión será como lo que nuestros antepasados presenciaron hace trescientos años, una batalla está por desencadenarse. Sangre, muerte, hambre, cadenas. Nadie escapará al destino, unos cuantos lo lograrán, otros no. Ustedes son el mazo para romper las cadenas de sus pueblos, pero uno entre ustedes traicionará su sangre, romperá el juramento. Esa sangre mezclada entre los diferentes colores de piel se pudrirá y la señora muerte lo vendrá a buscar para rendir cuentas. Sálvense, salven a su pueblo de las bestias que siempre vivirán y nunca calmarán su sed y hambre de poder sin importar su color, solo cambiarán de rostro. El yugo impuesto y el crimen de sus padres es grande, ustedes han pagado por él, ¿cuánto más deben pagar? Despierten, hijos míos, escuchen la voz interior de su madre sabia que les hablará en sueños y los despertará cada equinoccio, esa voz los guiará a su verdadero destino*".

En ese entonces, y por la edad con la que contaba Pamawari, no entendía muy bien lo que el nagual quería decir, ahora era claro, pero aun así quedaba una duda. Llegó la hora de merendar, Pamawari estaba sumergida en sus pensamientos, mientras Canek le

hablaba eufórico del plan para atacar a las fuerzas militares de Calleja. Trataba de distraerse con la niña Refugio, dándole de comer y atendiendo en lo que ella demandase, con tal de no verle la cara. Canek, en la cena, no se había percatado de que su esposa actuaba de modo distante. Él bromeaba y se reía a carcajadas de las anécdotas que él mismo le contaba.

En casa de Itzel las cosas marchaban aparentemente bien. Santiago se recuperaba de las heridas recibidas. Pero no hablaba en absoluto al respecto, hecho que inquietaba a Itzel, quien, después de tanto preguntar, decidió callar, al no obtener ninguna información de lo ocurrido. Hablaban y soñaban con una vida juntos a futuro, Santiago no encontraba el momento para pedirle matrimonio. Mantenían la idea de que, aunque estuviesen en guerra, su amor lo vencería todo y la autonomía de la Nueva España se obtendría fácil, pero en ocasiones a Santiago le asaltaba la idea de llevarse a Itzel lejos, a otro país, pero sabía que ella nunca lo aceptaría. Las charlas eran eternas, disfrutaban ambos de su compañía, pero en cuanto Itzel mencionaba el nombre de Canek o Pamawari, Santiago cambiaba el tema y su rostro se volvía serio con cierta dureza que ella desconocía.



PEDRO ADVÍNDULA, ESPOSO DE GERTRUDIS BOCANEGRA, salía muy temprano todos los días con Mariano a los entrenamientos militares en la casa de la Caridad y Misericordia, pero no sin antes haber desayunado unas corundas michoacanas que Elisa preparaba con salsa, queso y crema, que tanto le gustaban a su esposo. Ella creía fielmente en la insurgencia, pero sentía temor por Mariano, quien estaba decidido a luchar con el contingente de Hidalgo, Allende y Abasolo. Deseaba acompañarlo, pero Hidalgo había sido firme en la disposición que había ordenado para las mujeres: "ninguna esposa, hija o madre debía acompañar a los hombres a la batalla que estaba por iniciarse en el Puente de Calderón".

El generalísimo había recibido noticias por parte de un mensajero, que las fuerzas militares realistas se estaban acercando a Guadalajara, así que el 14 de enero de 1811, partió su ejército muy temprano llevando consigo el armamento recopilado, así como suficientes víveres y el gran botín. El brigadier Calleja, por su parte, había interceptado un mensaje de Hidalgo dirigido al jefe de división, de apellido Marroquín, que vigilaba al contingente militar de la corona. Sabido esto, decidió marchar lo antes posible para encontrarse con el enemigo y dar comienzo a la batalla.

Canek, Mariano y Santiago, se despidieron de sus respectivas esposas, las cuales lloraron y los abrazaron aferrándose por un largo tiempo sin querer dejarlos ir, sin embargo, sabían que era su deber mandar a sus esposos a la guerra. Clara se quedó con Pamawari en su casa para hacerle compañía a ella y a su hija Refugio. Itzel y Elisa hicieron lo mismo, cuidarse entre ellas mientras sus hombres

regresaban. El camino real a Guadalajara era una tolvanera enorme. La gran multitud que acompañaba a sus líderes detrás de un estandarte de la Guadalupana, entonaba canciones de guerra y otras tantas religiosas con instrumentos musicales que portaban algunos de ellos. Esas melodías hacían olvidar a los marchantes que justo ese camino los conduciría a la muerte o a la libertad, y que sus vidas estaban marcadas por el destino, el cual dependía del papel que desempeñarían las fuerzas insurgentes contra su oponente.

El ejército de Hidalgo decidió descansar en La Laja, una población que quedaba a la mitad del camino, donde se precisaría el lugar exacto para la batalla. Ese espacio indicado fue el Puente de Calderón, elegido por Allende y Abasolo como estrategia militar por su ubicación. En la mañana del día 15 llegaron al puente del río Calderón, un lugar rodeado de llanuras con un río que pasaba entre ellos y en donde se había construido el puente hecho de canteras en el siglo XVII. Fue una ruta comercial muy importante que conectaba a la Ciudad de México con Nueva Galicia, un camino obligado por donde Calleja debería pasar con su ejército para llegar a invadir Guadalajara.

El paisaje era agreste, había muchos árboles sin hojas, cactus con abundantes pencas de nopal, pastos muy largos, zacate, matorrales y helechos secos, pareciese como si nunca lloviera en esa zona o como si el agua del río no fuese lo bastante abundante como para que las plantas se abastecieran de él. La tierra rojiza y piedras por doquier contrastaba con el suelo árido del terreno.

El barullo de la gran multitud, casi de cien mil hombres, se asemejaba al de un enjambre de abejas que no paraba de cimbrar en los oídos. Los noventa y cinco cañones de distintos calibres eran colocados sobre las cureñas en el cerro más alto, aquel que daba justo detrás del puente. La muchedumbre hacía parque militar y se instalaba en la zona izquierda de la llanura que era el camino real

hacia Guadalajara. El viento frío soplaba con fuerza. El río, que en realidad no era nada caudaloso ni muy profundo, servía de balneario para algunos hombres de los regimientos de infantería de Celaya, Guanajuato, Guadalajara y Valladolid, los cuales, cansados de caminar y excitados por la próxima contienda, se divertían y les daban de tomar y comer a sus 20.000 caballos. Los 7.000 indios flecheros venían desde Colotlán, les aguardaban algo de comida caliente, que el mismo ejército compartía con los civiles establecidos en sus campamentos.

Santiago, Mariano y Canek ayudaban a los demás soldados con la revisión, recarga de los fusiles y las municiones, así como la colocación de los cañones en la loma. Había dos muchachos delgados y frágiles que llevaban comida a los soldados, se veían un tanto femeninos y Canek se burlaba de ellos.

—Esos muchachos no llegarán ni al primer enfrentamiento, cuánto apuestan a que caerán como moscas en la miel.

—No los molestes, Canek, mucho hacen en estar aquí, ya que otros se quedaron en la ciudad alegando enfermedad y desertando de la lucha —expresó Mariano mientras pulía las armas. Santiago no comentó nada.

—Y bueno, ¿a ti qué te pasa?, ¿te comieron la lengua los ratones, o Itzel se puso de malas porque vinieras a la lucha? —Mariano le cuestionó a Santiago mientras reía.

Santiago miraba de reojo a Canek, mientras escuchaba el reclamo.

—Déjalo, está nervioso por el enfrentamiento, quizá tenga dudas acerca de su postura política, ¿no es así, gachupín? —Canek comentó sarcástico.

—Quizá el que tenga dudas sea otro, como tú, Canek, ¿o me equivoco? —Santiago apretó su quijada.

—¿A qué te refieres? No te andes por las ramas y suelta lo que tengas que decir.

—¿Estás seguro de eso, traidor? Levántate, cobarde —Santiago le gritó a la cara soltando las municiones al piso y con los puños cerrados en son de pelea contra Canek.

—Señores, no perdamos la cordura, debemos mantenernos en calma, mañana lucharemos contra el enemigo y debemos estar íntegros para el gran ataque —Mariano trataba de separarlos, pero los dos muchachos, con coraje, se aventaban levantando polvo a su alrededor.

Los hombres, que se encontraban cercanos a ellos, veían como los muchachos se comenzaban a golpear y formaron un círculo alrededor de ellos, animándolos a continuar. Los dos chicos frágiles se acercaron para ver qué sucedía y trataron de separarlos. Santiago y Canek, al escuchar sus voces familiares, hicieron un alto y los miraron a los ojos, eran Itzel y Elisa disfrazadas de hombres, quienes se habían cortado el cabello y puesto bigotes postizos para pasar desapercibidas. Mariano, al reconocer a su mujer, la tomó por el brazo y la llevó a un lugar donde no los escucharan otras personas para no delatarla.

—¿Qué hacen aquí? Y además vestidas de chamacos. Elisa, están locas, ¿acaso van a luchar ustedes contra los militares de Calleja?, ¿no ves que las pueden matar y Dios sabe qué más cosas?, ¿no tienes temor de Dios, mujer? Me has desobedecido y eso no lo voy a permitir. ¿Me escuchaste? —Mariano intentaba no levantar la voz a pesar de lo encolerizado que se encontraba.

—Quiero luchar por mi libertad, no podía quedarme de brazos cruzados mientras mi marido se juega la vida, y yo en la casa descansando haciendo adobes. No, Mariano, yo lucharé contigo hasta el final, pase lo que pase.

—Qué testaruda eres, mujer, si aquí se enteran que has desobedecido las órdenes de Hidalgo te pueden arrestar. Mi deber es protegerte, entonces escucha bien lo que vamos a hacer, te quedarás todo el tiempo a mi lado y nos mantendremos alejados del conflicto, en la retaguardia del Amo Torres, lo más alejado posible de las líneas de ataque, no te quiero exponer y espero que esta vez sí me obedezcas, ¿está claro?

—¿Y sin luchar? No, a eso no es que vinimos, Mariano.

—¿Está claro?

—Sí, está bien, Mariano.

Santiago, de igual manera, le reclamaba a Itzel su atrevimiento de haber llegado al campamento sin su consentimiento, y ella, de que él peleara con Canek.

—¿Qué te sucede, Santiago? Desde que te arrestaron estás muy extraño, me vas a decir de una buena vez qué te sucede, ¿por qué tratas así a nuestro amigo?

—Ese, al que tú llamas amigo es quien me traicionó, hizo creer a los insurgentes que yo era un español traidor y que estaba a favor de la corona. Por él estuve a punto de ser fusilado en Barranquitas, por él me torturaron mientras estuve encarcelado y por él mis bienes han sido confiscados.

—No te creo, él es nuestro amigo desde siempre, qué ganaría con mentir y culparte. Has de estar confundido, quizá alguien le está tendiendo una trampa y le están levantando falsos —el rostro de Itzel se palidecía de incredulidad, mientras lo miraba a los ojos y se alejaba de él.

—Escúchame, te lo ruego, no te vayas, créeme lo que te digo, Pamawari lo sabe, ella misma me lo confirmó antes de venir, que quien me vendió fue el mismo hombre que llegó a su casa a cobrarle

a Canek la encomienda, al poco tiempo de habernos regresado a tu casa Itzel.

—¿Y por qué ella no me comentó nada?, ¿qué ganaría con ocultármelo?

—Porque ella misma, después de la lucha, lo iba a confrontar, y sabía que si te decía le reclamarías a él de inmediato.

—¿Y qué sugieres que hagamos ahora?

—Que no le reclamemos nada, esperemos a que esto termine y después veremos cómo proceder contra él. —Itzel miraba con tristeza y de lejos a su amigo.

En Guadalajara, Clara y Pamawari veían cómo iban en aumento los saqueos de los hombres desertores que se quedaron en la ciudad. Los abusos contra las mujeres que permanecieron solas en la ciudad, mientras sus hombres salieron a luchar con el ejército de Hidalgo, eran cada vez más frecuentes, así como más violentos. Las mujeres tomaban medidas para bloquear las puertas de entrada y las ventanas, para protegerse. Clara temía por la integridad de sus hijos, que vivían solos al cuidado de sus nanas. Decidió aprovechar la inestabilidad de la ciudad para ir por ellos. Al llegar se encontró con la puerta de ingreso abierta, lo cual la puso en alerta y entró corriendo para buscarlos.

La casa había sido saqueada, en su interior no se encontraba nadie, los sirvientes se habían ido, la casa era un desastre. Buscó en cada rincón para ver si los niños se habían escondido en algún lugar, pero no tuvo suerte, pensó lo peor, quizá se los habían llevado los desertores. Salió de la casa desilusionada y con dolor en el estómago, comenzó a recorrer las callejuelas aledañas gritando cada uno de sus nombres, hasta que en una plaza los encontró a los tres sentados en el suelo pidiendo comida a quien pasara frente a ellos. Corrió, los abrazó, los llenó de besos con lágrimas y dio gracias de

que se encontrasen bien. Los niños, felices con su madre, gritaban y brincaban contentos alrededor de ella.

Los llevó a casa de Pamawari, donde les dieron de comer, los bañaron y les quitaron las ropas andrajosas de los días que tenían viviendo en la calle, después fueron a la cama. Les leyó un cuento hasta que se quedaron profundamente dormidos en su regazo y ella durmió contenta dando gracias a Dios por que se encontraban a su lado de nuevo y con bien, no quería separarse de ellos nunca más. Sintió en ese momento que su calvario al fin había finalizado. Pamawari buscaba la manera de mantenerse distraída, tanto por la incertidumbre de la guerra, como por la traición de su esposo que la había dejado devastada. Lo único que la mantenía alegre era su hija Refugio.



LLEGÓ EL DÍA EN QUE SE ENFRENTARÍAN los ejércitos de Calleja y el de Hidalgo. El general realista, al arribar, vio sobre la colina agreste el gran número de militares insurgentes que lo superaba en demasía. Por un momento lo invadió el miedo, porque solo contaba con 6.000 hombres, y aunque sabía que tenían mejor preparación militar, muy en el fondo él auguraba una probable masacre para su gente. Decidió establecerse y hacer parque en una colina hacia el sur del puente, de frente al contingente rebelde, con la intención de pasar ahí la noche, misteriosamente los rebeldes lo permitieron y no los atacaron. Hidalgo mandó colocar los cañones en lo más alto de la loma. La gran visibilidad con la que contaba el ejército de Hidalgo le daba una ventaja sobre Calleja.

La noche estaba más oscura que nunca. La barranca impedía que la luz de la luna y las estrellas alumbraran un poco los rostros de la muchedumbre. Las fogatas emitían poca luz e intentaban calentar los ánimos de los presentes. El frío calaba hasta los huesos, quizá por el nerviosismo de lo que acontecería, más que por el viento que soplaba intermitentemente. Itzel y Elisa no podían acurrucarse junto a los cuerpos de sus esposos para evitar el frío, ya que continuaban con sus disfraces de varones, pero se mantenían calientes con sus sarapes y al lado de la fogata atizando el fuego intentando que no se apagase mientras muchos procuraban dormir.

Al día siguiente, con ambos bandos colocados en sus posiciones, Itzel miraba a Elisa que se encontraba a su lado, ubicadas en la retaguardia del Amo Torres, si algo salía mal saldrían huyendo, como les habían indicado sus parejas. Canek, junto con Pedro Advíndula, pelearían con la caballería, Santiago y Mariano en la artillería. Ellos

habían recibido un entrenamiento previo para utilizar los cañones por parte de los militares de Allende. Comenzó el ataque. El primer movimiento fue por parte de Calleja.

—Elisa, ¿qué pasa? —preguntó Itzel desconcertada, por los estruendos que comenzaron a escucharse a lo lejos.

—Ya comenzó, prepárate.

Las dos mujeres portaban fusiles, un cuchillo, hondas y piedras, para defenderse si fuese necesario. Los cañonazos retumbaban en sus oídos y en sus pechos, uno tras otro. Hidalgo, Allende y Abasolo miraban el enfrentamiento desde una loma a las faldas de la barranca, un lugar estratégico para controlar y observar el desarrollo de la batalla.

La columna de granaderos de Hidalgo comenzó a lanzar granadas por doquier y los realistas contestaban a los ataques. El caos invadió el campo de batalla, los cuerpos de los combatientes comenzaban a caer uno tras otro, víctimas de las balas y los cuchillazos que violentaban sus cuerpos. Las horas de lucha pasaban hasta que una granada cayó en un carro de municiones de los rebeldes, incendiando rápido el campo, hecho que marcó el destino de la batalla. El fuego debido a lo árido del terreno comenzó a incendiar el zacate como combustible y la gran loma empezó a arder sin piedad quemando a muchos de los hombres en batalla, que como bolas de fuego intentaban apagarse corriendo o arrojándose a los pastizales.

La humareda impedía a los insurgentes contraatacar, por lo que muchos soldados comenzaron a caer muertos o muy malheridos. La llanura ardía en fuego. Los cañones fueron abandonados y los realistas los tomaron para continuar el ataque. Muchos de los insurgentes, al verse rebasados por el fuego y el ejército realista, comenzaron a abandonar sus puestos de batalla y huían de la lucha por varios caminos. Dentro del caos, Elisa e Itzel, preocupadas al ver

que la gente estaba huyendo del campo de batalla, corrieron para ir en busca de sus parejas hacia donde estaban los militares de Calleja, los cuales, a su paso, mataban y capturaban al enemigo, por lo que Itzel, en un descuido, fue tomada de los cabellos y apresada en una celda junto a los demás detenidos. Elisa logró correr y esconderse detrás de unos matorrales con el corazón en la garganta; miraba desde su posición como encarcelaban a su amiga y de inmediato, con las piernas presas por el miedo, fue en busca de su esposo para tratar de ayudarla.

Álvarez del Corral se encontraba muy cerca de donde Itzel había sido capturada. Caminó junto a las celdas e inmediato reconoció el rostro delicado de la joven; sonrió para sus adentros por verla ahí, indefensa y vestida de hombre. Mandó que abrieran la celda y ordenó algunos de sus soldados atarla y subirla a un caballo a punta de pistola para llevarla a otro lugar lejos de ahí, ya que la guerra se estaba extinguiendo y el ejército de Calleja había quedado como vencedor. Elisa, al fin, encontró a Mariano, le contó lo que le había pasado a su amiga y fueron en busca de Santiago para rescatar a Itzel. Canek, por su parte, fue apresado por el ejército realista y Pedro Advíndula, esposo de Gertrudis, murió en combate.

—A sus pies, caballero, o más bien debo decir Guadalupe Itzel —Álvarez del Corral le hizo una reverencia burlesca a Itzel.

Se encontraban en un despoblado ya lejos del lugar de batalla, con tres soldados más y sus respectivos caballos.

—El destino vuelve a reunirnos, ¿no lo cree así? Usted me debe algo, o mejor dicho mucho —Itzel se encontraba atada a un árbol y amordazada mientras él le recriminaba.

—La última vez fue un encuentro muy desafortunado, que me valió mi puesto como oidor y mis bienes, los cuales fueron confiscados por culpa de esos rebeldes a los que tú y tu amiga negra ayudaron

desde que trabajaban para mí. Pero hoy es un gran día, mira cómo los hemos vencido, mira cómo te tengo ahora aquí a mi merced, indefensa como una vil rata de campo —una carcajada maliciosa salió de su garganta rompiendo el silencio del campo abierto, al mismo tiempo que el cuchillo que traía en la mano iba recorriendo el cuerpo de Itzel hasta llegar a sus muslos y más arriba de ellos, con destino a las temblorosas ingles de la joven.

—Mírame, puta de mierda, mírame, te lo ordeno —le gritó a la cara mientras le agarraba el mentón con violencia.

—Puedo hacer contigo lo que se me venga en gana, y nadie, absolutamente nadie lo sabrá, nadie te buscará, nadie sabrá de ti, no eres nada. Ahora bien, déjame pensar en tu destino, ¿qué te mereces después del daño que me has causado? Creo que primero nos divertiremos contigo, después tu cuerpo sufrirá una muerte lenta, muy lenta, que disfrutaré de aquella sangre que emanará de las heridas que te propiciaré sin piedad, para después bebérmela, y más tarde tirar tu cuerpo al río o dejarlo aquí para que sea alimento de buitres.

Itzel, agotada de luchar contra las ataduras, no hacía más que agachar la cabeza y dejarse sostener por ellas. El sudor frío del miedo recorría su piel canela, y sus ojos inyectados de cólera no hacían más que, de vez en cuando, mirar a su antiguo depredador. Estaba cansada de luchar, agotada de intentarlo y no ver alguna salida, lo único que le quedaba era que alguien, algún insurgente o grupo de rebeldes desfilarán por causalidad y fuera rescatada por ellos. Pasaban las horas después de haber sido raptada. La guerra se había terminado a eso de las cuatro de la tarde y ya comenzaba a anochecer. El grupo de soldados prendió una fogata para evitar el frío.

—Mi señor, ¿ahora qué procederá?, ¿cuál es el siguiente plan y qué haremos con la traidora? —el soldado se acercaba lujurioso a ella y

le tocaba los senos con ambas manos.

—Desátenla del árbol, vuelvan a atar sus manos a la espalda y cuando terminen, tráiganmela hasta aquí —Álvarez del Corral se encontraba sobre una piedra grande limpiando su fusil.

—Quítenle la mordaza.

Itzel, al tener la boca descubierta, le escupió en la cara.

—Lo rebelde jamás se te ha quitado, mi niña, pero ahora verás los castigos que te esperan. Te haré pagar cada uno de tus atrevimientos —Álvarez del Coral se limpió la cara con un pañuelo que sacó del bolsillo de su casaca y rio malicioso. Miró el anillo que utilizaba de sello, que portaba en el dedo anular, y lo colocó cerca del fuego evitando que este se derritiese.

—¡Sosténganla, hostia! —gritaba a sus compinches.

Y con una violencia maquiavélica marcó el rostro de Itzel con el anillo. El grito de Itzel inundó el valle árido y desolado. El oidor volvió a repetir la misma acción, pero ahora en el seno izquierdo, rasgando su camisa. Le quitaron los pantalones y la marcó también en la ingle, finalizando en ambos glúteos.

—Esto es para que aprendas que conmigo no se juega y que con estas marcas eres y serás mía, en este mundo y en el que te deparará. Eres y seguirás siendo mía como un animal marcado, como una res.

—Estúpido que es usted, no ve que, si me mata esas marcas lo culpabilizarán directamente a usted, lo señalarán culpable de mi asesinato o de mi violación o de cualquier cosa que me suceda —le gritó a la cara con el rostro empapado en lágrimas y con la garganta desgarrada.

—No, no soy estúpido, más bien tú no sabes con quién estás hablando niñata, yo soy intocable entiéndelo, estoy y estaré siempre por encima de ti y de cualquiera. Escúchalo bien, yo soy el oidor de

la Nueva España y trabajo para el rey, quien me delate o trate de levantarme falsas acusaciones, terminará en el calabozo, no le creerán, vale más mi palabra que la de un criollo, mulato, indio, es más, hasta de un mismísimo español. Puedo hacer lo que se me antoje sin que nadie me toque —le agarraba el rostro mirándola a los ojos.

Comenzó a desnudarla con la ayuda de los otros soldados, rompiéndole las ropas con un cuchillo. La aventó a la tierra bocarriba y comenzó a tocarla e intentaba abrir sus piernas para penetrarla a la fuerza, pero ella se resistía lanzándole patadas como podía. Los otros hombres se acercaron para detenerla, para que el oidor pudiera fácil realizar tal aberración. Pero como no pudieron con ella, optaron por golpearla en la cara y darle patadas en los costados, lastimándole algunas costillas. Su cuerpo comenzaba a sangrar por las heridas y amoratarse por los golpes. Itzel se desmayó. Después de que Álvarez del Corral terminó de violarla, continuaron los demás.



LOS REALISTAS HABÍAN TOMADO LA CIUDAD. Una mañana tocaron a la puerta. La nana Vicenta abrió, se trataba de un militar de alto rango, lo sabía por la cantidad de medallas que exhibía en la casaca que portaba. El hombre exigió entrar, traía una orden para llevarse a los hijos de Clara. Vicenta lo vio de arriba abajo asustada y corrió gritándole a Clara para advertirle. Clara salió a su encuentro preocupada por los gritos y miró la figura conocida de aquel hombre quien se encontraba ahí de pie, en dirección hacia el umbral de la puerta del recibidor. La joven sintió que su cuerpo comenzaba a perder fuerza y supo en su interior que todo había terminado, él la había vencido, se llevaría a sus hijos.

—He venido por ti y por mis hijos. Si no obedeces, Clara, esta orden de arresto en contra tuya la haré efectiva y sin miramientos, ¿me has entendido? Y nunca, óyelo bien, nunca volverás a ver a tus hijos.

Juan Alfonso la miraba con tal desprecio que ella sabía muy bien lo que le depararía a su lado, un futuro de maltratos y golpes, así como embarazos año con año, hasta satisfacer la virilidad del padre de sus hijos, pero no podía estar más tiempo alejada de sus hijos, eso tampoco era vida para ella.

Sentía en sus adentros que quizá no había nacido para ser madre, que no tuvo elección alguna para decidir qué vida podía llevar, solo tenía la opción de crecer, aprender las labores de la casa, unos cuantos estudios y casarse, no más, pero nunca lo decía por el miedo a ser juzgada y no por los hombres, sino por las mismas mujeres. Sin embargo, ahora era pobre, una Mendoza pobre que solo le quedaban los recuerdos de gloria y el apellido, pero

autosuficiente en el periódico y gracias a ella, solo a ella. Sentía que tenía un trabajo que le llenaba su soledad y su tristeza, el cual la hacía sentirse importante. Regresar con su exesposo significaría abandonar su libertad, esa libertad que la hacía por momentos feliz. Pero también amaba a sus hijos y no deseaba que ellos crecieran sin una madre que no pudiera velar por ellos y los protegiera de ese hombre que, como padre, en ocasiones, era muy bueno, pero como esposo era el peor.

—Me iré contigo, Juan Alfonso, ahora vuelvo con los niños y nuestras cosas. Solo contéstame una cosa, ¿cómo supiste dónde encontrarme?

—Tu hermana Esperanza me dijo que estabas aquí, ella desea que regreses a la institución del sagrado matrimonio.

—No me extraña, no esperaba menos de ella —le contestó triste y con la mirada perdida.

Pamawari no daba crédito a lo que había escuchado y fue por un fusil que tenía para defenderse.

—¡Largo, sal de mi casa ahora! No te los puedes llevar, ellos viven aquí en mi casa y no te lo permitiré, ¿me escuchaste? Lárgate, cabrón, lárgate o te dispararé y créeme que no dudaré en hacerlo —sostenía el arma nerviosa y las manos le temblaban sin cesar.

Los niños gritaban y lloraban.

—¡Papá! No, Pamawari, no le hagas daño, por favor.

Clara, triste, se acercó a su amiga y le bajó el arma.

—Se acabó, querida, se acabó. Me iré con él, por el bien de mis hijos.

Clara tomó a sus hijos y subió a la carroza del militar, mientras Vicenta, llorando, acomodaba sus cosas en el coche. Los niños y Clara nunca se asomaron por la ventanilla para despedirse de

Pamawari, Refugio, ni de Vicenta, el dolor no se lo permitió. Pamawari vio como el carruaje se iba alejando, y se quedó observándolo hasta que no lo vio más.



ELISA, MARIANO Y SANTIAGO RECORRIERON los alrededores a caballo, junto con algunos otros insurgentes, en busca de Itzel. Los tres tenían heridas en su cuerpo, pero la adrenalina y el miedo los anestesiaban de tan solo pensar que algo muy malo le estuviese ocurriendo a su amiga.

A su paso se encontraban insurgentes que huían de los realistas. Les preguntaron por el paradero de Itzel, pero nadie les daba razón. Hasta que un muchacho, dos días después de su desaparición, logró decirles más o menos el camino por donde había visto pasar a los soldados y al oidor Álvarez del Corral con la joven. Dándose prisa, galoparon lo más rápido que pudieron en su búsqueda. En un claro del valle, a lo lejos, Elisa observó lo que había sido un campamento, una fogata ya apagada y un bulto en el piso.

—Ahí, miren ahí —señalaba nerviosa.

Galoparon hasta el lugar. Era Itzel desnuda, casi irreconocible por los golpes y la sangre que emanaba de su cuerpo, más por la entrepierna. Santiago brincó del caballo y llorando, con un grito desgarrador, la abrazó y gritaba:

—¿Por qué, por qué?, no tú, mi niña, ¿por qué?, no tú.

Su cuerpo estaba helado, sus labios morados y con costras en ellos. Elisa tapó su cuerpo con un sarape. Mariano intentó tomarle el pulso.

—¡Está viva! Aún está viva, démosle agua con cuidado.

Itzel lento abrió los ojos e intentó hablar.

—Sh, no digas nada, mi amor, aquí estoy —le decía Santiago llorando y tratando de darle calor con su cuerpo.

—Esos hijos de puta, te juro por lo más sagrado que me vengaré, lo juro —Santiago enfurecido le decía a su amada.

—Santiago, no es el momento —Elisa le reclamaba triste, llorando.

—Mariano, prende la fogata rápido, por favor —le ordenó Elisa y le llevó un poco de comida a su amiga, comida que no pudo probar.

Itzel trataba de decir algo, pero hablaba tan bajito que no se le entendía. Santiago acercó su oído y la escuchó.

—Déjenme aquí, quiero morir en este lugar.

—No, mi niña, te repondrás pronto, ya verás, nos iremos a casa y viviremos juntos como te lo prometí. Eres la mujer de mi vida, no me dejes solo, te lo ruego —la besaba en la frente y le acariciaba la mejilla.

—No, déjame, este nunca ha sido mi lugar, mi propia tierra es ajena a mí, nada cambiará —pasó saliva con dificultad.

—Sh, no hables más, no es bueno que hagas esfuerzos. Ya verás, te recuperarás muy pronto.

—Iré al pueblo más cercano en busca de un boticario, ustedes quédense con ella y traten de moverla lo menos posible. Elisa, limpia sus heridas para que no se infecten. Regreso lo más pronto posible —indicó Mariano preocupado montándose en el caballo.

—Sí, Mariano, con mucho cuidado, que Dios te bendiga —Elisa hizo la señal de la cruz desde lejos.

—¡Mariano! Esto lo vas a necesitar —le dijo Santiago aventándole una navaja a pesar de que sabía que iba bien armado.

—Volveré pronto.

Mariano regresó con el boticario, a quien tuvo que convencer con dinero y apuntándole en la sien ya que se rehusaba a salir de casa y prestarle una carroza. El viento soplaba con mayor fuerza, reduciendo las llamas de la fogata a cenizas. El boticario revisó a

Itzel, le puso ungüentos, vendajes en las costillas, y le dio de beber ciertas pócimas para ayudarla a sanar.

—Estará bien, sufrió contusiones muy delicadas, sobre todo en las costillas, pero al parecer no están rotas. Necesitaré revisarla mejor en mi botica, ya que este lugar no es apto para una paciente así, debemos trasladarla de inmediato al poblado más cercano.

Subieron a Itzel a la carroza con mucho cuidado, ya estaba amaneciendo. Durante el viaje, Elisa no dejaba de pensar, enojada y triste, en lo que le hizo Álvarez del Corral, cuando, de repente, el vehículo se detuvo.

—¿Por qué nos detenemos, hay algún problema? —preguntó Santiago al cochero, cargando su arma.

Al no obtener respuesta, salió del carruaje junto a Mariano y miraron el horror que se encontraba frente a ellos. Cuatro cuerpos colgados sobre las ramas de un árbol se balanceaban mientras las aves de rapiña hacían su función. Las cuencas de los ojos ya estaban vacías, con sangre seca alrededor. Los cuervos continuaban picoteando. Uno de los colgados tenía los pantalones abajo, igual de ensangrentados, así como sus entrepiernas. Para asombro de Santiago y de Mariano, así como del boticario y el cochero, al observar bien, se dieron cuenta que el hombre había sido castrado y sus genitales habían sido colocados en su boca. De repente, se escuchó el grito aterrorizado de Elisa, que al bajar del coche vio con horror el espectáculo y de inmediato reconoció a los hombres ahí colgados.

—Es Álvarez del Corral —lo señaló con una mano y con la otra se cubrió su boca por el asco que le daba—. Y ellos son sus soldados, los que raptaron a Itzel.

—La justicia divina cobró venganza —comentó Mariano indignado.

—Seguro los encargados fueron algunos insurgentes que se los encontraron a su paso —dijo Santiago.

Santiago, enfurecido, corrió hacía los cuerpos y trató de bajar el de Álvarez del Corral. Quería seguir destrozando su cuerpo mutilado y putrefacto con sus propias manos, quería cobrar venganza. No paraba de llorar y gritar blasfemias, en contra de ellos y de su Dios mismo. Los demás hombres que venían con él trataron de detenerlo, pero la fuerza del enojo era más fuerte que la de los hombres que lo intentaban contener. Terminaron soltándolo y permitiéndole que se desahogara contra los cadáveres.

Llegaron a casa de Itzel. Santiago cuidaba de ella con mucho amor y paciencia. Intentaba que ella olvidara lo sucedido, pero sabía que no era tarea fácil.



CANEK ESTABA PRESO EN EL COLEGIO DE SAN JUAN, que una vez sirvió de cárcel para los españoles capturados por los insurgentes. Había sido torturado por traición en manos de los realistas, su espalda estaba abierta y ensangrentada por las heridas que le habían dejado los azotes.

—¡Confiesa, indio! Confiesa quiénes son los otros traidores con los que te aliaste o mataremos a tu esposa y a tu hija, sabemos dónde vives —le gritaban mientras lo ataban a una mesa desnudo y bocarriba.

—Quiero nombres, y que sean verdaderos porque de lo contrario te irá peor, ¿entendiste?

Canek ya había traicionado a Santiago con el ejército insurgente, para demostrar su lealtad y ganarse un puesto político si ganaba Hidalgo la guerra y lograba la autonomía; no le quedaba más remedio que volver a traicionar a sus amigos, pero ahora con el enemigo, para proteger a su familia. Canek era un hombre con grandes carencias en la infancia y tras la muerte trágica de sus padres, estaba deseoso de poder y venganza, sabía que sus estudios lo ayudarían a lograr un puesto importante en el gobierno, fuese cual fuese el bando y el precio. El poder era su alimento y durante mucho tiempo escondió sus verdaderas intenciones.

—Hablaré —dijo, ahogado entre dolor y odio.

Canek regresó a su casa un día por la noche. Los realistas lo soltaron después de que delatase a sus amigos. Pamawari se encontraba en la cocina preparando la papilla de Refugio, cuando él entró a la cocina de puntillas sin hacer ruido. Ella sintió el cuerpo de

su esposo que la rodeaba con un abrazo fuerte. Estaban solos, Vicenta había ido en esos días a visitar a su familia, que se encontraban en desgracia por la guerra.

—¿Quién eres? —preguntó ella apartándolo de su lado con mirada de asco y desaprobación.

—¿Cómo que quién soy, mujer? —soltó una carcajada de extrañeza y le hizo unos cariños a su hija.

—Lo sé todo, Pedro Canek. Y no te atrevas a mentirme de nuevo.

—Mujer...—De golpe, Pamawari lo interrumpió.

—No, ahora me escucharás. ¿También a mí me vas a delatar? Porque yo también soy conspiradora, ¿lo recuerdas? Anda, llévame con los realistas, que me hagan lo que a ti te han hecho, es más, que me saquen las entrañas de una vez, pero espero que tu hija sí te importe un poco, ¿porque sabes lo que le pasará? La llevarán a la casa de la Caridad y Misericordia, ahí crecerá sin sus padres, en la miseria, y Dios sabe qué cosas le harían en ese lugar, ese será su futuro, ¿eso quieres para nosotras? —Pamawari temblaba de enojo y frustración.

—Yo nunca delaté a nadie, lo sabes, y nunca lo haría, mucho menos a ti.

—El colmo del cinismo. ¿Cómo puedes seguir sosteniendo tus mentiras en mi cara? Si yo misma te escuché cuando vino ese muchacho a cobrarte, a mí no me puedes engañar más. Tú estás para protegernos tanto a tu hija como a mí y no lo estás haciendo, nos estás exponiendo y eso no lo voy a permitir, ¿me escuchaste? Y sabrá Dios en qué más te has mentido. Yo deposité mi confianza en ti y nos has traicionado.

—Pamawari, déjame explicarte, te lo ruego, ustedes son lo único que tengo.

—No. Quiero que te vayas ahora, vete. Y no regreses nunca, me das asco, me escuchaste, asco.

—¿Y qué vas a hacer tú sola?

—Trabajar, como siempre lo he hecho. —Refugio lloraba cada vez más fuerte y sin parar.

La discusión estaba saliéndose de control, ambos gritaban más. Pamawari, por la desesperación de que él no la escuchaba, corrió a su habitación y comenzó a empacar las cosas de su esposo, pero Canek, por el miedo de perderla, la tomó de los hombros sacudiéndola y le gritaba para que se calmara, pero ella con fuerza intentaba zafarse sin lograrlo, hasta que él la arrojó a la cama, se subió sobre ella y con sus manos comenzó a apretar su cuello, como desconectado de lo que estaba haciendo.

Ella intentaba quitárselo de encima, le empujaba la cara, los brazos, pero era inútil. Sus hermosos cabellos chinos se habían salido de su recogido, la cara y sus labios se tornaban morados y lo miraba con horror. Su vida a lado de Canek pasaba en su mente como imágenes sin sentido, desordenadas y veloces, hasta el desaparecer de su aliento. El brillo de sus ojos se apagó, dejando un gran silencio en la casa y en la vida futura de su hija. Canek, con horror, volvió en sí, reaccionó ante lo que acababa de hacer. Lloró desconsolado y abrazó el cuerpo sin vida de su mujer:

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho, Dios mío? ¿Pero qué he hecho?

La guerra y su vida tormentosa lo llevaron a la locura. Al verse responsable de la muerte de Pamawari, decidió huir de Guadalajara junto con su hija, viviendo como prófugos de la justicia. El cuerpo sin vida de Pamawari fue encontrado sobre su cama varios días después.



ITZEL HABÍA PASADO DOS SEMANAS EN CAMA, no quería desprenderse de las sábanas que le daban un poco de tranquilidad. Mal comía, mal se aseaba y volvía a tumbarse en el colchón maltrecho que ya había tomado la forma de su cuerpo adolorido.

Su habitación se encontraba en un completo caos. Santiago entraba sólo cuando ella se lo permitía para ordenar y limpiar un poco.

—Cariño, te he traído algo de comer. —Le decía mientras corría las cortinas de muselina.

—No me apetece, gracias. —contestaba al momento de incorporarse en la cama y se pasaba la mano sobre sus cabellos alborotados.

—¡Pero tienes que comer algo! anoche no merendaste y por la mañana mal le diste una mordida a la manzana y otra al pan dulce que te traje. Por Dios Itzel, ¿hasta cuándo vas a continuar así?

—No me digas nada, no tengo fuerzas para discutir. —Se volvió acostar y está vez se tapó todo el cuerpo con la sábana. —¡Vete! Déjame sola.

—Por supuesto que no. Anda, vístete y vamos a dar una vuelta a la plaza, al quiosco que está lleno de gente.

—Qué no quiero, déjame en paz, vete, te digo.

—¿Entonces qué quieres qué haga?

—Nada. No tienes que hacer nada.

Santiago comenzó a exasperarse. Caminaba de un lado a otro frotándose el mentón y luego la cabeza.

—¿Es por Pamawari que estás así? ¿qué puedo hacer para aliviar tu dolor? —la miraba con compasión y preocupación al tiempo que se acercaba y se sentaba en la cama junto a ella.

—¿Sabes?, cuando mis padres murieron, no creí sufrir otro dolor tan grande como ese, pero esta vez es distinto, no perdí a una conocida o a una amiga cualquiera, perdí a mi mejor amiga, a mi hermana del alma y mi mejor amigo, mi hermano, con quien crecí desde niña, con quien compartí mi cultura, mis raíces y tantas cosas que pasamos juntos para apoyar la insurgencia, me traicionó, la engañó a ella, la mató.—decía entre sollozos —Me quiero morir, ¿puedes entender eso?, no quiero vivir más. Me arrancó la vida también a mí, estoy muerta en vida.

—Sé que es muy reciente y entiendo tu sentir, comprendo que Canek no tiene perdón de Dios, pero no dejes que también te lo haga a ti, que ahora te mate a ti también, que nos lo haga a nosotros que apenas estamos por comenzar una vida juntos, cariño. —Santiago le expresaba su emoción con desesperación —tenemos todavía mucho porque luchar, recuerda que Elisa y Mariano siguen encarcelados, tenemos que ayudarlos a ellos de alguna manera, no podemos dejar nuestros planes de la insurgencia tampoco, Pamawari no querría eso, ella, si estuviera aquí ya te hubiera levantado de la cama y te hubiera hecho unos chilaquiles muy picosos como te gustan —y rió con un llanto ahogado que inundaba sus ojos inyectados de dolor.

Santiago logró que Itzel riera un poco y ella lo miró con ternura.

—¡Ay mi Pamawari, tan ricos que le quedaban! —y lloraba de nuevo al recordar a su amiga. —Pero no puedo, mi alma está destrozada, no tengo ánimos de vivir.

—¿Ni por mí?, ¿ni por la niña Refugio que ha de estar en algún lado con ese criminal? Anda, vamos a buscarla y hagamos justicia a su madre.

—¿Pero si no la encontramos?

—Por lo menos hicimos el intento, y que la lucha por la libertad de nuestro país sea nuestro motor para vivir. Vayamos con Morelos, que ya está preparándolo todo para continuar con la lucha.

—¿Harías eso por mí?

—Eso y todo lo que tu corazón desee, con tal de verte sonreír de nuevo. —la tomó de las manos mirándola a los ojos— Sé que es muy doloroso por lo que estamos pasando, pero recuerda que Pamawari hubiese querido que continuaras con la lucha, porque ella también peleó hasta su último aliento.

Itzel se hincó en la cama y lo abrazó llenándolo de besos, al mismo tiempo que las lágrimas bañaban sus rostros. Ese momento fue decisivo para que ella reflexionara y tomara más fuerza. Al poco tiempo empacaron algunas cosas, sellaron su casa y partieron hacia Apatzingán, Valladolid en la búsqueda de José María Morelos y Pavón, huyendo de Guadalajara y de los realistas, conscientes de que quizá no regresarían a su hogar de nuevo, pero con la certeza que pelearían por la libertad de su amado pueblo.



DEBIDO A LAS DENUNCIAS QUE HIZO CANEK ante los realistas, Mariano y Elisa fueron encarcelados en el calabozo del Colegio de San Juan, pasando hambre y enfermedades, siendo confiscados todos sus bienes. A lo lejos se escuchaba el ligero y pausado golpeteo de unas gotas de agua, que se filtraban por el techo de la cárcel donde permanecía encarcelada Elisa. Ella incrédula ante lo que estaba viviendo, recordó su pasado, la vez que fue encarcelada de niña por la Inquisición junto con sus amigos y pensó:

—¿Acaso mi destino está marcado?, ¿acaso moriré en compañía de estos barrotes, sola, y Mariano en otra celda lejos de mí sin poderme abrazar, sin poder sentir la tibieza de sus manos? ¡Ay cómo lo extraño Dios mío!

—¡Mariano, Mariano!, ¿estás ahí? —gritaba desde el enrejado aferrada a los barrotes fríos, pero sólo escuchaba el eco de su voz.

—Mariano, háblame ¿dónde estás? —no se hicieron esperar las carcajadas de los otros reclusos que se escuchaban cercanas a ella.

—¡Cállese pinchi vieja! Deje dormir —la siseaban una y otra vez —Venga a mi celda, acérquese, yo seré su Mariano —se burlaban las voces de los reclusos después de tremendo comentario.

Las voces femeninas ahí presentes no se hicieron esperar.

—Déjenla tranquila cabrones, ¿qué no ven que está sufriendo?

—Pobrecilla, tendrá que acostumbrarse a este lugar como todos nosotros, ¿sólo Dios sabe por cuanto tiempo estaremos aquí?

—Eso nos pasa por revoltosos, debimos quedarnos callados y no haber hecho caso del loco del curita Hidalgo, que Dios lo tenga en

su santa gloria —se santiguaban al pronunciar esas palabras— Esperemos no tener el mismo final que él.

—¿Qué pasa aquí? —se acercó un guardia realista al pasillo de las celdas.

—La güerita aquí anda alborotando.

—No moleste más o la haré callar.

Elisa se apartó de los barrotes, se sentó en el piso de tierra en un rincón del pequeño calabozo abrazando sus piernas y comenzó a llorar. El picor de su cabeza por los piojos era insoportable, lloraba y se rascaba una y otra vez. Sus ropas olorosas, mugrosas y harapientas resguardaban aún vestigios del pequeño fulgor elegante de aquella dama distinguida que había sido esa mujer, ahora una reclusa abatida y sumida en una gran tristeza. De vez en cuando el espíritu de sus amigos la visitaban en su mente, inyectándole vida para continuar con fuerza, pero debilitando su salud mental. De vez en cuando se descubría hablando sola. Elisa y Mariano permanecieron por 7 años encarcelados, hasta que fueron liberados por el ejército insurgente, así como por sus amigos Itzel y Santiago. La salud mental de Elisa se recuperó poco a poco, pero siempre, al igual que a Mariano, le quedó en su recuerdo aquellas atrocidades que vivió reclusa dentro de esa cárcel.

Cuando Itzel y Santiago iban por su viaje hacia la libertad, la luz del crepúsculo iluminó los escasos y abandonados campos de maíz agrestes, así como los cabellos negros y brillantes de Itzel, mientras bailaba para Santiago frente a una fogata que acababan de encender. Sus espíritus de lucha permanecían latentes, su orgullo mestizo encendía sus ánimos de vivir, existiendo en la tierra que los vio crecer, un hogar por el que valía la pena luchar hasta morir, un lugar llamado México.